Angélica Morales

# La casa de los hilos rotos

DESTINO

# Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Otti Berger
Penélope
Otti
Otti
Penélope
Otti
Otti
Penélope
Otti
Otti
Penélope
Mercè
Otti
Otti
Otti
Penélope
Mercè
Otti
Otti
Otti
Mercè
Penélope
Otti
Otti
Otti

Penélope
Mercè
Otti
Otti
Penélope
Mercè
Otti
Penélope
Otti
Penélope
Mercè
Penélope, Montserrat, Antoni
Agradecimientos
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos**

**exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

# Sinopsis

Otti Berger, una joven húngara procedente de una acomodada familia judía, sueña con estudiar diseño textil en la escuela de arte vanguardista más importante del momento, la Bauhaus. Amante del telar que ya manejaba su madre, Otti quiere por encima de todo abrirse paso como mujer en el mundo artístico de la Alemania de entreguerras. A pesar de sus problemas auditivos debidos a un accidente sufrido en su infancia, muy pronto empieza a destacar por su gran creatividad y afán de experimentación, hasta convertirse en una de las alumnas más aventajadas. La llegada a la Bauhaus de Mercè Ribó, heredera de una importante fábrica de tejidos y dispuesta a suceder a su padre pese a ser mujer, será el inicio de una amistad inquebrantable entre dos mujeres que unieron sus vidas en una época convulsa. Penélope, la bisnieta de Mercè, será quien tejerá los hilos de esta historia oculta mientras descubre un misterioso pasado familiar.

Un canto a la libertad, al arte y a la memoria de todas las mujeres olvidadas.

# La casa de los hilos rotos

Angélica Morales

Ediciones Destino

*A Otti Berger, por todas las alegrías que me ha dado,*
*por su afán de superación,*
*por toda esa luz que nos ha dejado en sus obras.*
*A todas las mujeres artistas enterradas en el olvido.*
*A las mujeres de mi familia.*
*A Ubé, mi faro.*

# Otti Berger

## 1938

El puerto de Southampton estaba atestado de gente. Había familias enteras haciendo cola cerca del muelle, a la espera de que los marineros del *Britannic* acabasen de colocar las pasarelas de embarque. Los ojos de Otti Berger vagaban de un lado a otro intentando esquivar el desconsuelo y la desesperación, pero era imposible no darse de bruces contra la realidad. Se fijó en la figura de un niño mal vestido que sostenía un mendrugo entre los dedos. Le propinaba mordiscos pequeños para que le durase más y no paraba de moverlo entre sus manos, como si con ese gesto el pan pudiese crecer. Entristecida, Otti se apretó contra el cuerpo de Hilb, su prometido. La angustiaba aquel niño hambriento, condenado a engullir el pan y a soportar el vacío que vendría después; ese hueco viscoso imposible de llenar, como el que ella sentía en esos momentos dentro de su pecho.

Otti se odiaba a sí misma cuando en situaciones límite se obligaba a mantener la compostura. Desde niña se había esforzado por no mostrar debilidad. ¿Por qué no actuaba como las otras mujeres y le suplicaba a Hilb que se quedase con ella? ¿Qué le impedía hincar las rodillas en el suelo y despellejarse la piel? Debería correr como hacían esas madres enlutadas, convertirse en bestia y arrancar la pasarela con los dientes para que el mar no se llevase lo que más quería en el mundo.

—¿Estás segura de tu decisión? —preguntó Hilb sacándola de sus pensamientos—. Todavía estás a tiempo de embarcar.

Otti asintió con la cabeza.

—Ya lo hemos hablado —respondió ella—. Debo regresar.

Hilb parecía poseído por una emoción violenta, aunque hacía esfuerzos por mostrarse dueño de sí mismo.

—En cuanto tu madre esté mejor, regresa a Londres y coge el primer barco a Nueva York —dijo.

—Así lo haré.

—Prométemelo.

—Te lo prometo, Ludwig Hilberseimer. —Lo besó y luego añadió—: No tengas miedo. Yo no lo tengo.

Las chimeneas del barco exhalaron un primer aliento. Hilb se abrió paso entre el gentío en dirección a la pasarela de primera clase. Otti lo siguió con la mirada, hasta que la multitud se cerró en torno suyo y lo perdió de vista. Pero ni aun entonces se vio capaz de emprender el camino de regreso. De modo que se quedó allí, en medio del muelle, mientras la gente pasaba corriendo a su lado, los niños la empujaban y las voces se convertían en un enjambre de abejas. Cerró los ojos unos instantes y al volver a abrirlos lo vio: ahí estaba Hilb, en cubierta, agitando el sombrero. Ya no había vuelta atrás; el *Britannic* zarparía llevándose a Hilb al otro lado del océano. Para ella, en cambio, Norteamérica no era más que un sueño que acababa de hacerse añicos.

«No tengas miedo», le había dicho a Hilb momentos antes. Pero le había mentido. Porque sí sentía miedo; un pánico profundo y feroz, imposible de ignorar. Otti sabía muy bien que la calma en Europa tenía los días contados. El mal acechaba por todas partes y la violencia acabaría extendiéndose igual que un dulce pringoso. Pensó en su familia, en el cuerpo flaco de su padre cuando se había despedido de él en Vörösmart unos días atrás. Pensó en los nazis, en sus uniformes recién planchados, en su prepotencia y brutalidad. Y pensó en ella misma, en el riesgo que corría por el mero hecho de portar un apellido judío. Quizá Hilb tuviera razón. Quizá no estaba haciendo lo correcto al renunciar a su vida y dejar escapar aquel sueño azul que se alejaba entre la niebla. Pero ya nada importaba, solo le quedaba resistir, convertirse en isla y luchar con todas sus fuerzas contra el dolor que comenzaba a abrirse paso en el horizonte. No tenía otra elección.

# Penélope

## Otoño de 2022

Penélope llega tarde. Ha tenido problemas para aparcar y al final no le ha quedado más remedio que dejar el coche en doble fila. De todos modos, no piensa permanecer mucho tiempo en el tanatorio. Ni siquiera se ha peinado. Sabe que su madre se horrorizará al verla vestida con esas pintas, con el pelo teñido de rosa, la chupa de cuero azul, sin luto. Está preparada para sentir sus ojos inquisidores sobre ella, esa pregunta que bailará sobre sus pupilas y que será un grito silencioso, algo así como: «¿Es que no has podido encontrar algo más discreto que ponerte?». Llamar la atención es algo que Montserrat detesta, y por eso Penélope siempre hace justo lo contrario a lo que su madre espera de ella. Así funcionan las cosas entre las dos.

Recibió la noticia la noche anterior, un mensaje escueto en el que su madre le comunicaba que su abuela Asunción había muerto. Estaba obligada a asistir al funeral. Era un asunto de familia, y en esos casos Montserrat es tajante y no perdona. Una de las grandes damas de la sociedad barcelonesa había pasado a mejor vida y los ojos iban a estar puestos en la familia. Tenían que demostrar que, pese a todo, estaban unidos. Montserrat también le dio unas cuantas instrucciones sobre qué ponerse. No pudo evitar ese ramalazo de tiranía.

Ahora, Penélope piensa, no sin cierta satisfacción, que su madre va a odiar su nuevo corte de pelo, esa melena recta coloreada en color fucsia. Cuando Montserrat la vea aparecer se va a quedar completamente boquiabierta. Conoce a su madre, se tragará una maldición, cerrará los puños y esbozará una sonrisa

fingida, como si no pasara nada, como si fuera una de esas madres modernas y comprensivas que aceptan cualquier locura de sus vástagos.

Aunque Penélope, en realidad, no pretende escandalizar a su madre, sino mostrarse tal y como es. Una pintora que ha encontrado en Girona su lugar, que tiene su propia galería de arte y que poco a poco está consiguiendo abrirse camino en el mundillo artístico. También es una mujer autónoma, que nunca ha pedido ayuda a sus padres, por mucho que Montserrat se empeñe en tratarla aún como a una niña.

Como artista no le va mal, aunque no se ha librado todavía del peso del apellido Ribó. Su familia posee una empresa textil, Tejidos Ribó, un nombre que a ella le suena a veneno o a inyección letal, algo que cada vez que se menciona la obliga a apretar los dientes. Hace poco un crítico se refirió a ella como «la cara más oscura de los Ribó». Su madre casi se desmaya cuando leyó el titular en el diario. A Montserrat le habría gustado que su hija fuese como las hijas de sus amigas, una chica burguesa que no da problemas, una chica que algún día encontrará un buen partido y se casará a lo grande, aunque después empezará a hacerse pequeña en el interior de cuatro paredes.

Penélope no recuerda a ninguna mujer de la familia que se haya puesto al frente del negocio, solo hombres ambiciosos, como Lluís y Pep, los sobrinos de su padre, que ahora están a cargo de la empresa. La abuela Asunción, por ejemplo, dejó Tejidos Ribó en manos de su esposo, el abuelo Román, un hombre con el que se casó por conveniencia y que nunca la amó. Penélope apenas lo recuerda, aunque el tío Antoni, el hermano de su madre, le ha hablado de él. Según Antoni, Román era un hombre extraño, silencioso, que atesoró una larga lista de amantes y que se encargó de demostrar el desprecio que sentía por su esposa de todas las formas posibles.

Penélope se encamina a toda prisa hacia las puertas del tanatorio. No le gustan los velatorios. Todo le parece falso: la gente, las flores, el drama hipócrita, esa necesidad de hablar bien de los muertos, aunque sea un monstruo el que esté en el interior

del ataúd, los hombres en corro intercambiando chistes verdes con la voz ahogada. Seguro que las amigas de su madre aprovecharán para criticar a la muerta en cuanto Montserrat se dé la vuelta. Siempre es así.

En la entrada, se encuentra con su padre. Fran fuma a la sombra mientras habla por el móvil. Cuando ve a su hija le hace un gesto para que se detenga, pero ella sabe que cuando su padre se engancha al móvil todo lo demás deja de existir. A Fran no le importa nada excepto llevar una vida apacible y solitaria. Desde que el año pasado sufrió un infarto y dejó la empresa, lo que más le preocupa son sus maquetas. La mitad de la casa está ocupada por maquetas de la Segunda Guerra Mundial. Su padre se dedica a reproducir todas las batallas y siempre se posiciona del lado de los nazis. Su madre y él llevan vidas paralelas, se cruzan en la cocina o en el salón, pero sus horarios son distintos. Duermen en habitaciones separadas y Penélope está convencida de que la libido de su padre solo se dispara ante la imagen de un uniforme nazi ampliado gracias a una lupa. En cambio, su madre no tiene interés por nada. Bebe a solas. Va a misa. Sale de compras con sus amigas y regresa a casa cargada de objetos estúpidos comprados en la tienda de los chinos. La revolución íntima de su madre es esa, el descubrimiento de la tienda de los chinos.

Penélope avanza por un pasillo y luego sube unas escaleras de mármol forradas por una alfombra azul hasta alcanzar la segunda planta. Sabe que su abuela está en la sala 210. Aún no ha llegado y ya tiene ganas de marcharse. De buen grado daría media vuelta para regresar al coche y conducir hasta Girona con la música de Mahler a todo volumen. Su madre detesta a Mahler. Eso la hace sonreír y acelera el paso.

Mira a un lado y a otro. Todas las salas le parecen iguales. La gente se arremolina en las puertas y dificulta el paso. Se dan besos que acaban estrellándose en el aire. Hablan de cosas sin importancia porque el silencio les da miedo. Al pasar por la 209, ve que los cristales de la sala están llenos de poemas. Se detiene un momento y lee:

*El cielo tiene un hueco inaccesible*
*por donde asoma el pico de una mujer*
*que se duele de otoños.*

Sin querer, oye hablar del difunto de la 209. Una mujer con acento extranjero dice que se trata de un homenaje porque en realidad no hay cadáver al que velar, puesto que la última voluntad del finado ha sido la de donar su cuerpo a la ciencia. Por tanto, tras el cristal no hay más que flores secas y un puñado de poemas. A Penélope le viene a la mente su tío Antoni, el poeta loco de la familia. Piensa que a él le gustaría eso, amortajar sus poemas tras el cristal y dejar su cuerpo en manos de un bisturí. Entonces se pregunta qué ocurrirá con su propio cuerpo en el caso de que muera de forma repentina. Es joven, pero la muerte no respeta nada. De lo que está segura es de que no quiere eso: flores caras y desconocidos dando vueltas alrededor de unos canapés. En cuanto tenga tiempo y regrese a casa, redactará sus últimas voluntades. No le parece una mala idea donar su cuerpo a la ciencia. A lo que no está dispuesta es a que su familia se quede con su obra. Sabe lo que vendrá después. Cuadros en la basura o en el despacho esnob de sus primos.

—Llegas tarde, como siempre —le recrimina Montserrat en cuanto la ve—. Ya se la llevan. Te espero en la iglesia.

Penélope observa a su madre mientras esta se marcha: los tacones altísimos; el traje a medida; el pelo corto, porque cuando una mujer cumple los cuarenta deja de ser mujer y se convierte en algo parecido a una manzana podrida tras el cristal; el maquillaje justo, y un leve perfume a Chanel número 5 mezclado con olor a tabaco, alcohol y distancia.

Una hora más tarde, Penélope camina tras el féretro de su abuela Asunción. En la iglesia no cabe un alfiler, pero ella tiene un sitio reservado en los primeros bancos. Cuando deja caer el cuerpo en la madera pulida, su madre le coge la mano y su padre se inclina hacia ella para dedicarle una sonrisa. Hay cuatro cirios custodiando el ataúd. El fuego asciende hacia el artesonado, y el color rojo se mezcla con el humo negro, que hace toser a uno de

los párrocos. Todo debe purificarse, incluso la muerte y la miseria de los que aún respiran. El incensario pasa varias veces sobre la superficie del féretro, y Penélope sigue su trayectoria oscilante con la mirada mientras piensa que si saliera disparado podría darle en el cogote a alguna de las amigas de su madre que ocupan los bancos de atrás. Montserrat no se ha quitado las gafas de sol y se lleva el pañuelo a la mejilla. Solo es un gesto automático, algo que ha aprendido a hacer en los funerales.

De pronto, el móvil de su padre se pone a vibrar en el interior de su bolsillo, justo cuando el sacerdote los invita a darse la paz. Penélope mira a su madre. Su madre la besa. Su padre besa a su esposa y después se inclina hacia ella y le acaricia el pelo. La paz no sirve para nada, piensa Penélope. La paz desaparecerá en el mismo instante en el que abandonen la iglesia y cada cual retome su camino.

Cuando concluye el funeral, Penélope se queda sentada en el banco, observando cómo sus padres reciben el pésame. Le da la sensación de que pasa una eternidad hasta que abandonan la iglesia.

En casa, la doncella, una chica paraguaya con una sonrisa resplandeciente, trae el carrito con el té. Se llama Selma y a veces Penélope la ha escuchado hablar con su familia en guaraní. Le gusta cómo suena ese idioma indígena. Piensa que un día de estos le pedirá que le enseñe unas palabras. Tal vez podría añadirlas a modo de *collage* a uno de sus cuadros.

Selma sirve una taza a su madre y le pregunta a Penélope qué quiere tomar.

—Lo mismo.

—Pero es que... —La chica duda.

—Déjalo, Selma. Mi hija no es tonta. Sírvele una tacita de ginebra y bien llena.

Selma sonríe y obedece.

—Gracias por traerme a casa —le dice Montserrat—. A tu padre siempre le surgen imprevistos en el último momento.

Penélope está impaciente. En el coche, su madre le ha dicho que necesitaba hablarle de un asunto urgente. Intuye que se trata de algo desagradable; algo que no va a gustarle. Siempre es así con ella. Cuando su madre quiere hablar es que ya ha tomado una decisión. No hay consenso, por mucho que se empeñe en mostrar cordialidad o sacar su mejor juego de té.

—¿Qué querías decirme? —pregunta Penélope.

—Primero bebe.

—No sé cómo puedes tomarte la ginebra a palo seco.

—Así es mejor, ¿para qué enmascararla?

—¿Y qué me dices de esto? —comenta Penélope, levantando su tacita de té.

—Es un capricho —contesta Montserrat. Sus mejillas se han cubierto de rubor—. Me gusta tomar la ginebra dentro de la porcelana. Llámame excéntrica.

—Es un autoengaño, y lo sabes.

—Todos nos engañamos alguna vez. La vida está llena de mentiras. Ya te irás dando cuenta.

Penélope calla. No está de acuerdo, pero no quiere discutir. Lo único que desea es marcharse de allí cuanto antes. Su madre apura de un trago la ginebra y alcanza la tetera para servirse más.

—El pastel de zanahoria es casero —le dice ofreciéndole un pedazo.

—No, gracias.

Permanecen en silencio hasta que Montserrat le suelta a bocajarro:

—Será mejor que te enteres lo antes posible. Quiero vender Can Ribó. Ya tengo un comprador interesado.

Penélope se queda callada. Desde luego no esperaba una noticia así. Can Ribó forma parte de su vida, ¿cómo puede pensar su madre en deshacerse de la casa tan pronto, estando el cuerpo de su abuela aún caliente? La conoce y sabe que no va a dar su brazo a torcer. Aun así, piensa que no es una buena idea. Siente el corazón palpitar con fuerza dentro de su pecho al pensar en su tío Antoni. ¿Es que su madre no tiene en cuenta a su hermano gemelo?

—Al tío Antoni le gusta Can Ribó —le dice—. No puedes vender Can Ribó sin su consentimiento.

Montserrat hace una mueca de fastidio.

—No te metas —le contesta—. Ese es un asunto entre él y yo. Dentro de unos días iré a llevarle los papeles y estoy segura de que no se opondrá a la venta.

En realidad, a Penélope Can Ribó no le importa tanto como parece, aunque alguna vez ha fantaseado con instalarse allí. Lo que verdaderamente le hace perder los nervios es la actitud de su madre, su secretismo, que nunca la tenga en cuenta ni le pregunte su opinión. Intenta serenarse y cuando vuelve a hablar su voz suena conciliadora.

—No estaría tan segura de eso. Él está muy apegado a la casa.

—¿Y tú qué sabes? —le espeta Montserrat.

Penélope vuelve a guardar silencio mientras piensa que su madre da por hecho que Antoni firmará solo porque es un pobre loco indefenso y sin voluntad. Un loco que piensa que Can Ribó está llena de fantasmas y que guarda en su interior un fabuloso tesoro. Tío Antoni lleva años recluido en un hospital psiquiátrico, una «casa de descanso», como reza en la puerta de la institución. Su madre solo lo visita de vez en cuando. Lo ha abandonado a su suerte.

—No dejaré que lo firme. No voy a permitir que le engañes —dice Penélope sin medir el alcance de sus palabras.

—¿Y a ti quién te ha dicho que quiero engañarlo?

La joven se levanta para irse y su madre le dirige una mirada cargada de ira y desprecio. Desprecio por su melena fucsia, por el desenfado de su atuendo, por el grito azul de su cazadora de cuero. Por un instante, Penélope siente lástima de Montserrat. Las mujeres de su familia, de una u otra manera, han sido condenadas a sufrir. La bisabuela Mercè, la abuela Asunción, su madre... Pero ella, por fortuna, se ha librado del yugo familiar. O eso cree.

—Te equivocas, mamá —le dice antes de marcharse—. La venta de Can Ribó me atañe tanto como a vosotros. Soy tu hija y la casa también me pertenece.

Montserrat bebe otro sorbo de ginebra y no dice nada más. Es

su forma de hacerle entender que la conversación ha acabado. Sin embargo, Penélope permanece en su sitio. Tiene la respiración agitada. No sabe todavía de qué se trata, pero algo ha empezado a nacer dentro de su pecho, una ligera suspicacia, tal vez. Está segura de que las prisas de su madre por vender Can Ribó obedecen a algo más que al deseo de deshacerse de una vieja casona. Es como si quisiera desprenderse de algo sucio, algo que quema, que debe soltar por su propio bien. Una de esas cosas invisibles que hieren incluso en la distancia del tiempo. Cuando al fin se marcha, Penélope sabe que ya no parará hasta averiguar lo que oculta su madre.

# Otti

## 1898-1911

Acomodada en su vieja mecedora, Ida Berger contemplaba el campo sembrado de viñedos. Su esposo le había dicho que este año las uvas habían engordado más de lo habitual y que habría una buena cosecha. Era una noticia excelente, así que sonrió. Al mirar a su hija pensó que también ella era eso: un hermoso y dulce grano de uva que prometía la felicidad eterna. Como si hubiese escuchado sus palabras, el bebé se revolvió en su regazo e Ida sacó uno de sus pechos para darle de mamar.

Ese era un día de mucho ajetreo en casa de los Berger. Iba a celebrarse el Simjat Bat, la ceremonia en la cual las familias judías otorgaban el nombre a sus niñas recién nacidas. Anna, la madre de Ida, había sido la encargada de organizar la fiesta. Ningún detalle escapó a su control, desde la comida para el banquete hasta el vestidito que tenía que lucir el bebé para su gran día. Había elegido una de las mejores telas de su tienda, de puro algodón, y ella misma había bordado unas florecillas blancas, hilos de nieve que se enlazaban para celebrar a esa niña destinada a perpetuar su estirpe. La primera piel de su amada nieta, su primer contacto con Dios.

Ida miró contrariada la mesa repleta de dulces.

—Madre, déjelo ya. Va a conseguir que los fados cojan un empacho.

—Nunca es suficiente —contestó Anna, mirando su obra desde la distancia. No se dio por satisfecha y sacó de la cesta más dulces—. Mi intuición me dice que esta niña está destinada a algo grande.

—¿Y su intuición no le dice que con tanto dulce la casa se va a llenar de moscas?

Anna sacudió la cabeza con fastidio y se acercó a la cuna para acomodar las bolsitas de seda llenas de canela, clavos de olor, dientes de ajo y granos de sal que colgaban entre los barrotes.

—Necesito levantarme y estirar las piernas —dijo Ida cambiando de postura en la mecedora. El bebé, como de costumbre, seguía mamando sin parar. La mujer sintió un dolor agudo y con un rápido movimiento la cambió al otro pecho—. Ahora tendrás que comer del izquierdo, pequeña tragona.

Más tarde, la familia al completo y un nutrido grupo de amigos se reunieron en la sinagoga. Tal como marcaba la tradición, el bebé fue recibido con oraciones, y su padre, Lajos Berger, fue convocado a la lectura de la Torá. Un aire solemne envolvía a los presentes; un sentimiento de recogimiento y profunda dicha. El Talmud decía que Abraham había sido bendecido con todo al nacer su hija, de ahí que para el judaísmo la llegada al mundo de una niña simbolizara, precisamente, el «todo»: el círculo que completaba la vida.

—¿Cuál es el nombre de la pequeña? —preguntó el rabino.

Hubo unos instantes de expectación. Había llegado el momento más importante de la ceremonia, el primer acto de identidad de la niña, aquel que le permitiría ser parte de un pueblo, de una tradición, de una historia. Lajos tomó en brazos a su hija y, levantándola orgulloso en el aire, dijo:

—Su nombre es Otilija Esther Berger.

Oskar condujo a los gansos más gordos hacia un rincón del corral. Acababa de cumplir doce años y ya era todo un hombrecito. Pronto podría ayudar a despachar a la clientela en la tienda de su padre. La llegada de su nueva hermana le había dejado indiferente. Apenas se había fijado en ella. Solo vislumbró, al pasar una tarde por la habitación entreabierta del matrimonio, una carita roja congestionada por la ira y un cuerpo minúsculo envuelto en ricas telas blancas. Era tan pequeña que bien podría caber en el bolsillo

de la chaqueta de su padre. Las niñas no le gustaban, y menos las que acababan de nacer. Él era un hombre y el deber de los hombres consistía en trabajar.

No recordaba a su madre. Había muerto cuando lo trajo al mundo. Ida, la segunda esposa de su padre, se había encargado de criarlo. Y lo cierto era que, al enterarse del embarazo, Oskar había sentido miedo de que la buena mujer acabara muriendo en el parto igual que su madre. En el fondo se sentía culpable. No había un solo día en el que el niño no descubriera en los ojos de su padre una mirada de rechazo, como si lo acusara de la muerte de su esposa, como si no fuese digno de vivir bajo su techo ni de cumplir los rituales de su fe. Oskar sacaba buenas notas en el colegio y era muy hacendoso. Lo que más deseaba era ganarse el cariño de su progenitor para demostrar que su madre no había muerto en vano, que había dejado en esta tierra a un hombre digno de ser llamado hijo.

Era un niño solitario y los animales se habían convertido en sus mejores amigos. Los gansos comían de su mano, incluso les había puesto nombre a los dos que había tenido que apartar para el sacrificio: Lucerito y Bella. Los acarició despacio, sabiendo que sería la última vez. No quería imaginarlos con el pescuezo cercenado ni las vísceras a la vista. Sabía cómo actuaba el *shojet*. Le dieron ganas de abrir el corral y gritar: «¡Fuera de aquí! ¡Venga, rápido, fuera!». Pero en lugar de eso sacó del bolsillo unas hojas de lechuga y las acercó a sus picos. Los gansos acudieron confiados. De repente oyó la voz de su padre, ese tono firme pero amable con que acostumbraba a tratar a la clientela. Oskar pudo adivinar la silueta del matarife, su figura alta y desgarbada y el sombrero de paja que no se quitaba nunca excepto cuando tenía que hacer su trabajo. Como carnicero, Salomón era un tipo eficaz, pero la gente lo miraba con cierto resquemor. Sabían que su capacidad de cortar y deshuesar la carne y después llevar a cabo los sacrificios para las fiestas judías iba más allá de un trabajo o un deber con Dios. A Salomón le gustaba matar, disfrutaba cuando la sangre teñía sus manos y su delantal blanco. Ni un asomo de piedad se despertaba en sus ojos de color miel; si acaso, una media sonrisa que a

menudo estaba cargada de sadismo. A Oskar no le gustaba aquel hombre y no soportaba la idea de tener que trabajar junto a él en un futuro no muy lejano. Si por él fuese, Salomón estaría despedido y no dudaría en buscar a otro *shojet* para realizar los sacrificios, alguien sensible que matara pidiendo perdón. Por un momento, Oskar estuvo dispuesto a la rebeldía y, girando sobre sus talones, regresó hacia donde estaban los gansos para envolverlos en un tierno abrazo.

Fue entonces cuando pensó en el bebé que descansaba en la cuna repleto de amuletos y envuelto en telas blancas y almidonadas. Recordó que todo este dolor era por ella, para celebrar su venida al mundo. Si no hubiera nacido, los gansos estarían en el corral, excavando la tierra con los picos en busca de gusanos, y él los miraría desde la valla masticando un trozo de hierba, pensando en la hermosura de su mundo, su casa, su tienda, sus libros de medicina, su pueblo, su caballo, el carro en el que iban a la sinagoga los sábados, los viñedos, el retal de cielo donde en esos momentos reinaba el color azul, la lluvia que atesoraba en pequeños botes y que de vez en cuando bebía como si fuese un elixir. Lo había leído en alguna parte, que beber tu propio orín mezclado con la lluvia te convertía en inmortal. Eso hubiera querido Oskar: ser inmortal, tener el poder de destruir al *shojet* y dar palmadas en el aire para hacer que los gansos regresaran con el resto de los compañeros. Sin embargo, la realidad era bien distinta. Su padre se aproximó acompañado de Salomón, que aferraba su maletín.

—Hola, Oskar —lo saludó.

El niño miró el rostro de color amarillo del matarife. Se consoló pensando que los hombres de color amarillo estaban enfermos y morían pronto. Lo había leído en un libro de medicina que le trajo su padre de Viena. Oskar soñaba con ser médico, por eso atesoraba libros de anatomía, de todo tipo de enfermedades, guías de procedimientos, tratados de medicina clínica. Tenía planes de futuro: abandonar el pueblo algún día para montar una consulta en Praga, ser cirujano, abrir el cuerpo de la gente con el rostro amarillo como el *shojet* y extraer su enfermedad para depositarla

en una bandejita de plata, como cuando a Ida se le partió un diente y tuvo que arrancárselo con uno de los hilos con los que estaba bordando las sábanas de la niña que iba a nacer.

El *shojet* no estaba casado y no solía mirar a las mujeres; solo fijaba la vista en el filo de sus cuchillos, que guardaba con celo en un maletín de cuero negro a juego con sus botas.

—Qué tal, chico —volvió a decir el hombre abriendo la portezuela del corral.

El niño no contestó y el *shojet* se desprendió del sombrero de paja para colgarlo con suma delicadeza sobre la rama de un peral. Después se quitó la chaqueta y se remangó la camisa. A continuación, degolló a Lucerito de un solo tajo.

Era una de esas tardes de otoño oscuras y con el vientre del cielo abultado. Otti y su hermano pequeño Otto, nacido dos años después que ella, ya habían dado buena cuenta de la merienda y esperaban sentados a la mesa de la cocina a que la niñera, Zsófia, acabase de fregar los platos. Estaban aburridos y se entretenían juntando las migas de pan del mantel e intentando darles forma; un poco más alejado de ellos, Oskar leía con el ceño fruncido uno de sus libros de medicina. Afuera, las nubes iban engordando poco a poco.

A Otti le encantaban las tormentas. Por eso repetía para sus adentros «que llueva, que llueva, que llueva» con el mismo fervor con el que rezaba una plegaria. No tardaron en oír un trueno terrorífico que hizo retumbar los cristales. Otto miró a su hermana con los ojos muy abiertos.

—No te preocupes —lo consoló Otti—. Sigue construyendo tu muñeco o me comeré las migas y te dejaré sin material.

Oskar ni siquiera levantó el rostro del libro.

—No es más que una tormenta. Ya pasará —dijo quitándole importancia al asunto. El hecho de ser el mayor le otorgaba ciertos privilegios y miraba a sus hermanos por encima del hombro.

—¿Sabéis quién hay en el interior de una tormenta? O, mejor dicho, ¿quién se esconde bajo la piel negra del cielo? —preguntó

Zsófia.

Oskar chasqueó la lengua en señal de disgusto. Luego apartó el libro y se cruzó de brazos.

—Qué estupidez, una tormenta es simplemente una tormenta. Solo Dios está en el cielo. Solo él puede esconderse bajo esa piel que dices. Si leyeras la Torá lo sabrías.

Zsófia estaba acostumbrada a las salidas de tono del muchacho y no tuvo en cuenta su comentario. Caminó deliberadamente despacio hacia el fogón, cogió la tetera y se sirvió una taza de té, mirando con misterio a los niños. En el interior de sus ojos comenzaban a saltar las palabras, estaba a punto de narrar una de sus historias. Oskar la vio venir y se levantó.

—Un momento, muchacho. De aquí no se mueve nadie hasta que pase la tormenta. ¿Dónde crees que vas?

—A buscar bajo la piel negra del cielo —contestó con sorna Oskar.

—Muy gracioso. Siéntate si no quieres que esta noche te deje sin cenar.

Una de las cosas que no perdonaba Oskar era la comida, y mucho menos la que guisaba la buena de Zsófia. De mala gana y hundiendo la cabeza entre los hombros, volvió a tomar asiento.

—Las tormentas son una buena excusa para hablar de Marta la Roja. Estoy segura de que todo lo tenebroso que existe en la región es por culpa suya. Es ella la que ahora mismo mueve los hilos de la tormenta y deja caer los truenos y los relámpagos.

Y, como si hiciera magia, Zsófia cerró los ojos y extendió las manos en el aire. El cristal tembló, sacudido por un segundo trueno. Otto soltó un grito y su hermana le tapó la boca.

—¿Quién es Marta la Roja? —preguntó la niña, acercándose a la niñera y tirando del mandil que la cubría—. Dímelo, Zsófia.

Otti era una niña curiosa y ávida de nuevas experiencias. El pequeño Otto la seguía a todas partes como si fuese su sombra, admiraba a su hermana y, cuando algo salía mal, se escondía entre sus faldas.

—Está bien, os contaré la historia. Pero tenéis que sentaros alrededor de esta lámpara —dijo Zsófia depositando una lámpara

de gas en el centro de la mesa—. Es necesario no apartar la vista de la llama hasta que yo termine de hablar, ¿está claro?

—¿Y por qué tenemos que hacer eso? —preguntó Oskar con fastidio.

—Es la única manera de estar a salvo de Marta la Roja.

Oskar soltó un bufido y Otti le recriminó su actitud.

—Ya has oído a Zsófia, obedece si no quieres quedarte sin cenar —dijo—. Y lo que es peor: obedece si no quieres que Marta la Roja se coma tu cena y después te coma a ti. ¿A que sí, Zsófia?

La mujer rio con ganas por la ocurrencia de Otti y luego apuró su té de un trago. La luz de la lámpara proyectaba sobre la superficie de la mesa la sombra de sus cabezas. Nadie volvió a hablar. Solo se oían sus respiraciones, el hipo del pequeño Otto y el golpeteo constante de la lluvia sobre el cristal. Zsófia se aclaró la garganta, miró a uno y otro lado, y clavó su mirada en la lámpara antes de comenzar.

—Hace muchos muchos años, en Vörösmart vivía una gran señora feudal llamada Marta la Roja, una mujer cruel de pelo largo y anaranjado que causaba el terror entre sus habitantes. Todos decían que la tierra de sus viñas estaba regada por la sangre de sus esclavos, y por eso daban uvas gordas y rojas que tenían el sabor de la muerte. Marta la Roja forjó su riqueza mediante un ardid que consistía en exigir una moneda de oro como pago por atravesar el Danubio. Si alguien carecía de dinero y no podía pagar su peaje, la mujer lo obligaba a trabajar en sus viñas, golpeando su cuerpo con una fusta de cuero a la que había cosido en la punta un pincho de metal para desgarrar la piel. —El pequeño Otto soltó un gemido. Su hermana le llamó al orden y Zsófia continuó su relato—: Naturalmente, ese comportamiento tan sádico llegó a oídos de la corte y del rey, Matías Corvino, quien, disfrazado de siervo, se desplazó hasta aquí para comprobar si eran ciertos los rumores sobre Marta la Roja. Cuando intentó cruzar el Danubio fingió carecer de la moneda que Marta le exigía y también él fue llevado a las viñas de la señora para trabajar como esclavo. Un día, mientras excavaba la tierra, escondió una moneda de oro para buscarla más tarde como pago. Con enorme pericia, consiguió

escapar de los dominios de Marta la Roja y cruzar felizmente el Danubio. Una vez instalado de nuevo en su corte, el rey escribió una carta a Marta la Roja describiéndole las torturas sufridas en sus viñedos y amenazándola con retirarle todas las tierras y el título nobiliario, pues sus actos habían sido indignos y había obrado con perfidia. Marta, asustada, sabiendo que su destino estaba sentenciado, llenó un carro con todas sus monedas y se arrojó al Danubio.

—¡Oh, es horrible! —exclamó Otti.

Zsófia revolvió el pelo de la niña y después metió la mano en los bolsillos y comenzó a repartir dulces. Todos se hicieron con los caramelos, incluso Oskar, al que le temblaban levemente las manos.

—¿Y dónde están las monedas de oro? —quiso saber Otti.

—¿No te das cuenta de que es una leyenda? Las monedas no existen, hermanita —habló al fin Oskar.

—Sí que existen, ¿verdad, Zsófia?

—Por supuesto que sí. Cuando brilla el sol puede verse el reflejo de las monedas de oro sobre el lecho del río, como si fuese el destello de un millón de luciérnagas.

—¡Oh, qué maravilla! ¡Hay un tesoro en el río!

Aquella noche, Otti no pudo dormir pensando en el tesoro de Marta la Roja. Una semana más tarde ideó un plan: iría al río a buscar las monedas. Si las encontraba, se repartiría el botín con su hermano Otto, y puede que fuese generosa con Oskar y le diera algunas monedas para que pudiese estudiar Medicina en Viena. También ayudaría a su padre, más de una vez le había escuchado decir que la tienda necesitaba renovarse por completo. En cuanto a su madre y a su abuela, a ellas les compraría un telar nuevo y más grande. El más grande de la región. Quizá el telar más grande y hermoso del mundo. A fin de cuentas, se trataba de un tesoro. ¿Cuántos hombres habrían atravesado el Danubio y pagado con una moneda? ¿Cuántos años habría estado Marta la Roja robando a sus siervos? Sin duda, sería una mujer inmensamente rica. Tenía que darse prisa si quería recuperar las monedas, pensó.

A la mañana siguiente, se levantó temprano y corrió a

despertar a Otto.

—No digas nada y acompáñame —le dijo.

—¿Adónde? —gruñó el pequeño sin dejar de frotarse los ojos.

—Vístete y no preguntes. Nos vamos al río.

—¿A estas horas? Todavía no ha llegado Zsófia. Mamá ha dicho que no nos movamos de nuestro cuarto hasta que llegue.

—Pondremos la almohada y la cubriremos con la colcha. Así pensará que estamos durmiendo. Date prisa.

En el patio se encontraron con Oskar, que estaba cortando leña.

—¿Adónde os creéis que vais? —preguntó secándose el sudor de la frente con la manga de la camisa. El filo del hacha brilló con los primeros rayos de luz.

—Nos vamos al río a buscar el tesoro de Marta la Roja —contestó Otti.

El muchacho soltó una sonora carcajada; después chasqueó la lengua y escupió a los pies de un tronco.

—Así que te has tragado el cuento.

—No es un cuento. Vamos a buscar el tesoro.

—Que te vaya muy bien entonces.

—¿No quieres acompañarnos?

—Los cuentos son para los niños, pequeñaja. Yo tengo otros asuntos más importantes en los que pensar.

Otti se puso roja de rabia.

—Está bien, pero, cuando lo encuentre, no esperes que te dé ni una sola moneda.

—Te lo regalo. Te regalo todo el tesoro de Marta la Roja que puedas encontrar. Me refiero a sus monedas invisibles, porque eso es lo que hay en el lecho del río. Nada. Pasadlo bien, chicos.

Y, aferrando de nuevo el hacha, siguió cortando leña.

Cuando llegaron al río, Otti, haciendo alarde de una valentía que estaba muy lejos de sentir, se metió en el agua sin quitarse el vestido. Hacía frío y enseguida comenzó a tiritar. Su hermano la miraba desde la orilla. En realidad, no entendía qué hacían allí, por qué no estaban en sus camas, durmiendo bajo el calor de las mantas.

—No te metas muy profundo, por favor —gimió—. Dicen que en el fondo del río hay dragones.

Haciendo caso omiso a su advertencia, Otti contó hasta tres y hundió la cabeza. El agua estaba turbia, repleta de barro y algas. Miró a su alrededor, pero no había ni rastro del tesoro de Marta la Roja, así que salió de nuevo a la superficie para recobrar el aliento. Iba a repetir la operación cuando resbaló y perdió pie. Asustada, empezó a bracear desesperadamente. Un volante de su vestido se había enredado en la vegetación y la corriente del río tiraba de ella hacia abajo. Por más que luchaba y luchaba, era imposible soltarse. Se estaba quedando sin aire y las fuerzas empezaban a abandonarla. El miedo se convirtió en carbones encendidos dentro de su pecho. De rato en rato llegaban a sus oídos los gritos de su hermano. Pero todo estaba infinitamente lejos, sepultado en un manto de nieve y plomo.

De pronto, sintió que la tela de su vestido se rasgaba, liberándola al fin. Entonces nadó con todas sus fuerzas hasta alcanzar la orilla y salió del agua tambaleándose. Notaba el cuerpo agarrotado por el frío. Otto se arrojó a sus brazos y sin dejar de gimotear le preguntó por el tesoro de Marta la Roja. Otti no contestó. Sentía vergüenza y aún no se había recuperado del susto. Regresaron a casa en silencio, uno al lado del otro. A Otti le castañeteaban los dientes, le dolían la cabeza, los oídos y la garganta. Zsófia los estaba esperando en el patio con los brazos en jarras y el ceño fruncido, dispuesta a soltarles una buena reprimenda, pero, antes de que pudiera abrir la boca, Otti perdió el conocimiento y se desplomó.

Otti ardía de fiebre y el médico le diagnosticó una grave neumonía. La familia se preparó para lo peor. Durante dos semanas, Ida y Zsófia no se separaron de la cabecera de su cama, mientras la abuela Anna no dudaba en entregarse a las plegarias y poner en manos de Dios el destino de su nieta. Fueron días muy angustiosos. Cuando al fin la fiebre remitió y Otti abrió los ojos, enseguida se dio cuenta de que algo iba mal. Su familia le hablaba y ella no

conseguía escuchar lo que le decían. Tenía un zumbido constante en los oídos y le dio por pensar que Marta la Roja estaba ahí, dentro de sus tímpanos, cambiando de sitio las monedas que ella había sido incapaz de descubrir en el río. Ida volvió a llamar al médico y este les confirmó lo que ya sospechaban: la neumonía había afectado a su audición. La pequeña de los Berger se había quedado sorda.

Cuando le dieron la noticia, Otti se quedó desconcertada. No era posible, pensó. Miraba la hoja de papel donde su madre le había escrito con letra temblorosa el diagnóstico del médico y no podía creérselo. Palabras. Ya no escucharía más las palabras, se dijo atónita. El sonido la había abandonado y en su lugar alguien había levantado un muro de silencio. Se encerró en su habitación durante meses. Zsófia la escuchaba gritar y arrojar objetos al suelo. La rabia se había apoderado de todo su ser. No deseaba ver a nadie. No podía soportar ver las caras de lástima de sus padres y hermanos, sus ojos llorosos. Pero por encima de todas las cosas no podía tolerar ese gesto de amable compasión, esa mano a su espalda indicándole que estaban ahí.

Perdió todo un curso escolar, aunque finalmente Ida logró convencerla para que retomara sus estudios. Al regresar al colegio, Otti supo que ya nada sería igual que antes. A su paso, los niños la señalaban con el dedo y cuchicheaban. En esos momentos, Otti deseaba que se abriese un agujero en la tierra y que el diablo se la tragara. En el banco del fondo se sentaba Thomas, un chico mayor que ella que había nacido cojo y sin el dedo pulgar de la mano derecha. Nunca se había fijado en él, pero ahora el profesor la mandó sentarse a su lado. Eran los dos inútiles de la clase. Un par de despojos condenados a lo oscuro. Otti se entretenía haciendo dibujos e intentaba no sentirse vulnerable con las burlas malintencionadas de sus compañeros. Era buena estudiante y estaba aprendiendo a leer los labios. Se había dado cuenta de que, cuando alguien hablaba delante de ella despacio, podía entender lo que le estaba diciendo; podía formar palabras silenciosas. Una tarde, el profesor le preguntó algo y Otti contestó de mala gana. Se armó un gran alboroto en el aula. Algunos niños, de forma teatral,

se arrojaron al suelo fingiendo morirse de un ataque de risa. Thomas escribió en su cuaderno: «Se ríen de tu voz, dicen que pareces un ganso borracho».

Al final de la primavera, el viejo profesor se jubiló y vino a sustituirlo un profesor más joven. Enseguida se fijó en aquella pareja tan peculiar. Especialmente en Otti, pues no tardó en descubrir que era una niña inteligente y que, si se la sabía motivar, podría superar sus obstáculos. Con paciencia y mucho esfuerzo, Otti retomó sus estudios y al cabo de poco tiempo se convirtió en la alumna más aventajada. Una vez superado el trauma, la familia empezó a normalizar su sordera. No querían que Otti creciese acomplejada y a menudo Ida se la llevaba al taller para que aprendiera el oficio. A Otti le gustaba la magia de los hilos. Ver cómo se formaban un tejido, una tela, un mundo de colores y formas. Quizá no existiera el tesoro de Marta la Roja, se dijo. Quizá el verdadero y único tesoro fuera eso: un telar, unos pedales, unas manos pálidas bordando sueños en el aire.

# Otti

## 1913-1916

Toda su vida cabía en dos baúles y una maleta de mano. En aquel modesto equipaje, Otti había guardado libros, ropa, unas agujas de tejer, hilos de diferentes colores, papel para escribir cartas, una pluma que le había regalado su hermano Otto y que llevaba grabado su nombre, las botas nuevas, los camisones que su abuela Anna había estado bordando hasta el último momento y un perfume nuevo comprado que olía a membrillo y rosas confitadas.

El sol estaba en mitad de dos nubes y Otti miró hacia arriba con el ceño fruncido. Le hubiera gustado meter ese sol en uno de los baúles, el mismo sol que durante años había alumbrado todas sus esperanzas y espantado sus miedos. También habría querido llevarse los campos sembrados de vides y el olor de sus pies cuando después de la vendimia se dejaba caer sobre la tierra, sudorosa y jadeante, y empezaban a llegar las avispas.

—¿De verdad no puedo quedarme? —le preguntó Otti a su padre en un tono infantil. Pensó que, si se hacía pequeña, tan pequeña como un insecto, las cosas volverían a ser como antes.

—Otilija Esther Berger —contestó Lajos—, ya lo hemos hablado. Es lo mejor para ti. Puede que ahora te cueste separarte de nosotros, pero con el tiempo te darás cuenta de que ha sido una decisión acertada. Estudiar en Viena puede abrirte muchas puertas en el futuro.

Las puertas del futuro tenían un nombre: la condesa Augusta Novak, reciente viuda del conde Nicolas Novak, uno de los personajes más influyentes de Viena. Tía Augusta era la hermana de Lajos y había sido la encargada de mover los hilos para que Otti

pudiese ingresar en el internado María Luisa de Austria. No era fácil entrar en aquella escuela tan prestigiosa, pero la mujer había hecho un generoso donativo, lo cual significaba que, además de ser admitida, Otti iba a recibir un trato especial. Ida no tenía en mucha estima a la tía Augusta, pues la consideraba demasiado moderna y excéntrica para su gusto. No obstante, había decidido enterrar el hacha de guerra y agradecerle el gesto que había tenido con su hija.

Lajos acabó de fumarse el cigarrillo y se subió al carro.

—Vamos, hija, se hace tarde —le dijo.

Justo en ese instante aparecieron Ida, Otto y Zsófia, cargada con un cesto. La niñera había estado ocupada preparando una tarta para Otti y Lajos, y sudaba mares por el esfuerzo y las prisas. Oskar le arrebató la cesta y Zsófia suspiró con alivio.

—Cuídate mucho, hija —dijo Ida—. Y escríbenos todas las semanas.

—Así lo haré —prometió Otti.

Cuando Otti y Lajos estuvieron instalados, Oskar se subió al pescante, arreó los caballos y pusieron rumbo a la estación.

No fue el gentío ni el trasiego constante de trenes lo que a Otti la perturbó nada más llegar a Viena, sino el pálpito de su propia fragilidad. Sentía que en cualquier momento la gente podía empujarla y separarla de su padre. ¿Y qué sería de ella entonces?

Vivir en una gran ciudad significaba estar en guardia constante, pensó. Vigilar la maleta. Apretar el bolso contra su cadera. Recelar de las buenas intenciones de los extraños. Los músculos en tensión. Las piernas dispuestas por si había que echar a correr. Otti se sentía como si fuese un gato doméstico acabado de soltar en plena selva.

Lajos encontró un mozo libre y le pidió que se encargara del equipaje y que les buscase un coche. Había reservado una habitación doble en un céntrico hotel para que Otti pudiese adecentarse antes de ir al internado, aunque a ella lo que menos le apetecía ahora mismo era darse un baño. Lo que quería era salir a

la calle y recorrer Viena, husmear en todos sus secretos, conocer la ciudad. Lajos había viajado a la capital con Oskar en un sinfín de ocasiones. Juntos habían frecuentado cafés y librerías. ¿Por qué con ella tenía que ser distinto?

—¿Es necesario que me lave? —le preguntó a su padre—. ¿Temes que no haya bañeras en el reformatorio?

Lajos se atusó el bigote.

—No es un reformatorio, querida. Es un internado.

—¿Acaso no es lo mismo?

—Desde luego que no. Estás a punto de entrar en la mejor escuela para señoritas que existe en Viena.

— ¡Viena! —exclamó Otti lanzando un suspiro—. Como si fuese a conocer Viena algún día. Me quedaré encerrada para siempre sin haber visto ni respirado la ciudad. ¿Qué le voy a contar a Otto? Tendré que imaginarme Viena.

Lajos pareció compadecerse de la muchacha.

—¿Sabes qué? Iremos a dar un paseo —le dijo.

Los ojos de Otti se agrandaron de puro entusiasmo.

—¿Por Viena? —preguntó.

—Claro.

—¿Lo dices en serio?

—Ajá. Pero primero tendrás que bañarte y ponerte tu mejor vestido.

Viena era asombrosa. Todo se mezclaba en sus calles: gente, coches, caballos, soldados, damiselas, señoras de cara adusta, caballeros con grandes barbas tocados con sombreros y que apoyaban su elegancia en la empuñadura de unos bastones. A Otti todo cuanto veía le resultaba fascinante, en especial aquellos majestuosos palacetes de piedra asentados en el clasicismo y la pompa del Imperio austrohúngaro. Siempre le había gustado esa expresión: «Imperio austrohúngaro». Ahora, quién iba a decírselo, se encontraba en la capital del Imperio, en esa ciudad de perfecto equilibrio, culta, rebosante de cafés donde los intelectuales intercambiaban versos u opiniones políticas y los chismes se propagaban con lenta exquisitez.

Mientras en Vörösmart todo el mundo se conocía y se espiaba,

en Viena Otti sentía que podía perderse en la multitud sin que nadie la señalara con el dedo. Podía viajar en coche de caballos o caminar acaloradamente como el grupo de jovencitas con el que acababan de cruzarse. Qué hermosas y elegantes eran, y qué ridícula se veía ella con su vestido de fiesta. Parecía una pueblerina que atesoraba lazos y puntillas en un vano intento de seguir la moda. Le dieron ganas de arrancarse los adornos del vestido. Y, como sabía que cuando se le metía algo en la cabeza no paraba hasta llevarlo a cabo, quiso distraerse examinando los carteles de publicidad instalados en las esquinas. Grandes letras llamando la atención sobre un perfume o una tienda de moda femenina o alguna otra fruslería.

—La modernidad —le dijo su padre como si hubiese leído su pensamiento.

Tomaron el tranvía y Otti se sentó junto a la ventanilla para poder contemplar la ciudad en movimiento. Mientras recorría con la mirada calles y edificios, llegó al convencimiento de que por mucha imaginación que uno tuviese jamás podría inventar una ciudad como Viena. Memorizó la frase para poder escribirla después, cuando le mandara una carta a Otto contándole sus primeras impresiones. Quería que su hermano pudiera sentir el mismo entusiasmo que sentía ella.

—Y este es el peculiar Versalles de Viena —le dijo Lajos con orgullo cuando llegaron ante el palacio de Schönbrunn.

—Es maravilloso —declaró Otti, absolutamente fascinada—. ¡Oh, padre, podría vivir aquí para siempre!

—Me parece un lugar demasiado grande para vivir. Me resultaría incómodo —dijo él en tono burlón.

Un par de horas más tarde, un coche los llevó hasta un enorme edificio de estilo barroco rodeado de árboles frondosos que empezaban a amarillear. Lajos hizo sonar la campanilla de la puerta y una mujer vestida de negro y con el rostro muy pálido les dio la bienvenida para luego conducirlos por un largo pasillo encerado. Sufría una leve cojera en la pierna izquierda y Otti agradeció que su caminar curvo rompiera la rectitud de aquel lugar tan ordenado y pulcro.

—Una cárcel comparada con esto es mil veces más acogedora —le susurró a su padre.

A modo de respuesta, Lajos le pellizcó el brazo. La mujer los hizo pasar a la biblioteca. El fuego crepitaba en una elegante chimenea coronada por el retrato de una mujer de aspecto severo que resultó ser la emperatriz María Luisa de Austria.

—Hagan el favor de aguardar un instante —les dijo—. La directora se reunirá con ustedes enseguida.

Lajos carraspeó y empezó a darle vueltas al sombrero entre las manos. Otti se acercó a la biblioteca movida por la curiosidad. Se aproximó a una de las baldas y acarició el lomo de un ejemplar al azar. Estaba a punto de hojearlo cuando se abrió la puerta y apareció una mujer delgada con el cabello cano y un atuendo similar al de la mujer de la pierna tullida. Parecía que el color negro era el elegido por las guardianas de la institución.

—Bienvenido, señor Berger —dijo la recién llegada.

Lajos tomó la mano de la mujer entre las suyas y la besó mientras murmuraba caballerosamente:

—Señorita Steinger, encantado de conocerla.

—La condesa Augusta Novak nos ha hablado muy bien de usted y de su familia —respondió la otra.

Lajos sonrió unos segundos para después atusarse el bigote, un tanto ruborizado. Otti sabía que a su padre no le gustaba relacionarse con gente extraña, mucho menos si eran de la gran ciudad y esperaban de él modales refinados y palabras vacías.

—La condesa Novak es muy amable, ya lo creo que sí —dijo Lajos. Hizo una pausa. Parecía haberse quedado en blanco, pero luego añadió—: Señorita Steinger, ante todo quiero agradecerle que haya admitido a mi hija Otilija en su prestigioso internado.

—Oh, cualquier familiar de la condesa Novak es bienvenido aquí. Su hija está en buenas manos, no debe preocuparse. Le prometo que cuando salga lo hará convertida en toda una mujercita.

Lajos se despidió de ella sin mucha ceremonia, se limitó a depositar un beso en su frente y dar media vuelta. A Otti se le hizo un nudo en la garganta, pero, antes de que pudiera dar rienda

suelta a cualquier muestra de sentimentalismo, apareció la mujer que les había abierto la puerta un rato antes y la condujo hasta los dormitorios.

La ventana del cuarto daba al jardín. No había nadie cuando entró, así que Otti se dejó caer sobre uno de los colchones y cerró los ojos. Al instante, unas manos la zarandearon y ella se incorporó asustada. De pie junto a la cama había una muchacha rubia con el pelo repleto de tirabuzones y un enorme lazo rojo la cabeza.

—¿Es que acaso es usted sorda? —le espetó.

Otti observó el rostro de la joven en silencio. Tenía una cara redonda y colorada, y sus ojos eran de un intenso color azul. Le llamaron la atención la exquisita curva de sus cejas y la nariz respingona. Había algo en la expresión de la muchacha que le resultó sumamente antipático, pero intentó hacer gala de sus mejores modales, puesto que era su primer día.

—Lo siento, no sabía que la cama estaba ocupada —contestó —. Y sí, para su información debo decirle que estoy sorda. Así que, cuando se dirija a mí, le ruego que lo haga de frente para que pueda leer sus labios.

De buena gana, Otti le hubiera soltado una fresca o habría estirado uno de sus ostentosos tirabuzones. Estaba acostumbrada a tener que defenderse a cada rato. En Vörösmart conocían su carácter. La sordera la había convertido en un soldado, siempre dispuesta a luchar para no ser pisoteada como una cucaracha. De nuevo vinieron a su mente los consejos de Zsófia: «Y sobre todo sé amable. No te metas en líos».

—Oh, lo que me faltaba, una retrasada en el cuarto, como si no tuviese suficiente con contemplar cada día la cojera de la señorita Fink.

—Puede estar tranquila, no es contagioso —se defendió Otti.

—Lo que usted diga o piense me trae sin cuidado. Levántese de la cama.

—Lo haré si me lo pide con amabilidad.

—¿Amabilidad? Yo no acostumbro a ser amable con nadie. —La joven soltó una carcajada que a Otti le pareció eterna—. Por cierto, tiene una voz muy desagradable. ¿Todas las sordas hablan

como si se hubieran tragado una bocina?

Herida en lo más hondo, Otti apretó los puños. No quería perder el control ni rebajarse ante aquella chica insoportable, por lo que, haciendo acopio de valor, contestó con toda la ironía de la que fue capaz:

—No, algunas tenemos voz de ganso.

La joven la miró sorprendida. Durante unos instantes pareció quedarse sin palabras. Luego, sacudiendo despreocupadamente la cabeza, dijo:

—Oh, vamos, es una broma. No sabía que las chicas de pueblo eran tan sensibles. No tema, esa no es mi cama, ni tampoco tendrá que compartir la habitación conmigo. Yo estoy en la otra ala de la casa, la de las veteranas. Solo he venido a conocer al nuevo miembro del rebaño. Disfrute de su estancia en el internado, señorita Berger. Por cierto, me llamo Alice Weber y aquí soy la que manda. Será mejor que empiece a acostumbrarse. —Giró sobre sus talones dispuesta a abandonar la estancia, pero de repente se detuvo y añadió—: Y que sepa que no me gustan los judíos. Mi padre dice que huelen mal, y tiene razón.

Otti se quedó atónita. La habían insultado muchas veces por ser sorda, pero nunca por judía. Una losa pesada acababa de caer sobre ella y una parte de su mundo se vino abajo. Aquella noche, sin saber por qué, durmió con la ventana abierta.

Alice Weber tenía un color de pelo horrible, determinó Otti para sus adentros mientras hacía tamborilear sus dedos sobre el pupitre. Había escrito sobre la mesa en lápiz las palabras *rubio sucio* y después las había borrado. Sin embargo, la marca persistía. La señorita Salburg, una mujer bajita con la voz engolada y la manía de cerrar los ojos mientras hablaba, se acercó a ella. Otti cubrió la mancha con el brazo y disimuló con una sonrisa. Todas las profesoras sabían lo de su sordera y la trataban con cierta condescendencia. Era obvio que sentían lástima y estaban convencidas de que su labor iba a ser en vano. Aun así, eran corteses porque a Otti Berger la había apadrinado la condesa

Augusta Novak.

La tía de Otti era una aristócrata, una mujer sumamente respetada que despertaba simpatías y odios a partes iguales, aunque por el momento nadie osaba desafiarla. Solo Ida se atrevía a despotricar contra ella en privado. Solía decir que los excesos de Augusta rayaban el mal gusto y que no era decente que una mujer tuviese tanto dinero. A Otti, en cambio, le parecía una mujer fascinante, a pesar de que solo la había visto una única vez muchos años atrás, en una ocasión en la que Augusta había ido de visita a casa de sus padres.

—Señorita Berger, ¿está atenta a la lección? —preguntó la señorita Salburg.

Otti se irguió en el asiento.

—Por supuesto que sí, Fräulein. Hablaba usted del término *trágico* en la literatura de Goethe —contestó.

La profesora se llevó las manos al pecho y las entrelazó con fuerza.

—Señorita Berger, me lo pone usted francamente difícil. Fue ayer cuando hablamos del peso trágico de la obra de Goethe. Me temo que hoy hemos viajado un poco más lejos en el tiempo. ¿Le suena de algo Julio César? ¿Podría traducirme la frase que he escrito en la pizarra?

Otti leyó la frase varias veces y contestó:

—«La gente piensa lo que le da la gana y hace bien».

Se oyeron risitas a su alrededor.

—Silencio —pidió la señorita Salburg—. Su traducción es tan libre como el uso que hace usted del uniforme.

Otti echó un vistazo a su ropa y se dio cuenta de que se había puesto la falda azul de hacer gimnasia en vez de la roja de asistir a clase. También había olvidado ponerse las medias y escondió sus tobillos desnudos bajo el pupitre.

—¿Alguna de ustedes es capaz de darle a su compañera la traducción exacta de la frase?

En la primera fila, Alice Weber levantó el brazo y la señorita Salburg le hizo un ademán para que se levantara. La muchacha se puso en pie de forma ceremoniosa, aclaró su garganta y pronunció

en perfecto latín:

—*Fere libenter homines id quod volunt credunt*. «La gente casi siempre cree de buena gana lo que quiere.»

—Muchas gracias, señorita Weber, felicidades. ¿Le ha quedado claro, señorita Berger?

—Sí, Fräulein Salburg.

—Bien, seguiremos mañana. Señoritas, pueden recoger sus cosas.

Las muchachas salieron del aula en orden. Otti era consciente de que sus compañeras la evitaban. Desde que había llegado a la escuela ninguna se había acercado a hablarle y estaba convencida de que tras aquel vacío estaba Alice Weber. La veterana la había tomado con ella. Cerca de la puerta, alguien le puso la zancadilla y Otti trastabilló, empujando sin querer a la señorita Salburg. La mujer la increpó malhumorada:

—¡Oh, pero qué torpe es usted! ¿En qué está pensando?

Con el rabillo del ojo, Otti vio cómo Alice Weber se escabullía escaleras abajo mientras reía acaloradamente con otras dos estudiantes.

Alice se divertía propagando rumores contra ella, historias macabras, difíciles de creer, pero que sus compañeras de internado estaban dispuestas a admitir por el simple hecho de que nadie podía poner en duda la palabra de la líder del grupo. Así, había inventado que los judíos nacían de la boca del diablo y que por eso su aliento olía a azufre o que si alguien se acercaba a un judío corría el riesgo de quemarse. También aseguraba que los judíos daban mala suerte y que estaba prohibido tocarlos. Para retorcer más el asunto, aseguraba que los judíos sordos se transformaban en bestias por la noche y robaban el alma de las personas. Todas fingían escandalizarse y Alice reía encantada de su poder de persuasión.

Otti no quería preocupar a su familia con el acoso de Alice, así que en las cartas soslayaba el tema y les contaba que todo estaba en orden, que el internado era un lugar maravilloso y que

sus compañeras la habían acogido con cariño.

Un día, cuando llevaba unos tres meses en el internado, aprovechó uno de los descansos entre clases para sentarse bajo una vieja haya del patio. Se había acostumbrado a estar siempre a solas. Sacó una manzana del bolsillo y se puso a mordisquearla mientras dibujaba en un cuaderno. El lápiz parecía bailar solo sobre el papel, como movido por su propia voluntad, y, poco a poco, de su punta fue surgiendo el rostro de Alice, aunque con los rasgos ridículamente desencajados.

—Rubio sucio, eso es. El pelo de Alice Weber es de un rubio muy sucio, como el morro de un cerdo manchado de barro —dijo en voz baja Otti.

Estaba tan concentrada que no se percató de que Alice y dos o tres niñas más se habían acercado hasta donde ella estaba sentada. Solo levantó la cabeza cuando notó que alguien se había situado enfrente, tapándole la luz del sol.

—Repita eso —dijo Alice.

—¿El qué? —contestó Otti con fingida expresión de inocencia.

—Que soy como el morro de un cerdo manchado de barro.

—Si usted lo dice.

—Oh, ¿será posible? Acabo de oírlo de su propia boca. Tiene razón mi padre, los judíos sois escoria.

—Prefiero mil veces eso a ser una niñata consentida y acosadora como usted —contestó Otti sin titubear.

—La opinión de una judía sorda no me interesa lo más mínimo.

—Ni a mí la de un cerdo con el hocico manchado de barro —volvió a decir Otti. Y, para darle más énfasis a su opinión, frunció la cara y añadió, imitando los gruñidos de un cerdo—: Oink, oink, oink.

Sin mediar palabra, Alice Weber se lanzó hacia ella y ambas cayeron al suelo con los cuerpos enredados. La pelea no duró demasiado, pero aun así no hubo un solo pedazo del rostro de Alice que Otti no mordiera. Tampoco la otra se quedó corta, y a cada ataque de Otti respondía con mayor fiereza. Cuando lograron separarlas, las dos llevaban restos de pelo de su contraria en las

manos y estaban manchadas de tierra, saliva y sangre.

Su tía era más alta, más poderosa, más imponente de lo que Otti recordaba. Todo en ella era extraordinario y excesivo: el perfume, los gestos, la arrogancia de las plumas de su sombrero, la abundancia de sus senos queriéndose salir de la camisa de encaje. La atención de Otti se detuvo un instante en su rostro. Parecía una luna llena con las mejillas teñidas de rosa. Imaginó que debía de dedicar mucho tiempo a comer y poco a la práctica de ejercicio. Ese pensamiento la hizo reír.

Se encontraba en el despacho de la directora. La tía Augusta y la señorita Steinger habían tenido antes unas palabras en privado y luego la habían llamado a ella para que acudiera. El ambiente en la habitación era tan tenso que se podía cortar.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia, señorita? —dijo Augusta señalándola con la punta de su bastón.

—Nada, señora, yo... —balbució Otti.

—Bien, pues compórtate. La señorita Steinger ha querido darme detalles sobre tu incidente con otra compañera, pero le he dicho que sería mejor que estuvieras presente.

A Otti se le resecó la garganta y el corazón empezó a latirle con fuerza. La tía Augusta tenía el poder de convertir en polvo al resto de las personas que la rodeaban, tal era su magnetismo. ¿Qué pasaría cuando la directora le relatara su pelea con Alice? Reparó entonces en un detalle que no había visto antes y se quedó pasmada. ¿Cómo era posible que le hubiera pasado desapercibido? La tía Augusta usaba pantalones. Eso la tranquilizó. Una mujer con pantalones era símbolo de modernidad. Sin duda, tendría una mente liberal y un temperamento poco propenso a escandalizarse.

La señorita Steinger se apresuró a intervenir:

—Como le he dicho antes, señora Novak, le agradezco infinitamente que haya hecho un hueco en sus actividades para venir hasta aquí.

—Por favor, vaya al grano, señora Steinger —la interrumpió la condesa.

La directora hizo una mueca de disgusto, que enseguida se apresuró a disimular.

—Por supuesto. Verá, señora condesa, hace unos días tuvimos un pequeño contratiempo. Nada grave, pero me vi en la obligación de ponerla sobre aviso. Su sobrina, la señorita Berger, protagonizó junto a la señorita Alice Weber un desagradable incidente. Ya sabe lo estrictos que somos en el internado María Luisa de Austria, por eso...

—De modo que, nada más llegar a Viena, la pequeña Otilija Esther Berger se ha metido en un lío. —Los finos labios finos de Augusta Novak se torcieron en una pícara sonrisa.

Otti sintió el impulso de defenderse. La directora no estaba contando toda la verdad o, cuando menos, estaba dando una versión sesgada de los hechos. Dando un paso al frente se atrevió a decir:

—No era mi intención, señora. Yo no quería pegar a Alice.

—Puedes llamarme tía Augusta. Al fin y al cabo, somos familia. Bien, sobre el incidente, debo decirte que a tu edad a mí también me gustaba divertirme.

—Condesa Novak —terció la directora—. Yo no llamaría diversión al hecho de saltarse las reglas y ser un mal ejemplo para el resto de las alumnas.

—Oh, vamos, ¿es que usted nunca se ha revolcado por el suelo? De cualquier modo, tampoco hay que montar tanto alboroto por una pequeña travesura, ¿no le parece? Todo tiene remedio —dijo sacando un talonario de su bolso.

La señorita Steinger enrojeció.

—Visto así quizá tenga razón —contestó sin quitarle ojo a los movimientos de la condesa Augusta, que se había acercado hasta su mesa para firmar el talón—. Sin duda, todo se puede arreglar. Al fin y al cabo, son solo unas niñas. Y, aunque en el internado María Luisa de Austria tenemos unas reglas estrictas, eso no significa que no podamos ser comprensivos.

La condesa le tendió el cheque con desprecio y la directora Steinger lo sostuvo un momento en el aire con expresión arrobada.

—Dime una cosa, ¿empezaste tú la pelea? —preguntó

Augusta volviéndose hacia Otti.

—Sí —afirmó ella, aun a sabiendas de que había sido Alice.

—Entonces doy por hecho que la que comenzó la trifulca fue la otra encantadora damisela. —Se dirigió hacia la directora y añadió—: ¿Cómo ha dicho que se llamaba? ¿Alice Weber? Verá, señorita Steinger, en mi familia tenemos la costumbre de cargar con la culpa de todo. No nos han educado para ser unas delatoras. Y ahora, si me lo permite, voy a llevarme a esta niña y a la otra, la señorita Weber, a mi casa.

—Pero, señora Novak, no pueden salir de aquí. Están castigadas —respondió alarmada la directora.

—No se preocupe, tiene mi palabra de honor de que voy a cuidarlas como un tesoro. Cuando se las devuelva estarán tan mansas como dos gatitos. Confíe en mí. Sé cómo inculcar una férrea disciplina. Otti, recoge tus cosas y espérame en el coche. Y usted, Fräulein Steinger, tenga la bondad de llamar a Alice Weber.

La voluntad de Augusta Novak fue cumplida en el acto y la directora no puso más objeciones. Después de todo, no había nada que no pudiera arreglar un jugoso donativo.

Tía Augusta dio un par de vueltas alrededor de un coqueto quiosco antes de detener el coche de motor. Conducía ella misma, algo que había dejado estupefactas a las niñas. Cuando al fin logró aparcar, un lacayo corrió a abrirle la portezuela.

—¡Diantres, tía Augusta, esto es un palacio! —exclamó Otti.

Se habían detenido frente a una suntuosa mansión de construcción reciente. En Viena se comentaba que Augusta Novak había mandado derribar un antiguo palacete para que el arquitecto Otto Wagner pudiera dar rienda suelta al nuevo estilo arquitectónico al que la burguesía acababa de rendirse: el modernismo.

—No, querida. El palacio lo he derribado para poder construir esta obra de arte. Recuerda: el arte es lo único que salvará a la humanidad —contestó Augusta corroborando los rumores.

—Eso mismo pienso yo —afirmó Otti.

Al oír estas palabras, tía Augusta acarició el rostro de su sobrina con la mano enguantada. Parecía asombrada de que sus opiniones concordaran, al fin, con las de un miembro de la familia Berger.

Una doncella de edad avanzada tomó del brazo a las niñas y las obligó a subir la enorme escalera del hall, para conducirlas a los aseos de la planta superior. Alice se resistió, pero la doncella no se andaba con pamplinas y hasta que consiguió que se desnudaran y se metieran en la bañera no paró. Cuando estuvieron limpias y aseadas, les entregó unas elegantes prendas de hombre.

—La señora quiere que se pongan esto —dijo.

—¿Por qué quieren que nos vistamos así? ¿Es que la señora Novak no tiene ropa de mujer? —replicó Alice.

—No me pagan para contestar tus preguntas —contestó la doncella con sequedad.

En el jardín, al amparo de una pérgola, tía Augusta tomaba el té en compañía de otras dos damas. Una de ellas leía en voz alta:

*Y vino el mar a besar los labios de mi sexo,*
*un día en que los ángeles habían salido a pastar tormentas.*
*Y caí,*
*rendida de amor y plomo hacia la indiferencia*
*del invierno.*

—Bravo, querida. Estos versos son insuperables —aplaudió la tía Augusta cuando la mujer terminó de leer—. Ni Baudelaire lo hubiera escrito mejor.

Las niñas se acercaron al grupo precedidas por la doncella. Alice no paraba de protestar y se rascaba el cuello. Le molestaba la corbata y el chaqué le venía grande. Tía Augusta reparó en su presencia.

—Veo que ya estáis preparadas, jovencitas —dijo observándolas de arriba abajo.

—¿Qué significa todo esto, tía? —preguntó Otti.

—Aguarda y verás —contestó. Luego, dirigiéndose a la mujer que acababa de leer el poema, añadió—: Anna, esta es mi sobrina,

Otilija Esther Berger. ¿Querrás ser su madrina?

—Con mucho gusto.

—Y usted, Louise, encárguese de la señorita Weber.

La aludida asintió con la cabeza. Más tarde, las dos muchachas sabrían que aquellas dos mujeres eran las mejores amigas de la tía Augusta. Anna era poeta y Louise se dedicaba a la pintura.

—No entiendo —intervino Otti.

—Es muy sencillo —contestó Augusta—. Dado que vuestro comportamiento en el internado ha sufrido un capítulo bochornoso, os doy la oportunidad de remediarlo. Ahora tenéis la posibilidad de limpiar vuestro honor. Vais a batiros en duelo.

—¡Está usted chiflada! —espetó Alice.

Hizo un ademán de querer marcharse, pero Louise se lo impidió cortándole el paso. Acto seguido, sin esperar más protestas, golpeó teatralmente el rostro de Alice con un guante de cuero.

—Dese usted por ofendida —dijo disimulando la risa.

—No se enfade, señorita Weber —dijo la tía Augusta con un deje de ironía—. Su madrina, Louise Lebrun, es una mujer de temperamento. Y lo mismo puede decirse de mi querida amiga Anna Gross.

—Quiero regresar a la escuela inmediatamente —protestó Alice—. O me sacan de aquí o se las tendrán que ver con mi padre.

Haciendo oídos sordos a las quejas de la muchacha, la tía Augusta se levantó, dio unas palmadas en el aire y un par de sirvientas aparecieron llevando una bandeja repleta de tartas de nata y merengue.

—Bien, señoritas —dijo Augusta—, yo seré la jueza de este duelo de tartas. ¿O preferirían que fuera un duelo de pistolas? Poseo un considerable arsenal en mi sala de armas, pueden elegir la que más les guste.

Alice palideció y a punto estuvo de desplomarse de no ser porque los brazos de Louise Lebrun la sostuvieron.

—Me lo temía —volvió a decir Augusta—. Nos conformaremos entonces con un duelo menos traumático.

Señoritas, vencerá aquella que más pronto se desprenda de las tartas y más dianas haga en el rostro de su rival. ¡A sus puestos!

Otti se precipitó hacia las tartas y arrojó la primera al rostro de Alice, que lanzó un grito de estupor y le devolvió el golpe. Estaban empatadas. De hecho, ninguna de las dos logró ventaja hasta el último momento, cuando Otti, girando sobre sí misma para tomar impulso, lanzó la última tarta y derribó con el golpe a Alice Weber. No hubo vencedoras. Tía Augusta dio por zanjado aquel dulce combate y ordenó a las muchachas tomar un baño y cambiarse de ropa. Después merendaron todas en calma.

Otti y Alice pasaron unos días más en aquella mansión fabulosa donde la poesía, el arte y la modernidad se daban la mano. Esto les dio la oportunidad de acercar posturas. De alguna forma, allí, lejos del internado, Otti tuvo la ocasión de ver a Alice de una manera nueva y se dio cuenta de que, a pesar de su carácter caprichoso, la muchacha era lista y tenía hambre de mundo. Alice deseaba por encima de todo romper las férreas reglas que sus padres le habían impuesto; anhelaba rebelarse contra ellos, pero no tenía el coraje. Sus arrebatos de cólera y su crueldad eran fruto, en realidad, de una profunda frustración. Al descubrir todo esto, Otti sintió pena por Alice y su odio hacia ella comenzó a disiparse. Para cuando regresaron al internado, si bien no se habían hecho amigas, podía decirse que sí habían limado las antiguas asperezas.

Una noche, burlando la guardia de las profesoras, Alice escapó por la ventana del cuarto para encontrarse en el jardín con un joven. Se llamaba André y tenía dieciséis años. Alice estaba loca por él. Incluso se habían besado en la boca. Otti conocía su relación, pero no quiso ir con el cuento a la directora. Su tía Augusta tenía razón: las Berger no eran unas delatoras.

Aquella noche, las amigas de Alice se quedaron dormidas, olvidándose de hacer su guardia, y la dejaron fuera. Desesperada, Alice buscó la primera ventana abierta, que resultó ser la de Otti. Entró despacio, tratando de no hacer ruido, pero sin querer chocó contra la cama de Otti y la despertó. En ese momento, la puerta de

la habitación se abrió de improviso y Fräulein Witzel asomó su nariz picuda.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Por qué están ustedes dos despiertas a estas horas? ¿Y qué hace la señorita Weber en el dormitorio de la señorita Berger?

Otti, que entendió de inmediato lo que había ocurrido, improvisó rápidamente una actuación: se desplomó en el suelo y empezó a jadear como si estuviera sufriendo un ataque de asma.

—Fräulein, menos mal que está usted aquí —dijo Alice siguiéndole el juego—. Estaba a punto de ir a buscarla. La señorita Berger no se encuentra bien y me pidió ayuda. Por eso estoy aquí.

Otti tosió de forma dramática y habló en un susurro:

—Así es, Fräulein. No me encontraba bien y salí al pasillo para pedir ayuda. Grité, pero no me oyó nadie excepto Alice.

—He abierto la ventana para que pudiera respirar un poco de aire —apuntó Alice—. La pobre casi se ahoga; menudo susto me ha dado.

—En ese caso será mejor que avisemos a un médico —dijo la señorita Witzel.

Entonces Otti se incorporó de un salto.

—No será necesario, ya me encuentro mucho mejor. Solo quiero descansar.

En cuanto Fräulein Witzel abandonó la habitación, las dos muchachas rompieron a reír.

—Eres un caso —le dijo Alice—. Te debo una.

Este hecho marcó un antes y un después en la relación de ambas. Otti deseaba tener una confidente, esa amiga con la que poder intercambiar secretos cada noche. Alice, por su parte, pareció darse cuenta de que Otti era una persona leal. Sea como fuere, desde ese día comenzaron a tratarse. Al principio de forma tímida, solo unas palabras en el recreo o en los pasillos. Luego, Alice fue acercándose a ella para hablarle de André, el joven que le gustaba, de sus padres, de las ganas que tenía de ver mundo... Otti la escuchaba en silencio. A pesar de que procedían de mundos muy diferentes, se daba cuenta de que las dos estaban deseosas de experiencias y que tenían espíritus inquietos.

Otti seguía visitando a su tía los fines de semana o los festivos. Un día, Alice le preguntó si podía acompañarla. Se ahogaba en el internado, le dijo. Además, sus padres nunca venían a visitarla ni le permitían que fuera a casa demasiado a menudo. Necesitaba tomar aire, ver cosas nuevas. Otti le preguntó a su tía si le parecía bien y esta no puso ningún inconveniente.

A Otti la compañía de las extravagantes amigas de su tía la fascinaba; le abría las puertas de un mundo nuevo, de unos horizontes que hasta entonces ignoraba. Una tarde, Louise las acompañó a ella y a Alice al Museo Albertina, donde estaba expuesta la obra de la pintora rusa Natalia Goncharova, a la que ella seguía con fervor. Su famoso cuadro *La vaca azul* hizo reír a Alice, quien, pese a sus intentos por comprender las nuevas vanguardias del arte, seguía considerando las corrientes modernas como algo carente de sentido, fuera de todo orden. En cambio, Otti estaba embelesada.

Louise, al percatarse de su interés, la puso al corriente del trabajo de Goncharova. Así fue como Otti escuchó hablar por primera vez del grupo artístico El Jinete Azul, fundado por los pintores Vasili Kandinsky y Franz Marc, grupo al que pertenecía Natalia Goncharova. Mientras Louise hablaba, Otti sentía que aquellas pinturas le hacían entrever un deseo, incipiente aún: ella también quería ser artista, expresar sus sentimientos mediante el arte, utilizar el color para gritar.

Tía Augusta solía aleccionar a las muchachas sobre el papel de la mujer y no perdía oportunidad para sembrar en ellas el nuevo pensamiento feminista. Al escucharla, Otti siempre pensaba en su madre y comprendía que la guerra entre las dos mujeres nunca iba a cesar. Ida no comulgaba en absoluto con la idea de libertad e igualdad femenina y tampoco aprobaba la forma de vida de su tía, a la que tildaba de demasiado ligera. Su madre era una judía tradicional y no veía con buenos ojos los tiempos modernos. Sin embargo, la condesa Augusta Novak insistía en su prédica y aprovechaba cualquier momento para lanzar su discurso. Una tarde, mientras se colocaba el sombrero frente al espejo del hall y las niñas se preparaban para salir con ella, les dijo:

—Queridas niñas, tenéis que pensar en el futuro. Y el futuro no pasa por un matrimonio acordado, unos hijos ruidosos y una casa con más cuartos de baño de los necesarios. —Calló un momento y detuvo sus ojos de lechuza sobre las figuras espigadas de Otti y Alice—. El futuro de la mujer pasa por encontrar un sitio propio y tener voz. La mujer está en su derecho de cursar estudios universitarios. ¿Qué pensáis vosotras acerca de esta cuestión?

Alice se encogió de hombros y se puso a juguetear con los volantes de su blusa. Otti era consciente de que había preguntas que su nueva amiga era incapaz de contestar. Para ella, las visitas a la mansión parecían ser un juego, una distracción que la salvaba de la tediosa rutina del internado. Por otro lado, a Alice no la habían educado para responder preguntas trascendentes. Lo que su familia esperaba de ella era un buen matrimonio y unos hijos que perpetuaran el apellido.

Augusta Novak repitió su pregunta y, antes de que Alice pudiera contestar, Otti se precipitó a decir:

—Yo sí pienso en el futuro, tía, y quiero todo eso para mí. Quiero ir a la universidad y tener mi propia voz —afirmó levantando la mirada hacia la gran lámpara de lágrimas que presidía el hall.

La tía Augusta dejó escapar una carcajada de satisfacción.

—Lo sabía. Estaba convencida de que no ibas a decepcionarme, señorita. Un pajarito me ha dicho que sacas muy buenas notas y que despuntas en idiomas y en todas las tareas que tienen que ver con la creatividad y los trabajos manuales.

—Me gusta crear cosas con las manos.

—¿Sabes qué pienso? Que serías una arquitecta maravillosa. Tienes carácter, ideas frescas. ¿Te imaginas llegar a ser la primera arquitecta de la familia? ¿A que suena de maravilla? Conozco a uno de los mejores arquitectos de este momento. Recuérdame que un día de estos te lo presente, te gustará hablar con él, que te cuente en qué consiste su trabajo. Creo que ahora anda por París, aunque siempre tiene motivos para visitar Viena.

Otti negó con la cabeza.

—Me encantaría trabajar con telas.

—Por Dios, hay que pensar más allá de las telas —dijo su tía terminándose de atusar las plumas del sombrero. Después, encarando a Alice, volvió a preguntar—: ¿Y tú, pequeña? ¿Qué quieres hacer?

Alice se quedó callada. Por un momento pensó en mentir, pero finalmente contestó con desgana:

—Mis padres quieren que me case con un hombre rico, tenga hijos y tal vez una mansión parecida a esta.

—¿Y tú qué quieres? —preguntó tía Augusta con los brazos en jarras.

—No lo sé, señora. Pero apoyaré la decisión de Otti de ir a la universidad, y cuando tenga su propio negocio compraré sus telas, aunque no me gusten.

Antes de salir, Otti tomó a su amiga del brazo y le dijo:

—¿Aunque no te gusten? Bromeas. Nadie podrá resistirse a las telas de Otilija Berger.

# Penélope

Penélope sube a su viejo Seat León. El interior está sucio. Hay lienzos desordenados en la parte de atrás, algunos pinceles tirados en el suelo, botes de pintura, folletos, bolsas de patatas fritas vacías, un cartón de tabaco Marlboro. Antes de poner el coche en marcha, se da cuenta de que sobre la alfombrilla del asiento del copiloto hay una tela de colores. Enseguida lo reconoce, es el pañuelo de su madre. Se le ha debido de caer cuando la ha llevado a casa después del entierro. El pañuelo es una joya familiar que ha pasado de madres a hijas. La primera en lucirlo fue su bisabuela Mercè. Tiene que admitir que le gusta. Puede que sea la única joya que desee heredar cuando toda la saga maldita de los Ribó llegue a su fin: un viejo pañuelo de colores ardientes. Con ese pensamiento, Penélope introduce la llave en el contacto y pone rumbo al hospital para visitar a su tío Antoni.

Lo encuentra en el patio, acuclillado al pie del sauce. Lleva su vieja chaqueta de chándal y los pantalones se le bajan hasta mostrar la regata del culo. El largo flequillo le cubre los ojos y él sopla de vez en cuando para apartarlo. Sus manos excavan la tierra sin descanso. Cuando Antoni se obsesiona con algo, no tiene fin. Padece esquizofrenia, según los psiquiatras debido a un trauma sufrido durante su infancia, aunque en la familia nadie habla del tema. Su comportamiento es errático, pero no violento, y su pensamiento fluctúa entre la realidad y la fantasía. Penélope nunca está segura de lo que va a encontrarse, si va a poder hablar con él o, por el contrario, su tío va a ponerse a divagar. Sus temas de conversación favoritos son Dios, la poesía y el sexo. Cuando está nervioso, también suele hablar de los fantasmas que habitan Can Ribó y del tesoro que hay enterrado en la casa.

Antoni es poeta. Estudió filología y llegó a publicar varios

libros antes de tener que ser ingresado. Penélope ha leído su obra y le parece magnífica; cree que su tío es una especie de poeta maldito, como en su día lo fueron Rimbaud o Baudelaire. Sin embargo, desde que está en el psiquiátrico escribe siempre los mismos poemas de forma compulsiva, idénticos versos sin levantar el boli del papel, dejándose llevar por el delirio.

—Hola, tío Antoni —susurra Penélope agachándose junto a él.

Antoni levanta el rostro y, al sonreír, deja al descubierto la mella de sus dientes. Después saca la lengua y la hace serpentear un instante en el vacío. La tiene de color amarillo por la medicación. No tarda en meter la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar una hoja plegada cuidadosamente en cinco partes.

—He escrito este poema para ti. Es nuevo —le dice poniéndole un papelito en la palma de la mano—. Sabía que vendrías a verme. No quiero que me lo roben. Aquí, a la que te descuidas, te lo roban todo. Ya no tengo calzoncillos, ¿sabes? Dile a tu madre que no tengo calzoncillos y que de noche me hago pis en el colchón, como cuando éramos niños. Ella también se hacía pis, ¿te lo ha contado?

Habla atropelladamente y las palabras se amontonan en su boca.

—No, no me lo ha contado. Ya sabes que mamá es como una tumba.

—Una tumba —repite Antonio con los ojos apuntando al vacío—. Como Can Ribó. Allí hay una tumba enorme llena de tesoros.

Penélope saca un paquete de tabaco y le ofrece un cigarrillo.

—Verás, tío, precisamente he venido a decirte que...

El tío Antoni muerde la boquilla con sus dientes menudos, se sube el pantalón del chándal y se sienta en un banco. Con un gesto, invita a su sobrina a que lo acompañe. Entonces la mira y acerca su mano al pelo rosa. Ríe como un niño. Parece que le gusta el color y desordena su melena. Penélope sabe que está tranquilo y que van a poder conversar, por lo menos durante un rato.

—Verás, tío —le dice—, mi madre quiere vender Can Ribó.

He preferido venir a decírtelo personalmente para avisarte y que estés preparado.

Antoni fuma despacio, con la mirada apuntando a un cielo limpio de nubes.

—No tienes por qué firmar —continúa Penélope—. No estás obligado. Puedes negarte. Mi madre pretende cerrar el trato dentro de unos días y yo...

—Está bien, que venda.

—¿Disculpa?

—Que me parece perfecto que venda la casa.

Penélope no puede dar crédito a lo que está escuchando. ¿A qué se debe esa actitud desprendida? Siempre ha creído que su tío amaba Can Ribó.

—Pero, tío —vuelve a hablar Penélope un tanto confundida —, es nuestra casa, allí está nuestra historia.

Antoni da una calada honda, muerde la boquilla y la introduce en su boca para hacerla desaparecer. Luego la escupe y se echa a reír.

—Firmaré para que los fantasmas dejen de hacerle daño a tu madre. Se lo debo.

—No entiendo... Pensé que te gustaba la casa. ¿Y el tesoro del que siempre me hablas?, ¿qué pasará con él?

Antoni pone un dedo sobre sus labios para hacerla callar. Un dedo largo y sucio, con la uña mordida.

—Firmaré, díselo a tu madre, pero a cambio quiero que me traigas putas y calzoncillos —dice.

Penélope lo mira sin comprender, con la sospecha de que hay algo que se le escapa. Sin embargo, cuando trata de indagar, su tío regresa al pie del sauce y empieza a excavar la tierra con las manos otra vez. Sabe que es inútil insistir. Su tío está ahora muy lejos. Se pone en pie y se despide, prometiéndole que volverá a visitarlo pronto. Luego, se encamina hacia la salida mientras piensa que en su familia todo son silencios, secretos y fantasmas ardiendo en un cajón.

Esa noche, dibuja a su tío luchando con uno de los fantasmas de los que tanto habla. Ninguno de los dos tiene rostro, solo un

hueco oscuro por donde desfila el miedo.

# Otti

## Primavera de 1911

El hilo rojo zigzagueó en el aire y pasó de las manos de Otti a las de Alice. Las muchachas estaban sentadas frente al ventanal del invernadero mientras la lluvia caía con insistencia al otro lado. Llevaban un buen rato bordando y ya empezaban a aburrirse. Junto a ellas, tía Augusta escuchaba en su gramófono la *Sinfonía número 5* de Gustav Mahler una y otra vez, sin darle descanso a su espíritu atormentado. El gran maestro se estaba muriendo. Ya era oficial. Tanto la prensa de Viena como los corresponsales de otros países hacían guardia frente a la casa del músico día y noche a la espera de noticias. Su agonía se iba publicando con todo detalle en los diversos diarios y tía Augusta les había pedido a las chicas que rezaran por el alma del compositor.

Estaban a principios de mayo. Las muchachas habían acabado sus exámenes, y Otti había conseguido superar con excelentes notas todas las asignaturas. Por ese motivo, la señorita Steinger le había permitido tomarse unos días de vacaciones. Alice no había tenido tanta suerte con sus resultados, pero una discreta llamada de la condesa a la directora había sido suficiente para que se le permitiera acompañar a su amiga. Ahora, ambas disfrutaban de su merecido descanso. En realidad, tía Augusta buscaba en ellas consuelo y compañía. Hacía muchos años que gozaba de la amistad del músico y de su joven esposa, de ahí la tristeza que la embargaba en aquellos momentos.

Al caer la tarde, las tres mujeres subieron a cambiarse para la cena. Otti, desde su habitación, oyó cómo Alice abría los grifos de la bañera y dejaba correr el agua. Su amiga solía tardar una

eternidad en acicalarse, así que se puso a mirar distraídamente por la ventana mientras la esperaba. Seguía lloviendo, aunque con menos fuerza que antes. De repente, por el sendero que conducía a la casa apareció un coche. A Otti le resultó extraño, ya que su tía no había mencionado que esperasen visitas. Sintió curiosidad y apretó el rostro contra los cristales. No tardó en descender del coche una persona envuelta en una amplia capa con capucha que se escabulló hacia el interior de la casa.

Sin hacer ruido, Otti abandonó su habitación y bajó las escaleras de puntillas hasta el primer piso. Algo la hizo detenerse, una especie de intuición, y para no ser vista se ocultó tras uno de los grandes jarrones chinos a los que su tía tenía tanto aprecio. Una figura embozada pasó a su lado como una exhalación y se dirigió a una de las alcobas reservadas a los huéspedes más insignes. En el momento en que se disponía a abrir la puerta, se desprendió de la capucha y Otti, desde su escondite, vislumbró una larga cabellera castaña y un precioso perfil de mujer.

Intrigada por lo que acababa de ver, la muchacha regresó a su dormitorio, preguntándose quién sería la mujer con la que se había cruzado en el pasillo y a qué se deberían sus prisas. Pero no tuvo tiempo de perderse en demasiadas conjeturas, pues tras el cristal ya se anunciaba la llegada de otro coche. Esta vez el que se apeó fue un hombre.

—¿Se puede saber qué estás fisgoneando? —le preguntaron tocando su hombro.

Sobresaltada, se volvió. Alice acababa de salir del baño y se estaba secando el cabello con una toalla de mano. Otti enseguida la puso al corriente de lo ocurrido.

—¿Y por qué no me has avisado? Me habría gustado acompañarte y ver a la mujer —le reprochó Alice.

—Porque hubieras tardado demasiado —le contestó Otti.

—¿Y tienes idea de quiénes eran?

—No lo sé. Tendremos que investigar. Ahora, vístete.

Su tía las esperaba en el comedor. Se había empolvado las mejillas para disimular su palidez y se había puesto un sobrio vestido negro. No llevaba más joyas que un camafeo y su anillo de

esmeraldas en el dedo anular.

—Si mañana sigue lloviendo como hoy, me temo que no podremos salir —les dijo—. Parece que todo se ha puesto en nuestra contra: el dolor y este maldito mal tiempo que no acaba.

Durante un rato comieron en silencio. Cuando acabaron la sopa, y antes de que la doncella trajera el segundo plato, Alice le hizo gestos a su amiga para que interrogara a tía Augusta acerca de los dos misteriosos visitantes. Otti bebió un poco de agua y, adoptando un tono de voz despreocupado, preguntó:

—Tía, ¿quién es la mujer que ha venido a casa?

Tía Augusta sacó un frasquito de sales y se lo acercó a la nariz. Hizo tres aspiraciones pequeñas.

—¿Una mujer? —preguntó como si no supiera de qué le hablaba.

—Sí, la he visto un rato antes en el pasillo del primer piso —aventuró Otti—. Y también he visto llegar a un hombre.

—Bueno, no sé por qué te asombras tanto. Tengo muchos amigos y gozan de mi plena confianza para entrar y salir de mi casa cuando gusten.

—Pero ¿por qué están arriba en lugar de estar aquí, cenando con nosotras? —volvió a inquirir Otti.

Alice escuchaba con avidez, posando su mirada primero sobre la una, luego sobre la otra.

—Oh, jovencita, haces demasiadas preguntas y está empezando a dolerme la cabeza —contestó Augusta.

La condesa dio por zanjada la conversación y no permitió que volviera a hablarse del asunto en toda la cena.

Por la noche, antes de acostarse, Alice dijo:

—Está claro que tu tía guarda un secreto.

—No lo sé —contestó Otti—. Seguro que todo tiene una explicación.

Alice se metió en la cama.

—Yo creo que aquí hay gato encerrado. ¿Sabes lo que yo pienso? Pues creo que estamos ante un idilio clandestino en toda regla.

—¿Idilio?

—Amantes, querida Otti. Por favor, no seas tan pueblerina. En Viena esas cosas están a la orden del día.

—¡No me llames pueblerina! —protestó Otti con rabia.

Alice hizo caso omiso a sus palabras y volvió a exclamar teatralmente:

—¡Gracias, Dios mío, por traer un poco de alegría a mi vida!

—Estás loca —le reprochó Otti—. Esas cosas son pecado.

Alice le arrojó una almohada.

—Los pecados y los chismes son el manjar favorito de cualquier dama de Viena que se precie —dijo.

A Otti esa noche le costó conciliar el sueño. A su lado, Alice roncaba suavemente, pero ella era incapaz de quitarse de la cabeza lo que le había dicho su amiga. ¿Qué pasaría si su madre llegaba a enterarse de que tía Augusta permitía que una pareja de amantes se vieran bajo su techo? Sin duda, la obligaría a regresar de inmediato a Vörösmart. Tendría que ocultarle lo ocurrido y dejarle claro cada vez que le escribiera una carta que seguía siendo la misma muchacha de siempre: inocente, ignorante de las cuestiones mundanas y muy lejos de conocer aún los secretos del amor y el sexo.

Gustav Mahler murió durante la madrugada del 18 de mayo. Tía Augusta recibió la noticia antes de que se publicara en los diarios y cuando las chicas bajaron a desayunar la encontraron en el comedor, apurando una taza de té. Estaba pálida y parecía que no había pegado ojo en toda la noche.

—Cuando acabéis el desayuno quiero que me acompañéis a un sitio —dijo.

—¿A dónde? —preguntó Otti.

Pero su tía no tuvo fuerzas para dar explicaciones.

El cochero las llevó hasta la casa de los Mahler. Las inmediaciones estaban atestadas de gente y tía Augusta empezó a protestar. Le molestaba tener que abrirse paso a codazos. Cuando lograron alcanzar la entrada, una doncella que más bien parecía un espectro salió a abrir y las hizo pasar. Sin dejar de sonarse la nariz,

la mujer las condujo al primer piso, hasta una alcoba suntuosa que olía a linimento. Lo primero que vio Otti fue un cuerpo tendido sobre una gran cama: el cadáver de Gustav Mahler. Impresionada, desvió la vista hacia la mujer que estaba sentada a la cabecera y el corazón le dio un vuelco. La reconoció enseguida; la hubiera reconocido aun entre un mar de personas. Era la misma mujer que había visto en la casa el día anterior. Era difícil olvidar su rostro, que era muy bello, aunque de una forma particular, poco convencional. Más tarde, Otti sabría que se trataba de Alma Mahler, la viuda del músico.

Tía Augusta ordenó a las muchachas que se mantuvieran a distancia y se acercó a la viuda.

—Oh, querida Augusta, no sé si voy a poder soportarlo —dijo Alma con la voz ahogada.

—Lo harás, ya lo creo que sí, querida.

Otti observó cómo tía Augusta sacaba un papelito de su bolso y lo deslizaba en la palma de la mano de la mujer. Esta lo apretó y lo escondió en un bolsillo.

Al regresar a casa, Alice subió a la habitación a cambiarse y Otti aprovechó para interrogar a su tía. La conducta de la viuda la escandalizaba, por no hablar de la de tía Augusta, que había sido partícipe del adulterio. Un rato antes había podido escuchar los chismorreos de las mujeres en casa de los Mahler mientras les ofrecían un refrigerio en el salón. Alice estaba emocionada con la cantidad de barbaridades que se murmuraban acerca del comportamiento indecoroso de Alma. Su traición estaba en boca de toda Viena. A Otti, sin embargo, aquellas habladurías le dieron asco y, sin saber muy bien por qué, sintió pena por esa joven viuda que aferraba la mano de su esposo muerto mientras su sangre corría enloquecida bajo las telas negras de su vestido queriendo gritar el nombre de su amante.

—Tía, ¿por qué has permitido que Alma engañara a su esposo en tu propia casa?

Tía Augusta no contestó; se desprendió de los guantes y los dejó sobre una cómoda sin decir palabra.

—Es que no lo entiendo, ¿cómo ha podido verse con otro

hombre mientras su marido agonizaba? —insistió Otti.

—En realidad, Alma y Walter llevan mucho tiempo viéndose, querida.

—Pero esto es un escándalo. Un escándalo y un pecado —dijo Otti.

—Niña, sé que es difícil de entender, pero en el amor no hay deber, ni reglas ni obligaciones, solo deseo y entrega. Una ceguera que choca con toda razón. No juzgues a Alma. No seas como todas esas mujeres estrechas y avinagradas que ya han perdido la esperanza de amar o que ni siquiera saben lo que es eso. Alma es mi amiga y la aprecio. Todo lo demás no importa. —Hizo una pausa y se masajeó las sienes. Parecía muy cansada. Luego añadió —: Pero te daré un consejo, jovencita: intenta no enamorarte nunca. Haz todo lo posible para mandar al diablo al amor. No trae más que problemas.

# Otti

## 1914-1920

Una tarde de finales de julio, la directora irrumpió en el aula de Álgebra y las muchachas se levantaron al instante, barbilla alta, brazos pegados al cuerpo. Antes de hablar, Fräulein Steinger se llevó la mano a una cruz que colgaba de su cuello y la apretó con fuerza.

—Siento comunicarles que las negociaciones que se llevaban a cabo tras el salvaje atentado en Sarajevo que le costó la vida a nuestro amadísimo archiduque Francisco Fernando han fracasado. Oficialmente hemos entrado en guerra.

La directora tenía los ojos llorosos y le temblaba levemente el mentón. De inmediato, las alumnas comenzaron a cuchichear.

—Por favor, señoritas —continuó la mujer, llamándolas al orden—. No va a pasar nada. Estamos en Viena, una ciudad civilizada y alejada de todo conflicto. Seguiremos como hasta ahora. Solo les pido que tengan calma y que colaboren si la situación lo requiere. Pueden continuar con sus ejercicios.

A las pocas semanas, Viena se llenó de soldados. Las bandas de música circulaban anunciando el comienzo de la Gran Guerra mientras multitud de hombres perfectamente uniformados, orgullosos de defender el honor de su emperador, marchaban por las calles en dirección al frente. Las damas agitaban sus pañuelitos de encaje con cierto rubor cuando los veían pasar. Augusta Novak enseguida se posicionó en contra del conflicto bélico y tomó parte en el movimiento pacifista que empezaban a liderar las mujeres. Otti, a instancias de su tía, leyó una novela titulada *¡Abajo las armas!*, de la condesa Bertha von Suttner, que en 1905 había

obtenido el Premio Nobel de la Paz. Fue todo un descubrimiento. La protagonista del libro era una mujer llamada Martha Althaus a la que la guerra le arrebataba todo cuanto poseía y amaba. Una frase llamó la atención de Otti: «La guerra y la paz son amantes que copulan en el mismo lecho». La subrayó en lápiz, a la espera de poder usarla en un futuro próximo.

Viena fue quedándose sin hombres. A la euforia inicial la siguió una quietud colmada de tensión. A Otti le parecía que el tiempo transcurría muy lento, como si alguien estuviese triturando uvas de metal con los pies desnudos. En el internado habían empezado a confeccionar uniformes. La directora decía que así las chicas aportaban su granito de arena. Otti también deseaba con todas sus fuerzas sentirse útil, por eso cosía desesperadamente, a pesar de que detestaba con toda su alma la guerra: la incertidumbre sobre lo que estaba ocurriendo en el frente, los huecos que dejaban los que ya no estaban y sobre todo el silencio, ese pasar de puntillas por el horror, como si Viena fuera inmune y el Imperio austrohúngaro no pudiese ser derrotado jamás. A menudo recordaba lo mucho que a Otto le gustaba pronunciar la frase «Yo pertenezco al Imperio austrohúngaro». Qué lejos quedaba ahora todo... Su hermano, Vörösmart, el orden de las cosas sencillas.

Como a Alice no se le daba bien la costura, la directora le facilitó el contacto de un importante gabinete de abogados donde necesitaban mecanógrafas. La muchacha era rápida y se sentía muy orgullosa de haber alcanzado más de doscientas pulsaciones por minuto. Decía que su sueño era conocer a algún hombre rico en su nuevo puesto de trabajo, casarse y marcharse del internado. La frivolidad de su amiga entristecía a Otti, pero no quería juzgarla. Bastante tenía con soportar el peso de aquella guerra que parecía no tener fin y que había pasado a convertirse en una auténtica pesadilla.

A partir de 1916 se estableció el reclutamiento forzoso de todos los hombres de entre dieciocho y cuarenta y un años. Otti empezó a

preocuparse por su hermano Oskar, que entraba en aquella franja de edad. ¿Lo llamarían a filas a él también? Aunque no era este su único motivo de angustia. En Viena escaseaban la comida y el carbón. La gente pasaba hambre y en el internado apenas se las apañaban para comer. Las dificultades crecían y las internas no gozaban ni de las comodidades ni de la seguridad de antes. Aun así, Otti se resistía a marcharse. Su madre le había escrito preguntándole si estaba bien, si no prefería regresar al pueblo, y Otti le había contestado diciendo que no tenía motivos para preocuparse, pues tía Augusta cuidaba de ella. Pero lo cierto era que no quería abandonar Viena, había aprendido tantas cosas en la gran ciudad, había vivido tantas experiencias inolvidables, que se le hacía muy difícil tener que renunciar a esa vida.

Una helada mañana de enero, Fräulein Steinger pidió a Otti y a unas cuantas alumnas más que salieran al jardín a quitar la nieve. Las muchachas se armaron con palas y una bolsa de sal para arrojarla sobre la nieve del camino. Otti se disponía a llevar a cabo su tarea cuando vio acercarse la figura de un hombre. Al principio no le prestó atención. El internado estaba cerca de uno de los edificios donde los soldados iban a alistarse, así que siguió con lo suyo. El hombre levantó la mano a modo de saludo y ella giró la cabeza, dispuesta a ignorarlo. De repente, algo del desconocido captó su atención y se quedó petrificada: aquella forma de caminar, la rudeza a la hora de acometer los pasos, el modo en que el cuerpo se balanceaba en el aire de forma temeraria, como un coloso de barro que de un momento a otro fuese a sucumbir.

—¡Oskar! —gritó, arrojando el saco de sal al suelo.

—Otilija Esther Berger —pronunció él con la respiración entrecortada—. Deja que te mire. —Se quitó la gorra y lanzó un silbido de admiración—. ¿Quién me ha robado a mi hermanita? ¿Dónde está esa flacucha tan fea de la que me despedí hace tiempo?

Otti le dio un empujón.

—Eh, soldado, deje su descaro para la taberna. Cuando se dirija a mí, hágalo con respeto. Soy una señorita.

Los dos rieron a la vez. Otti estaba feliz de ver a Oskar, pero

cuando reparó en el uniforme azul que llevaba puesto su alegría se disipó de golpe.

—¿Ya te has alistado? —le preguntó.

—Qué remedio. El Imperio nos necesita.

—¿No quieres entrar? —preguntó Otti—. Hace mucho frío aquí.

El joven negó con la cabeza.

—No dispongo de mucho tiempo. Me marcho esta misma tarde. He venido para darte un recado, Otti. Padre quiere que regreses a casa. La abuela está mal.

Otti lo miró alarmada. En sus cartas, su madre no le había contado nada. Le pidió más detalles a Oskar y este le explicó que la abuela había cogido un fuerte resfriado y que no se había recuperado bien.

—Lamento con toda mi alma tener que darte esta noticia —le dijo Oskar.

Los labios de Otti dibujaron una sonrisa amarga mientras las lágrimas pugnaban por aflorar sin que ella pudiera hacer nada por remediarlo. Las emociones iban y venían en el interior de su pecho, donde nacía un cúmulo de tristeza, rabia y desesperación. Todo de golpe, como si una tormenta sin fin habitase dentro de ella. Sentía pena por Oskar, obligado a partir a un destino tan incierto, y también por su abuela enferma. Pero, por encima de todo, sentía un odio profundo hacia esa guerra que, como a Martha Althaus, le arrebataba lo que más amaba: su hermano y también su libertad.

—Empezaré a preparar mis cosas —dijo al fin—. Cuídate mucho, Oskar, ¿me lo prometes? No quiero quedarme sin mi gruñón preferido.

—Descuida, tengo pensado volver.

—Prométemelo.

—Te doy mi palabra. Y ya sabes que la palabra de los Berger es sagrada.

Antes de que sus ojos se llenaran de nuevo de lágrimas, Otti dio media vuelta y caminó hacia el internado. No se dio cuenta hasta más tarde de que la sal se había quedado intacta sobre la nieve.

En casa la estaba esperando Otto. Había crecido y estaba más flaco. Llevaba puesto un pantalón nuevo confeccionado por su madre que le venía grande. Metió las manos en los bolsillos y aguardó a su hermana con la cabeza gacha, como si el asunto no fuera con él. Nada más bajar del carro, Otti corrió para darle un abrazo.

—Eh, renacuajo. ¡Eres casi más alto que yo!

Otto levantó la cabeza y dejó a la vista un rostro pálido cubierto de granos.

—Ahórrate los comentarios —fueron sus únicas palabras antes de darle la espalda.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Otti a su padre.

—Está enfadado. Quería alistarse y no le hemos dejado.

—¡Pero si es un niño!

—Como esto siga así, dentro de poco incluso los niños irán al frente. Dios no lo quiera. Bastante tengo con pensar en Oskar.

Su madre la recibió entre lágrimas y Zsófia no paró de pellizcar sus mofletes, como si no acabara de creerse que Otti estuviera al fin en casa. Antes de cambiarse, subió a ver a su abuela.

Anna yacía acostada en la cama y su cabellera blanca estaba desparramada sobre la almohada. A Otti le pareció muy desmejorada.

—Abuela —murmuró.

Anna alzó una mano huesuda para acariciar la mejilla de su nieta.

—Has vuelto.

—Sí.

—Los fados te han protegido —susurró la anciana.

Otti sonrió con tristeza.

—No debe fatigarse, abuela. Volveré dentro de un rato.

—¿Lo prometes?

—Palabra de Berger.

Y, tras darle un beso en la frente, abandonó la estancia. La piel de su abuela estaba tan fría como la noche.

Comieron con apetito el banquete que les sirvió Zsófia: boreca, pez San Pedro frito, arroz blanco con piñones, sopa de judías con zanahorias y cuello de cordero al horno con patatas. No faltó detalle, ni siquiera la cubertería de plata y la vajilla reservada para las grandes celebraciones. Otti habló de sus aventuras en Viena, de su amistad con Alice Weber, de la tía Augusta, de Louise Lebrun y de Anna Gross. Ida se atragantaba cada vez que su hija mencionaba las excentricidades de tía Augusta. Hacia el final de la cena, Otti se armó de valor y sacó el tema de Alma Mahler y su amante. En las cartas que le había mandado a su madre había sido muy prudente, evitando mencionar el tema. Pero ahora sentía que no tenía nada que esconder. En la ciudad las cosas se hacían de un modo distinto, las costumbres eran otras. Quería que su familia estuviera enterada, como si con eso ella pudiera ampliar los estrechos horizontes de Vörösmart y traer nuevos vientos al pueblo.

—Qué desfachatez. En el lecho de muerte de su esposo. Y tía Augusta ejerciendo de celestina. Menuda ocurrencia —se quejó Ida.

Al oír a su madre hablar de este modo, Otti se acordó de la facilidad con que ella misma había juzgado a Alma y sintió vergüenza. Miró a Ida un instante y no pudo evitar preguntarse si se habría escapado al río alguna vez con un hombre que no fuese su padre, si habría dejado que la mano de un extraño desordenara su blusa.

—Anda, come, seguro que en el internado has echado de menos la comida de Zsófia —le dijo su madre, dispuesta a enterrar aquel tema de conversación.

Otti pinchó un trozo de cordero y se lo llevó a la boca. De repente, notó una patada bajo la mesa. En los ojos de Otto bailaba la curiosidad.

—¿Y cómo era él? —preguntó su hermano.

—¿Mahler? —inquirió Otti con disimulo.

—No, el amante de la señora Mahler.

—Pues no lo sé, la verdad. Solo lo vi de lejos e iba envuelto en un abrigo pesado.

—Entonces no existe. Es un fantasma.

—Sí que existe. Tía Augusta me lo confirmó. Se llama Walter.

—¿Walter qué más? —quiso saber el muchacho.

Otti se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —contestó.

Dos semanas después de su regreso a Vörösmart, la abuela Anna murió. A Otti aquella pérdida le produjo un enorme dolor. Estuvo con la anciana hasta el último momento, sujetando su mano entre las suyas, viendo cómo se reducía a la nada, a un ramillete de recuerdos blancos que tenían el olor a la tela recién cortada.

Ida regresó al trabajo al día siguiente del funeral. Otti se lo reprochó, pues le parecía un signo de insensibilidad, aunque pronto se dio cuenta de que Ida no tenía otra opción. Los hombres jóvenes habían partido al frente y muchas de sus trabajadoras se habían visto forzadas a dejar el telar para ocuparse de las tierras. En el pueblo se respiraba un ambiente de nostalgia y vacío. La guerra lo asolaba todo de igual manera, pensaba Otti. Cambiaba la alegría por el miedo, la esperanza por la incertidumbre, y todo eran nombres que ya no habrían de pronunciarse, campos esperando manos nuevas.

Para que la economía familiar no se resintiera, su madre alternaba la confección de uniformes militares con su trabajo en el telar. Otti se convirtió en su ayudante más fiel y, de vez en cuando, Otto también se prestaba como voluntario, aunque entorpecía más que ayudaba. Al muchacho le gustaban las telas. Desde niño era un apasionado de los disfraces. Siempre se encargaba del vestuario cuando hacían teatro en la sala de cultura del pueblo y tenía un don especial. A su padre nunca le había gustado su afición. No creía que ser diseñador de moda fuera una profesión seria, y mucho menos para un hombre. Pero Otto soñaba con el fin de la guerra para poder ir a Berlín y estudiar diseño de moda. Cuando le comunicó a Lajos sus planes de futuro, este enfureció.

—No consentiré que un hijo mío pierda el tiempo en semejantes bobadas. ¿Diseñador de moda? Dios no lo quiera. Por encima de mi cadáver —dijo—. Tú y Oskar os quedaréis aquí, en Vörösmart, y os ocuparéis del negocio y de los viñedos.

—Pero, padre, yo quiero ser diseñador —protestó Otto.

—No escucharé más estupideces. Tu obligación es pensar en tu familia, ¿te queda claro?

A Otti aquel desencuentro y los muchos que se sucedieron la llenaron de desasosiego. No era justo que Otto se viera obligado a enterrar su sueño por seguir los dictados de Lajos. También sentía culpa; después de todo, a ella sí que se le había permitido estudiar en Viena, mientras que su hermano estaba condenado a atarse de por vida al negocio familiar. ¿En qué lugar debían enterrarse las reglas? ¿Qué tenían que hacer para liberarse de imposiciones y mandatos? Estas eran preguntas para las cuales Otti no tenía respuesta, pero que jamás se hubiese planteado de no ser por su estancia en Viena. Algo dentro de ella se había desatado y deseaba que Otto pudiese compartir algún día esa sensación de libertad recién descubierta.

En sus ratos libres, Otti empezó a pintar esbozos de bodegones donde el color predominaba sobre las figuras. Recordaba con pasión la obra de Natalia Goncharova y quería encontrar su propia forma de expresión artística. Incluso hizo un retrato de su padre y otro de su hermano Otto, pero ninguno le pareció lo suficientemente bueno y los tiró a la chimenea.

Una tarde de lluvia, Otti sorprendió a Zsófia rescatando del fuego uno de sus dibujos. La vieja niñera había cogido aquel trozo de papel arrugado con las pinzas de atizar el carbón y soplaba como si la vida le fuera en ello. Otti estaba detrás de ella y no quiso interrumpirla. Tuvo que taparse la boca para que no se oyera su risa. Zsófia rezongaba y maldecía a cada rato.

—Por todos los demonios. Ven aquí y no te escapes. Qué suerte más perra la mía. Oh, ya te tengo, perillán.

Tras rescatar su tesoro, Zsófia lo extendió encima de las baldosas y lo dejó enfriar. Al cabo de un rato, alisó el papel con la mano y lo observó con cariño.

—¿Por qué no me los pides? —le preguntó Otti.

Zsófia dio un respingo y se llevó la mano al pecho.

—¿Qué haces aquí, niña? ¿No deberías estar en el telar?

—Hoy hemos terminado antes. He venido a cambiarme de ropa. Me apetece ir a nadar.

—¿A nadar con este tiempo? Vas a coger una pulmonía. De ninguna manera. Tú no sales de aquí.

—Venga, Zsófia, ya soy mayorcita.

—Nunca serás mayor para mí.

Otti se acercó a ella y tocó su hombro con cariño.

—No puedes sentirte culpable toda la vida por lo que me pasó.

A Zsófia se le escaparon unas lágrimas. Sorbió los mocos y se secó los ojos con la manga de la camisa.

—No hace falta que robes mis pinturas —volvió a decir Otti —. Te haré un retrato mañana.

—Otilija Esther Berger, ni se te ocurra embaucarme con eso para escabullirte al río. He dicho que no vas a ir y no...

—Mañana —canturreó Otti en la lejanía.

En cuanto divisaban al cartero, Otti y su hermano corrían a su encuentro. Las cartas de Oskar eran cada vez más escasas y vivían con el corazón en un puño, temiendo el día en que el cartero no tuviera nada para ellos. La que más sufría era Ida. A pesar de que Oskar era su hijastro, lo había criado y lo amaba como a un hijo propio. Padecía, además, por si la guerra se alargaba y Otto tenía que marcharse también. Había días en los que la angustia no le permitía acudir al telar y debía quedarse en cama, presa de espasmos musculares y vómitos.

Con todo, Oskar estaba bien. Servía en un regimiento de caballería y se había convertido en el ayudante de un teniente llamado Hofmann. Sus misivas siempre eran escuetas: «Sigo resistiendo. Un saludo y un recuerdo entrañable para Else. Espero regresar pronto. Besos y abrazos. Rezad por mí».

Else, la prometida de Oskar, pasaba por casa a menudo. A Otti

le caía bien. Era sencilla, sin demasiada imaginación, pero era una buena persona y estaba, sin lugar a dudas, loca por su hermano.

—Ida, por favor, repita las frases dirigidas a mí —rogaba.

La muchacha estaba tan nerviosa desde que Oskar se había marchado al frente que era incapaz de leer una sola palabra sin que las lágrimas arrasaran sus ojos. Desde entonces, la madre de Otti se encargaba de leerle en voz alta las cartas. Cuando llegaba a la parte en la que Oskar se dirigía a ella o la mencionaba, endulzaba todo lo posible la voz y leía: «Un saludo y un recuerdo entrañable para Else».

—¿Eso es todo lo que tiene que decirme? —preguntaba la joven sin disimular su fastidio—. Está en medio de una guerra. Puede que nunca volvamos a vernos. ¿Y solo me manda un saludo y un recuerdo entrañable?

—Es una forma de hablar; además, lo ha escrito en mayúsculas para que resalte bien —insistía Ida.

—No deja de ser una frase hecha.

Una tarde en la que Else se mostraba especialmente acongojada, Otti se levantó y le arrebató la carta a su madre. Le daba mucha pena la muchacha y no quiso decepcionarla. Así que, echando de nuevo un vistazo, fingió sorprenderse y dijo:

—¡Oh, pero, mamá, te has dejado lo mejor! Te falta la posdata.

Su madre entendió en el acto lo que se proponía y con una sonrisa cómplice contestó:

—Perdóname, querida, estos ojos míos cada día ven peor. La próxima vez tomaré prestadas las gafas de Lajos.

Otti se aclaró la garganta y leyó: «Llevo a Else en mi corazón. Pienso en ella a todas horas, en su ternura infinita. No temas por mí, amor, sabré resistir y volveré a casa. Madre, dígale que en cuanto regrese del frente lo primero que haremos será preparar nuestra boda».

A Else la embargó la emoción y con un nudo en la garganta le preguntó a Otti:

—¿De veras dice que quiere casarse conmigo?

—Por supuesto, querida. ¿Quieres comprobarlo? —le contestó

Otti tendiéndole la carta, deseando a la vez que la joven rechazara leerla ella misma, o descubriría su mentira piadosa.

Else dio un respingo. Sabía que si leía una sola frase de Oskar sufriría un ataque de llanto, de modo que declinó el ofrecimiento. Otti respiró aliviada, aunque sintió una punzada de remordimiento y tuvo la sospecha de que acababa de cometer un terrible error. Sin embargo, enseguida trató de calmar su conciencia diciéndose que, después de todo, quizá una mentira no fuera algo tan malo si conseguía traer un poco de paz a la pobre Else.

En noviembre de 1918 la guerra llegó a su fin, con la derrota total de Alemania y del Imperio austrohúngaro. El país estaba devastado y miles de personas se vieron obligadas a emigrar. La pobreza y el hambre se cebaban especialmente en las ciudades, donde el caos y el pillaje se hicieron habituales. Solo en los pueblos reinaba cierta tranquilidad, aunque solo se tratase de un espejismo.

Una mañana, Otti estaba ayudando a su padre a descargar unas cajas de fruta cuando vio entrar a un hombre tocado con un sombrero estrafalario. Lucía un mostacho espeso y cubría su cuerpo con un abrigo negro amplio y gastado. El extraño dijo buenos días y se descubrió la cabeza. Después se acercó al mostrador y le preguntó a la muchacha:

—Me han dicho que aquí pueden darme comida gratis.

Lajos era un hombre de gran corazón y durante el conflicto había ayudado a algunas familias. Ahora que los soldados regresaban a casa, la lista de clientes que compraban de fiado iba en aumento. Otti dejó la caja a un lado y se secó el sudor. Fijó sus ojos verdes en aquel extraño y dijo:

—Dígame qué necesita y le preguntaré a mi padre.

—Lo haces mejor que yo —contestó el hombre con una sonrisa—. Deberías estar al frente del negocio.

En ese momento, Lajos salió de la trastienda y, sin mediar palabra, estrechó al recién llegado entre sus brazos. Había reconocido en el acto la voz de Oskar, su primogénito.

—¡Pero qué flaco estás, muchacho! Eres un saco de huesos —

le dijo.

—Sí, en el ejército no teníamos cocineras tan buenas como Zsófia. Había que conformarse con poca cosa.

—Lo importante es que estás aquí —contestó Lajos—. Ya se encargará tu madre de que engordes como un ganso.

Otti se había quedado completamente paralizada. No podía creer que Oskar estuviese allí, al alcance de sus manos, sin haber sufrido ni un solo rasguño. El corazón le latía con tanta fuerza que pensó que iba a escapársele del pecho. La guerra no había podido con él. Su hermanastro había sabido burlar las mil trampas del monstruo.

—¿Es que te han crecido raíces en los pies? —bromeó Oskar.

Entonces las lágrimas estallaron y corrieron sin control por las mejillas de Otti, como si fuese lluvia recién nacida, una tormenta. Eso era exactamente lo que sentía, una tormenta de emociones que nublaba todos sus sentidos. Abrazó a Oskar muy fuerte y hundió la cara en su cuello. Estaba en los huesos y olía mal, pero era su hermano y había regresado a casa.

—Te he echado de menos —le confesó Oskar a Otti revolviendo su pelo.

—Y yo a ti. Ya verás qué contento se pone Otto cuando te vea. Por cierto, ¡tengo que ir corriendo a avisar a Else de que has llegado!

—Espera, Otti.

—¿Qué ocurre?

Ida llegó en ese momento y se arrojó a los brazos de Oskar.

—¡Menos mal que has vuelto! He rezado mucho para que regresaras a casa sano y salvo. ¡Tenemos que celebrarlo por todo lo alto! —exclamó sin soltar a su hijastro. Después olfateó su ropa y arrugó la nariz—. Por Dios, apestas, muchacho. Antes que nada, será mejor que te des un baño y te adecentes, si no quieres que Else te deje plantado.

Unos días después, cuando todos se habían acostumbrado a su presencia y Else volvía a revolotear por la casa, Oskar le pidió a su

hermana que dieran un paseo por la orilla del Danubio. Caminaron en silencio durante un buen rato hasta que llegaron al lugar donde solían bañarse de niños. Otti se sentó en la hierba. Había pedido a su madre que le arreglara unos pantalones de Lajos y los llevaba a todas horas. Era la única muchacha del pueblo que usaba pantalones y, a pesar de que murmuraban a su paso, ella estaba muy orgullosa; se sentía libre.

—¿Has sufrido mucho? —le preguntó Otti con ternura.

—Sí. Te engañaría si dijera lo contrario. La guerra es algo que me atormentará siempre. Ojalá nunca nadie vea lo que yo he visto. ¿Sabes el alcance que tiene una ametralladora? ¿Cómo traspasa los cuerpos? En una trinchera no hay tiempo para pensar, Otti. El tiempo no existe en la guerra.

—Ha debido de ser horrible.

—Todavía tengo pesadillas. No puedo dormir.

—Bueno, en ese caso te vendrá bien hablar con Else. No sabes cuánto te ha echado de menos. No me cabe duda de que te ama.

—Pero yo no a ella.

—¿Cómo?

Todos los músculos de Otti se tensaron. No daba crédito a las palabras que acababa de oír de boca de su hermano.

—Durante la guerra caí herido en el frente, nada demasiado importante, no te asustes —explicó Oskar—. El caso es que me llevaron al hospital y allí conocí a una mujer. Se llama Paola y es enfermera.

—¡Oh, no! —exclamó Otti, y escondió el rostro entre sus manos.

—¿Qué ocurre?

—Lo hemos hecho sin querer.

—¿De qué hablas?

—No te enfades —suplicó Otti—. Si hubieras visto la cara de la pobre Else cada vez que le leíamos tus cartas. Estaba desesperada, sufría constantes ataques de ansiedad y no sabíamos qué hacer.

Oskar la miró con expresión de espanto.

—No te entiendo —dijo.

—Le mentimos. Ella nunca quería leer tus cartas porque se emocionaba y lo hacíamos nosotros. Yo un día inventé que a tu regreso ibas a casarte con ella y madre me siguió la corriente.

—Por Else ya no siento más que una profunda amistad. —Se levantó de mal humor y escupió una brizna de hierba—. Tal vez algún día la quise, no lo niego, pero no podía imaginarme lo que iba a vivir en el frente, que todo mi mundo se iba a poner patas arriba, que mis sentimientos iban a cambiar al conocer a Paola.

Otti se reprochó a sí misma haber actuado de aquel modo tan irreflexivo. ¿Quién era ella para decirle a su hermano con quién debía pasar el resto de su vida? Pero aún estaba a tiempo de arreglarlo. No tenía que preocuparse, le dijo a Oskar. Hablaría con Else, le contaría toda la verdad, le diría que ella era la única responsable de toda aquella farsa.

Su hermano negó con la cabeza. Parecía abatido.

—No hagas nada —dijo—. No te he dicho que no vaya a casarme con ella. Soy consciente de que antes de partir le di esperanzas, así que tengo que hacerme cargo.

—¡Pero no la amas! —protestó Otti con vehemencia—. Tú mismo acabas de decirlo.

—No es tan sencillo, Otti. A veces el deber se impone sobre los sentimientos.

Oskar y Else contrajeron matrimonio en la primavera de 1920, apenas unos meses después de que el Tratado de Versalles entrara en vigor y el Imperio austrohúngaro sufriera su total desmembramiento. Vörösmart pasó a pertenecer al Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, que pronto sería llamado Reino de Yugoslavia. Otti presenció el enlace con un nudo en el estómago. Los novios parecían felices, especialmente Else, que ese día lucía radiante. Solo Otti era capaz de adivinar, bajo la tensa sonrisa de Oskar, el dolor de su renuncia. Todo se estaba desmoronando a su alrededor, pensó mientras la pareja era bendecida por el rabino: Europa, los sueños y hasta su propia familia.

# Penélope

A Penélope le cuesta concentrarse en el trabajo. Ha estado a punto de llamar a su madre en un par de ocasiones, pero al final ha desechado la idea. Aún retumba en su cabeza la última conversación que mantuvieron. No se siente orgullosa de haberse peleado con ella el día del entierro de la abuela, pero es que Montserrat no le pone las cosas fáciles. Por lo visto están condenadas a no entenderse. A menudo, Penélope piensa que nunca ha querido tener hijos para no repetir los mismos errores que su madre cometió con ella. Envidia a sus amigas cuando las ve ir de compras con sus madres o presencia alguna muestra de cariño entre ellas. Montserrat nunca ha sido una persona afectuosa. Si cierra los ojos, le llegan imágenes de su infancia perdidas entre la niebla, escenas desdibujadas, esbozos de un amor. Puede que sea una invención suya, eso leyó en internet, que ante una situación traumática o a falta de lazos maternos una inventa cosas, le da la vuelta a la realidad, empieza a alimentar a los malditos fantasmas.

Después de acabar uno de los encargos, decide viajar a Barcelona. Necesita arreglar las cosas con Montserrat, decirle que habló con Antoni y que quizá se equivocó al juzgarla por querer vender la casa. Le gustaría también hacer algunas averiguaciones, sentarse con su madre frente a una taza de té y hablar de lo que ocurre en la familia, despojarse de las máscaras, enseñar las cicatrices.

Selma le abre la puerta con su habitual sonrisa. La invita a pasar, pero le advierte que su madre no está. Ha ido a la masía a poner algo de orden antes de enseñársela al comprador, le explica. Al escuchar esto, Penélope siente aflorar de nuevo la rabia.

Montserrat no pierde el tiempo, se dice.

De regreso a Girona decide pasar por Can Ribó. La masía no queda lejos. No quiere que se enfríen las ganas de hablar con su madre. Si deja pasar el tiempo, luego será imposible volver atrás. El sol se está apagando en el horizonte y, antes de extinguirse, muestra esos tonos tan dramáticamente amarillos, ese color rosa que parece una herida condenada a no cerrarse jamás. A Penélope le gustan los cielos de Girona. La hermosa soledad de Can Ribó.

Toma una carretera local y después se desvía por un camino algo escondido. Su viejo coche se resiente de las piedras y de la multitud de baches que se ve obligada a sortear. Divisa Can Ribó al frente, la casona de piedra rodeada de un muro que circunda toda la propiedad. De niña le gustaba jugar a la pelota golpeando los muros del jardín. Sus primos no se atrevían a trepar, pero ella sí. Hasta que su abuela Asunción ordenó instalar aquellos pinchos. Aparca el Seat León y respira hondo antes de salir. Recuerda el pañuelo olvidado de su madre, el que tiene esos colores tan vivos, y se lo guarda en el bolsillo.

Hace fresco, aunque a ella le gusta sentir el viento en la cara. Penélope observa el césped, los banquitos de piedra. Todo está muy cuidado. No parece una de esas casas donde los fantasmas tejen su nido. Can Ribó siempre ha sido el retiro de las mujeres de la familia. Su abuela Asunción, en los últimos años, cuando empezó a enfermar, contrató a una de esas empresas de mantenimiento. No soportaba ver crecer las malas hierbas ni que los insectos se ahogaran en el agua sucia de la piscina.

Han florecido unos dompedros cerca de la puerta, Penélope se agacha y los huele. No desprenden ningún perfume en especial, pero son hermosos. Llama al timbre y espera. Al cabo de un rato escucha unos pasos. Tras la puerta, Montserrat la recibe limpia de maquillaje. Penélope la observa con detenimiento, la luz del ocaso le favorece, matiza su piel, esconde sus arrugas. Lo cierto es que posee un buen cutis. Penélope la encuentra más guapa que cuando se empeña en esconderse tras las capas del maquillaje. Tiene pecas en la nariz, los ojos achinados, el pelo revuelto. Reconoce el suéter que lleva porque era suyo, un viejo Privata de color azul marino

que llevó durante casi toda su adolescencia. Le venía grande y se sentía a gusto en su inmensidad, con el cuerpo perdido entre su lana. También a su madre le viene así. Sin darse cuenta, sonríe. Entonces Montserrat chasquea la lengua. Siempre lo hace para anunciar su incomodidad. Penélope piensa que la tregua acaba de romperse, su madre ha vuelto a ponerse en guardia.

—¿Qué haces aquí? —le suelta de sopetón por todo saludo.

—He venido a verte. ¿Tanto te extraña?

Montserrat le da la espalda y cruza el vestíbulo. Penélope la sigue. El interior es enorme, solemne. Hay escudos de armas colgados en la pared, blasones de estilo medieval, telas a modo de estandartes con caballeros a lomos de un corcel dispuestos a la batalla. Son cosas que en su día compró el bisabuelo Sergi. Sobre un arcón descansan dos colmillos de elefante. A Penélope le dan repelús. Ella es ecologista, vegetariana y animalista. Esos detalles macabros siempre le han provocado escalofríos. Su madre nota su disgusto y se gira hacia ella.

—Ya de niña los detestabas, cerrabas los ojos al pasar por aquí.

—¿Te acuerdas de eso?

—Cómo no iba a hacerlo, soy tu madre.

—Nunca me has contado la historia de esos colmillos, quién los trajo y qué sentido tienen.

Montserrat busca un paquete de tabaco en el bolsillo de sus vaqueros. Le ofrece uno a su hija.

—Ya estaban ahí desde que tengo memoria. Pertenecían a tu bisabuelo Sergi. Era cazador. Los colmillos son uno de sus trofeos.

—Qué horror.

Montserrat la hace pasar a la sala. La decoración allí es distinta. De las paredes no cuelgan antigüedades de estilo medieval, sino bordados de encaje de bolillos de su abuela Asunción. Montserrat se sienta en uno de los sillones de estilo francés, tapizado en estampado floral de color verde y amarillo. Penélope permanece en pie.

—Mama, he venido a hablar contigo.

—La última vez que hablamos no acabamos muy bien.

—Y te pido perdón.

Su madre cruza las piernas mientras echa la ceniza en el cenicero.

—Ninguna de las dos estuvimos acertadas —dice.

Como no sabe cómo empezar la conversación, Penélope busca el pañuelo de colores y se lo ofrece.

—Te lo dejaste en el coche.

Montserrat lo coge, lo mira durante un instante y luego lo ata alrededor de su cuello.

—Ese pañuelo te favorece —le dice Penélope.

—Era de tu bisabuela Mercè. Tiene un significado especial para mí.

—¿Qué significado?

Los ojos de Montserrat se oscurecen.

—No viene al caso.

—¿Por qué nunca me cuentas nada de la familia? —pregunta Penélope tomando asiento.

—No hay mucho que contar.

—Háblame de tu madre, de la abuela Asunción.

—¿Y qué quieres que te cuente? Era una mujer rara y una especialista en negar la realidad.

Penélope siente ganas de decir «como tú», aunque sabe perfectamente a qué se refiere su madre. A la abuela siempre le costó aceptar la enfermedad de Antoni y los vicios de su esposo. Cuando el abuelo Román enfermó de sífilis, ella caminó descalza un Viernes Santo detrás de la María Santísima de la Esperanza Macarena de Barcelona, pero sus sacrificios fueron en vano y Dios, una vez más, le dio la espalda.

—¿Y la bisabuela Mercè? ¿Qué me cuentas de ella? —pregunta Penélope.

Montserrat prende otro cigarro. Está nerviosa y le tiembla la mano al encender el mechero. La llama ilumina su gesto angustiado.

—Esta conversación empieza a cansarme —dice.

La tensión vuelve a aflorar entre las dos y Penélope decide cambiar de tema.

—Ayer visité al tío Antoni —anuncia.

—¿Para confabular en mi contra? —pregunta Montserrat con un deje de ironía.

—No, para contarle que quieres vender Can Ribó.

Hace frío en el interior de la sala. La chimenea está preparada con leña, pero su madre no la ha encendido. Tal vez iba a hacerlo cuando ella llegó.

—Para tu información, te diré que el tío Antoni está de acuerdo, así que puedes estar tranquila —le dice Penélope—. Ha dicho que firmará. Si quieres, puedes darme los papeles y yo se los llevaré. Así te ahorrarás el mal trago de tener que ir allí.

Montserrat esboza una sonrisa amarga.

—Está bien, te lo agradezco.

Se quedan en silencio. Penélope escruta a su madre mientras esta permanece absorta en sus pensamientos. Montserrat tiene una expresión extraña, como si ocultara algo, como si hubiera algo que no le está diciendo. Siempre ha sido así. Siempre ha existido una distancia infranqueable entre las dos.

—Antoni me dijo que iba a firmar para que los fantasmas dejaran de molestarte, que te lo debía. ¿Qué ha querido decir con eso?

Montserrat pone los ojos en blanco.

—No empieces otra vez con eso, Penélope —contesta—. ¿No te das cuenta de que son delirios de tu tío?

Penélope no contesta. Nota que su madre está nerviosa, que tiene la respiración agitada, las aletas de la nariz dilatadas. ¿Qué ha estado haciendo sola en Can Ribó? Selma le ha dicho que ha ido a la masía con la idea de adecentarla antes de que llegue el comprador, pero su madre nunca ha limpiado nada. Tiene otras personas que se encargan de eso. No se la imagina quitando el polvo de los muebles y sacudiendo alfombras. Ambas se miran durante unos segundos, con desconfianza, como si se estuvieran midiendo. Luego Penélope pregunta:

—¿Quieres entonces que le lleve los papeles a Antoni sí o no?

Su madre se levanta, saca una carpeta del cajón de un aparador y se la tiende sin decir una palabra. Penélope la recoge y

se marcha.

Dos días después, Penélope regresa al hospital y se extraña al no encontrar a su tío en el patio, como de costumbre. Saluda a la chica de recepción y en el pasillo de la primera planta, donde se encuentra la habitación de su tío Antoni, se cruza con una de las enfermeras. La conoce, se llama Encarna. Es la que le suele tomar la tensión a su tío y a veces fuma con él en el patio, escuchando uno de sus poemas. Encarna le cuenta que su tío está descansando, que se ha despertado revuelto y que ha sufrido una crisis. Le han tenido que suministrar un calmante, así que lo encontrará dormido. La enfermera insiste en que no se le debe alterar.

En efecto, Antoni está dormido. Tiene una pierna fuera de la manta y murmura palabras inconexas. Penélope se acerca despacio. La habitación huele a sudor y pis. Hay un orinal cerca de la mesilla. La joven echa un vistazo a su alrededor. La ropa está desperdigada por las sillas y algunas prendas descansan sobre la alfombra. A veces, según el estado de Antoni, la mujer de la limpieza no puede entrar porque su tío cierra la puerta y hace palanca con una silla sin dejar de prodigar insultos. Pasan unos minutos hasta que Penélope se decide a acercarse a él. Se sienta en la cama, toma una de sus manos entre las suyas, deposita un beso sobre la frente perlada de sudor.

Su tío sabe a sal.

En un momento dado, Antoni abre los ojos y al verla su cuerpo se retuerce. Ella intenta tranquilizarlo, pero él vuelve a musitar palabras sin sentido.

—Tío, soy yo, Penélope.

Antoni aferra su mano con fuerza. Le hace daño.

—Solo yo sé dónde está el tesoro —le dice con los dientes apretados y levantando la cabeza—. El tesoro de la abuela Mercè, un tesoro que viene directamente del diablo.

Una de las pocas cosas que Penélope sabe de su bisabuela Mercè es que estuvo presa en Auschwitz y que llevaba los números tatuados en su brazo. Eso es todo. Por ello replica:

—¿El diablo? ¿Te refieres a Auschwitz?

—¡Me lo enseñó solo a mí! —grita él—. ¡A mí y a nadie más!

—¿Qué quieres decir? No te entiendo. —Penélope está desesperada. Sospecha que tras las palabras de Antoni hay una verdad, un hecho real que no es producto del delirio.

—Me lo enseñó a mí. Un día, en su habitación, y me dijo que solo yo sabría dónde lo había guardado.

—¿La bisabuela te enseñó su tesoro?

Antoni abre la boca con la intención de añadir algo más, pero está tan nervioso que apenas consigue hablar. Recordando el consejo de la enfermera de no alterarlo, Penélope lo calma, le dice que descanse, que ya volverá otro día. No quiere arriesgarse a que su estado empeore. Su tío cierra los ojos y se duerme de nuevo. Ella se marcha con las palabras de su tío retumbando en el interior de su cabeza, herméticas y oscuras, como si encerraran un significado más profundo, pero a la vez tan frágil que corre el riesgo de desvanecerse, de volatilizarse si ella se acerca demasiado.

# Otti

## 1921-1926

París, la ciudad donde el cielo siempre estaba en llamas, con ese color rosado que poseen las heridas condenadas a no cerrarse, era una ciudad de contrastes. La muerte le daba la mano a la vida, y la fiesta compartía escena con el duelo y los desfiles conmemorativos por los caídos durante la Gran Guerra. Por todas partes podían verse mutilados, rostros surcados por cicatrices, narices deformadas por la metralla, hombres que habían perdido su juventud en las trincheras y habían quedado completamente traumatizados por la violencia. Pero, junto con los restos del naufragio, convivían la belleza, la opulencia y la más refinada elegancia.

Otti lo contemplaba todo con avidez desde el coche que las transportaba a ella y a su tía al hotel. Su mirada no se estaba quieta, iba de un lado a otro tratando de abarcar cada detalle. No podía creerse que al fin estuviera allí, en París, en la ciudad soñada. A Augusta le había costado mucho esfuerzo conseguir que Ida la dejara partir. Las negociaciones entre ambas mujeres se habían prolongado durante meses. Ida sostenía que no podría renunciar a Otti, quien se había convertido en su principal ayuda en el taller, mientras que Augusta argumentaba que un viaje por Europa iba a servir para que la muchacha se abriera a la vida y pudiese adquirir una base cultural sólida. Finalmente, había sido Lajos el encargado de terminar con la discusión: Otti iba a marcharse, y no se hablaba más del asunto.

La joven había recibido la noticia con alivio. Se sentía atrapada en Vörösmart, donde ya no podía soportar la rutina, la

sucesión monótona de las tareas y los días, la tristeza de Oskar ni la desesperación de Else, que acababa de perder a un bebé. Deseaba salir al mundo, recuperar su libertad.

En París, Augusta y Otti se alojaron en el Ritz. La suite era inmensa y Otti estuvo recorriéndola durante un buen rato, admirando cada detalle, tocando la seda de los sillones, palpando los hilos de las alfombras. El ambiente estaba cargado de lujo, tanto que le resultaba sofocante. Tía Augusta se dejó caer en un butacón estilo Luis XVI, sudorosa y agotada, y se puso a abanicarse. Otti se acercó a la chimenea, donde estaba colgado el retrato de una inquietante muchacha de ojos negros, con el cuerpo cubierto de finas telas que dejaban a la vista todos sus encantos. Se quedó mirándolo estupefacta.

—Esto es París, muchacha, ¿qué esperabas? —dijo tía Augusta —. Y ahora, por favor, deja de dar vueltas como si fueses una peonza. Vas a acabar con mis nervios.

—Es que todo esto es tan nuevo para mí... —contestó Otti—. Esta suite es como un pequeño palacio. No era necesario que te tomaras tantas molestias, tía.

—Tonterías —replicó la mujer—. ¿Acaso pensabas que nos íbamos a instalar en un agujero pintoresco como en el que vive nuestra querida Louise Lebrun?

A Otti se le iluminó el rostro. Tenía muchas ganas de reencontrarse con Louise. Guardaba gratos recuerdos de ella y se había entristecido mucho cuando esta había tenido que abandonar Viena de forma precipitada al inicio de la Gran Guerra.

Su tía se levantó de la butaca y se encaminó hacia uno de los balcones. Otti la siguió. Ante ella se extendían la plaza Vendôme y un fluir incesante de transeúntes, coches y tranvías. París no tenía nada que ver con Viena. París era moderna, atrevida, más chocante, como si la ciudad tuviera prisa por cambiar de piel y hubiese una ley que la obligara a morir cada noche para resucitar a la mañana siguiente y así volver a empezar el ciclo de la vida. Tía Augusta tocó su hombro y Otti se dio la vuelta. Se había olvidado de que llevaba mucho rato allí, completamente entregada a sus pensamientos.

—Y ahora, jovencita, nuestro deber es ponernos a tono —dijo frunciendo el ceño—. Que no digan que somos unas provincianas.

Otti miró su vestido y se sintió ridícula. Se lo había confeccionado su madre con todo el amor del mundo, pero no dejaba de ser recatado. Estaba muy lejos de poseer el encanto de los vestidos de las mujeres de París. Además, prefería llevar pantalones, le resultaban más cómodos y eran más chic. En una *boutique* del centro adquirieron sombreros y un par de vestidos para tía Augusta, un conjunto de pantalón y camisa a juego para Otti y una de esas gorras parisinas que solían llevar las muchachas más atrevidas. Cuando se la probó, su tía hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Es tu pelo, tendremos que hacer algo con él. Un corte a lo *garçon* es precisamente lo que una chica necesita para empezar una nueva etapa en su vida.

Dos horas después, Otti salía de un salón de belleza de la rue de Rivoli. Se había liberado del yugo de las horquillas y caminaba como si pesara menos que una brizna de heno. Sacó la gorra de su bolso y se la puso ladeándola ligeramente.

Louise Lebrun vivía en una azotea del barrio de Montmartre. Tía Augusta tuvo que inclinar la cabeza para que su nuevo sombrero de fieltro en forma de campana no chocara con las vigas de madera del techo llenas de carcoma.

—Cielos, ¿a qué esperas para mudarte a un lugar más decente? —protestó horrorizada.

Louise soltó una carcajada mientras las invitaba a entrar y a acomodarse.

—Adoro esta azotea —dijo.

—Oh, querida Louise, tú y tu sentimentalismo. Si no fueses tan cabezota y aceptaras mi ayuda, yo podría...

Lebrun la interrumpió:

—Te lo agradezco, pero mi respuesta sigue siendo no. Prefiero ganarme la vida por mí misma.

Otti admiró su valentía. No era fácil esquivar las ofrendas de

tía Augusta. Ella misma se había rendido a su embrujo en más de una ocasión. Había podido estudiar en el mejor internado de Viena gracias a la ayuda económica de su tía y ahora también se encargaba de costear su viaje. Por un momento comprendió a su madre cuando se negaba a aceptar los agasajos de la condesa Novak. Había que tener mucho valor y estar muy segura de sí misma para preferir caminar sobre el precipicio en vez de pisar sobre un suelo repleto de algodón y pétalos de rosa. Y Louise, sin duda, poseía ambas cosas.

Otti la observó detenidamente. Seguía siendo hermosa, pero era indudable que había abandonado hacía tiempo la juventud. Su aspecto era el de una mujer fuerte y frágil a la vez, cansada de tener que luchar para poder sobrevivir. Louise trabajaba como telefonista y también como taquillera en el cine Le Louxor, ubicado en el bulevar de Magenta, de apertura reciente y que simulaba un templo egipcio. El escaso tiempo libre del que disponía lo dedicaba a pintar. Había realizado algunas exposiciones con éxito, pero seguía malviviendo y trabajando hasta la extenuación. Lo único que aceptaba de tía Augusta era que le comprase sus cuadros al doble de lo estipulado.

—Apenas te reconozco, querida —comentó Louise dirigiéndose a Otti—. Cuando me marché de Viena eras una jovencita y ahora...

—Y ahora es una mujer casi tan testaruda como tú —dijo Augusta—. Nunca entenderé el orgullo de las artistas.

El mobiliario de la vivienda se reducía a una cama, una silla y un escritorio, así que Louise y Otti se sentaron sobre la cama y a Augusta le cedieron la única silla.

—Finalmente has caído en las garras del arte, jovencita. ¿Y qué es lo que quieres hacer? —se interesó Louise.

Otti se encogió de hombros. Flotaba en el ambiente un fuerte olor a óleo y trementina.

—Las telas —contestó—. A mí me gustaría mucho diseñar telas.

Lebrun arrojó la cabeza hacia atrás y soltó una enorme carcajada.

—Telas, ¿la has escuchado? —protestó tía Augusta—. En vez de soñar con diseñar edificios. Siempre he rezado para que algún miembro de mi familia quisiese ser arquitecto. Tenía puesta la esperanza en ti, querida. Incluso había hablado con Walter Gropius al respecto para que entrases en esa escuela tan moderna que ha fundado en Weimar.

Otti se sobresaltó al oír este nombre. ¿Sería el mismo Walter que ella había visto una vez, el amante de Alma? Estaba por preguntárselo a su tía cuando Louise se le adelantó diciendo:

—¿Te refieres a la Bauhaus, Augusta?

—Ajá. —Tía Augusta desplegó su abanico y se dio golpecitos de aire en el pecho.

—¿Y a ti qué te parece la idea? —le preguntó Louise a Otti.

Esta abandonó sus conjeturas para responder:

—Iré a cualquier sitio donde pueda aprender a diseñar telas.

La pintora sonrió.

—Tendrás que estudiar mucho antes —dijo—. Probar y probar. Y sentirte constantemente frustrada. Es la única forma de descubrir el talento: fracasando, querida mía.

Después de conversar un buen rato, tía Augusta anunció que tenía que hacer unos recados y se marchó. Otti prefirió quedarse. Sentada en el borde de la cama, observó con atención los movimientos de Louise. Esta al principio parloteaba y seguía contándole anécdotas de su vida en París mientras mezclaba las pinturas en la paleta y preparaba los pinceles. Sin embargo, al ponerse frente al lienzo, enmudeció de golpe. Ya no existía nada ni nadie. Otti vio cómo Louise era absorbida por la tela, por los trazos que allí estaban apenas insinuados. Podía ponerse a brincar o a desbaratar su baúl, no importaba. Louise continuaría concentrada en su trabajo. Crear debía de ser eso, pensó entonces Otti. Formar parte de lo invisible, no existir mientras las manos y la mente daban paso a una vida repleta de color.

Walter, el hombre al que ella había visto entrar de manera subrepticia en la casa de su tía once años atrás, era, en efecto,

Walter Gropius, el fundador y director de la Bauhaus. Otti estaba nerviosa porque al fin iba a conocerlo. Unos días atrás, Augusta se había visto obligada a interrumpir su estancia en París. Su asma había empeorado y necesitaba regresar de inmediato a Viena para ponerse en manos de su médico. No obstante, testaruda como era, antes deseaba que Otti conociera a Gropius, con la esperanza de que su sobrina se convenciera de estudiar arquitectura. Con este propósito, había organizado un encuentro en Berlín, en la casa Sommerfeld, uno de los diseños más innovadores de la arquitectura de todos los tiempos.

En el coche que las llevaba hasta el barrio de Lichterfelde, Otti volvió a interrogar a su tía y le pidió más detalles de la historia de amor entre Alma y Walter. Su tía le dio largas. ¿Qué más daba quién se acostaba con quién? Además, eran asuntos del pasado. Alma y Walter ni tan siquiera estaban ya juntos, ella lo había abandonado hacía tiempo para protagonizar una apasionada aventura con el compositor y biólogo Paul Kammerer. Sea como fuere, tenían otros asuntos más importantes de los que ocuparse. Echó un vistazo a su reloj de bolsillo y sus labios dibujaron una sonrisa franca, pues habían llegado con puntualidad a su cita.

En el interior de la casa Sommerfeld las estaba aguardando el afamado arquitecto. Era la primera vez que Otti podía contemplarlo cara a cara y quedó fascinada por su rostro inteligente de frente amplia, por aquellos ojos oscuros y audaces como los de un lince que tenían la capacidad de escrutar hasta el menor detalle. Sintió cierto rubor cuando su tía los presentó y le comentó de forma socarrona que Otti había sido testigo de su amor furtivo con la viuda de Mahler. Entonces Walter adoptó una expresión de tristeza, que descartó en el acto para adoptar otra de optimista resignación, y Otti entendió la locura de Alma por ese hombre. En la mirada de Walter Gropius brillaban la determinación y la libertad.

De cerca, Gropius resultaba peligrosamente atractivo y Otti no podía quitarle los ojos de encima, aun cuando era consciente de que eso contravenía todas las normas que le habían inculcado respecto a cómo una chica debía relacionarse con los hombres.

Llegó a la conclusión de que Gropius era un misterio de carne y trocitos de piedra y metal, como una de esas obras de Lebrun o de Goncharova, algo insondable que no se podía retener para siempre porque estaba en constante movimiento espiritual.

—Querido Walter, como ya te he comentado, mi sobrina Otti Berger quiere ser artista.

El hombre le dedicó una sonrisa cargada de ironía.

—Creo recordar que me habías dicho que quería ser arquitecta.

Tía Augusta comenzó a abanicarse.

—Así es —respondió—. Esto es lo que yo querría para ella.

—Pero a mí lo que me gustan son las telas —murmuró Otti con voz ahogada. Estaba nerviosa y sus piernas apenas la podían sostener.

Walter Gropius volvió a sonreír.

—No te preocupes, en la Bauhaus reunimos todas las disciplinas artísticas, también el diseño textil —dijo—. Y ahora seguidme, os contaré la historia de esta casa.

Augusta se acercó a él y le susurró algo al oído. Otti se dio cuenta de que su tía le estaba hablando acerca de su sordera y quiso que la tierra se la tragara. Gropius se volvió hacia ella y, cogiendo su mano, la besó con delicadeza y dijo:

—Muchas veces he deseado ser sordo, querida. No sabe la cantidad de estupideces que he llegado a escuchar.

A Otti aquel gesto la tomó por sorpresa y se quedó temblando. Era incapaz de seguir las explicaciones de Gropius, que se había puesto a contarles que la casa Sommerfeld estaba construida con los materiales de un barco que había mandado desguazar. Captaba palabras sueltas. Entendía que el edificio era una obra de arte unitaria, puesto que en su construcción habían colaborado alumnos de arquitectura, pintura y textil. Pero se le escapaban los detalles, los pormenores. Se dijo que no importaba. La belleza y la singularidad del lugar hablaban por sí solas. Le pareció una obra extraordinaria y pensó que sería una magnífica oportunidad aprender junto a ese grupo de creadores. Aquella casa podría volar si se lo propusiera; abandonar Berlín flotando sobre la

insignificancia de las demás artes. En un momento dado, Otti exclamó:

—Me gustaría estudiar en la Bauhaus.

Es posible que la singularidad artística de aquella casa hubiese provocado en ella ese entusiasmo repentino, ese deseo de formar parte de aquel grupo de artistas rebeldes.

Walter Gropius sacó una cajetilla de tabaco y le ofreció un cigarro a la muchacha. Otti aceptó y su mano tembló al llevárselo a la boca.

—Con mucho gusto la recibiremos —contestó el arquitecto arrojando a un lado el humo—, pero hay que estar preparado. Se trata de una escuela exigente y deberá pasar antes un curso inicial, el *Vorkurs*. Le aconsejo que estudie arte, que se prepare con intensidad.

A Otti la decepcionó un poco saber que aún tendría que esperar antes de entrar en la Bauhaus, pero para consolarse se dijo que quizá no fuera tan mala idea. Como si pudiera leer sus pensamientos, Gropius añadió:

—No dudo que sabrás aprovechar la oportunidad. Tienes un futuro muy prometedor por delante, jovencita.

A Ida no le gustó en absoluto su nuevo corte de pelo a lo *garçon*. Cada vez que la veía, arrugaba la nariz y refunfuñaba por lo bajo. En cambio, Otto, que en ese momento acababa de cumplir veinte años, estaba encantado con su nueva imagen y la perseguía a todas horas para que le contara anécdotas sobre París.

Otti siguió pintando, haciendo retratos de Zsófia y de su padre, de Lajos, experimentando con telas y bodegones, buscando el punto exacto donde la luz se rompía para poder captar todos sus fragmentos, incluso los que ya habían muerto. En su cabeza bullían todas aquellas obras que había visitado en los museos de París, bailaban en su memoria los cuadros de Louise Lebrun, el ambiente artístico de Montmartre, la creación como forma de vida, como única salida a lo anodino y lo establecido. El arte como revolución.

Mientras pensaba en todo ello, resonaban en su mente las

monedas de Marta la Roja. Su tesoro estaba dentro de ella y lo acababa de descubrir. Ahora tenía claro su objetivo, que no era otro que formar parte de la Bauhaus. Pero antes debía seguir los consejos de Gropius. Tía Augusta había estado investigando por su cuenta hasta dar con el lugar idóneo: la Escuela de Bellas Artes de Zagreb. Cuando Otti le comunicó la noticia a Lajos, su padre se opuso. Tuvieron un duro enfrentamiento y pasó varias noches sin poder pegar ojo, pensando en los pros y los contras de la marcha de su hija. Conocía a Otti y sabía que era una muchacha decidida y testaruda, que cuando se le metía una idea en la cabeza no paraba hasta salirse con la suya. Sería inútil intentar que entrara en razón, y mucho menos obligarla a quedarse por la fuerza. Se trataba de su futuro, y su padre debía reconocer que Otti tenía talento artístico, que estaba dotada con un don. Era mejor abrir la jaula y dejarla libre. Tal vez, dentro de un tiempo, Lajos tuviese que llegar a la misma conclusión con Otto. Pero por el momento solo su pequeña iba a abandonar el nido. Así pues, a los pocos meses de haber regresado de su viaje, y con el consentimiento de sus padres, Otti hizo las maletas y se marchó.

Otti llegó a Zagreb a fines de octubre de 1922. El tiempo estaba encapotado, hacía muchísimo frío y tal vez este clima contribuyera a que la ciudad le pareciese hostil desde un principio. La joven caminaba por las calles con desconfianza, intentando orientarse, apretando contra el pecho el bolso de cuero que le había confeccionado Lajos y que todavía olía a piel de animal. Una de las mayores dificultades con las que se topó fue el idioma. Otti solo hablaba alemán y le resultaba muy difícil comunicarse con la gente. Y, aunque conocía algunas palabras croatas, no se manejaba con soltura y tuvo que insistir a los profesores para que la examinaran en su lengua natal.

Por primera vez estaba sola. Vivía en la universidad y compartía habitación con dos chicas croatas que no se molestaron lo más mínimo por conocerla. La única información que tenían de ella era que no era croata, que estaba sorda y que era demasiado mayor, motivos más que suficientes para darle la espalda. Otti pasaba largas horas con la única compañía de sus libros y un

cuaderno que llevaba a todas partes donde anotaba versos sueltos o ideas para algún diseño. La soledad pesaba menos si estaba repleta de arte, así que Otti se concentró en sus estudios y sacó excelentes notas.

En la escuela, pronto comenzaron a llamarla «el bicho raro», pero Otti intentó ignorar los hirientes comentarios. Sí, puede que fuese un bicho raro, pero resulta que el bicho raro no se saltaba ninguna clase. El bicho raro salía a pasear, se sentaba en los banquitos del patio, encadenaba un cigarrillo tras otro y tenía la mirada siempre lejos, colgada entre los dientes de una nube. El bicho raro, por las noches, imaginaba cómo sería estar en la Bauhaus y otras cosas inconfesables, como las manos de Walter Gropius acariciando su piel o besándola con sus labios finos y seductores. Cuando le asaltaban ese tipo de pensamientos, Otti agitaba la cabeza y golpeaba sus oídos, como si Marta la Roja pudiese enterrar su perversión bajo el peso de sus monedas.

Un día, uno de sus profesores le dijo en tono condescendiente:

—Sufrir una tara no es malo, ¿se da cuenta? Ha sacado la mejor nota de la clase, un nueve y medio.

Luego, este mismo profesor la ignoró durante todo el trimestre y Otti hubiese querido ir a su despacho para preguntarle si seguía pensando lo mismo. Porque ella estaba convencida de que sufrir una tara la convertía de inmediato en un ser invisible que tenía la obligación de trabajar más que los demás, de sufrir una doble soledad, de fantasear doblemente para crear un mundo propio, una pequeña y confortable habitación interior donde todo fuera posible y los desprecios y las miradas piadosas no tuvieran cabida. Ya que no podía leer los labios de sus compañeros, era del todo necesario excavar bajo la piel de sus mentes, tomarles la delantera para sobrevivir.

Y así pasó el tiempo, lentamente, entre el aislamiento y la rutina del trabajo. Regresaba al pueblo en cuanto le era posible, viajes esporádicos en los que disfrutaba de la compañía de la familia y recobraba fuerzas. Cuando volvía a Zagreb, de nuevo sentía el peso de la soledad sobre los hombros. Sin embargo, su deseo por aprender era más fuerte que el de marcharse y mandarlo

todo al diablo. Estaba empezando a acostumbrarse a mantener conversaciones con ella misma. Apuntaba sus pensamientos en una libreta y por la noche los leía en voz alta. Siempre tenía una réplica o sucesos nuevos que añadir.

Otti escribía intentando espantar el frío con las brasas de su cigarro. Estaba sentada en un banco, en los jardines de la escuela, y a pesar de que le castañeaban los dientes sentía que el frío la llenaba de vida y la estimulaba.

Rellenaba hojas, expulsaba el humo, alzaba los ojos y los detenía de vez en cuando en el muro de niebla. De repente, una figura se plantó ante ella. Era un muchacho de cabello hirsuto, que movía la boca y después sonreía sin venir a cuento. Otti creyó que se estaba mofando de ella, así que bajó la mirada y continuó escribiendo. Como el desconocido no mostraba intenciones de marcharse, la joven levantó la cabeza y trató de leer sus labios. Con sorpresa, descubrió que se dirigía a ella en perfecto alemán.

—¿Me podría dar un cigarrillo? Acabo de fumarme el último y estoy sin blanca —le dijo.

Otti lo miró durante unos segundos; después buscó la cajetilla de tabaco en el bolso y le tendió uno. Temblaba.

—Me llamo Danko y la he visto en clase —volvió a decir él.

—¿En qué clase?

—En la de Dibujo. Tiene talento, señorita Berger. Deje que la felicite por su gran logro. No todos los días tiene uno la ocasión de hablar con una celebridad.

Y chasqueó la lengua con chulería.

El gran logro al que se refería el joven Danko era que una de las obras de Otti había sido seleccionada para representar a Croacia en la Exposición de París. La noticia había causado expectación en la escuela, y muchos ojos se habían detenido por primera vez en su persona. Antes de eso, Otti no era más que una sombra que entraba y salía de las aulas cargada de bártulos. Pero en cuanto su obra fue seleccionada pasó a convertirse en Otti Berger, la artista cuya obra iba a ir a París y cuyo talento los

representaba a todos. El talento de una sorda gritaba ahora en sus oídos necios.

—Me gusta mucho su estilo —insistió Danko—. Es muy original. No se parece a nada de lo que se hace por aquí.

A Otti empezó a incomodarle la charlatanería del chico.

—También la he visto en las clases de Mestrovic —prosiguió.

Otti hizo un gesto de desagrado y apretó la pluma entre los dedos.

—La escultura no es lo mío —contestó en tono seco.

—Pues no lo hace tan mal.

—Deje de tomarme el pelo. Yo sé lo que puedo o no puedo hacer.

—Usted no se ha fijado en mí, ¿verdad?

Muy cerca de allí, una bandada de pájaros se adentraba en el corazón de la niebla. Otti los observó atentamente, como si no existiera nada más en el mundo que un sinfín de alas arañando el color blanco.

—¿La molesto? —inquirió Danko.

—En realidad sí, estoy ocupada. Tengo que escribir.

—No me diga que también es usted poeta.

Otti arrojó una bocanada de humo frente al muchacho. Si quería quitárselo de encima sería mejor intentar relajarse.

—Oiga, ya le he dado un cigarrillo —contestó Otti cortante—. Y no quiero que piense que soy una maleducada, pero, si me disculpa, tengo cosas que hacer.

—La invito a comer —dijo él como si no la hubiese oído.

—Ya he comido.

—Pues a tomar un té.

—Tengo que estudiar.

—De acuerdo, estudiemos juntos.

—Prefiero hacerlo sola.

Danko se encogió de hombros, dio media vuelta y dejó que la niebla se lo tragara.

Un mes más tarde, Otti le escribiría a Alice comentándole que

había conocido a un chico y que habían mantenido relaciones íntimas. Danko ocupaba una habitación en la planta de arriba de la academia. No tenía compañeros y gozaba de cierta libertad en la escuela. Era el hijo único de un banquero y quería ser pintor, aunque lo cierto era que no tenía estilo: sus obras eran frías, meros calcos de obras maestras, no sabía utilizar el color y era bastante reacio a experimentar, todo lo contrario que Otti. Bien visto, la joven ni siquiera sabía cómo se había dejado arrastrar hasta aquella habitación desordenada y maloliente cuya cama tenía unas sábanas de color gris.

Sucedió durante los días previos a su regreso a casa por Navidad. Habían estado de celebración con un grupo de alumnos a los que ella solo conocía de vista. Otti bebió y bailó al son de las monedas de Marta la Roja hasta que las manos de Danko la sacaron de allí para llevarla a su habitación. Era el único cuarto que disponía de calefacción individual y Otti sintió un golpe de calor en cuanto Danko la derribó sobre la cama. Luego le quitó la ropa de forma violenta, se llevó uno de sus pechos a la boca y lo mordió. Otti gritó de dolor, pero Danko continuó manoseando su cuerpo. Tenía las palmas sudadas y la tocaba con torpeza, sin detenerse en ningún sitio. Cuando la penetró, Otti cerró los ojos y permaneció un rato así, en mitad de ninguna parte, intentando poner en orden sus sentimientos, buscando ese vértigo placentero, el éxtasis, la alegría abotonada a la garganta. Pero no, solo sintió dolor y un hilo de sangre caliente corriendo por sus muslos. Le escocía el sexo, y tenía unas ganas terribles de llorar.

Había dejado de ser virgen de la manera más ridícula, a manos de un amante pésimo que no sabía escuchar los compases del placer. En una de las últimas cartas que le escribió a tía Augusta se lamentaba así: «Me ahogo en la tradición académica de Zagreb, ya lo he aprendido todo. Aquí no hay espíritu artístico. Estoy cansada de reptar en la costumbre. Lo que yo quiero es volar».

# Otti

## Septiembre de 1926

En la estación de Anhalter Bahnhof de Berlín, bajo el enorme techo de cristal y hierro que se elevaba a treinta metros sobre la cabeza de los viajeros, una mujer tocada con un sombrero amarillo en forma de campana levantaba el brazo en un intento desesperado por llamar la atención. Otti no estaba segura de a quién iba dirigido el saludo, así que siguió caminando hasta que la extraña se plantó frente a ella obligándola a detener sus pasos en seco.

—¿En qué demonios estás pensando, querida? —le preguntó.

Sus labios se movieron despacio, vocalizando cada palabra. Otti se quedó perpleja. No había reconocido a Alice Weber bajo aquella moderna indumentaria. Se había cortado la larga cabellera rubia y se la había teñido de negro. Y, aunque el sombrero ocultaba en parte su rostro, Otti pudo comprobar que lucía uno de esos cortes con flequillo que dejaban la nuca al descubierto y resaltaban las facciones. Ahora Alice no tenía un aspecto dulce, sino endemoniadamente sensual.

—No te quedes ahí como un pasmarote —la increpó colgándose de su brazo para conducirla al exterior—. Tenemos muchas cosas que hacer.

A poca distancia de la estación las aguardaba un coche.

—Gracias, Alfred —le dijo Alice al chófer cuando abrió la puerta y colocó el equipaje de Otti en el maletero.

—Pensaba que querías independizarte —dijo Otti con ironía.

—Y es justo lo que he hecho, pero mi independencia incluye la vigilancia de Alfred y de mi doncella. Aun así, consigo hacer lo que me viene en gana sin que mi padre se entere. Sé cómo tratar al

servicio.

Una vez en el coche, Alice la puso al corriente de sus asuntos. Ahora era una mujer libre y moderna, que no deseaba atarse a nadie. Había roto su compromiso con un abogado importante, un hombre extremadamente posesivo que la había empujado por las escaleras de su apartamento en un ataque de celos, provocándole una contusión cerebral. Al salir del hospital, había logrado convencer a sus padres de que la dejasen matricular en una escuela para mecanógrafas de Berlín. Aunque no le había resultado nada fácil, pues una señorita de la alta sociedad vienesa viviendo sola en Berlín era indecoroso, un absoluto escándalo.

Mientras Alice parloteaba sin cesar, Otti la observaba con atención y presentía que su amiga, en el fondo, seguía siendo la misma de siempre: ambiciosa, caprichosa, con esa crueldad que de vez en cuando escapaba de la jaula de su pecho. Un perro fiero que mordía a todo aquel que se interpusiera en su camino. Sin embargo, Otti la quería y había decidido hacer una escala en Berlín para reunirse con ella antes de ir a Dessau. Al cabo de unos días pasaría a ser una estudiante más de la Bauhaus. Se sentía en la cima de su felicidad.

Alice se había instalado en el bulevar Unter den Linden, en uno de esos edificios de arquitectura imponente construidos antes de la Gran Guerra. El majestuoso ático que ocupaba había pertenecido antaño a una afamada cantante de ópera. El espacio le produjo a Otti una sensación de claustrofobia. Había por doquier muebles de madera oscura, cortinas pesadas, cuadros que no dejaban ni un centímetro de aire en la pared, candelabros de plata, figuritas de cristal de Bohemia y jarrones chinos que ocupaban largas estanterías dentro de una vitrina que parecía no tener fondo. La bohemia de Alice era cara y estaba costeada por sus padres. Su modernidad nada tenía que ver con la de Louise Lebrun y su azotea en Montmartre.

—¿Qué tal si nos animamos un poco? —preguntó Alice de buen humor—. Acabo de comprar un disco de *swing* recién llegado de Estados Unidos.

Otti se encogió de hombros.

—Maldita sea —volvió a decir Alice—. Había olvidado tu sordera.

—No importa, tengo incorporado mi propio traductor de música. Marta la Roja, ¿estás ahí?

Alice rio.

—Eres única, querida Otti. Te enseñaré cómo se baila, pero antes nos tomaremos una copa. —Se quitó los zapatos y corrió hacia el mueble bar.

La casa olía a tabaco, perfume y col a partes iguales.

Alice le había dicho a Otti que pasarían la noche fuera.

—Te voy a llevar a un sitio especial. Algo pensado solo para las ninfas.

Una hora más tarde, las dos muchachas se encontraban caminando por un callejón oscuro. La una pegada a la otra. A pesar de que Alfred había insistido en acompañarlas, Alice se negó en redondo y obligó al chófer a regresar a casa.

—No hay manera de quitármelo de encima. Es como si fuese una sombra cosida a mi cadera. Y no creas que no me doy cuenta de lo que pretende. Sé que mi padre le ha pedido que me vigile. Aunque también sé que Alfred me adora y que todos mis secretos están a salvo con él, porque yo conozco los suyos.

Otti fumaba en silencio. Llevaba un abrigo muy sencillo comparado con el abrigo de pieles en el que se había enfundado Alice. Todo en su amiga era ostentación y brillo, como si temiera dejar de existir.

—¿Estás segura de que vamos a alguna parte? —le preguntó Otti.

Llevaban un rato caminando y solo se habían cruzado con gatos famélicos que revolvían la basura en busca de algo que llevarse a la boca.

—Confía en mí, sé lo que hago —contestó Alice.

El garito se llamaba La Diosa Dorada. Para entrar había que golpear la puerta tres veces y pronunciar una contraseña. Alice dio tres golpecitos con sus nudillos. Al poco se abrió un ventanuco

enrejado por donde asomaron unos ojos profusamente maquillados de negro. Después una voz preguntó:

—¿Quién eres y qué buscas?

—Soy Safo y busco la fiebre —respondió Alice.

En el interior del local se encontraron con un sinfín de mujeres vestidas de hombre bailando abrazadas, fumando, batallando con sus lenguas en el aire; unas camareras con bigotes postizos decapitaban botellas de champán. Alice agarró a Otti de la muñeca y la atrajo hacia su cuerpo. Sudaban las dos y Otti pudo notar la respiración de su amiga muy cerca. Sintió un escalofrío y se separó de ella. Alguien vino a saludar a Alice y le dio un beso en los labios. Luego las condujeron a un sótano y en un camerino minúsculo las vistieron con un frac.

Bebieron y fumaron sin control. Las copas nunca llegaban a vaciarse y por un instante Otti creyó que se había dejado la cabeza en algún lugar de aquel antro que apestaba a sudor, tabaco, champán y sexo. Ese olor que desprendían las mujeres a su alrededor, como si todas al mismo tiempo hubiesen entrado en celo. A Otti le pareció que Alice nunca tenía bastante, que no se llegaba a saciar. Allí donde detuviera sus ojos estaba su amiga, como una diosa emergiendo de un océano de burbujas, cristal y cortinas ajadas.

Alice abriendo su boca para engullir el alcohol. Alice despegando sus labios con sutileza para recibir unos labios idénticos. Alice semidesnuda contoneando cada curva de su cuerpo blanco, bailando muy quieta, el rostro desfigurado, el cabello húmedo y en completo desorden. A Otti le dio la sensación de que era una muerta que aquella noche acababa de resucitar al placer. No había forma de quitársela de encima, lo había probado todo: disimular, esquivarla, alejarse bajo cualquier pretexto. Pero Alice insistía en su acoso, en la demostración pertinaz de su reciente bautismo de mujer moderna. Sus manos la buscaban, pellizcaban los glúteos de Otti, su boca se abalanzaba contra la suya. Otti estaba empezando a perder la paciencia.

Cuando Alice hizo un último intento por capturarla entre sus brazos y besarla, Otti la rechazó con vehemencia. Entonces, Alice

tropezó con una columna y cayó en medio de dos mujeres. Antes de darle la espalda, Otti pudo verla reír, tendida de cualquier forma en el suelo, borracha y entregada a una carcajada incontrolable. Qué aturdida se sintió en esos momentos. Perdió el equilibrio y tuvo que apoyarse en la pared. También ella estaba borracha, aunque no tenía ganas de reír, solo de salir corriendo. Lo intentó, pero sus piernas se negaban a obedecer sus órdenes. Arrastrándose como pudo, logró encontrar la salida. En el callejón respiró una bocanada de aire fresco. Luego lloró despacio, apoyada contra la puerta sucia, como si fuese un perro abandonado a su suerte.

Otti no recordaba cómo había regresado a casa. A la mañana siguiente se levantó de la cama vestida aún con el frac. Había vomitado y tenía la camisa manchada. Caminó hasta el baño y se metió en la ducha. Estuvo un buen rato bajo el agua caliente hasta que logró despejarse. No quería encontrarse con Alice. En su cabeza aún daban vueltas los recuerdos de la noche anterior. Se vistió y abandonó el ático sin hacer ruido.

Al regresar, horas más tarde, encontró a Alice hojeando una revista de moda en el salón. No se había vestido aún y su rostro estaba fresco, sin rastro de los excesos de la noche anterior.

—Esta noche iremos al cabaret. Nos divertiremos —le dijo con una media sonrisa.

—Ya hemos estado en un cabaret.

—Oh, vamos, Otti, el cabaret es algo infinito. Podría vivir de cabaret en cabaret y no cansarme nunca. No hay uno igual a otro. En este ha actuado la mismísima Marlene Dietrich.

—No soy mitómana.

—¿Cómo que no? Estás loca por esos tipos, los que pintan cuadros que no entiende nadie.

—Si te refieres a Klee y Kandinsky, son vanguardistas, crean un arte abstracto.

—Mera palabrería. ¿Arte abstracto? ¿Y qué demonios es eso? ¿Quién puede entenderlo?

—Muchos lo entendemos. Es otro lenguaje. No siempre el arte tiene que ser algo comprensible. A menudo el arte va más allá de

la razón, es una especie de experimento. En eso consiste el arte, en la experimentación más pura.

Alice, claramente fastidiada, dejó la revista a un lado. No estaba acostumbrada a que le llevaran la contraria.

—Está bien. Haz lo que te dé la gana —exclamó—. No te necesito. Por mí puedes enterrarte en tus museos y en tus cuadros abstractos mientras yo quemo todos los cabarets de Berlín.

Después le dio la espalda y abandonó el salón contoneando sus caderas.

Era domingo y acababan de desayunar. Otti todavía llevaba puesta la bata y Alice caminaba por el salón como si fuese una pantera enjaulada. De repente, se detuvo y, sin mediar palabra, le arrojó el periódico en la cara.

—¿Qué demonios te pasa? —protestó Otti.

—Fíjate en la foto del tipo de la derecha.

Otti leyó el titular en voz alta: «El banquero Emil Klein, acusado de pederastia». Después buscó la mirada de Alice.

—Es amigo de mi padre —dijo su amiga.

—Es un monstruo.

—No lo entiendes —dijo Alice, arrebatándole el diario—. Me importa un bledo el apetito sexual de Emil. Ese no es el problema. Lo delicado del caso es que es amigo íntimo de mi padre. Y, en cuanto la noticia llegue a sus oídos, pensará que Berlín es un putiferio y querrá que su niñita regrese a Viena. Y por nada del mundo estoy dispuesta a volver allí. Antes muerta.

—No digas eso. No tiene por qué ser así. Tú no has hecho nada malo, el monstruo es él.

Los ojos de Alice se oscurecieron. Encendió un cigarrillo y le dio una profunda calada. Luego dijo:

—Está visto que he de exponértelo de otra manera. Hablo del escándalo que esto va a generar.

—Ahora sí —admitió Otti con un deje de tristeza en la voz—. Lo que te preocupa es que haya salido a la luz. Que sea un pez gordo el acusado de realizar un acto tan repugnante como la

pederastia. Si hubiese sido un pobre desgraciado, serías la primera en arrojarle una piedra y llevarte las manos a la cabeza, horrorizada. O tal vez, conociendo tu recién estrenada modernidad, simplemente hubieras mirado hacia otro lado.

Otti estaba furiosa con Alice. Su amiga era una egoísta, una narcisista. Lo único que le importaba era que la prensa hubiese destapado el secreto de Emil Klein y que la noticia pudiera salpicar su idílico mundo moderno y bohemio que tan caro les costaba a sus padres.

—Otti Berger, no se te ocurra sermonearme —contestó Alice —. Y tampoco pretendas juzgarme. Tengo planes, ¿sabes? Planes importantes, mucho más importantes que esa ridícula escuela de la Bauhaus llena de comunistas y muertos de hambre. He conocido a un hombre, un político, un verdadero patriota, y no quiero que esta noticia enturbie mis planes de casarme con él.

Otti la miró sorprendida. Durante días, Alice había estado despotricando contra el amor y el compromiso; había jurado ser una mujer que prefería vivir el momento antes que atarse a alguien, y ahora resultaba que estaba prometida. A Otti, aquella muestra de inconsistencia le resultó insoportable.

—¿Sabes qué? No creo que sea conveniente demorar más tiempo mi partida.

—Tienes razón —contestó Alice, parpadeando para evitar que las lágrimas resbalaran por sus mejillas—. De todos modos, ya no tenemos mucho más que decirnos.

Sin hacer ruido, así se rompen las cosas más importantes de la vida, pensó Otti.

Al día siguiente, Otti puso rumbo a Jena, ciudad en la que tenía planeado asistir a una serie de conferencias antes de instalarse en Dessau. Se sentía apesadumbrada por su desencuentro con Alice. No estaba segura de cuándo la volvería a ver y, en el caso de que sus caminos volvieran a cruzarse, con qué tipo de animal herido iba a encontrarse.

En Jena, Otti se hospedó en una residencia para señoritas.

Había tanta efervescencia cultural en la ciudad que sentía que el tiempo del que disponía no iba a ser suficiente para verlo todo, para impregnarse de cada cuadro, de cada propuesta, de cada trazo emocionante que parecía saltar del lienzo. Otti paladeaba los colores, destellos que provenían del infinito, ráfagas de luz de Kirchner, Kandinsky y Klee. El color como medicina, búsqueda, ciencia, experimentación.

Una tarde, acudió a una conferencia impartida por los pintores Paul Klee y Vasili Kandinsky. Al acabar, muchos estudiantes se arremolinaron en torno a los dos artistas para felicitarlos o hacerles preguntas. Otti se quedó en su silla, resignándose al papel de mera espectadora. Estaba nerviosa. No sabía cómo acercarse. Sentía una vergüenza paralizadora y tenía miedo de que, si se dirigía a ellos, se horrorizaran ante su voz de ganso borracho, como solían burlarse los chicos de la escuela de Vörösmart.

En los rostros de los jóvenes se reflejaba la admiración, pero también ese gesto de arrogancia que es un modo de proteger la propia fragilidad. Conversaban entre ellos animadamente y compartían cigarrillos mientras esperaban a que alguno de los dos maestros estampara una firma en sus cuadernos. Desde su asiento, Otti se percató de que Klee no sonreía en ningún momento. Poseía unos ojos oscuros y penetrantes que echaban raíz en el infinito. Llevaba una chaqueta gruesa y oscura, pasada de moda y con las coderas gastadas. Su corbata estaba torcida. De sus labios pendía una colilla que lanzaba un humo abundante y lo hacía toser de vez en cuando.

Poco a poco los estudiantes se fueron retirando. Entonces, reuniendo todo su coraje, Otti se levantó, cruzó la sala y subió a la tarima, donde Klee estaba acabando de ordenar sus papeles. Se aclaró la garganta antes de decir:

—Señor Klee, me ha encantado su conferencia. Me llamo Otti Berger y voy a tener el privilegio de ser su alumna en el próximo curso de la Bauhaus.

Klee levantó el rostro y, por primera vez, sonrió.

—¿Así que es usted la señorita Otti Berger? —preguntó él

para sorpresa de Otti—. Al fin nos conocemos. Walter Gropius me ha hablado muy bien de usted. Por cierto, aquella obra suya que representaba a Croacia en la exposición de París era muy interesante.

Otti se sonrojó. No esperaba que Paul Klee conociese su trabajo y eso la emocionó. Kandinsky se había bajado de la tarima y fumaba junto a la ventana abierta. A Otti le pareció un hombre más elegante, aunque también más puntilloso que su compañero. Tenía la mirada encerrada en unas gafas pequeñas y redondas. Su rostro era armonioso y poseía una cabellera densa y ondulada; Klee, por el contrario, tenía el pelo muy fino y excesivamente corto. En el rostro de Kandinsky se reflejaba el genio, pero era menos violento que el genio de Klee. Eran dos hombres totalmente opuestos cuyas obras, sin embargo, se complementaban a la perfección.

Kandinsky parecía no darle importancia a la presencia de Otti, la observaba por encima de sus gafas y luego volvía a mirar por la ventana. Otti se acercó a él y le tendió su mano temblorosa.

—Soy... —comenzó a decir.

Kandinsky la interrumpió al punto.

—La he escuchado antes, señorita Berger. Usted es la pupila de Gropius.

Una ráfaga de fuego cubrió las mejillas de Otti. En la boca grande y sensual de Kandinsky, la palabra *pupila* había adquirido una connotación ambigua.

—Iremos a tomar una copa. ¿Le gustaría acompañarnos? —le preguntó Klee—. Hace un frío terrible y necesito templarme. Por cierto, querido Vasili, esta vez te toca invitar a ti.

Kandinsky se encogió de hombros.

—Oh, no, me temo que solo tengo telarañas en los bolsillos —respondió.

En el bar, se sentaron en una de las mesas del fondo y pidieron vino y un pastel de calabaza que a Otti le supo amargo. El establecimiento bullía con las voces y el trasiego de los camareros. Un tipo delgado, de aspecto enfermizo, con una bolsa colgada al hombro, avanzó hasta ellos sorteando el resto de las mesas con

notable pericia. Se presentó como Max Krajewski.

Los hombres se pusieron a charlar entre ellos y, durante un buen rato, Otti tuvo la sensación de que se habían olvidado de ella. Hablaban muy deprisa y era incapaz de seguir el ritmo de sus labios. Un sudor frío le perló la frente, y disimuló su turbación hundiendo la cabeza en el cuello del abrigo. Había llegado el momento que tanto temía. La confesión de su sordera. Verbalizar de la forma más natural posible que Marta la Roja se había quedado para siempre en el interior de sus oídos y le impedía escuchar el ruido del mundo.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Kandinsky desprendiéndose por unos segundos de sus gafas—. ¿No la habremos ofendido con nuestros comentarios? A veces nos olvidamos de que no a todo el mundo tienen que hacerle gracia nuestras tonterías, ¿verdad, Paul?

Otti esbozó una sonrisa. Se llenó de valor y dijo:

—Lo siento, soy sorda. Si no me hablan a la cara, no puedo leer los labios.

Vasili Kandinsky apuró su cigarro antes de contestar:

—Vaya, ese detalle se le escapó a nuestro querido Gropius. Aunque no creo que sea un problema. Lo siento mucho.

—No tiene por qué sentirlo —replicó Otti tajante—. La sordera no es una enfermedad.

Hubo una cierta tensión. Nadie quería hablar y todos buscaron un pretexto para mantener gacha la cabeza. Al cabo de unos instantes, Klee volvió a tomar la palabra:

—Ahí donde lo ve, tan flaco y desangelado, Max es un genio. Nuestro amigo hace magia con la luz —dijo.

—Se refiere a mi profesión —se apresuró a dejar claro Max—. Diseño lámparas para la Bauhaus.

—Y, por si fuera poco, ahora va a ocupar un puesto importante junto al gran jefe —puntualizó Klee—. Nada menos que pasante en la oficina de planificación de proyectos de Walter Gropius. Enhorabuena, muchacho.

Otti se fijó en una chica que había unas mesas más allá. Bebía a sorbos una cerveza mientras escuchaba los parlamentos incesantes de otros dos chicos. Parecía aburrida o resignada y, al

verla, Otti se dijo que no quería ser una estatua de sal en aquella mesa donde se conversaba acerca de arte e innovación. No quería diluirse en el perfume de la masculinidad. Por eso permanecía alerta y los miraba con sus grandes ojos verdes, pese a que se perdía buena parte de la conversación. Estaba empezando a desesperarse cuando Max se volvió hacia ella y le preguntó:

—¿Conoce la Bauhaus?

—Hace unos meses viajé a Dessau con mi tía Augusta para formalizar mi matrícula en la escuela. Me pareció un lugar pintoresco. Todo el mundo hablaba del nuevo edificio de la Bauhaus. Aunque nosotras no pudimos verlo porque estaba cubierto por andamios.

—¡El gran secreto de Walter Gropius, su criatura más vanguardista! —exclamó con vehemencia Vasili Kandinsky—. La inauguración va a ser todo un acontecimiento. ¿Verdad, Max? Seguro que nos has preparado uno de tus maravillosos trucos de luz.

Max Krajewski se rascó la cabeza. Era un hombre tímido y le resultaba incómodo ser el centro de atención. Antes de hablar se bebió de un trago el vaso de vino que la camarera había dejado sobre la mesa.

—Es un secreto.

—Me fascinan los secretos. Lo celebraremos con otra ronda —sentenció Paul Klee.

Otti pensó que era su oportunidad, que había llegado el momento de demostrarles que ella era una camarada más. Así que rebuscó en su monedero, sacó un billete, lo depositó sobre la mesa y pronunció con pasión:

—Señores, esta vez invito yo.

Ise, la esposa de Walter Gropius, la esperaba apoyada en su coche, fumando un cigarro ensartado en una larga y elegante boquilla. Su melena castaña ondeaba con el viento y no dejó de sonreír desde que vio a Otti bajarse del tren.

Otti había conocido a Ise unos meses atrás, cuando viajó a

Dessau con tía Augusta para matricularse. Al principio apenas había podido ocultar su decepción. Walter Gropius estaba de viaje y, en su lugar, había dejado momentáneamente a cargo de la escuela a su nueva esposa, una mujer elegante y distinguida. No obstante, su desengaño inicial se trocó en una enorme simpatía y admiración por Ise, al darse cuenta de su valor dentro de la estructura de la Bauhaus. No era fácil estar a la sombra del genio, hacerse cargo de sus palabras, poner en orden sus ideas, redactar sus artículos. Antes de despedirse, Ise le había dicho:

—Vamos a ser grandes amigas, ya lo verás.

Desde ese día, habían intercambiado algunas cartas y, poco a poco, la atracción de Otti por Gropius se había ido diluyendo. Ahora solo le importaba empezar el curso y aprender, emborracharse de arte y vomitar ideas nuevas.

—Me alegra mucho tenerte aquí, querida —le dijo Ise a Otti —. Vamos, súbete. No perdamos tiempo.

Un mozo pelirrojo, con el rostro sembrado de pecas, llegó arrastrando un carro con el equipaje. Lo colocó en el asiento trasero del coche y esperó a que Ise depositara sobre su palma un billete. Esta tenía muchas ganas de enseñarle la escuela a Otti, pero al llegar se encontró con que su esposo reclamaba su presencia para resolver algún asunto urgente. Otti le dijo que no se preocupara, que ya tendrían tiempo de hacer la visita otro día. Ise le pidió que esperara y desapareció escaleras arriba. Regresó al cabo de unos minutos acompañada de Max Krajewski, quien había llegado el día anterior. Al ver que ambos se saludaban y que se conocían, Ise exclamó satisfecha:

—Max será un excelente guía. ¡Conoce la Bauhaus como la palma de su mano!

Afortunadamente, Max se mostró con ella mucho más desenvuelto que en el bar de Jena donde se habían conocido y la condujo a través de luminosos pasillos para contarle los secretos de aquella innovadora construcción. A Otti pronto empezó a caerle bien. Max era un tanto excéntrico, sin duda, pero todos los artistas lo eran de un modo u otro.

El edificio de la Bauhaus era la pura representación del

futuro, de una nueva forma de vida que iba a romper definitivamente con todo lo anterior y con las secuelas que la Gran Guerra había dejado. El edificio que Walter Gropius había diseñado pisaba fuerte sobre las cenizas del arte y del pensamiento. A Otti no le extrañó el revuelo que había causado su construcción en una pequeña ciudad como Dessau, un lugar que parecía aferrarse al pasado y cuyo único elemento innovador hasta entonces había sido la fábrica de aviones Junkers.

Gropius, según le explicó Max, había ideado el edificio para crear una interrelación entre el exterior y el interior.

Racionalismo.

Movimiento.

Volúmenes.

Una cortina de vidrio en las fachadas.

Luz.

La escuela se distribuía en tres alas principales interconectadas por un puente en forma de aspa. En la parte norte se situaban las aulas, los laboratorios y los talleres, y en el extremo opuesto el comedor de estudiantes, la cocina y el aula magna. Por todos lados se abrían grandes ventanales que pretendían crear una sensación de amplitud. Los edificios se fundían con el exterior, con el aire, con los bosques, con los sueños.

Al acercarse al edificio que albergaba la residencia de estudiantes, a Otti empezó a latirle el corazón con fuerza. Ya se imaginaba asomándose a la ventana de su futura casa para ver el paisaje, días enteros dedicados al arte y al estudio entre cuatro cálidas y confortables paredes. Sus expectativas no resultaron defraudadas. Los apartamentos eran muy acogedores. Todo en ellos era amplio y luminoso, e invitaba a la reflexión y a la creatividad.

—Mantas Bump de la señorita Gunta Stölzl —exclamó con entusiasmo Otti deslizando una mano sobre la cama.

—Y eso no es todo —contestó Max—. En el sótano podrá encontrar duchas comunes, un gimnasio y una lavandería con máquinas automáticas.

—¿Cuándo podré instalarme? —le preguntó Otti.

—De momento llevaremos su equipaje a la planta inferior —

explicó Max.

Max tuvo que marcharse a atender su trabajo y Otti pensó que era una buena ocasión para dar un segundo paseo en solitario. Aún no lo había visto todo. Siempre quedaba por descubrir algún rincón, algún detalle novedoso digno de ser admirado. Regresó al edificio de la escuela, subió por la escalera central y luego giró hacia la derecha, dejando atrás la sala de los laboratorios. Al fondo, vio el reflejo de una luz y caminó siguiendo su estela.

La puerta estaba entreabierta. Otti asomó el rostro y encontró a Ise sentada frente a una mesa a rebosar de papeles. Era una habitación minúscula en la que solo había espacio para una persona. Las paredes y el suelo estaban repletos de libros y hojas encuadernadas. Otti no quiso interrumpir la tarea de Ise y se dispuso a girar sobre sus talones, pero tropezó con una columna de libros. Ise alzó el rostro de inmediato, sorprendida por su presencia.

—Qué susto me has dado, querida —le dijo llevándose una mano al pecho.

—Lo siento, no pretendía molestar. Es que estaba dando un paseo y he visto la luz...

—No te preocupes. Ahora ya sabes dónde encontrarme. Este es mi pequeño refugio. Mi despacho.

Otti recordó el despacho de Gropius: inmenso, repleto de ventanales, elegante, como correspondía a la categoría de un hombre de éxito. La oficina de Ise, en cambio, parecía una ratonera.

—Espero que te hayas divertido con Max —dijo Ise—. Siento no haber podido acompañarte. Me temo que la Bauhaus va a ser siempre así, caótica.

—Ha sido un guía estupendo, gracias.

El semblante de Ise se nubló de repente.

—Quiero decirte algo, Otti. A pesar de todo lo maravillosa que pueda parecerte la Bauhaus, no es un lugar fácil para nosotras. Tendrás que trabajar muy duro, mucho más duro que cualquier alumno. Y luchar con todas tus fuerzas para lograr hacerte un hueco, aunque sea tan pequeño como este. Pero que sea tuyo, Otti.

Asegúrate de que nadie pueda arrebatártelo.

# Penélope

Penélope regresa a Can Ribó con los papeles de la venta de la casa sin firmar. Montserrat la espera ansiosa. Lleva el mismo suéter que la vez anterior. Su aspecto está ligeramente descuidado y tiene ojeras.

—¿Me das los papeles? —le pregunta su madre.

Penélope decide contarle la verdad, sin rodeos.

—Me lo temía —contesta Montserrat malhumorada—. Eso me pasa por no encargarme yo misma de este asunto.

—Mamá, el tío está enfermo.

—Por eso mismo es tan importante que firme cuanto antes o nos eternizaremos en esta casa.

—¿Eso es lo que te da miedo?

Montserrat se muerde el labio.

—¿Vas a quedarte esta vez o también vas a salir corriendo? —le pregunta a su hija.

Ahora su madre parece haber suavizado el tono y Penélope observa su palidez. Da la sensación de que su estancia en Can Ribó no le está sentando bien. ¿Por qué no se marcha? ¿No ha acabado aún de ordenar la casa para el posible vendedor? Penélope se abstiene de preguntárselo, pues sabe que Montserrat no tolera que la interroguen o se metan en sus asuntos. En realidad, lo que a ella le gustaría es darle un abrazo, pero se contiene. Tras un momento de incertidumbre, decide encender un cigarro.

—Si no te importa, había pensado quedarme unos días —contesta al fin—. Podría ayudarte a ordenar las cosas, ya sabes.

La mujer asiente. Parece complacida con la respuesta o más bien aliviada.

—Me vendrán bien un par de manos extras —dice.

Penélope insiste en ocupar la alcoba de su bisabuela Mercè.

Desea dormir allí, aunque su madre encuentra extraña su petición.

—No sé a qué viene ese empeño. Tienes toda la casa y vas a escoger la habitación más vieja —le dice tendiéndole un juego de sábanas limpias y una colcha de ganchillo.

La alcoba de su bisabuela Mercè es una estancia decorada con gusto. A Penélope le agradan especialmente las cortinas tejidas a mano y la alfombra. En cuanto sus pies se hunden en los hilos, siente una especie de latigazo eléctrico recorriendo todo su cuerpo. Instintivamente, sin saber muy bien qué está buscando, revisa los muebles, abre los cajones y los armarios, pero no encuentra nada que le llame la atención, únicamente bolitas de alcanfor y ramas secas de lavanda. En el tocador hay un peine de plata, un espejito de mano y una polvera, los únicos objetos personales de la bisabuela que han permanecido.

Esta noche a Penélope le cuesta dormir. No hace más que dar vueltas en la cama. Es estúpido, lo sabe, pero las palabras de Antoni la atormentan y no deja de pensar en ese tesoro secreto de la bisabuela. Se siente infantil y ridícula, como si tuviera cinco años y estuviera jugando con sus amigos a encontrar uno de esos tesoros que consistían en muñecas rotas enterradas bajo una higuera o jeringuillas de yonquis. Eso encontró una vez en el camino de los viñedos, una jeringuilla con sangre roja y un líquido amarillo, del color de los cielos que le gusta pintar.

Se levanta de la cama y enciende un cigarrillo. Afuera se está preparando una buena tormenta. El vientre del cielo se parte por la mitad y lanza un trueno para después dejar que los rayos dibujen una trayectoria de fuego azulado sobre la espalda de la noche. Enseguida comienza a caer la lluvia.

Penélope vuelve a revisar los cajones y los armarios para cerciorarse de que, en efecto, no hay huellas de Mercè. Es como si un vendaval se hubiera tragado su historia. Deambula descalza encima de esa preciosa alfombra de motivos geométricos. Le gustan sus colores. Se agacha y acaricia los hilos con la yema de los dedos. De pronto su mano tropieza con un bulto, como si hubiese un objeto enterrado bajo todos aquellos colores impregnados de polvo. Retira la alfombra al tiempo que un trueno

vuelve a rugir y entonces lo ve. El falso suelo. Ese hueco que parecía estar esperándola.

—Veo que lo has encontrado —dice una voz a sus espaldas.

Penélope da un respingo. Su madre está de pie en el marco de la puerta. La mira con un gesto a medio camino entre la burla y la irritación.

—¿Lo sabías? —pregunta Penélope con la respiración agitada.

—Entre tu tío y yo no hay secretos.

—¿Y qué hay bajo este falso suelo, si puede saberse?

—No lo sé. Supongo que me daba miedo encontrarme con algo desagradable, o simplemente me autoconvencí de que Antoni estaba mintiendo. Tu tío nunca ha sabido distinguir muy bien entre la fantasía y la realidad. De todos modos, ya nada importa. Por favor, cubre eso y dejemos las cosas como están.

—No, mamá, no me pidas eso. Ayúdame a averiguar qué hay debajo.

Montserrat duda, pero finalmente se inclina junto a su hija y comienzan a retirar los listones podridos de madera. Al rato, se lleva las manos a la cara y se echa a llorar. Penélope no sabe qué hacer. Nunca ha visto a su madre así.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunta.

—Nada —dice Montserrat secándose las lágrimas—. Acabemos con esto de una vez por todas, a ver si así dejas el pasado en paz.

Penélope acaba de retirar las tablas y descubre un agujero hecho en el suelo. En su interior hay una gran cantidad de telas enrolladas, como si fuesen los restos arqueológicos de un animal olvidado. Entre ella y Montserrat empiezan a sacarlas una por una y las despliegan con sumo cuidado.

—¡Son una maravilla! —dice Penélope embelesada.

Sus manos vuelven a hurgar el agujero. Está convencida de que hay más cosas además de las telas. El hueco es muy ancho y tiene que introducir medio brazo para recorrer todos sus extremos. De pronto, roza con la punta de los dedos algo frío y duro.

—Aquí hay algo más —dice.

—Hija, déjalo ya, por favor. Son solo unas telas viejas.

—No. Creo que esto es otra cosa —dice tratando de alcanzar el objeto.

—Oh, eres una maldita cabezota. Anda, ve, métete en el agujero, hurga en la tierra y quédate allí si te sientes más cómoda. Está visto que no te importa lo que piense tu madre.

—Lo que me importa es precisamente lo que no quieres contarme.

—No pienso caer en tu juego.

Penélope consigue extraer del agujero una caja grande cerrada con un candado. Respira con dificultad y se ha arañado la mano con unos clavos.

—¡Dios mío! —exclama su madre sorprendida—. ¿Qué diablos es eso?

Durante unos instantes las dos se quedan absortas en la caja, como si creyeran que pueden abrirla con la mirada. Luego Penélope forcejea con el candado y prueba distintas combinaciones con la esperanza de dar con la clave, pero todo esfuerzo es en vano.

—Tendremos que romperla —dice Montserrat.

—¿Tendremos? Creía que tú estabas fuera de esto.

—No seas niña. A estas alturas quiero saber qué hay ahí dentro.

Penélope vuelve a estudiar la caja. No se le ocurre cómo abrirla. Tal vez si en la casa hubiera una caja de herramientas... De repente, una idea cruza por su mente y todo cobra sentido.

—Ya vuelvo —dice.

Sale corriendo de la habitación y baja las escaleras a toda velocidad, como si su vida dependiese de la misión que está a punto de llevar a cabo.

—¿Dónde vas? —le grita su madre—. Está diluviando. Vas a coger una pulmonía.

Sin embargo, Penélope ya está lejos, caminando como una autómata bajo la lluvia. Llega al Seat León, abre la puerta y con la linterna de su móvil alumbra la guantera. Allí está el poema que le dio su tío una de las últimas veces que lo visitó en el hospital. Cree entender por qué escribe los mismos versos una y otra vez. Si está

en lo cierto, tal vez pueda demostrarle a su madre que su tío no está tan loco como parece.

Al regresar a casa, su madre le ofrece una toalla. Tiene el pelo empapado y tiembla. Una vez que ha conseguido entrar en calor, saca el poema y lo recita en voz alta:

*Soy la bestia número nueve.*
*Dentro de mi camisa hay cinco ramitas de cielo*
*que dicen ven.*
*Cuando llega la lluvia trae sus tres senos repletos de plomo.*
*Pienso a menudo en los pájaros que no están,*
*en la tristeza que se acuesta en mis zapatos.*
*No hay casa en mí,*
*solo alcohol y muchachitas rubicundas.*
*Las muchachitas de ocho en ocho,*
*el alcohol dibujando ladridos azules en mi garganta.*

—¿Qué tiene que ver el dichoso poema con esta caja? —pregunta Montserrat.

—¿Todavía no te has dado cuenta?

—¿De qué, de que tu tío es un pésimo poeta y de que todo esto se nos está yendo de las manos?

—No, de los números, mamá. Son los números, ¿comprendes?

Entonces manipula la combinación de la caja siguiendo el orden de los números que aparecen en el poema.

—¡Por Dios bendito! —exclama asombrada Montserrat—. ¡Se ha abierto!

En su interior encuentran seis cuadernos numerados, una caja de galletas llena a rebosar de viejas fotografías y un puñado de cartas atadas con un lazo de color amarillo. También una tela más grande que las anteriores. El tiempo parece no haber hecho mella en su hermosura.

—¿Qué te dije, mamá? Ahora sí que hemos encontrado a nuestros fantasmas.

Penélope estudia los cuadernos. Supone que los números anotados en la tapa indican un orden de lectura. Algunos tienen

casi todas las páginas escritas, mientras que otros apenas están llenos hasta la mitad. Es como si la bisabuela Mercè se hubiera dedicado a dividir su vida en distintas partes, igual que una novela por entregas. Penélope coge el número uno, lo abre y comienza a leer:

> No le tengo miedo a la muerte, solo temo el olvido de mí, el silencio y el frío en el que he estado inmersa durante todos estos años. Quizá por eso escribo ahora mi dolor.

# Mercè

## Cuaderno número 1

No le tengo miedo a la muerte, solo temo el olvido de mí, el silencio y el frío en el que he estado inmersa durante todos estos años. Quizá por eso escribo ahora mi dolor.

Siempre me han gustado los hilos, bordar junto a mi madre cerca de la ventana, hacer ganchillo en el patio de la masía cuando el sol se ocultaba y el frescor venía a besar nuestra piel. Era mágico ver cómo aquel revoltijo de hilos de colores, aparentemente insulso, acababa componiendo figuras y motivos geométricos. Luego llegó el encaje de bolillos y un día vi cumplido mi sueño: mi padre me llevó a la fábrica de tejidos y pude subirme a un telar. Me obligaron a descalzarme y una mano muy blanca me ayudó a subir. Mis ojos se perdieron en ese bosque de lanzaderas en movimiento, que cardaba, ordenaba, enlazaba los hilos, y en el silencio de aquellas mujeres cuyas manos olían a jabón y tenían un tacto áspero.

No era la elegida porque no nací varón. Yo estaba allí para habitar la sombra, para ir confeccionando una vida discreta mientras pasaban los años y me convertía en una mujer que podría servir para el trueque. Lo natural entre la gente de clase alta era, llegado el momento, concertar un buen matrimonio. Yo era mujer y, en consecuencia, moneda de cambio. Le haría compañía a mi madre hasta que ella pudiese concebir al heredero. Aprendería a coser y a comportarme, a sonreír y a masticar con la boca cerrada, sabría elegir mis vestidos, mis sombreros y mis amistades, el tono de mi voz habría de ser suave y debería estar dispuesta a retirarme de cualquier reunión donde los hombres tomaran la palabra,

acompañados de sus copas de coñac y sus habanos.

No dudo que mi padre me amó. Sin embargo, siempre esperó al otro, al hijo varón. No perdió la esperanza de que mi madre volviera a concebir, y esta vez con mayor tino. No entraba en sus planes conformarse con una niña, pero, cuando tras dos abortos el ginecólogo le confirmó a mi madre que no podría volver a quedarse embarazada, mi padre volcó en mí todo el cariño que tenía reservado para el otro. De algún modo, en mi interior tuve un hermano invisible al que yo llamaba Ángel, mi ángel no nacido, con el que me comunicaba mentalmente y que me ayudaba a percibir las voces de los seres del otro lado. Lo que no me gustaba escuchar eran los lamentos de los hijos malogrados que tuvo mi madre y que enterramos con discreción en el cementerio de Barcelona. Mi padre mandó hacer una lápida de mármol blanco y sobre su superficie grabó las alas de dos ángeles alrededor de una cruz. No grabaron sus nombres, a pesar de que mi madre los había elegido desde el instante en que se quedó encinta. Solo la fecha de su muerte y una frase enigmática: «Ya no serán». En mis oraciones, mi madre me obligaba a incluir a esos seres de sangre y aire. Decía: «Reza por tus hermanitos», y entonces mencionaba sus nombres. Reza por Miguelín y Fuensanta. Anda, rézales un padrenuestro y una avemaría.

Me reía mucho con mi ángel, mi verdadero hermano no nacido, que desde el otro lado de la vida venía a jugar conmigo y me susurraba al oído que Miguelín y Fuensanta no habían sabido salir de la oscuridad y besar la luz. Cuando le preguntaba que por qué él no había estado en el vientre de mi madre decía que, en realidad, sí que había estado conmigo, pero que nadie lo había visto. Eso me consolaba. Pensar que dentro de mí habitaba el niño que tanto habían deseado mis padres me hacía sentir fuerte. Me imaginaba diferente al resto de las niñas, con más ímpetu, con unas ganas terribles de crecer y convertirme en una mujer imbatible a la que nadie podría obligar a abandonar las reuniones de los hombres cuando se congregaran en casa para cerrar negocios, estrechar manos y dar caladas a aquellos puros malolientes.

A mi madre no le gustaba que yo visitara el telar, ni que me quedase horas enteras en el despacho de mi padre dibujando en su mesa, dándole vueltas en la boca a un caramelo de café. No le gustaba mi creciente interés por las telas, ni que leyera aquellas revistas de vanguardia que llegaban con puntualidad a casa y que recogía la doncella cuando el cartero llamaba a la puerta.

Mi padre tenía el espíritu, pero no la valentía del artista; se conformó con ponerse al frente de la empresa de tejidos y superar a su padre, ser un hombre más listo, un lince en los negocios, con ese olfato del que solía presumir ante sus amigos, sin darse cuenta de que mi madre era completamente infeliz a su lado. No tardó en matricularme en un colegio alemán. Se me daba bien y tenía un excelente comportamiento. Sabía ceñirme al orden, pero al mismo tiempo sentía que mi alma tenía ganas de desatarse. Enseguida descubrí a los pintores vanguardistas a través de aquellas revistas de arte que llegaban a casa y que mi padre escondía en un compartimento secreto de su despacho. Era algo muy inocente, una de esas cámaras que permanecían ocultas tras un retrato. En este caso, el de mi madre pintado por un amigo de la familia, un simple aficionado que imitaba a esas mujeres morenas, altivas pero tristes, de Julio Romero de Torres.

A mi madre le gustaba verse allí, colgada en la pared del despacho de su marido, posando con su mejor vestido, uno de color salmón, de encaje y seda, muy recatado. Ella era una mujer de fe y poco amiga de las frivolidades. Se conformaba con llevar su casa y hacer que las sirvientas tuvieran las tareas listas. Le gustaba insistir en la limpieza y la oración. Por encima de todas las cosas, mi madre veneraba la decencia y no dar que hablar. Muy al contrario que mi padre, ella era una mujer consumida por el qué dirán, incapaz de entregarse a un gesto espontáneo. Caminaba tiesa como un palo, porque una mujer distinguida no podía mostrarse sobrepasada por la pena o la dejadez, y por ello sufría de constantes dolores de espalda, que disimulaba cuando mi padre o yo estábamos presentes. Rezaba día y noche para que el negocio fuese bien, para que la política de España se desarrollara adecuadamente, para que mi padre no la molestara demasiado con

sus ardores.

No sé si él tuvo amantes. Es algo en lo que no he pensado jamás. Solo sé que vivía para su fábrica de tejidos y para demostrarle a su padre, mi abuelo Julio, que no solo había dejado el negocio en las manos del hijo adecuado, sino que estaba dispuesto a superarlo y poner el listón muy alto a las próximas generaciones. Pensaba en su sucesor cada día, en la manera en que iba a educarlo: hablarían juntos en alemán, mantendrían un diálogo cortés durante las comidas, incluso se permitirían alguna broma de vez en cuando. Pero ahí estaba yo, sola, una niña fuerte con mi ángel dentro, emulando cada paso de mi padre, aficionándome a sus revistas, a su apreciación del arte, a sus secretos, al perfume de sus habanos. Incluso llegué a beber coñac cuando él no estaba, de su misma copa, ocupando la silla de su despacho y girando la cabeza para contemplar el casto retrato de mamá, aguardando el instante en que asaltaría la guarida secreta para rescatar esas revistas de arte francés y alemán que mi padre ocultaba en aquella caja sin combinación. Supongo que, sin saberlo, estaba empezando a coleccionar secretos.

Ahora, muchos años después, soy consciente de que fui eso, un niño vestido de niña, una artista que braceaba en lo prohibido pero adoraba la ley. Mi mayor descubrimiento de juventud fueron las pintoras surrealistas: Tamara de Lempicka, Leonora Carrington, Maruja Mallo, Remedios Varo..., mujeres que habían sacado a pasear todas sus sombras para darles luz, que habían sabido hacerse un hueco en la pintura, que demostraban un talento igual al de sus colegas masculinos. La primera vez que contemplé un cuadro de Remedios Varo sentí que algo estallaba dentro de mi pecho, una acuciante necesidad de encontrar mi forma de expresión.

Ignoro en qué momento empecé a obsesionarme con las telas, pero tuvo mucho que ver una noticia que leí en un periódico nacional que hablaba de dos alumnas norteamericanas de la Bauhaus, llamadas Florence Henri y Margaret Schall. Creo recordar que fue en el año 1927. Ambas estaban realizando un viaje en coche por nuestro país, interesadas sobre todo en fotografiar el

paisaje y la arquitectura de las islas de Ibiza y Formentera. La noticia me conmocionó, era como si me hubiesen estado leyendo el pensamiento. El viaje de aquellas mujeres simbolizaba mi propio deseo de moverme, de ir en busca de la libertad de la que no gozaba ni en mi casa ni en mi país. Quizá si no hubiese leído la noticia de aquellas fotógrafas extranjeras no habría sentido ese disparo interior que me cortó el aliento, no habría corrido al escondite donde mi padre guardaba las revistas para comprobar con ansia si en alguna de ellas se hacía mención a la famosa escuela. Y entonces la vi, mezclada entre las otras, la revista de la Bauhaus, donde aparecía la foto de Gunta Stölzl tumbada con todas sus alumnas del Taller Textil, sus rostros sonrientes, sus cabezas unidas como si formaran parte de una sola idea, de un único deseo. Y unas palabras que se deshicieron en mi boca al pronunciarlas en suave alemán: «Jóvenes, venid a la Bauhaus».

# Otti

## 1927-1929

Un hombre y una mujer desnudos. Los ojos cerrados. La sonrisa apuntando hacia algún lugar que aún no había nacido. Se llamaban Paul y Cristine y eran voluntarios de cursos superiores. Otti se colocó en primera fila. Estaba tan nerviosa que ni siquiera se había dado cuenta de que el maestro estaba a sus espaldas. En un momento dado, László Moholy-Nagy tocó su hombro y Otti sintió como si un rayo atravesara su cuerpo. Aspiró su aroma, una mezcla de tabaco, sudor y pintura. Moholy-Nagy era uno de esos tipos que, a pesar de habitar en el caos, nunca perdía la elegancia y lograba mantener ciertos detalles a flote: las gafas limpias, el traje planchado, las camisas almidonadas, el pelo peinado hacia atrás con la gomina justa.

El pintor y maestro húngaro era un artista controvertido al que no le gustaba poner límites. Instaba a los alumnos a experimentar con todas las disciplinas artísticas para luego sacar de contexto los objetos, destripar las costuras del arte y poder crear así un nuevo lenguaje. A Otti la habían advertido de la pasión que se desataba en sus clases y que empujaba a los alumnos a dejarse llevar por los sentidos. Gropius incluso había llegado a comentarle que Moholy-Nagy era una especie de director de orquesta y que su batuta hacía vibrar los cimientos del arte.

Otti se puso tensa y cerró los ojos. Por suerte, el maestro se apartó y continuó deambulando por la clase mientras les explicaba a sus estudiantes el ejercicio que iban a realizar a continuación.

—Simplicidad, economía y utilidad —dijo—. Hay que destruir lo establecido. Escuchad los secretos que os cuenta el material,

rastread su música en cada creación a la que os vayáis a enfrentar en el futuro.

La desnudez de Paul y Cristine poseía una música propia que los alumnos debían descifrar. Otti Berger los observó con detenimiento. El vientre de Cristine era redondo, con el ombligo hundido hacia dentro en forma de botón. Tenía unas piernas gruesas y pudo apreciar un ramillete de estrías a la altura de su cadera, pequeñas cicatrices que convergían en direcciones opuestas y que dotaban de vida su solemne quietud. Paul, en cambio, era tan flaco que se le marcaban las costillas.

Los cuerpos de ambos eran dos lienzos aún en blanco cuya transformación iba a ser inminente. Cada alumno tenía en su poder una bola de goma blanda con un líquido coloreado en su interior. Moholy-Nagy les pidió que cerraran los ojos para conectar con el centro de su ser, con la pureza de su instinto. No quería que recurriesen a la razón. Las teorías estaban fuera de lugar: eran solo ellos y su impulso artístico. Debían volverse primitivos. Estar dispuestos al caos y a la catarsis.

—Y bien, ¿quién quiere ser el primero en deleitarnos con sus fantasías?

Otti dio un paso al frente, aplastó la bola entre las manos y un polvo amarillo emergió de su interior. Acortó la distancia que la separaba de la modelo y deslizó sus manos por la piel, dibujando trazos abstractos alrededor de todo su cuerpo.

—Escuche el color. Déjese llevar por él —le pidió el profesor.

Cuando hubo extendido el color, Otti sumó a su obra nuevos materiales: papel de celofán, tiras de cuero, hilos infinitos de metal que fue retorciendo para que siguieran las huellas del color amarillo. Al terminar la clase, estaba exhausta. La esposa de Moholy-Nagy, Lucia, fotografió a los modelos antes de que abandonaran el aula.

—Creo que me he enamorado —dijo Gertrud a su lado, sin quitarle los ojos de encima a Lucia. Luego, con una sonrisa pícara, añadió—: No seas malpensada. Me refiero a su cámara.

Gertrud Arndt, la nueva amiga de Otti, era una joven vivaz y algo excéntrica que solía pasearse por la escuela con una cámara

colgada al cuello y disparaba a traición a todo el mundo. Antes de convertirse en una de las fotógrafas oficiales de la Bauhaus, había sido alumna del Taller Textil, cuando la escuela estaba en Weimar. Luego se había casado con un arquitecto llamado Alfred Arndt y su sueño de convertirse en una gran artista del tejido se había esfumado en cuanto había dado a luz a su primer hijo. Gertrud vivía en la residencia de profesores, junto a Alfred y sus dos niños, pero aprovechaba cualquier ocasión para asistir a clases sueltas y mezclarse con los estudiantes, especialmente con Otti, en la que había encontrado una aliada y compañera.

Al salir del aula, Otti se colgó de su brazo. Mientras bajaban por la enorme escalera central, un joven le puso la zancadilla.

—Sorda judía de mierda —masculló.

—Eh, tú, lávate la boca para hablar de mi amiga —le gritó Gertrud.

Otti se puso en pie. Se había hecho daño en la rodilla, aunque disimuló. Estaba furiosa. De buen grado le hubiese dado un empellón a semejante arrogante, pero no quería protagonizar una escena de violencia. Ya estaba acostumbrada a que le hiciesen el vacío o se burlaran de ella. La mayoría de las veces, las palabras *sorda* y *judía* tenían el mismo significado. Además, en todas las ciudades echaban raíz los idiotas. Debía concentrarse en su trabajo, en sus clases, nada más. Así que respiró hondo y le dijo a su amiga:

—Déjalo, Gertrud, no vale la pena.

—¿Lo dices en serio? —exclamó esta con el rostro crispado—. No puedo consentir que te traten así.

—Olvídalo, por favor.

—¿Cómo puedes pasar por alto semejante insulto, Otti?

—Tengo veintiocho años. Esos comentarios ya no me afectan. He aprendido a vivir con ellos.

—Pues perdona, pero a mí me resultan intolerables. Si no ponemos freno a ese tipo de actitudes, los fascistas se nos acabarán comiendo. —Gertrud sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno a Otti. Antes de volver a hablar, se dio unos golpecitos en la sien con el dedo índice, como si estuviera poniendo en orden sus pensamientos—. ¿Te das cuenta, Otti? Cada día esos nacionalistas

exaltados se hacen más fuertes y creen que el mundo les pertenece. Nos arrinconan con sus proclamas y con su patriotismo barato.

—Lo sé muy bien, pero no quiero problemas —insistió Otti.

Gertrud puso los brazos en jarras y exclamó:

—Tengo una idea. Voy a investigar a ese tipo, ya verás. Averiguaré qué clase de escoria es.

Otti le dio una calada a su cigarro y acercándose a su amiga le dio un leve empujón.

—De acuerdo, pero, antes de que despliegues tus dotes detectivescas, vamos a tomarnos una cerveza a la cantina. Invito yo.

Unos días más tarde, Gertrud llevó a Otti a la azotea del edificio de apartamentos tras anunciarle, con mucho misterio, que tenía algo importante y confidencial que decirle. Mientras subían a toda prisa las escaleras, a Otti le pareció que su amiga sonreía con un deje de satisfacción y que disfrutaba de la expectación que había generado. Arriba soplaba el viento frío de enero y el cielo amenazaba tormenta.

—Se llama Arno Kinzel —le espetó Gertrud sin más—. Es estudiante de Arquitectura, le falta un curso para terminar. Está afiliado al Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán y no es la primera vez que tiene problemas en la escuela. Ya se ha enfrentado a otros camaradas de izquierdas, pero ninguno de sus actos ha sido reprendido con severidad. El consejo de profesores se limita a soltarle una reprimenda y a devolverlo al redil. Todos los arquitectos son iguales, unos prepotentes, fascistas, engreídos que nos miran por encima del hombro, como si por ser mujeres no tuviésemos derecho a estar aquí.

—No digas eso. No todos son fascistas, fíjate en tu marido —protestó Otti.

—Puede que no, pero a las mujeres nos prefieren cosiendo, dentro de los hilos, con nuestras lanzaderas, nuestras mantas, nuestro arte menor y nuestras sonrisas de mujeres modernas que no pueden aspirar a más.

A Otti le dolieron sus palabras, aunque sabía que tenía razón. Ya se lo había advertido Ise: un hueco pequeño, una luz pálida, pero que sea tuya. «Tuya», repitió Otti para sus adentros.

—Es hijo de un banquero de Praga, que a su vez es hermano de un político perteneciente al grupo local nazi de Dessau —prosiguió Gertrud.

—O sea, que estamos hablando de un protegido —apostilló Otti.

—Exactamente. Mucho me temo que tendremos que aguantar sus mamarrachadas o acabar con él de una vez por todas.

Gertrud clavó sus ojos en los de Otti, pero esta desvió la mirada. No quería protagonizar ningún conflicto, bastante tenía con ser sorda y seguir el ritmo de las clases. Además, ¿qué podían hacer ellas? Alemania estaba prácticamente dividida en dos, comunistas y fascistas. La posición de Otti al respecto estaba clara: abrazaba el comunismo, aunque no se había afiliado. Asistía a charlas con Gertrud y sabía que la escuela, al igual que el país, también sufría por la inestabilidad, por la enorme crisis que amenazaba con devorarlos. A menudo las dos facciones chocaban y surgían peleas en la cantina o en los alrededores. Era el pan de cada día. Quizá la opción más inteligente fuese seguir fiel a sus ideas políticas, pero sin buscarse mayores problemas.

—¿Es que piensas dejarte pisotear? —insistió Gertrud.

—Prefiero resolver este asunto a mi manera, ¿de acuerdo? Ya soy mayorcita y tú no eres mi madre.

—Como quieras —dijo Gertrud molesta.

—No, espera —le pidió Otti—. Perdóname. Es que esta situación me revuelve por dentro. Olvidemos al maldito señor Kinzel, ¿te parece? No dejemos que un cretino nos amargue la existencia.

Gertrud sonrió y rescató la cámara de fotos del fondo de su bolso. El disparo pilló a Otti de improviso: el gesto encrespado, la boca entreabierta, la palma de la mano intentando tapar el objetivo.

Una semana más tarde, aprovechando uno de sus descansos, bajaron a la cantina para tomar una cerveza. Estaba fría y tenía un toque amargo. Otti la saboreó con ganas y Gertrud dejó escapar un eructo. Inmediatamente las dos se echaron a reír.

—A veces creo que podría trabajar en una fábrica de cerveza y eructar hasta que todos los tapones se abrieran solos del susto.

Encendieron un cigarro y permanecieron en silencio. En el centro de la mesa descansaba un frutero repleto de manzanas apetitosas. Otti quiso coger una, pero cuando tiró de ella se dio cuenta de que estaba pegada. Sintió vergüenza y echó un vistazo a su alrededor. En una mesa cercana pudo distinguir con claridad el rostro de Arno Kinzel; estaba rodeado de otros muchachos y todos parecían disfrutar de la broma. A Otti no le llegaba el sonido, aunque era consciente de que se estaban despachando a gusto.

Arno encendió un cigarro y caminó con chulería hacia ellas. Llevaba una camisa blanca arremangada y un pantalón negro de corte impecable. No era un secreto que algunos estudiantes de cursos avanzados miraban a los nuevos por encima del hombro. En el caso de los estudiantes de Arquitectura, su desprecio específico hacia las mujeres se hacía más que evidente.

Otti miró a Arno de hito en hito. El joven lucía un flequillo largo y el resto de su pelo estaba cortado en una sola capa que se movía al caminar. Sus ojos claros le recordaron a los de Alice Weber.

—Así que este es el nuevo ganado de la escuela. Una putita y una sorda —dijo Arno al llegar junto a la mesa donde estaban las dos amigas.

Pronunció la frase con sorna y en un tono suficientemente alto para que sus compañeros pudiesen oírlo y seguir mofándose.

—Mantén la calma, por favor —le susurró Otti a su amiga.

—Eh, putita, ¿por qué no me haces una foto en el baño? Es el lugar donde la luz es más refrescante. ¿Quieres bañarte conmigo?

—¡Que te follen! —gritó Gertrud haciendo caso omiso de la advertencia de Otti.

—Oh, tiene garras, la putita.

Gertrud se levantó y cogió el frutero con fuerza, como si fuese

una granada a punto de estallar.

—Gertrud, por favor...

—Hazle caso a la sorda —dijo Arno. Luego, volviéndose hacia Otti, añadió—: Por cierto, me parece que te has equivocado de escuela. La de los idiotas está en Francia.

Otti cerró los puños bajo la mesa, tomó aire e intentó que las palabras de Arno no se clavaran en su pecho como un puñal. Estaba decidida a no dejarse llevar por las emociones ni rebajarse ante él. En cambio, en los ojos de Gertrud bullía la sed de venganza. De repente, una voz irrumpió desde el fondo de la cantina:

—Basta ya, Arno. Sus comentarios no tienen ninguna gracia. Déjelas en paz.

—Señorita Stölzl. Yo no pretendía... —comenzó a disculparse el joven.

—He dicho que las deje tranquilas. Aquí hay sitio para todos. Ya ve, incluso usted lo ha encontrado.

Arno Kinzel apretó los dientes y regresó a su mesa. Antes de sentarse de nuevo, le pegó una patada a la silla.

Otti dirigió su atención a la mujer menuda que tenía ante sus ojos. Nada en ella sobresalía, ni su pelo, ni su figura ni las facciones de su rostro. Gunta Stölzl, la directora del Taller Textil, era una mujer del montón, sencilla, ataviada con un pantalón ancho y una camisa blanca con bordados azules. Sin embargo, emanaban de ella una fuerza y una determinación difíciles de soslayar. Otti llevaba meses observándola. Incluso se había colado a escondidas en su taller. Conocía al dedillo su gran dominio del telar, su indiscutible talento, su impresionante trayectoria. Le costaba creer que Gunta fuese tan solo un año mayor que ella. Parecía haber vivido muchas vidas.

En efecto, Gunta había luchado mucho para convertirse en la única maestra oficial de la Bauhaus y por ese motivo Otti la admiraba y veía en ella un ejemplo. De hecho, gracias a Gunta, había empezado a entender que a lo que quería dedicarse era al tejido en lugar de a la arquitectura, como soñaba su tía Augusta. Después de todo, no era tan raro. Lo llevaba en la sangre, ¿o no era

Ida también una magnífica tejedora? Había sido su madre quien le había inculcado el amor por las telas y los hilos. Seguiría su estela, aunque a su manera.

—¿Está bien? —le preguntó Gunta.

—Sí, sí, muchas gracias —respondió Otti.

Gunta sonrió.

—No crea que soy tan valiente. No me gusta hacerme notar. Lo mío son las lanzaderas, con ellas sí que me entiendo. Pero hay... —Se detuvo un instante para hacer un gesto negativo con la cabeza y tomar aire—. Hay gente que no sabe vivir sin molestar al prójimo. Mucho me temo que ese es el caso de Arno.

—Pues yo no creo que ser una putita sea algo ofensivo. Es más, ahora que lo pienso, las putitas son mujeres maravillosas que viven dentro de una lanzadera —intervino Gertrud.

Gunta rio un tanto avergonzada y contestó:

—Imaginación no te falta, desde luego.

—Las palabras, cuando las dotas de nuevos significados, dejan de hacer daño —dijo Gertrud. Su tono contenía cierta tristeza.

Hacia el final del invierno, Otti recibió una carta de Otto. Antes de abrir el sobre, se lo llevó a la nariz buscando el perfume de su hogar, ese olor a familia, a tierra, a vendimia, el perfume a lavanda y algodón de su madre, a tabaco y vino de su padre, a las telas de la fábrica que con toda seguridad su hermano habría estado tocando antes de decidirse a escribir. Pero no encontró nada, solo suciedad en el sobre y una esquina rasgada.

La carta era larga. A Otto le gustaba relatar al detalle todas sus vivencias, de modo que se puso cómoda y encendió un cigarrillo. Su hermano le contaba que finalmente había conseguido el permiso de Lajos para marcharse a París a estudiar diseño de moda. No había sido una tarea fácil. Al parecer, y contra todo pronóstico, Oskar le había brindado su apoyo y entre los dos habían logrado hacer claudicar a su padre. Otti se alegró por su hermano, pues había logrado cumplir su sueño.

Dejó la carta a un lado y se puso a contestarle de inmediato.

Tenía ganas de contarle que, en cuanto aprobara el *Vorkurs*, iba a empezar a estudiar en el Taller Textil. También que hacía poco se había emborrachado tanto que había estado durmiendo casi un día entero. «Mucho más que cuando estuve de cabaret en cabaret en Berlín con Alice», insistió. Quería hablarle de su buena sintonía con Gertrud, de las fotografías que se habían hecho juntas, quería compartir con él la alegría de sentirse aceptada en la Bauhaus, a pesar de que no todo eran momentos felices y que tenía que esforzarse el doble que sus compañeros. Quería decirle que Gertrud la había bautizado con el diminutivo cariñoso de «Otika» y que ahora todos la llamaban así. «Ya sabes, hermanito, los artistas estamos locos, si no encajo aquí, ¿dónde diablos iba a hacerlo?» Y dibujó sobre el papel un rostro sonriente, una caricatura de ella misma. Sin embargo, tenía dudas al respecto de Arno Kinzel, no quería confesarle sus encontronazos. Le daba miedo enfrentarse a la verdad, al hecho de que estaba huyendo de él y no quería hacerle frente. Temía que Otto la considerase una cobarde. Aun así, después de meditarlo durante un buen rato, le relató los hechos por encima, sin darles importancia, insistiendo en que su deber era concentrarse en el trabajo e intentar ser la mejor. «Arno no es nadie», escribió. Y seguidamente trazó un círculo de fuego en cuyo interior había una esvástica.

La respuesta de Otto llegó antes de lo esperado y fue contundente:

> No te dejes avasallar, Otti, defiéndete. Eres una Berger y los Berger no se esconden. No utilices el telar como refugio. Los que hoy son nadie mañana pueden ser nuestros verdugos.

El acoso de Arno siguió hasta bien entrada la primavera. Sus ataques eran sutiles, pero tan persistentes que Otti llegó al punto de odiarse a sí misma. Era una cobarde, una débil, solía reprocharse. ¿Por qué no era capaz de pararle los pies a Arno? Un día ya no pudo más. Se había pasado la tarde fumando en su apartamento, hecha una furia. En un momento, y de pura impotencia, empezó a arrojar al suelo todo lo que encontró a su

paso. Cuando la emprendió contra la estantería, uno de los libros le rozó la sien y le hizo un corte. Entonces se detuvo. Aquello no tenía sentido. No podía seguir así.

De repente, se le ocurrió una idea. Su hermano tenía razón: era una Berger y no debía dejarse avasallar. Sin embargo, se defendería a su manera, con sus propias armas: no recurriría a la violencia, sino al humor. Permaneció enclaustrada durante toda la noche y gran parte del día siguiente, sin dejar de coser. A la hora de la cena acudió a la cantina ataviada con su disfraz. Sabía que estaría a rebosar de alumnos y que allí se encontraría con Gertrud y con el resto de la pandilla. En cuanto la vio llegar, Arno esbozó una sonrisa de desprecio.

—¿De qué circo te has escapado? —preguntó.

Sus compinches empezaron a patalear y a golpear la mesa con sus jarras de cerveza.

Otti se puso a bailar delante de sus narices, contorsionándose y haciendo los mismos gestos que Arno solía dedicarle a ella.

—Vaya, la sorda se cree muy graciosa —masculló Arno.

Otti se había disfrazado de oreja. Había confeccionado una enorme oreja con telas brillantes procedentes del Taller Textil y la había decorado con papel de celofán, hilos de metal y triángulos amarillos. Era una oreja vanguardista, una oreja con música interior.

—¡Soy la gran oreja sorda! —exclamó de forma teatral—. Inclínate ante mí.

—¿Estás loca o qué?

—¡Soy la gran oreja sorda! ¡Inclínate ante mí!

—Vete a la mierda.

Gertrud abandonó su asiento y se acercó a su amiga. En la mesa de al lado estaban Gunta Stölzl, Vasili Kandinsky y Paul Klee, que observaban la escena divertidos.

—Soy la gran oreja sorda. Y las orejas sordas, judías y comunistas no entendemos el idioma de los idiotas —declamó Otti.

—Maldita loca —murmuró Arno al tiempo que corría hacia ella con el puño en alto, dispuesto a asestarle un golpe.

Otti no se amedrentó, consiguió esquivarlo y, acto seguido,

intentó darle una patada en la entrepierna, pero le resultaba difícil moverse dentro del disfraz. Cuando Arno quiso pegarle de nuevo, Gertrud se interpuso y lo empujó. El joven cayó al suelo y entonces Otti le arreó una buena patada en el trasero.

De repente, comenzó una pelea entre los estudiantes de las diferentes facciones, comunistas y simpatizantes del Partido Nacionalsocialista. Las botellas y las sillas volaban por el aire al ritmo de los primeros sones de la orquesta de jazz de la Bauhaus, que, sobre el escenario, había reanudado los ensayos de su repertorio sin importarle los gritos y el mobiliario destrozado.

Gertrud cogió a Otti del brazo y abandonaron la cantina.

—La que has montado, gran oreja judía, estás como una cabra.

En el apartamento, mientras Otti se desprendía del disfraz, Gertrud le preguntó con los ojos brillantes:

—¿Cómo lo has hecho?

—Magia —contestó Otti limpiando la purpurina de sus mejillas.

—Ya lo creo que sí. Te convertiré en mi amante.

Otti se echó a reír. Estaba orgullosa de sí misma. Sentía que ese día había conquistado una parcela más de libertad. El cerco del miedo se había disuelto.

Otti aprobó el *Vorkurs* con las mejores notas de su promoción y, a principios de 1927, entró a formar parte del Taller Textil. Una vez allí, enseguida se sintió fascinada por las clases de Gunta. Además de ser una profesora excelente, Gunta ayudaba a sus alumnas a encontrar su camino en la vida. Muchas de ellas no lo tenían fácil, pues habían llegado al Taller Textil completamente desencantadas, después de que les cerrasen las puertas de Arquitectura. Gunta las animaba, las aconsejaba, validaba sus deseos, las hacía soñar en grande.

Otti pasaba tantas horas en el taller que a veces se olvidaba incluso de comer. Había trabado amistad con una muchacha llamada Anni Albers, también de primer año, y a menudo las dos

se quedaban juntas hasta tarde en el taller, casi sin hablar, cada una enfrascada en lo suyo, pero a la vez haciéndose compañía. Otti sentía que, entre aquellas cuatro paredes, al fin podía entrelazar las ramas de la locura, trabajando sin denuedo, siempre con los sentidos en alerta, buscando. Nunca había experimentado algo así, ese terremoto interior, las ideas dejándola sin aliento.

El tacto le permitía tener una comunión musical con el tejido, buscar la voz íntima del material. A la vez, estudiaba y profundizaba con verdadera pasión en el color, en su forma, peso, gradación, sentido y sensibilidad. Solía repetir la frase de Paul Klee como si fuese un mantra, presente en su día a día a la hora de enfrentarse a un nuevo proyecto: «La luz está en mí».

A menudo, Otti escribía artículos para varias revistas especializadas y pronto su nombre comenzó a resultar conocido en el mundillo del arte. También sus trabajos destacaban por encima de los de otras alumnas, de ahí que todos los ojos se posaran en ella. De este modo, cuando en otoño de ese mismo año llegó a la escuela un periodista croata llamado Stanislav Vinaver con el objetivo de realizar un reportaje sobre la Bauhaus, Gunta enseguida pensó en ella para que este la entrevistara.

Vinaver resultó ser un hombre corpulento, vestido con elegancia, de mirada profunda y frente despejada. Otti lo observó algo nerviosa, mientras fumaba un cigarrillo para controlar la ansiedad. Le gustaba que su obra despertara interés, pero el exceso de atención siempre la había abrumado un poco.

—¿Cómo afronta el trabajo una artista sorda, señorita Berger? —preguntó Vinaver.

Otti guardó silencio. La mención directa y descarnada a su sordera en otro momento la hubiese incomodado, pero las clases con Gunta la habían ayudado a adquirir una sólida confianza en sí misma. Así que contestó sin titubear:

—Aquí trabajo en perfecta comunión con los sentidos. El color es lo que más me interesa, su peso, sus contrastes, su gradación, su música. Yo trabajo con sonidos a pesar de ser sorda. Es lo primero que he aprendido aquí, a escuchar lo que cada uno de los materiales tiene que decirme. Ellos me hablan y yo elaboro y

mezclo dependiendo de lo que me hayan sugerido.

Cuando al cabo de unos meses salió publicada la entrevista, Anni la llevó a clase para leerla en voz alta a todas sus compañeras. Otti se sintió un poco avergonzada y se puso a coser, sin otra finalidad que la de hacerse la desentendida. En un momento dado, Anni se volvió hacia Otti y leyó en un tono cómico: «Los alemanes no tienen tanto sentido del color como la gente de los Balcanes».

—Creo que deberíamos hacer una fiesta de disfraces en la que arda el color balcánico —dijo Gunta divertida.

Ante la insistencia de las chicas del taller, Otti no tuvo más remedio que aceptar. Confeccionó una versión del vestido folclórico de su tierra y diseñó unos gorros coloridos y profusamente adornados que sus compañeras llevaron con gracia. Fue una fiesta inolvidable. Empezó en la cantina y acabó en el apartamento de Otti, donde casi una cincuentena de personas se las ingeniaron para bailar apiñadas en un espacio tan reducido. Casi al final, cuando ya la gente se estaba yendo, Gunta se acercó a Otti y, tomándola de las manos, le dijo:

—Las telas son para mí poesía. He pasado toda mi vida acariciándolas, como si fueran versos enredados que yo tuviese la obligación de ordenar. Las telas están preñadas de ideas, Otika. Escúchelas, ayude a esas ideas a convertirse en objetos de arte.

La primavera había llegado rugiendo. Tras el cristal, la lluvia daba golpecitos constantes, una música agónica que a la maestra Gunta Stölzl parecía transportarla al país de la melancolía. Paseaba entre los telares, con las manos entrelazadas a la espalda. Se notaba en su rostro la preocupación y de vez en cuando echaba un tímido vistazo a la puerta. Otti había aprendido a descifrar su lenguaje corporal. Sabía que la maestra estaba nerviosa aquella mañana, que algo no iba bien.

Gunta encendió un cigarro y dio unas palmadas en el aire. Las chicas dejaron de trabajar en sus respectivos telares y rodearon a Gunta, que se quedó encerrada en aquel círculo de batas blancas y

ojos escrutadores. Se aclaró la voz y dijo:

—Seguro que ya estáis al tanto de los rumores. En la Bauhaus los secretos tienen alas. —Gunta hizo una pausa antes de continuar —. Varios profesores y alumnos de la escuela, entre los que me incluyo, vamos a viajar a Moscú para asistir a un congreso de arquitectura. Me habría encantado que algunas de vosotras vinieseis conmigo, pero no va a ser posible.

De modo que esa era la causa del malestar de Gunta, pensó Otti. Una vez más, la Bauhaus dejaba claras sus intenciones: a pesar de que *a priori* no había distinciones de género, la dirección no quería dar una imagen de escuela femenina, de ahí que destacara los estudios de Arquitectura por encima de otras especialidades. Era lo mismo de siempre. La institución proporcionaba a las mujeres nuevas oportunidades para formarse, pero, a la vez, permanecía atada a las convenciones sociales.

A principios de año habían ocurrido cambios importantes en la Bauhaus. Gropius se había retirado del cargo de director y había nombrado sucesor a Hannes Meyer, un arquitecto suizo cuyo lema era «Las necesidades de las personas en lugar de las necesidades lujosas». No obstante, pese a lo solemne de esta frase, no era cierto que la escuela tuviera en cuenta las necesidades de todas las personas; las estudiantes mujeres seguían siendo las grandes olvidadas.

—Pero mi marcha no significa que ustedes vayan a estar de brazos cruzados, señoritas —añadió Gunta con un tono de voz más alegre—. El diseño de las mantas de seda artificial para la escuela sindical ADGB las está esperando. Estoy segura de que sabrán arreglárselas sin mí. Si tienen algún problema, la señorita Berger las ayudará.

Gunta partió a las pocas semanas. En su ausencia, las chicas trabajaron con verdadero tesón. Otti supervisó a sus compañeras de buen grado y llegó a realizar más de cien diseños de mantas durante ese curso. No obstante, el regreso de la maestra estuvo envuelto en la polémica. Gunta se había enamorado de uno de los asistentes al congreso, un arquitecto judío de origen polaco pero con nacionalidad palestina llamado Arieh Sharon, mucho más

joven que ella y con el que había contraído matrimonio en secreto y de forma algo precipitada. Aquel enlace le había costado a Gunta la pérdida de su pasaporte alemán. Ahora también ella había adquirido la nacionalidad palestina, y eso la colocaba en una situación vulnerable.

Una tarde, Otti la encontró en la cantina, sentada frente a una de las mesas del fondo. Tenía el semblante serio. A poca distancia, Meyer fumaba rodeado de alumnos. Otti no sabía qué hacer, pues quería acercarse a ella, pero en cierto modo temía importunarla. La noticia de su boda había creado gran expectación. No todos la habían recibido con alegría. La modernidad en la Bauhaus tenía sus límites, y el hecho de que Arieh Sharon fuese mucho más joven que Gunta había servido para que algunos profesores y alumnos se burlaran de ella. Además, teniendo en cuenta la situación política, su matrimonio con un judío complicaba las cosas. A Otti le daba pena verla sola, apartada de la gente, como si una mano invisible la hubiese arrojado de ese mundo por el que tanto había luchado.

Quiso ofrecerle consuelo. No eran amigas íntimas, pero se comprendían. Se acercó a Gunta y le dijo tímidamente:

—Enhorabuena, señora Stölzl.

—¿Por qué? —preguntó Gunta un tanto despistada.

—Por su boda.

—Ah, sí, muchas gracias, señorita Berger.

—Me alegro mucho por usted. Hacen una pareja estupenda.

—¿Lo dice en serio? —Había en su rostro un destello de esperanza, como si de la respuesta de Otti dependiera su bienestar.

—Por supuesto. Se los ve muy enamorados —contestó Otti con fingido entusiasmo.

—Debe de ser la única que lo piensa.

—Bueno, el corazón es el que elige. Y usted ha elegido al señor Sharon. No tenga en cuenta la opinión de los demás. A la gente siempre le gusta hablar sobre cosas que no entiende.

Gunta le ofreció a Otti una silla y esta se sentó. Durante unos instantes ninguna de las dos dijo nada. Otti se acordó de la fiesta de disfraces que habían hecho para celebrar la entrevista con Vinaver y en lo hermosa que se veía Gunta aquella noche con el

tocado balcánico. La profesora le había hablado de una forma que ella no olvidaría jamás y ahora quería devolverle el favor, ofrecerle alguna clase de consuelo, pero, para su desesperación, ninguna palabra acudió en su ayuda.

—¿Se ha enamorado usted alguna vez? —preguntó Gunta de repente.

Otti jugueteó con un mechón de pelo.

—No, me temo que no.

—Entonces dese prisa; el tiempo corre y hay mucho por hacer. ¿Le gustaría tener hijos?

—No lo sé. Es algo en lo que no he pensado.

Gunta dejó caer su mano sobre la suya. Otti sintió su calor.

—¿Sabe una cosa? El vacío que se le hace a una persona por no querer amoldarse a unas normas es muy parecido al vacío que se le hace a un ser como usted, nacido fuera de lo común.

Gunta estaba al borde de las lágrimas y Otti sintió que la emoción la desbordaba a ella también. Porque ahí, a su lado, ya no estaba la profesora Stölzl, sino simplemente una mujer que se había quitado la coraza.

—Si me disculpa —dijo Gunta—, debo asistir a una reunión del consejo.

Se levantó y se perdió entre los estudiantes de la cantina.

Todo era lento en ella, incluso el dolor.

# Otti

## Verano de 1929

Regresar a Vörösmart era como deslizarse por un túnel secreto e ir a parar de nuevo a la infancia. Era zambullirse en las aguas frías del Danubio, buscar el tesoro de Marta la Roja, reír con los ojos apretados mientras el sol le daba a uno en la cara y calentaba su cuerpo. Regresar a Vörösmart significaba alimentarse bien, levantarse de la mesa con la sensación de haberse tragado el pedazo más grande del mundo y también el más sabroso.

Era domingo y Otti y Zsófia estaban en la cocina.

—Deja que te ayude —se ofreció Otti.

—Yo puedo sola, jovencita. Ve con tu madre —contestó Zsófia. Su cuerpo voluminoso, los pechos amplios, las caderas redondas, el trasero alto y duro, apretado en la lana de una falda que ya tenía demasiados años y no menos remiendos, llenaban la cocina.

—Está cosiendo, y ya sabes que, cuando mi madre se pone a coser, su mente viaja a otros mundos.

—Por si no tuviésemos bastante con este perro mundo como para viajar a otros.

Otti le arrebató un plato de las manos.

—Anda, trae.

Se había dado cuenta de que a Zsófia le temblaba el pulso. Los años no pasaban en balde y las fuerzas estaban empezando a abandonarla. Cada vez que la anciana se agachaba, se mordía el labio inferior, seguramente para no dejar escapar un quejido. Su pelo se había cubierto de canas, y en un momento dado, cuando ambas estaban frente al fregadero, Otti alzó la mano y le acarició

la cabeza. Quería demostrarle sin palabras lo mucho que apreciaba su compañía, lo importante que era en su vida. No se trataba solo de pasar la mano por su cabello: con ese gesto, Otti pretendía acariciar su alma.

Por un momento Zsófia se dejó llevar, cerró los ojos, sus pequeños ojos de color miel ahora surcados por las arrugas. Otti recordó su piel de antes, cuando, siendo niña, le contaba cuentos y leyendas que le hicieron creer en la existencia de Marta la Roja. De no haber sido por esas historias, tal vez Otti no se hubiese quedado sorda. Sin embargo, la muchacha nunca había culpado a Zsófia, pues era consciente de que había sido su propia testarudez y algo que estaba escrito en la historia de su vida desde mucho antes de que llegara al mundo lo que la había empujado aquel día a las frías aguas del Danubio.

Los ojos de la anciana se iluminaron para decir:

—Los viejos y los gatos agradecemos dos cosas: el sol y las caricias.

Después se alejó de Otti para caminar con torpeza hacia la alacena, abrir un cajón y ponerse un delantal. Otti sabía que a Zsófia no le gustaban las muestras de cariño, que se sentía incómoda dentro del amor. Por eso la siguió hasta allí y, colocándose frente a ella, le preguntó:

—¿Por qué no dejas que te mime? Tú lo has hecho siempre con nosotros —le recordó.

—Jovencita, la obligación de una niñera consiste en mimar a sus criaturas, pero tú no tienes por qué hacerlo. ¿No has venido de vacaciones? Pues en vacaciones debes entregarte a los placeres en lugar de ir todo el día pegada a mis faldas.

—Hum, me acabo de entregar al mejor de los placeres, a tu comida. Hacía mucho tiempo que no me alimentaba tan bien y tan rico.

—¿Es que en esa escuela tan moderna no os dan de comer?

Otti no supo qué contestar. No podía decirle a Zsófia que a veces pasaba hambre porque estaba demasiado ocupada trabajando y se le iba el santo al cielo, o que la cantina de la escuela preparaba raciones bastante escasas y muchos alumnos se

alimentaban de café y vino barato o de lo que podían comprar en el pueblo a cambio de su trabajo. La Bauhaus siempre estaba al límite de sus posibilidades.

—¿Tú conoces a algún artista que se haya hecho rico en su época? —preguntó Otti.

—Entonces no comes —sentenció la niñera cruzando los brazos en el pecho.

Otti se sintió de nuevo acorralada. Sus ojos eran incapaces de enfrentarse a los de Zsófia. La mujer tenía razón. El dinero a veces no le alcanzaba, pero ella se resistía a pedirle ayuda a su padre o a tía Augusta. Por suerte, en casa volvía a ser una niña, estaba a salvo. Zsófia, su madre, Lajos y toda la familia permanecían fieles a su esencia, como detenidos en una postal, y en Vörösmart Otti recuperaba esa inocencia que antes de marcharse había dejado enterrada entre las sábanas.

—Y si no comes, ¿de qué te sirve el talento? —volvió a espetarle Zsófia—. Un artista con las tripas vacías no vale nada.

—Ahí te equivocas, precisamente un artista con las tripas vacías es cuando más artista es.

—Bah, no entiendo tanto galimatías intelectual. A mí háblame de patatas al horno y cordero con pimientos, de hacer morcillas y preparar tartas de manzana. Háblame de carne, y no de intelectuales en el pellejo.

Otto irrumpió en la cocina y agarró a su hermana por la cintura. Quería hablar con ella en privado.

—Querida Zsófia, permite que te robe a esta angelical criatura.

—Líbrame de ella, por favor. No me deja trabajar en paz. Ah, y, después de perorar sobre vuestros asuntos, no se te olvide subirme una botella de vino de la bodega. Es para el guiso de mañana.

—Te lo prometo.

—Me conozco yo tus promesas —rezongó Zsófia mientras cerraba la puerta.

Otto había regresado de París más flaco, pero también más elegante. Poseía una nueva mirada, en la que a menudo bailaba el

cinismo, y, aunque se esforzaba por mantener su eterna sonrisa, Otti había notado que se irritaba con facilidad y que sus pensamientos estaban en otro sitio. El muchacho había incorporado a su vocabulario palabras en francés y las pronunciaba despacio, para que todos se admiraran de sus avances. Luego fumaba con gesto nervioso y revolvía su cabello. Entonces Otti podía vislumbrar al auténtico Otto en ese pelo rubio hecho un revoltijo, en esos ojos achinados que buscaban su complicidad.

Pese a que no competían entre ellos, Otti sabía que su hermano quería demostrarle a la familia que también él era un artista. Sus manos no tejían, pero sabían dibujar sobre el papel los caprichos de las mujeres modernas de París. El universo femenino de Otto nada tenía que ver con las mujeres reales de Vörösmart, y mucho menos con las de su familia. Aun así, su sofisticación no lo alejaba de sus raíces. Al igual que ella, Otto regresaba al hogar para purificarse, para aplacar la sed que daba la soledad del mundo moderno.

—Quiero presentarte a alguien —dijo Otto—. El grupo de teatro de Vörösmart tiene un nuevo director y me gustaría que lo conocieras.

—¿De quién se trata? —preguntó Otti.

—Se llama Luka Horvat y es un escritor de Berlín. Se ha instalado en el pueblo hace poco y tiene el plan de llevar a escena uno de sus poemas. Me ha pedido que lo ayude.

A Otti la idea de conocer al tal Horvat no la entusiasmaba demasiado, pero no quería defraudar a Otto. Era la primera vez que lo veía tan contento desde que había llegado de París. Después de todo, ¿qué podía perder? En Vörösmart las distracciones escaseaban y aquella era una buena excusa para pasar más tiempo con su hermano.

Horvat resultó ser un hombre pequeño y flaco, vestido con un amplio traje pasado de moda. Llevaba un sombrero de paja de ala ancha y lucía una pajarita de color gris. Se mostraba nervioso y recelaba de la gente. Además, tenía un tic nervioso y, de forma

intermitente, guiñaba el ojo derecho y alzaba su labio superior, dibujando una mueca. A Otti no le pareció en absoluto un artista y, a primera vista, su aspecto le provocó rechazo.

—Su hermano quiere poner en escena una pieza poética de mi autoría. Tengo aquí un ejemplar —dijo Horvat sacando un librito de un bolsillo interior de su chaqueta—. Puede usted leerla y decirme qué le parece.

Otti tomó el libro y comenzó a leer. Se encontraban en el salón de actos de Vörösmart, sentados alrededor de una mesita redonda. Los dos hombres se quedaron callados mientras ella iba pasando las páginas. Al principio, a Otti aquel silencio la incomodó, pero poco a poco fue sumergiéndose en la lectura. El señor Horvat escribía bien. Tenía unos versos en prosa muy jugosos, casi corpóreos. Su lírica era asombrosamente teatral, al extremo de que a Otti le parecía increíble que un hombre así, con la apariencia de un ratón temeroso, hubiera escrito algo tan potente. Alzó el rostro y lo miró.

—Es maravilloso —dijo.

El señor Horvat lanzó un suspiro. Aplastó la colilla en el suelo y sus labios se unieron en un mohín.

—Me alegra que le guste, señorita Berger.

—Es una obra excelente. Tiene usted mucho talento.

—¿Lo ve? ¿Qué le había dicho? —exclamó Otto—. Mi hermana tiene olfato para descubrir talentos. Es cosa de familia.

—Y oído. Porque los versos también hablan —añadió el poeta.

En cuanto se dio cuenta de lo que había dicho, el señor Horvat se sonrojó. Otti advirtió su incomodidad y también que el tic de su ojo se había acentuado. Ahora lo guiñaba tan rápido que parecía que su rostro se iba a descomponer de un momento a otro. Tras un embarazoso silencio, el señor Horvat empezó a balbucir:

—Yo lo que...

—No se preocupe, no es al único al que le pasa —le interrumpió Otti—. Si tuviera que reprocharle su falta de tacto a todo aquel que se olvida de mi sordera me pasaría la vida soltando discursos. Y, créame, prefiero ocupar mi tiempo en cosas más

productivas.

—Como por ejemplo ayudarnos a poner en marcha la función —añadió Otto.

—Todavía no he leído la pieza completa —dijo Otti.

—Pero te encanta, hermanita. Te conozco muy bien.

Otti se encogió de hombros. ¿Qué podía decir? Se trataba de un buen texto y lo cierto era que no tenía nada mejor que hacer en Vörösmart durante aquellas vacaciones.

—De acuerdo —dijo al fin—, me sumo al proyecto, aunque habrá que adaptar la obra. ¿Le parece bien al autor?

El señor Horvat casi había desaparecido bajo la sombra gris de su pajarita. Prendió otro cigarrillo y contestó:

—No hay problema. La adaptaré.

—¡Fantástico! —se entusiasmó Otto—. Entonces no se hable más. No debe preocuparse por nada. Yo me ocuparé de la dirección, del vestuario y de la escenografía.

—Un momento, no seas tan acaparador —dijo Otti.

—De acuerdo, yo dirigiré, diseñaré la escenografía y tú te encargarás en exclusiva del vestuario.

Durante una semana trabajaron intensamente. Viendo que su hermano no avanzaba con el diseño de la escenografía, Otti se atrevió a hacerle una propuesta, algo sencillo pero que sin duda sería muy vistoso.

—Se nota que has aprendido bien la lección, hermanita. Esto que has dibujado es el más puro estilo Bauhaus. No sé si el señor Horvat va a dar su beneplácito, él es más bien clásico.

—Pues su poesía rezuma atrevimiento por todos los poros. No es conformista y tiene unas imágenes muy brillantes, casi violentas, diría yo.

—Vaya. Entonces, ¿te gusta?

—Sí, me gusta mucho.

Otto se levantó y se escabulló hacia la cocina, donde estaban su madre y la buena de Zsófia.

—¿Os cuento un chisme? A Otti le gusta el señor Horvat.

—¿Quién es el señor Horvat? —preguntó Ida sin dejar de amasar la pasta para el hojaldre.

—Oh, vamos, ya le he hablado del señor Horvat. Se lo presenté un día cuando fue a la tienda, ¿no lo recuerda?

—Ah, sí —afirmó. Sacó las manos de la masa y las agitó en el aire—. Tengo tantas cosas en la cabeza últimamente que ya no sé dónde estoy. ¿Y qué tiene que ver tu hermana con el señor Horvat?

—Que le gusta.

—Claro que le gusta —intervino Zsófia. Llevaba puesto un delantal hasta los tobillos y se movía con lentitud buscando un lugar donde dejar la botella de aceite—. Cualquier hombre con un par de ojos se daría cuenta de la belleza y el encanto de nuestra Otti.

—Bueno, sí, pero es ella la que me lo acaba de confesar.

—¿Estás insinuando que a tu hermana le gusta el señor Horvat? —dijo Ida.

—Eso es.

Ida se echó a reír. Sin querer, se llevó la mano a la nariz y la punta se le llenó de harina.

—No digas tonterías, querido. ¿Cómo puede gustarle ese hombrecillo?

—¿Y qué tiene de malo el señor Horvat?

—Para empezar, la estatura. Tu hermana es más alta. No es elegante que una mujer sea más alta que su marido. Y, en segundo lugar, no es judío.

—Madre, por favor.

—No he acabado, jovencito. —Su dedo índice señaló con dureza en dirección a Otto—. Tampoco me resulta simpático. Un hombre que no habla y que se viste con ropa demasiado holgada no me inspira confianza. Es como si de un momento a otro fuese a desaparecer.

—Todo eso son prejuicios. Hay que saber mirar más allá del aspecto físico —dijo Otto—. El señor Horvat es un intelectual, un poeta muy reconocido en los círculos culturales de Berlín.

—Blablablá —intervino Zsófia—. Tu madre tiene razón. A mí tampoco me gusta. Un hombre tan flaco no es capaz de apreciar una buena comida, y eso acaba con cualquier matrimonio. No cocinaré para el señor Horvat, de ningún modo.

De pronto, Otti irrumpió en la cocina.

Silencio.

—¿Se puede saber qué estáis tramando? —preguntó.

—Nada —dijo Otto.

—Mientes, se te han dilatado las aletas de la nariz como cuando eras pequeño.

Otto se llevó la mano a la nariz.

—No es cierto. La tengo normal.

—Zsófia, confío en ti —dijo Otti—. ¿De qué estabais hablando? Y más vale que seas sincera o romperé todos los cuadros que te pinté.

—Locuras de tu hermano, ya lo conoces. Se ha empeñado en que a ti te gusta el señor Horvat.

Otti se echó a reír. ¿Cómo se le había podido ocurrir a su hermano semejante estupidez? No, a ella Horvat solo le despertaba una ligera simpatía, aunque tenía que reconocer que se estaba divirtiendo mucho con la adaptación de su obra. En ocasiones, discutía con Otto por los diseños, pero al final siempre llegaban a un acuerdo. Aquellas vacaciones estaban resultando mucho mejor de lo esperado, sin duda, aunque eso no significaba que se hubiera vuelto tan loca o tan ciega como para perder su criterio en cuanto a elecciones masculinas.

—Bueno, quitaos esta idea de la cabeza —dijo. Y antes de abandonar la cocina añadió teatralmente—: Al fin y al cabo, no pienso casarme nunca.

Un sábado, después de regresar de la sinagoga, Otti le mostró a su madre algunos de sus diseños realizados en la Bauhaus.

—Pero, Otti, querida, este trabajo es exquisito —exclamó Ida admirando la gradación de los colores—. Es...

—¿Diferente?

—Sí. En el pueblo no estamos acostumbrados a algo así. Fíjate en nuestro telar, llevamos tejiendo de la misma manera generación tras generación.

—Lo artesanal es la base de todo, madre.

—Pero no sabríamos hacerlo de otra forma. Y además nuestros clientes tienen el mismo espíritu anticuado que nuestras manos.

—Eso no es cierto.

—A veces me da la sensación de que nací así, siendo viejecita.

—Madre...

A Otti le dolía ver a su madre hablando de ese modo. Había en el tono de voz de Ida un deje de melancolía que le partía el corazón.

—El tiempo pasa demasiado deprisa, Otti. Tú y tu hermano os habéis ido, Oskar ha creado su propia familia, aunque me aflige que Else no pueda tener hijos. Yo no sé qué hacer. Se lo he pedido tantas veces al Señor...

—Debe de ser que está sordo, como yo.

Ida abrió los brazos y Otti se acurrucó en su pecho.

Su madre olía a tristeza guardada en tarritos de cristal.

Días antes del estreno, Otti y su hermano decidieron darse un baño en las aguas del Danubio. Hacía tanto calor que las uvas parecían reventar de puro fuego.

—Creo que madre se siente muy sola —comentó Otti cuando ya estaban en el agua.

—¿Y cómo no? Padre se pasa el día en sus viñedos, nosotros nos hemos ido y Oskar tiene sus propios problemas.

—Eso es lo que más pena le produce, que Else y Oskar no puedan concebir.

—Hermanita, el mundo no se acabará porque ellos no tengan hijos.

—Estoy hablando de madre. Su mundo es esto, y esto ya no es lo que era.

—Sigue teniendo a Zsófia.

—No es lo mismo, ya lo sabes.

Otto hundió la mano en el agua y salpicó a su hermana.

—¡Eh, deja de hacer el idiota! —gritó ella.

—Lo haré cuando me cuentes qué diablos te pasa. Estás muy

seria.

Otti se armó de valor y le dijo que se sentía culpable, que le dolía ver a su madre languidecer mientras ella estaba en Dessau, protegida dentro de una burbuja, al margen de todos los problemas de la familia. Le dijo que el arte a veces no lograba consolarla y que había días en que estaba dispuesta a tirar la toalla y regresar a casa, que a menudo se veía asaltada por pensamientos oscuros, la angustia de no saber qué hacer con su vida. Se detuvo a recobrar el aliento. Estaba al borde de las lágrimas.

—Quizá... pudiera quedarme aquí y trabajar en el telar, con madre.

Otti se quedó sorprendida de sus propias palabras. ¿Era eso lo que quería? Una parte de ella sí, sin duda. La parte que había quedado dolida tras las agresiones de Arno, la parte que estaba decepcionada con la Bauhaus y sus falsas promesas de igualdad entre sexos, la parte que estaba cansada de luchar, de esforzarse siempre el doble que los demás.

—Ni se te ocurra arruinar tu vida y tu carrera, ¿me oyes? —la reprendió Otto—. Siempre has sido tú la que nos ha empujado a buscar nuestra propia felicidad. No voy a tolerar que te sientas culpable por algo que no está en tus manos. Disfruta del presente, de la obra que vamos a estrenar y de tu trabajo en la Bauhaus. Lo demás ya vendrá.

—¿Y si no viene?

—Lo hará, hermanita. Si de algo estoy seguro es de que te espera un futuro brillante.

En el salón de actos no cabía un alfiler. En la primera fila estaban sentados los Berger al completo, a excepción de Otti y su hermano, que se afanaban con los últimos preparativos entre bambalinas. Al poco, las luces se apagaron y salieron a escena dos hombres con el torso desnudo, descalzos y ataviados con unas mallas a las que Otti había cosido plumas de gallina coloreadas. En la cabeza lucían gorros en forma de pico. Era un vestuario un tanto atrevido para Vörösmart y se oyeron en la sala unos murmullos de sorpresa, que

cesaron cuando los actores comenzaron a hablar.

Desde su lugar detrás del escenario, Otti observó el desarrollo de la obra y las reacciones emocionadas del público. Estaba feliz de haber llevado a cabo aquel trabajo artístico en cooperación con su hermano e incluso se sentía orgullosa de poder mostrar algo de su arte a las gentes de Vörösmart. Sin embargo, a raíz de la conversación mantenida con Otto, algo había cambiado en ella. La nostalgia, la culpa, la pena se habían al fin desvanecido. Al cabo de pocos días tendría que despedirse de sus padres y se pondría triste, sin duda, pero también estaba deseosa de retomar las riendas de su vida.

Miró a Else, que sentada entre el público mantenía aferrada la mano de Oskar entre las suyas, y sintió pena. El rostro de su cuñada estaba pálido y crispado, empañado por un velo de preocupación. Otti no conseguía entender que una mujer deseara convertirse en madre por encima de todas las cosas. Ella, en cambio, solo quería dedicarse de lleno al arte, sin un hombre al que darle las gracias o pedirle perdón por no cumplir con sus expectativas. ¿Cómo había podido dudar de su destino? Su hogar estaba en la Bauhaus, en aquel amado desorden que la devoraba.

# Otti

## Finales de 1929

Gunta estaba embarazada. Su vientre se volvía cada día más redondo, como un queso, como un pan, como una luna, mientras a su alrededor empezaban a afilarse los cuchillos. Ningún miembro del consejo había visto con buenos ojos su matrimonio con Arieh Sharon. El antisemitismo había empezado a crecer no solo en la escuela, sino también en la ciudad de Dessau, cuyo Ayuntamiento, dominado por políticos conservadores y del Partido Nazi, se encargaba de gran parte de la financiación de la escuela.

La vieja Gunta seduciendo a un jovencito, eso escuchaba Otti a cada rato allá donde fuera. Gunta uniendo su sangre a la de un judío. Ella sabía muy bien lo que significaba ser el centro de todas las miradas. Hubiera querido decirle a Gunta que a partir de ahora la esperaban el asco, el insulto, las humillaciones, la mofa... Pero no dijo nada y se limitó a permanecer a su lado, convirtiéndose en su amiga y cómplice.

Desde que había regresado a Dessau tras las vacaciones, Otti tenía la sensación de que todo iba más deprisa. Cada noche se dedicaba a escribir un tratado sobre telas y metodología de la producción textil, que le entregó a Gropius para su publicación en cuanto lo tuvo acabado, pero que nunca llegó a ver la luz, tal vez porque, a pesar de ser una alumna brillante, no dejaba de ser una mujer y, por si fuera poco, judía. De todos modos, no se quedó de brazos cruzados y se sumergió en un nuevo diseño textil en cuya factura podía verse la clara influencia de su profesor, Paul Klee, y su particular teoría del color. Gunta estaba tan satisfecha con sus progresos que propuso al consejo de profesores que Otti fuese una

de las artistas invitadas a exponer sus obras en la Federación del Trabajo de Suiza, la llamada Schwedischen Werkbundes.

Más tarea aún. Después de las clases, Otti se encerraba en el taller. A veces, Gunta abría la puerta a su espalda y buscaba acomodo cerca del telar. Otti no se daba cuenta de su presencia hasta que veía flotar en el aire el humo de su cigarrillo. Entonces la maestra se acercaba a ella caminando con las piernas arqueadas y echaba un vistazo a sus diseños. Después de darle algunos consejos, tomaban café y Gunta aprovechaba para desahogarse con Otti. Le decía que empezaba a sentirse incómoda en la Bauhaus, que de noche se tumbaba sobre la cama, boca arriba, mirando las grietas del techo y preguntándose si su bebé y ella vivirían mucho tiempo allí, en aquel pequeño círculo ajeno al mundo real, en esa burbuja de arte, colores, máquinas tejedoras y planos. A Otti le resultaba extraño que nunca mencionara a su esposo y se decía que tal vez fuese un arma de defensa, que quizá ignorándolo evitaba el sufrimiento. Todos en la escuela sabían que Sharon no llevaba una vida ordenada, que coqueteaba con sus alumnas y evitaba compartir el día con ella.

Otti observaba los gestos de Gunta, sus ojos siempre al borde de las lágrimas, aquellos labios gruesos confesándole que el mundo era un perro apestoso y que les había tocado vivir malos tiempos.

—Ser diferente tiene un precio en una sociedad que reclama las viejas costumbres —le dijo Gunta en una ocasión—. Los nazis afirman que nuestro arte es degenerado y no entienden que los degenerados son ellos.

Otti tomó su mano y la apretó con fuerza. Gunta quería espantar el llanto y pestañeó dos veces seguidas. Después retiró la mano, dio una calada larga y se dirigió a la ventana. Fuera, el viento peinaba las hojas muertas de los árboles, el color amarillo empezaba a abrirse paso y con él las primeras tormentas.

Uno de los objetivos de la Bauhaus era que sus estudiantes pudiesen viajar a otras escuelas para seguir formándose y ampliar así sus conocimientos. Con esta premisa, Otti fue elegida en

octubre de ese mismo año para desplazarse hasta Estocolmo invitada por la famosa Vanadisskolan, la escuela de tejidos fundada en 1889 por Johanna Brunsson. En poco tiempo se había convertido en la más prestigiosa de Suecia y atraía no solo a estudiantes escandinavos, sino también a discípulos de otros países, como Alemania, Rusia e incluso Estados Unidos. Tras el fallecimiento de su creadora, en 1920, había pasado a manos de su sobrina, Alma Jacobsson.

Fue la propia Gunta quien le comunicó la noticia. Hacía poco que la maestra había dado a luz a una niña a la que habían llamado Yael y a la que Otti adoraba.

—Me alegro por ti, Otti —le dijo—. Es una excelente oportunidad. Además, estarás en manos de una de las mejores tejedoras, Hildegard Dinclau.

—Seguro que no es mejor que tú —replicó Otti.

—Es bueno aprender nuevos métodos y estilos. Estoy convencida de que vas a encajar muy bien en el taller. ¡Espero que no decidas quedarte allí y me abandones!

—Eso jamás. Te doy mi palabra.

Aunque estaba exultante por la noticia, el viaje a Estocolmo llegaba en un momento poco oportuno. Otti estaba inmersa en la exposición de la Federación del Trabajo, pero Gunta le dijo que no se preocupara, que solo debía escribir una carta excusándose por no poder asistir y ella misma se encargaría de mandar los diseños a Suiza. Otti se lo agradeció. Ambas habían acabado convirtiéndose en aliadas inseparables.

Una tarde, Gunta le pidió a Otti que se quedara después de la clase. Estaba muy emocionada con su marcha y a todas horas buscaba una excusa para verse con ella. Llevaba la blusa desabrochada porque estaba dando de mamar a Yael, a la que llevaba a las clases porque no tenía con quién dejarla.

—¡Ay! —gritó. La bebé le había mordido el pezón y la cambió de pecho—. Esta niña se ha propuesto dejarme seca y llena de cicatrices.

—Es muy pequeña aún para morder —le dijo Otti.

—Pero se agarra con las encías. ¿Te importa cogerla? Me ha

empapado la camisa. Tengo que cambiarme; menos mal que siempre traigo una blusa de repuesto. Esa es una de las cosas que he aprendido como madre y mujer trabajadora, ahorrar tiempo y ser previsora.

Otti tomó a Yael en brazos y la niña le regaló una sonrisa. Tenía los mofletes colorados y la leche le resbalaba por el mentón. Era más frágil de lo que pensaba y de pronto a Otti le temblaron las piernas y comenzó a sudar. No se sentía capaz de seguir sosteniéndola por más tiempo. ¿Y si se quedaba sin fuerzas? ¿Y si su mente le ordenaba dejarla caer? Echó un vistazo en dirección a Gunta, que parecía no tener prisa por cambiarse la blusa y fumaba un cigarrillo, sentada en la mesa, entornando levemente los ojos para que no le entrase el humo, con sus pechos llenos recibiendo los rayos del sol otoñal.

—Anda, trae. Ya he abusado bastante de tu generosidad —dijo al fin Gunta.

—No me importa —contestó Otti.

—Eso lo dices porque no pasas todo el día con mi pequeño monstruo.

Gunta besó sus mejillas y la niña volvió a sonreír.

La intensidad del frío abofeteó las mejillas de Otti a su llegada a Estocolmo. Estaba nerviosa y a la vez sentía curiosidad por todo lo que la rodeaba. En el puerto, una mujer le tocó el brazo, reclamando su atención. Otti se giró sorprendida. No esperaba que nadie fuese a recogerla, por eso se extrañó cuando vio a una hermosa mujer detenida frente a ella. Su pelo rubio cortado a la altura de los hombros brillaba con los rayos del sol. Tenía las pestañas larguísimas y los párpados pintados de azul. Sus labios eran finos. Iba cubierta con un abrigo grueso de lana bajo el que asomaban unos pantalones anchos de color beis. Alrededor del cuello se había enroscado una bufanda confeccionada con lana de distintos colores en forma de zigzag y en los hombros lucía una estola de piel rematada con borlas. Cualquier otra mujer con su atuendo hubiese rozado la extravagancia, pero todo en ella

resultaba atractivo.

—Si no me equivoco, usted debe de ser la señorita Berger —dijo en perfecto alemán.

La muchacha sonrió antes de contestar.

—Sí. Ha acertado.

—Bienvenida a Estocolmo, yo soy Alma Jacobsson.

—Oh, no hacía falta que se tomara la molestia.

—Gunta insistió en que viniera a buscarla.

—Mucho me temo que la profesora Stölzl se ha convertido en la madre de todas nosotras —dijo Otti.

La Vanadisskolan estaba situada en el número 30 de la calle Kungsgatan. Al llegar, Alma dejó las maletas en recepción, donde una muchacha pelirroja las saludó efusivamente. A continuación, entraron en la sala donde se encontraban los telares y Otti soltó un silbido. El lugar era amplio, con grandes ventanas que dejaban ver la avenida. Lo cierto era que no esperaba encontrar tanta actividad.

—Cuando mi tía Johanna empezó, disponía de una docena de telares —explicó Alma—, aunque ya ve, ahora hemos ampliado hasta cincuenta y dos.

—Es asombroso —dijo Otti.

—No somos la Bauhaus, pero nuestro trabajo tiene una notable repercusión y llevamos formando tejedoras desde hace cuarenta años. En la actualidad, tenemos bajo nuestra dirección a sesenta y cinco estudiantes.

—Para mí es un sueño estar aquí. He venido con muchas ganas de aprender.

—Gunta me ha hablado muy bien de usted. Su trabajo es excelente. La sigo muy de cerca, he leído artículos suyos en diversas revistas de arte y debo decir que me he sorprendido gratamente.

Otti se ruborizó. Tenía encargos importantes y había participado en varias exposiciones, pero escuchar a una gran tejedora halagar su trabajo le causaba cierto pudor.

—No tiene por qué avergonzarse, querida —dijo Alma—. La falsa modestia no sirve de nada. Cuando uno tiene talento, lo

mejor es asumirlo y trabajar sin descanso. Le presentaré a nuestra estrella, la maestra Hildegard Dinclau; sin ella, la escuela no sería lo mismo. Es una joya, aunque no lo digo muy alto para que no me la roben.

Hildegard era una muchacha rubia con el pelo corto y ondulado, ataviada con una bata de color azul abrochada hasta el cuello. Unas gafas redondas resbalaban por su nariz, pequeña y en forma de botón, como la de Alice Weber. Al sonreír dejó al descubierto una dentadura blanca y ordenada, aunque sus colmillos eran grandes y parecían afilados. En cambio, su voz era suave y armoniosa.

—Intentaré hacerme entender. Los idiomas no son mi fuerte —se excusó.

—No se preocupe, hay muchas formas de comunicarse —contestó Otti—. Si me habla de frente para que pueda leerle los labios, todo irá bien. Aunque en el peor de los casos siempre podemos recurrir a los gestos. La gente suele hablarme por señas. Creen que los sordos no tenemos voz.

—Gunta ya me advirtió de su sarcasmo —contestó Hildegard con una sonrisa.

—Pensaba que de mi sordera.

—También, aunque eso no es ningún obstáculo, aquí solo escuchamos el ruido de las lanzaderas y los pedales.

—Debo seguir trabajando —las interrumpió Alma—. Tengo en mi despacho infinidad de pedidos que he de atender. La dejo en buenas manos, señorita Berger. Espero que disfrute su estancia entre nosotros.

Los demás estudiantes comenzaron a cuchichear y Hildegard se dispuso a poner orden.

—Siempre que llega alguien nuevo ocurre lo mismo, blablablá. Enseguida se familiarizará con los telares, los horarios y nuestras costumbres. Los suecos somos, ante todo, animales de costumbres, ya se dará cuenta.

Otti estaba encantada de hallarse en un sitio nuevo. Le gustaban los desafíos y lo poco que había visto de la escuela le transmitía una sensación de paz, armonía y concentración. Justo lo

que necesitaba. De repente, la Bauhaus le parecía muy lejos y ajena. Allí, en Estocolmo, no se respiraba la tensión que se vivía en Alemania. El país estaba a salvo de los nazis, por el momento, y los meses que tenía por delante se le antojaban a Otti una especie de oasis.

—Le hablaré con sinceridad —dijo Hildegard interrumpiendo sus pensamientos—. Sus diseños tienen fuerza, son rompedores. Es usted una artista innovadora, aunque me temo que nosotros somos un poco más tradicionales. Espero no decepcionarla.

Otti pronto descubrió que ella y Hildegard se complementaban a la perfección. Trabajaban muy bien juntas y se respetaban mutuamente, siempre atentas la una a las ideas de la otra. Cuando llegaron las vacaciones de Navidad, decidió quedarse en Estocolmo y pasar esos días en compañía del resto de las estudiantes, con las que había trabado una buena amistad. También allí sus compañeros se referían a ella como Otika. Por las noches escribía en su diario y cada viernes mandaba una carta a su madre, otra a su hermano Otto y una última a Viena, destinada a tía Augusta. Los días pasaban lentos, sosegados, y ni tan siquiera la crudeza del invierno del norte lograba abatir la dicha de Otti.

A principios de febrero, una tarde de lluvia infernal, Augusta se presentó de improviso en la Vanadisskolan. Iba envuelta en un suntuoso abrigo de piel de zorro blanco que le llegaba hasta los pies y lucía un sombrero a juego. La acompañaba una sirvienta flaca y enlutada, una judía de Tesalónica llamada Greta. Otti se quedó de una pieza cuando su tía le contó que el motivo de su viaje no era otro que el de convencerla de asistir con ella a la fiesta del metal, que iba a celebrarse en la Bauhaus.

—Tía, podría haberme escrito —dijo Otti.

—Podría, pero no hubiera sido tan divertido como venir hasta aquí y ver tu cara de desconcierto. Bien, ¿qué me dices?

—No sé si puedo marcharme.

—Oh, querida, no seas tan melodramática. No estamos cometiendo ningún crimen —protestó Augusta—. Y si quieres

ahorrarte la culpa, piensa que estás cumpliendo el último deseo de una pobre anciana moribunda. Antes de partir de este mundo quiero asistir a una fiesta de la Bauhaus. Luego que Dios venga a buscarme, que lo estaré esperando.

Como tía Augusta deseaba experimentar lo que significaba vivir en la Bauhaus, aunque tan solo fuera por unos días, pidió a su sobrina que se instalaran las tres en su apartamento. A cambio, Otti le hizo prometer que sería discreta y que no abandonaría la estancia hasta el mismo día de la fiesta. No quería que nadie las viera. Todos pensaban que estaba en Estocolmo. Seguro que las chicas se quedarían sin habla al verla aparecer.

Su tía estaba exultante. Para complacerla, Otti preparó los disfraces que llevarían la noche de la fiesta. Para ella rescataría el de oreja judía, pensó, y, respecto al disfraz de la anciana, no acababa de decidirse. Una tarde, llamó a Greta.

—Greta, ¿cuál cree usted que es el rasgo más característico de mi tía? —le preguntó.

—La terquedad —contestó la otra sin ninguna duda.

—Estoy de acuerdo, es terca, fuerte y muy...

—Guerrera —completó rápidamente Greta.

—Veo que nos entendemos. Disfrazaremos a tía Augusta de guerrera y a usted de su fiel escudera.

La noche de la fiesta, las tres mujeres abandonaron el apartamento ataviadas con sus respectivos disfraces. Tía Augusta iba embutida en un maillot al que habían cosido un sinfín de aros metálicos en forma de espiral. Sobre su cabeza llevaba el cazo en el que Otti solía hervir la sopa de cebolla. Greta iba con un vestido en forma de triángulo forrado de papel de aluminio. Un cono salpicado de cintas amarillas y trocitos de alambre retorcido coronaba su cabeza. Para rematar su atuendo, Otti le entregó en el último momento una sartén, que la sirvienta empuñó como si fuera un escudo.

Antes de hacer su entrada en el aula magna, echó un último vistazo a su obra. Tía Augusta, a pesar de que apenas podía

moverse, parecía feliz. Otti sonrió y la anciana golpeó el suelo con su bastón antes de exclamar:

—¡Por todos los demonios, que empiece el caos!

Sobre el escenario, la banda de jazz de la Bauhaus tocaba una de sus famosas melodías. Las parejas bailaban intentando que sus creaciones no chocaran entre sí. Aquello era más disparatado de lo que Otti había imaginado. La fiesta del metal superaba con creces al resto de las celebraciones. Por doquier deambulaban figuras aparatosas que se saludaban de forma reverencial unas a otras, que exhibían su creatividad, que competían en brillo y miradas de atención. Era un baile de máscaras ciegas, de materia en movimiento, de volúmenes imposibles. Era el festín de los sentidos, el goce de la originalidad regado con locura y diversión a grandes dosis.

Enseguida, las chicas del Taller Textil reconocieron a Otti bajo su particular disfraz.

—¡Oh, gran oreja judía, yo te venero y caigo a tus pies y beso todas las islas mudas que te habitan! —proclamó una de las alumnas.

—¡Qué barbaridad! —exclamó entusiasmada tía Augusta—. Esto es absolutamente irreal.

—¿Y qué esperaba, tía? Le confesaré un secreto: en realidad, la Bauhaus no existe. Somos una fiesta continua en la mente de alguien que, en otra galaxia, nos sueña.

—¡Otika! —gritó Gertrud mientras intentaba abrirse paso entre un grupo de cafeteras parlantes y acolchadas—. Mi querida Otika, pero ¿qué diantres haces aquí? ¿Es que la señorita Jacobsson ha abierto la jaula de su escuela y el pajarito tejedor se ha escapado?

Otti rio.

—Más bien ha venido una mano familiar a abrirme la jaula —dijo—. Te presento a mi tía, Augusta Novak.

—Vaya, vaya —soltó Gertrud lanzando un silbido—. Así que usted es la tía millonaria de Otti.

—Gertrud, por favor —le recriminó su amiga.

—Eh, que ser millonaria no es ningún pecado. Encantada de

conocerla, señora Novak. Como verá, aquí somos pobres aunque muy felices. De modo que también podríamos afirmar que somos dueños de un espíritu millonario. Pero será mejor que nos reunamos con el resto del grupo. Tu tía querrá conocer a tus amigas, ¿no?

Y, sin esperar respuesta, cogió a la mujer del brazo y se la llevó. Otti se acercó al rincón donde charlaban tranquilamente Ise Gropius, Hannes Meyer y otro hombre al que no conocía y que solo llevaba un par de antenas en la cabeza. Tal vez por ese motivo llamó la atención de Otti.

El hombre la miró con intensidad. No era apuesto, pero había algo en él que la desordenó por dentro, como si una mano invisible hubiera revuelto sus órganos cambiándolos de lugar. Ise se lo presentó: se llamaba Ludwig Hilberseimer y era el nuevo profesor del Taller de Arquitectura. Otti le tendió la mano. Se notaba nerviosa y no entendía por qué. ¿Qué tenía aquel hombre de especial? En ese momento llegó tía Augusta. Al verla, Ise no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—Pero mi querida Augusta —dijo—, cómo me alegra verte aquí y vestida de...

—De guerrera sideral —dijo de corrido la vienesa.

Otti aprovechó para mezclarse entre la gente. La fiesta estaba en su momento más álgido, y se puso a bailar. El hombre que le había presentado Ise seguía mirándola. Otti podía sentir sus ojos clavados en la espalda, recorriendo cada centímetro de su cuerpo. No era la primera vez que despertaba la atención de un desconocido y, por lo general, le molestaba sentirse observada, pero en esta ocasión era distinto. Había algo en la actitud del tal Ludwig que le gustaba. Tal vez porque no la miraba con un deseo mal disimulado, sino con curiosidad.

De pronto, el hombre se plantó frente a ella.

—Si me lo permite, me gustaría mostrarle mis respetos, gran oreja judía —dijo.

—No es necesario, pero los acepto —respondió Otti un poco tajante.

—Veo que es usted muy querida en la escuela.

Otti no supo qué contestar; tenía la garganta seca y notaba que su pulso se había acelerado. Murmuró una excusa e intentó zafarse de su presencia, pero el hombre la tomó suavemente por el brazo.

—Me temo que estoy siendo muy insistente. Lamento si la he hecho sentir mal.

Otti le agradeció las disculpas.

—¿Por qué no lleva disfraz? —preguntó entonces, con cierta coquetería.

—Claro que lo llevo. Me he disfrazado de hombre imán.

Otti se estremeció. Un imán, pensó. Tal vez ahí residiera el encanto de aquel hombre que no era guapo, pero que aun así resultaba tan atractivo, pensó. Ludwig olía a lluvia fresca y ron. No era demasiado alto y llevaba unas gafas redondas; parecía uno de esos ratones de biblioteca que se pasan la vida buscando respuestas en los libros, y eso le agradaba.

—Tengo algo para usted —volvió a decir el arquitecto. Rebuscó en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una rosa elaborada con cucharillas de café que entregó a Otti con mucha ceremonia—. No encontraba a nadie a quien dársela hasta que la vi.

Otti la cogió.

—Es preciosa —dijo sin evitar sonrojarse—. Gracias, señor Hilberseimer.

—Puede llamarme Hilb.

Alguien a su lado le tocó el hombro; era tía Augusta, que se interpuso entre los dos con cara de pocos amigos. Su mirada era inquisidora y no dudó en examinar al hombre descaradamente, de arriba abajo, sin obviar ningún detalle, como si fuese una pieza de museo puesta a la venta.

—Si me disculpa, caballero, quiero hablar a solas con mi sobrina.

Tía Augusta tiró del brazo de Otti y la llevó a la otra punta del aula, justo donde se encontraban Gunta y su marido, que ahora bebían y fumaban ajenos a la fiesta, enfrascados en sus propios pensamientos.

—Jovencita, conozco muy bien esa mirada.

—¿Qué mirada?

—La mirada del deseo, por supuesto.

—No diga tonterías —contestó Otti, en un vano intento por disimular.

—Soy una mujer vieja y he estado casada dos veces. Mi primer marido tenía esa mirada.

—Oh, tía, por favor.

—El segundo no lo sé porque el pobre era bizco y siempre me sentía muy sola a su lado, como si un ojo estuviese viviendo en Polonia y el otro en los Alpes suizos. Mi obligación es advertirte.

—¿Advertirme de qué?

Otti notó que su tía dulcificaba su gesto y entonces aprovechó para darle un abrazo. Cuando se separaron, la anciana le dijo:

—No hagas nada que yo no haría. Y, como sé que esta noche no vas a volver a tu apartamento, te informo de que Greta y yo partiremos hacia Viena a primera hora de la mañana. Ya estoy más que satisfecha.

A Otti el primer beso le supo a estallido. Todo a su alrededor dejó de existir. La gente no era más que una mancha lejana que se diluía en su memoria, solo podía sentir y ver el cuerpo que la abrazaba, la boca de Hilb poseyendo la suya, sus lenguas luchando en una guerra muy íntima. Cuando llegaron al apartamento que el arquitecto tenía en el pabellón destinado a los profesores, lo siguió hasta su habitación, dócil, completamente subyugada. Lo primero que hizo él fue tomar su rostro entre las manos y besar la punta de su nariz con suavidad; después lamió sus ojos, su frente y sus mejillas. A Otti el disfraz comenzaba a molestarle y no sabía qué hacer con esa oreja que ahora se había convertido en una cárcel.

—Creo que la gran oreja judía nos perdonará si la silenciamos por un momento —dijo Hilb.

—La gran oreja judía dice a todo que sí —susurró Otti.

—Mucho mejor.

Otti no lo oyó, pero ya no le hacían falta sus palabras; solo el

roce de su piel desnuda, solo sus manos recorriendo cada curva, cada rincón de su cuerpo, solo su lengua llenando de saliva sus pezones, hundiéndose en el bosque de su pubis, lamiendo su ser como si fuese la miel más pura. De la mente de Otti se habían borrado todos los hombres. Ya no existía nadie más que él. Esa noche incluso Marta la Roja abandonó sus oídos para que estos se llenaran de una música nueva.

# Penélope

Penélope está agotada. La caja sigue ahí, abierta, con todas esas telas, las viejas fotografías desperdigadas por el suelo, los seis cuadernos con sus hojas amarillentas diciendo «ven». La noche anterior, Montserrat se retiró a su cuarto, en silencio, con la cabeza hundida entre los hombros, como si de golpe hubiese cumplido cien años, mientras que ella no pudo resistir la tentación de empezar a leer el primer cuaderno de la bisabuela. El tesoro existe. Su tío Antoni siempre ha estado en lo cierto. Si todos aquellos objetos han aflorado a la superficie ha sido gracias a él.

A Penélope la ha sorprendido la confesión de Mercè. Nunca imaginó que aquella mujer que en las fotografías sale retratada con gesto serio y la mirada perdida en el infinito fuese una artista. Ahora piensa que su tío tiene derecho a saberlo, a conocer de primera mano las palabras de su abuela. Sin embargo, no está segura de qué decisión tomar. Si lleva a Antoni a la masía se arriesga a tener un duro enfrentamiento con su madre. Además, tiene la sensación de que Montserrat no está bien. Posee un brillo extraño en los ojos, como si por dentro estuviera embistiéndola un dolor sordo, callado. Podría atribuirse a la muerte de la abuela Asunción, pero Penélope sospecha que es algo más. Se trata de la casa. Hay algo en Can Ribó que la hiere y tal vez la clave para descubrirlo esté en los diarios de la bisabuela Mercè.

Mira por la ventana. El cielo mece aún sus legañas, aunque la luz se va abriendo paso. Penélope se viste deprisa, pero se guarda los zapatos en el bolso para no hacer ruido. Entonces, abandona la alcoba de puntillas, baja la escalera, cruza la sala y sale al jardín. El césped está empapado por la lluvia, hay charcos que debe sortear. Todo está frío. Las baldosas, el barro, el viento que abofetea su rostro. Llega al coche con los pies sucios, así que abre

la guantera, coge un trapo y se limpia. Antes de arrancar el motor, echa un último vistazo a la masía. Persianas cerradas, el sol besando los muros de piedra.

Calzoncillos y putas, eso le prometió Penélope a su tío Antoni. Hay una tienda de chinos cerca del psiquiátrico, uno de esos enormes almacenes donde se mezclan mesas de jardín con cortinas de baño, lencería erótica y calzoncillos, al fondo, en el interior de unas cestitas de mimbre. Le elige unos de algodón en color azul marino. Antes de pasar por caja, coge un par de bolígrafos de cuatro colores y una libreta. Al salir de la tienda, hace una parada en un estanco y compra cigarrillos.

En el hospital, encuentra a Antoni tomando el sol en un banquito. Se ha puesto ropa limpia y fuma con los ojos entornados. Penélope lo observa un instante. No sabe cómo decirle lo del tesoro, si será buena idea para su salud mental conocer la noticia o si por el contrario le provocará una nueva crisis. Lo único que tiene claro es que se lo quiere llevar a la masía, para que se despida de su hogar antes de que Montserrat se lo entregue a unos extraños.

Antoni sonríe al verla. Lo cierto es que, cuando está bien, su tío es un hombre sensible y dócil, algo tímido, muy distinto a cuando la demencia lo engulle convirtiéndolo en un ser hostil y obsceno.

—¿Has traído los papeles? —le pregunta.

Penélope asiente con la cabeza y saca la carpeta del bolso. Antoni revisa los papeles con atención, los lee de cabo a rabo, incluida la letra pequeña, y luego firma. Cuando se los devuelve, tiene una expresión resuelta y lúcida. Sabe perfectamente lo que ha hecho, piensa su sobrina. Ha firmado porque sabe que esto es lo mejor, porque él también quiere desprenderse de la casa por la razón que sea. «Porque se lo debe a mi madre», recuerda Penélope, y la vaguedad de esta frase la incomoda.

—¿Quieres dar un paseo? —le pregunta.

Él responde que sí y se cuelga de su brazo. Durante un rato caminan por los jardines del psiquiátrico. Penélope le dice que le

ha comprado tabaco y calzoncillos. Antoni enarca una ceja y pregunta por las putas. Ella ríe, saca una tableta de chocolate del bolso y se la ofrece.

—De momento tendrás que conformarte con esto —le dice.

En recepción, Penélope pide hablar con la enfermera Encarna. Mientras espera, le dice a Antoni que vaya a su habitación y que meta lo imprescindible en una bolsa. Él le pregunta que si se van de viaje y Penélope contesta que sí. Todavía no quiere revelarle que se dirigen a Can Ribó.

Cuando Encarna aparece, Penélope le cuenta que va a llevarse a Antoni unos días a casa. La enfermera arruga el ceño. Tiene una pequeña mancha de café en su bata blanca. Desaparece durante unos minutos y Penélope se queda allí, viendo pasar a los enfermos con sus pantalones de chándal coloridos y una tristeza que va y viene dependiendo de con quién se encuentran. Le parecen niños que han decidido hacerse viejos en su trajecito de la primera comunión. Algunos van en sillas de ruedas. Todos buscan algo entre sus manos o en el suelo y sonríen con sus bocas melladas. Hay una extraña belleza en sus rostros iluminados por la locura.

Encarna regresa y trae consigo unos papeles. Debe firmar un consentimiento, le explica. Desde ese momento será la responsable de Antoni en el caso de que le ocurra algo fuera del hospital. Penélope firma sin leer mientras Antoni aparece con su bolsa de viaje. Se le ve feliz, entusiasmado con la idea de marcharse del psiquiátrico unos días. Penélope coge su brazo. En el interior del coche le muestra los calzoncillos nuevos y él lanza una risotada y luego le guiña un ojo. Penélope conduce sin desvelar su destino, con la música de Mahler a todo volumen.

Al tomar el camino que conduce a Can Ribó, la respiración de Antoni se acelera. Ella acaricia su mano.

—He encontrado el tesoro —le dice—. El tesoro de la bisabuela Mercè. Tenías razón, tío.

Antoni la mira sin decir nada. Sus pupilas se han dilatado y Penélope teme que tenga una crisis, pero por suerte parece encajar muy bien la sorpresa. Por el contrario, Montserrat se enfurece al ver a su hermano y empieza a gritarle a su hija que qué se ha

creído, que cómo se le ocurre sacarlo sin su permiso, si acaso pretende volverlo más loco de lo que ya está. Penélope permanece en pie con las llaves del coche entre sus manos mientras su madre brama sin dejar de mesarse el cabello.

Antoni se ha quedado en el vestíbulo, perplejo. Sus ojos vagan distraídamente por los distintos objetos que atiborran aquella estancia: los escudos de armas, los colmillos de elefante, los tapices... Montserrat lo coge del brazo y se lo lleva casi a rastras hacia la planta de arriba. Él se deja hacer, dócil, y se marcha lanzando besos al vacío.

Penélope se queda sola. Enciende un cigarrillo y se pregunta si realmente ha hecho lo correcto. Tal vez tendría que haberle consultado antes a Montserrat o hablado con un médico para saber el estado actual de Antoni y cómo podía afectarle salir del psiquiátrico. Montserrat regresa al cabo de unos minutos. Se ha calmado, pero en su rostro sigue latiendo el enfado. Penélope observa las pecas de su nariz y su pelo revuelto. A su madre le favorece la penumbra, esa luz enferma que llega de las bombillas en las casas o de los cielos en días de tormenta.

—No tienes ni la menor idea de lo que acabas de hacer —le dice.

—Está en su derecho a saber lo que hemos encontrado —contesta Penélope—. También es su casa. Ya has conseguido su consentimiento para venderla, ¿por qué no puede despedirse de Can Ribó?

Montserrat da un golpe sobre el arcón y los colmillos de elefante se tambalean.

—Tu imprudencia puede ser nefasta para su salud. Le has provocado un gran pesar trayéndolo de nuevo a esta casa.

—¿Qué pesar? —pregunta Penélope—. ¿Cómo es posible que yo le provoque pesar por el mero hecho de traerlo de nuevo a su casa? Tú eres la que le causa dolor con tu frialdad, con esa distancia que siempre has puesto entre los dos. Nunca has querido tenerlo cerca. Lo has encerrado en el hospital para que su locura no te molestara, como si fuese a contagiarte.

Montserrat eleva el tono de su voz para decir:

—¡No sabes de lo que estás hablando! No tienes ni la menor idea de lo que ocurrió en esta casa, de lo mucho que hemos sufrido Antoni y yo entre estas paredes. ¿Crees que nos importa el maldito tesoro?

Penélope guarda silencio. Las palabras de su madre la han dejado perpleja. Es la primera vez que habla de su pasado, aunque sea de manera muy ambigua.

—Entonces cuéntame qué es lo que pasó, mamá —le pide—. Deja de una vez por todas de acumular secretos.

Montserrat tiembla y tiene los ojos llenos de lágrimas. La mira una última vez, una mirada cargada de rabia, de espanto, y luego desaparece escaleras arriba.

El tío Antoni ya está en casa, los calzoncillos también, solo falta la puta. Penélope teclea en su ordenador y busca una página de contactos. La atiende una chica llamada Wendy.

—¿En qué puedo ayudarte, cielo? ¿Quieres contratar un servicio a domicilio o buscas sexo telefónico? —pregunta la voz de Wendy al otro lado de la línea.

—Servicio a domicilio, por favor.

—Muy bien, veré quién está libre. ¿Cómo te gustan las chicas, cielo?

—No es para mí.

La señorita Wendy se ríe al otro lado del teléfono. En su voz flotan colillas, humedades y carajillos de ron.

—Claro, cielo, eso dicen todas. Lo pasarás muy bien, ya verás. Vamos a ver... Sí, Loa está libre. Dime la dirección y te la mando. Tendrás que pagar en efectivo. Ah, también deberás abonar el importe del taxi, ida y vuelta, cielo.

—No hay problema —contesta Penélope antes de colgar.

Loa es una chica negra y altísima, que va enfundada en un vestido de lamé dorado. De su brazo cuelga un abrigo de piel de imitación. Penélope le da la bienvenida y la hace pasar.

—Me flipa el rosa —le dice Loa enredando un mechón de su pelo entre sus dedos.

Penélope se aparta delicadamente, para darle a entender que no ha contratado sus servicios para ella.

—Sígueme, es por aquí —le dice guiándola hasta la antigua habitación de su tío.

Antoni todavía tiene juguetes encima de una repisa de madera lacada. Madelmanes, un Scalextric, un osito de peluche tuerto que se llama Sandokán. A Loa se le agria el gesto. Le pregunta a Penélope si puede fumar y, antes de obtener respuesta, enciende un cigarrillo y arroja el humo mientras mira a Antoni de arriba abajo.

—Lo prometido es deuda. Calzoncillos y putas —susurra Penélope al oído de su tío antes de marcharse.

No hay ruido en la casa. Penélope se despierta con dolor de cabeza. Camina hacia el baño, se desnuda y abre el grifo de la ducha. Permanece bajo el agua durante un buen rato. Quiere limpiarse a fondo. Desea que el agua arrastre sus malos pensamientos y que el sumidero se los trague. Daría cualquier cosa para que su madre se sincerase con ella, para que le abriera su corazón. Siempre ha creído que hay personas que nacen sin él, que son incapaces de dar amor y que por eso su corazón va enfriándose hasta convertirse en piedra. Penélope piensa que su madre tiene una piedra oscura dentro del pecho; una piedra que bombea ginebra en lugar de sangre. Cuando el agua empieza a enfriarse, sale de la ducha.

El silencio continúa.

Decide visitar a su tío en su habitación. Loa se marchó a las dos horas de su llegada. Ella misma llamó al taxi y pagó sus servicios. Imagina que su tío habrá dormido tranquilo después de sus escarceos amorosos, como un niño después de tomar su postre favorito. Llama a la puerta y espera, pero Antoni no da señales. Entonces gira la manilla y abre. Su habitación parece un campo de batalla, hay restos de colillas en la cama, las sábanas revueltas y el tanga de Loa sobre la mesilla. Penélope vuelve sobre sus pasos y baja a la cocina. Necesita tomar un café y una aspirina, el orden no importa.

De la cocina surge una especie ronroneo, un murmullo de voces. Penélope se detiene en el marco de la puerta, sin poder creer lo que ve. Están los dos allí, Montserrat y Antoni. Su tío lleva puesto un albornoz y tiene el pelo mojado, su madre está cantando una nana al tiempo que desliza el peine por el cabello húmedo de Antoni. Lo hace con ternura, sin dejar de sonreír, como si cada movimiento fuera un acto de inconmensurable amor. Antoni tiene los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Montserrat se inclina y le da un beso en la frente.

Es la primera vez que Penélope ve a su madre así, entregada. Siente celos, un mordisco feroz en la boca del estómago. Le gustaría darle un empujón a Antoni y ocupar su lugar, que su madre le cepillara el pelo, besara su herida. No sabe en qué momento llegan las lágrimas hasta que abre la boca y se las traga. Luego irrumpe en la cocina, a paso lento. Montserrat levanta el rostro. Ya no sonríe, pero parece que su ira se ha disipado.

Antoni mete la mano en el bolsillo de su albornoz y saca uno de los cuadernos.

—Ha llegado el momento de escuchar la historia de los fantasmas —dice.

Su voz es calmada, serena. Montserrat se sienta a su lado y Penélope mira a través de la ventana. La niebla está creciendo, como el humo de sus cigarrillos.

# Mercè

## Cuaderno número 2

Estaba obsesionada con el hecho de entrar en la Bauhaus. Conocía de memoria el trabajo de Gunta Stölzl y casi llegué a memorizar el nombre de todas sus alumnas. Había una en especial que llamó mi atención: se llamaba Otti Berger y era una mujer brillante que empezaba a despuntar con sus diseños. Había leído varios artículos dedicados a ella en la revista de la escuela y había visto su fotografía, aquellos ojos verdes, unos labios finos sosteniendo un cigarrillo a medio consumir, el cabello revuelto formando una cortina densa, como si fuese un bosque oscuro e impenetrable. Si los flechazos existen, creo que fue justo lo que sentí nada más verla, un dolor de fuego dentro del pecho. Empecé a ponerme nerviosa. Más de una vez estuve a punto de escaparme de casa y fugarme a Dessau para matricularme en la escuela.

Una tarde, me armé de valor y entré en el despacho de mi padre; lo encontré repasando unas facturas. A través del cristal se podía ver el taller, a las mujeres trabajando con sus lanzaderas. Yo había llevado una carpeta con mis diseños. Mi padre, al percatarse de mi presencia, me preguntó en tono seco el motivo de mi visita. Se notaba que le molestaba que estuviera ahí. No le gustaba que nadie lo interrumpiera cuando estaba trabajando, pero yo no pude resistir el impulso y le tendí mi carpeta donde guardaba los diseños que realizaba a escondidas. Él contempló mi trabajo con gesto serio, pasaba las hojas deprisa mientras yo esperaba su veredicto allí plantada, como una estatua temblorosa, sintiendo que el miedo y el frío recorrían mi cuerpo a partes iguales. Cuando terminó, levantó el rostro y sus cejas se arquearon para preguntarme si eso

era todo. No sé cómo pude encontrar el valor, pero entre titubeos y sin dejar de retorcer mis manos le confesé que quería ser diseñadora de tejidos.

Los labios de mi padre dibujaron una sonrisa burlona. No me esperaba esa reacción y los ojos se me llenaron de lágrimas. Sin embargo, no quise mostrar debilidad y seguí allí, dispuesta a todo con tal de conseguir mi propósito. Al cabo de un rato me dijo que yo no entendía nada de tejidos, que cómo pretendía ser diseñadora si mis manos jamás habían manejado un telar. Tenía razón, por supuesto, pero me negaba a admitirlo. Cuando se es joven una piensa que las cosas se consiguen con tan solo desearlas. Lo que yo me proponía era empezar la casa por el tejado en vez de por los cimientos. Aun así, no quise dar mi brazo a torcer y solté a bocajarro: «Quiero ir a la Bauhaus».

Mi padre emitió una carcajada. Nunca lo había visto reírse tanto. Me dio vergüenza que aquel deseo mío tan poderoso fuese motivo de mofa. En un ataque de cólera, le arrebaté la carpeta con los diseños. Entendió en ese mismo instante que era yo la que ponía patas arriba sus revistas y la que abría la caja fuerte de su despacho. A mi padre le gustaba mi determinación, pero yo no dejaba de ser una mujer y en aquella época las mujeres no poseían ningún tipo de libertad para elegir su destino. Descubrí de golpe que esas muchachas alemanas de las fotografías vivían en un mundo que nada tenía que ver con el mío. Su realidad distaba mucho de la realidad española. La palabra *libertad* se me quedó enredada en la garganta, atrapada entre el desencanto y la tristeza. Tenía diecisiete años y el mundo ya se había empezado a derrumbar a mis pies.

Recogí la carpeta con mis diseños y me dispuse a abandonar el despacho de mi padre, pero su voz me detuvo. Puede que al ver mi decepción le inspirara cierta lástima y me dio una alternativa. Me propuso contratarme como una empleada más del telar. Sin darme ningún tipo de privilegio. Lo hacía para que comenzase desde abajo, para que me formase igual que él, desde la sombra, para, poco a poco, ir escalando hacia la luz. Naturalmente acepté. Me hizo prometerle que no se lo diría a mi madre y, cuando volví a

insistir en mi deseo de estudiar en la Bauhaus, me hizo un gesto impaciente y supe que había llegado el momento de marcharme. Había conseguido más de lo que esperaba. Aquella noche soñé con el telar, miles de telares que mis manos ponían en funcionamiento, como si fuese una de esas arañas que construyen la trampa donde caerá su propio sueño.

Durante un año trabajé sin descanso. Compaginaba mis clases con el manejo del telar. Ya no tenía que entrar a hurtadillas al despacho de mi padre y solíamos compartir las noticias que llegaban de la Bauhaus. Una mañana vino a buscarme.

—Mercè, ven a mi despacho, tenemos que hablar.

Abandoné mi puesto de trabajo y la encargada colocó a otra compañera en mi lugar. Las chicas no se relacionaban conmigo porque me consideraban una usurpadora. No creían que la hija del jefe debiera estar trabajando y ocupando el puesto que otra mujer necesitaba para llevar un sueldo a casa. Me toleraban y eso era todo. Normalmente almorzaba sola y nadie se acercaba para darme conversación. Solo Clarita, una chica asturiana que ya era madre de dos niños, buscaba mi compañía para que le leyera las cartas que le mandaba su marido desde Bilbao porque ella era analfabeta. A cambio, solía depositar a escondidas un par de castañas asadas en el bolsillo de mi bata.

Nada más llegar al despacho, le pregunté a mi padre qué ocurría. Él se encendió un puro antes de comunicarme que el gran momento que yo tanto ansiaba había llegado. No entendí sus palabras. Me pareció que estaba utilizando un lenguaje en clave y eso me hizo ponerme nerviosa. Entonces escupió la punta del puro sobre un cenicero y me dedicó una sonrisa franca.

—Ya sabes que se va a inaugurar la Gran Exposición Universal. —Y me tendió el boletín.

Me aseguró entonces que asistiríamos a la inauguración y que me tenía reservada una sorpresa. Abandoné su despacho flotando. Pies, cabeza, cuerpo, mente, a todo mi ser le crecieron alas y no dejé de volar hasta que llegué a mi habitación.

Esa noche no pude dormir, mi ángel y yo estuvimos despiertos hasta el amanecer hilando en nuestra mente un nuevo

futuro. Todos mis pensamientos pasaban por la escuela de la Bauhaus, no podía ser de otro modo. Por la mañana, me arreglé con esmero y me puse el vestido más llamativo que tenía para no parecer una provinciana. También me dejé el pelo suelto. Pensé que las chicas alemanas o francesas llevaban el pelo así, como si acabasen de llegar del bosque, como si dentro de su pelo estuviesen todas sus aventuras. Mi madre, al verme, se escandalizó, puso el grito en el cielo. Por un segundo pensé que iba a desmayarse. Mi padre me dirigió una mirada severa. No quería que nuestros planes se echaran a perder por algo tan tonto como mi aspecto. Así que obedecí a mi madre y subí a mi habitación para ponerme un vestido más casto y anudar mi pelo tras la nuca. No me importaba parecer una muchacha insípida, lo único importante era ir a la exposición, sentir el aire de la modernidad dentro de mi boca, como si respirando sus propuestas yo pudiese convertirme en diseñadora textil, tal como suceden las cosas maravillosas, por arte de magia.

Ya en el parque de la Ciudadela, la multitud llenaba cada rincón y por momentos engullía la figura de mi madre. Solo sabíamos que estaba en la feria por las plumas de su sombrero, que, a pesar del gentío, se las arreglaban para permanecer a flote.

De pronto, mi padre se detuvo en el pabellón dedicado a Alemania y se acercó a una mujer vestida elegantemente que iba acompañada de un hombre alto, fuerte y atractivo. El caballero sonrió. Intercambiaron unas palabras en alemán y acto seguido él me hizo una seña. Yo acudí enseguida.

—Esta es mi hija Mercè. Está muy interesada en su escuela.

El hombre me tendió una mano y yo se la estreché. Era Mies van der Rohe. Charlamos brevemente y se sintió halagado por la fluidez de mi lenguaje. Entonces pensé que mis clases de alemán no habían sido en vano. No tardó en llegar su mujer, la famosa diseñadora de interiores Lilly Reich. Me llamó la atención su elegancia, su poderosa personalidad. Iba vestida de negro, con un gran sombrero blanco con formas geométricas. Sus ojos eran oscuros y brillantes, como dos grillos enjaulados. El hombre se giró hacia ella y le preguntó si creía que yo encajaría en la Bauhaus.

Lilly Reich me examinó concienzudamente, como si yo fuese una de esas yeguas jóvenes que tienen que demostrar su potencia a primera vista. Solo me faltó mostrarle los dientes. Tenía el poder de hacer que la gente a su lado se sintiera insignificante. No obstante, yo me mantuve firme. Al cabo de un rato, sonrió y me dijo que en la Bauhaus buscaban jóvenes talentosas, independientes y que no se rindieran nunca.

—¿Reúne usted esos requisitos? —me preguntó.

—*Ja!* —afirmé enérgica.

Sobre el cielo de Barcelona, un zepelín flotaba ante el asombro de los curiosos. Yo pensé que mis sueños estaban ahí, cerré los ojos e imaginé que alzaba la mano para tocarlos. Dessau era eso, un cielo azul surcado por aquel armatoste moderno que dejaba en el cielo cicatrices que nadie excepto yo podía ver.

# Otti

## 1930

El cielo de Berlín alumbraba estrellas pálidas aquella noche. Otti fumaba sentada en el alféizar de la ventana. Últimamente le costaba conciliar el sueño. Las cosas en la escuela no andaban demasiado bien; el giro hacia la izquierda que pretendía darle Hannes Meyer no contaba con la aprobación de los políticos que gobernaban Dessau, en cuyas filas militaban cada vez más simpatizantes nazis. La Bauhaus se estaba convirtiendo en una molestia y tanto los profesores como los alumnos andaban revueltos, como si algo terrible fuese a ocurrir de un momento a otro. Otti había intentado hablar del asunto con Hilb, pero el arquitecto siempre se las ingeniaba para esquivarla, tal vez porque no quería generarle más preocupaciones. Mientras, ella se sentía cada vez más nerviosa y, en noches como esas, cuando alguien alzaba sus párpados con hilos de plomo, era mejor armarse de paciencia, entretenerse con cualquier nadería, mirar el cielo y, por ejemplo, contar edificios o coleccionar colillas en una taza de té desportillada.

El apartamento de Hilb era impersonal. Podría decirse que en realidad se trataba de un despacho que incluía cama, baño y una cocina diminuta. En cuanto disponían de tiempo libre, los dos viajaban hasta Berlín y pasaban unos días encerrados en aquel orden tan estricto que a Otti la llenaba de exasperación. Para darle un poco de vida al lugar, había confeccionado unas cortinas al más puro estilo Bauhaus: colores vivos, composiciones geométricas, mezcla de materiales, lana, metal, plástico, una fiesta para los sentidos.

Las había colgado esa misma tarde, mientras Hilb contemplaba su trabajo desde la distancia. Su gesto había permanecido inalterable, pero Otti lo conocía bien y sabía que tras el cristal de sus gafas sus ojos sonreían. Si alguien admiraba sus obras, ese era sin duda Ludwig Hilberseimer. Abrieron una botella de vino y el arquitecto brindó por el hermoso caos que Otti había traído a su vida. Eso le dijo antes de desnudarla, despacio, como si la noche fuese un animal blanco que no tuviese fin.

Otti iba a prender otro cigarro cuando, a través de la ventana, vio acercarse a un grupo de hombres encapuchados que, empuñando palos y cadenas, avanzaban con paso firme sobre el asfalto. Uno de ellos arrojó una pedrada a la farola y la calle se sumió en la penumbra. No tardaron en destrozar con inquina el escaparate de un establecimiento.

Otti ahogó un grito y corrió hacia la cama, donde Hilb dormía. Sacudió su cuerpo y le dijo:

—Despierta, Hilb. Por favor, cariño. Hay jaleo en la calle.

El hombre buscó a tientas los labios de Otti y la besó. Luego se cubrió la cabeza con las mantas y volvió a roncar.

—Eres imposible —murmuró ella.

Cogió el camisón que estaba tirado en el suelo y se lo puso. Todo su cuerpo temblaba como si fuera una hoja de otoño a punto de caer. Habían atentado contra la pastelería de Hans, un judío muy querido en el barrio y al que Otti frecuentaba durante sus estancias en Berlín, sobre todo las mañanas de domingo. Lo que acababa de ver era un acto de vandalismo al que sus autores se habían entregado con absoluto deleite, igual que si estuvieran llevando a cabo una misión heroica. Observó los cristales reducidos a pedazos, las pisadas sucias, los pasteles de hojaldre y nata chafados sobre la acera. Nada se había salvado. En la pared habían pintado en blanco la estrella de David y habían borrado el letrero de la pastelería para escribir en su lugar la palabra *judío*.

Aquello no tenía que ver con un incidente aislado, pensó Otti. Estaban persiguiendo a los judíos como si fuesen una plaga de

ratas apestosas. El Partido Nazi crecía como la espuma, cada día eran más los afiliados a su causa. El monstruo tenía mil bocas para escupir su veneno en forma de proclamas antisemitas. Hitler estaba elaborando una melodía atroz que solo ellos podían escuchar, el desagradable sonido de unas garras arañando el cristal de sus almas. Otti sentía que esa noche también aquellos tipos la habían golpeado a ella, que habían pisoteado sus entrañas y después las habían esparcido por el suelo, junto a los dulces de Hans.

Empezó a llorar y Hilb se despertó sobresaltado. Encontró a Otti hecha un ovillo en el suelo. Se arrodilló a su lado y la abrazó con fuerza antes de murmurar:

—No pasa nada, mi amor. No tengas miedo. Yo cuidaré de ti.

Cuando un rato después se asomaron a la ventana, vieron el reflejo de las sirenas serpenteando en el aire.

A la mañana siguiente, Otti se despertó con la sensación de que un elefante había dormido sobre su pecho. Tenía unas ojeras terribles y le venía a la boca el sabor de la tristeza. Se metió en la ducha y frotó su cuerpo con fuerza, como si la violencia de la noche anterior hubiera buscado cobijo bajo su piel y con ese gesto pudiese borrarla para siempre.

Hilb estuvo muy pendiente de ella. Compró entradas para el cabaret e incluso llamó a Klee y a Kandinsky para que los acompañaran. Deseaba distraerla de sus funestos pensamientos y por eso decidió que irían a ver al viejo Klaus Richter, un pianista venido a menos que se ganaba la vida tocando piezas picantes mientras su compañera Dora destrozaba sus canciones con esa voz de gata tísica maullando bajo la lluvia que afortunadamente Otti no podía escuchar.

A Otti aquel hombre le generaba ternura, quizá porque también era judío y cada noche sufría las humillaciones de un público entregado al esperpento. No aplaudía sus payasadas, sino la valentía de Klaus por seguir resistiendo a pesar de todos los golpes que le había dado la vida. Sabía que bajo esa máscara había un verdadero músico. De vez en cuando, la Bauhaus lo contrataba

para amenizar sus fiestas y entonces Klaus daba rienda suelta a su talento. Allí fue donde Otti lo había conocido, en su primera fiesta convertida ya en prometida de Hilb.

Por la noche, Otti se enfundó un vestido largo de satén azul que Hilb le había regalado y que ella solo utilizaba en Berlín. No se sentía muy cómoda con aquel atuendo. Ese trozo de tela insípida entorpecía sus movimientos; prefería los pantalones, con ellos podía caminar con soltura, acomodarse en el telar y despreocuparse de los modales y los protocolos que regían la vida de las damas. Se dejó el pelo suelto y distribuyó unas gotas de perfume sobre su escote y muñecas.

—Estás preciosa —dijo Hilb dejando escapar un silbido.

Cuando llegaron al cabaret, encontraron a Klee y a Kandinsky sentados frente a una mesa del fondo, los dos absortos en el espectáculo de Anita Müller, una cantante que había sido famosa en los años veinte pero que ahora estaba en plena decadencia.

—Eh, que no me dejas ver la función —protestó Klee con el cigarro pegado a sus labios cuando Hilb se puso delante.

Este acercó una silla para que Otti pudiera acomodarse y contestó:

—Conoces de memoria el espectáculo. Es más, diría que tu último trabajo tiene que ver con la abstracción del trasero de Anita.

Los camareros andaban de un lado para otro intentando mantener el equilibrio de sus bandejas. Otti no conseguía animarse. Aquella noche el cabaret le parecía un sitio insoportablemente triste. Tras la actuación de Anita, llegó el turno de Klaus, que salió a escena con la cara maquillada de blanco y los labios pintados de rojo, hizo una reverencia, tropezó con sus pies, se sentó al piano y comenzó a deslizar los dedos sobre las teclas. Otti intentó imaginar el sonido de la música, rebuscó en su memoria sensorial viejas canciones de infancia, cuando aún podía escuchar el ruido de la vida. Sin embargo, dentro de sus oídos solo había un silencio oscuro y el tintineo de las monedas de Marta la Roja cambiando de sitio su dolor. De pronto Klaus se volvió más impetuoso. Como si se tratase de una señal, el público coreó las

primeras estrofas de una cancioncilla de moda. Dora no tardó en aparecer con dos vasos de whisky apoyados en sus exuberantes pechos. Entonces se desató el entusiasmo entre los hombres; bocas abiertas, labios húmedos, hilos de fiebre chorreando en el interior de sus braguetas.

Hilb se puso a bromear con los pintores y Otti se sumió en sus propios pensamientos. No conseguía olvidar el ataque nazi a la pastelería de Hans. En un momento dado, se percató de que la conversación de sus compañeros se había vuelto tensa. Hilb apretaba la mandíbula y hacía tamborilear sus dedos sobre la superficie pringosa de la mesa. Prestó atención a los labios de Klee cuando se abrían para decir: «Mies no nos salvará». Después, Kandinsky sentenció: «Y Meyer tampoco. Va a haber mucho ruido. Tenemos que estar preparados».

Al darse cuenta de que ella estaba pendiente de la conversación, Hilb sirvió otra ronda de champán como si nada ocurriera. Pero Otti ya se había dado cuenta de que algo de vital importancia estaba sucediendo en la escuela y que su prometido pretendía ocultárselo por todos los medios. Lo miró de soslayo mientras le daba un sorbo a su copa y fingió concentrarse de nuevo en el espectáculo. Sobre el escenario, Dora cantaba el cumpleaños feliz a un tipo que en la primera fila se retorcía el bigote y devoraba sus pechos sin dejar de salivar.

De vuelta al apartamento, Otti se desprendió con rapidez del vestido y se dejó caer sobre la cama. Estaba cansada. Hilb se tumbó junto a ella y empezó a besar su cuello, lentamente.

—¿De qué estabais hablando en el cabaret? —preguntó ella.

Hilb continuó con sus caricias.

—¿Qué va a pasar con Meyer? —insistió Otti.

—Ahora no —le dijo él mirándola de frente para que pudiera leer en sus labios el fastidio.

—Necesito saberlo.

—Creía que habíamos acordado no hablar de la escuela cuando estuviésemos en Berlín.

—Van a destituir a Meyer, ¿es eso, Hilb?

—No me hagas esto.

—Dime la verdad.

El arquitecto se levantó de la cama y salió de la habitación dando un portazo.

Otti no tenía pensado viajar a Vörösmart aquel verano. Se le acumulaba el trabajo en el taller y sentía que debía estar en la Bauhaus para hacer frente a cualquier contratiempo que pudiera producirse. El ambiente estaba cada día más cargado. Los alumnos empezaban a mostrar su descontento por la falta de noticias y el secretismo con el que el consejo de profesores estaba llevando el inminente relevo en la dirección de la escuela. Pero una inesperada carta de su hermano desbarató todos sus planes. Otto le comunicaba que Zsófia estaba gravemente enferma. Si quería ver a su vieja niñera con vida, Otti debía darse prisa. Ella no lo dudó, con el corazón en un puño introdujo en una maleta unas cuantas mudas de ropa y puso rumbo al pueblo.

La niñera agonizaba en una casa pequeña donde apenas había huellas de su existencia, ya que había pasado casi toda su vida en el hogar de los Berger, encargándose de que a la familia no le faltase de nada. Otti encontró a su madre a los pies de su cama, besó su frente y luego se acercó a la enferma.

Los ojos de Zsófia permanecían cerrados y su respiración era lenta. Ida le había puesto un camisón suyo de algodón y puntillas. A Otti le gustó ese detalle y le dedicó una sonrisa. Entonces se fijó en que también su madre parecía más vieja y consumida. De pronto, las dos mujeres más importantes de su vida se habían convertido en un junco frágil amenazado por los caprichos del viento.

Cuando Otti quiso separarse de Zsófia, esta se lo impidió con un gesto. Había recobrado las fuerzas repentinamente y ahora miraba a Otti con fijeza. No había luz en sus ojos, solo una irremediable oscuridad. Pidió un poco de agua y volvió a sucumbir al sueño. Murió dos horas más tarde.

El ataúd de Zsófia fue trasladado en hombros hasta el cementerio por los vecinos del pueblo, como era la costumbre. Otti

se sumó al cortejo, con Ida colgada de su brazo. Ninguna de las dos habló durante el trayecto. Otti no se veía capaz de pronunciar ni una sola palabra. Sentía que se estaba despidiendo de un pedazo muy grande de su pasado, que el tiempo avanzaba demasiado rápido, que las cosas ocurrían sin que ella pudiese asimilarlas. Cuando el féretro fue colocado sobre las cuerdas y varios hombres comenzaron a maniobrar para bajarlo al hoyo, dio un paso hacia delante y arrojó sobre la superficie una margarita de color amarillo. Al ver como aquella delicada flor se mezclaba con la tierra, pensó que a partir de ese momento todo lo feo estaba destinado a crecer: el polvo, la incertidumbre, la soledad.

A su regreso, Otti encontró la escuela revolucionada. El 1 de agosto, el alcalde de Dessau, presionado por la oposición política, que veía el ideario de la Bauhaus como el equivalente al de una escuela de tintes marxistas, se había visto obligado a destituir a su director, Hannes Meyer. Su puesto fue ocupado de inmediato por Mies van der Rohe, arquitecto de gran prestigio y con un carácter mucho más manejable que el de Meyer. Otti veía así cumplidas sus sospechas. Se sentía traicionada por Hilb. ¿Por qué diantres no había confiado en ella? Las preguntas daban vueltas en su cabeza como si fuesen cuchillos afilados.

En el pasillo, de camino al despacho que ocupaba Hilb, se encontró con Margret, la secretaria de Meyer. La mujer aferraba su vieja máquina de escribir y una planta que tenía la costumbre de morir cada invierno para resucitar puntualmente a finales de verano. Los gimoteos de Margret eran suaves y tenían una cadencia infantil. Se le había corrido el rímel y llevaba torcida la corbata negra con la que solía adornar su camisa de seda beis. Otti se detuvo frente a ella.

—Lo siento —murmuró.

Margret se encogió de hombros y le pidió prestado un pañuelo.

—Todavía hay gente con dignidad e ideales, ¿sabe? Por eso me voy.

Otti se mantuvo en silencio. Ella también tenía dignidad. Apoyaba la postura de Meyer con vehemencia. La Bauhaus siempre había sido un proyecto revolucionario, ¿por qué debía entrometerse la política en el arte? ¿Por qué no podían seguir creando en armonía, sin un dueño que marcara su destino?

El despacho de Hilb era tan luminoso que, al entrar, los rayos de sol la obligaron a entornar los ojos. El arquitecto estaba de pie, frente a su mesa de trabajo. Se había remangado la camisa hasta los codos y le daba caladas a un cigarrillo. No le hizo falta levantar la cabeza para saber que Otti estaba allí.

—Antes de que te abalances sobre mí como una fiera, quiero que sepas que comprendo que estés enfadada —dijo—. Tampoco yo estoy muy satisfecho de cómo se han hecho las cosas.

Otti retorcía las puntas del pañuelo que llevaba anudado al cuello. Ráfagas de hilos rojos, azules, verdes y amarillos que aparecían y desaparecían entre sus manos nerviosas. Era el único modo de calmar la rabia. Además, no quería decir algo de lo que después tuviera que arrepentirse.

—¿Por qué no me dijiste nada cuando te lo pregunté? — Otti mordió cada una de las palabras.

—No podía.

—Tuviste muchas oportunidades para hablar de eso conmigo —insistió ella.

—Cariño, debes creerme. Nos ha llevado mucho tiempo tomar la decisión. Estaba en juego la continuidad de la Bauhaus. Tú habrías hecho lo mismo.

—Pero no estamos hablando de mí. Me conoces, Hilb, sabes lo que pienso. Sabes que soy una maldita idealista y que no estoy de acuerdo con la decisión que habéis tomado. Es como si estuviésemos vendiéndonos al enemigo.

—Era la única salida.

—¿Rendirse?

—Sobrevivir, mi amor. Lo hemos hecho para que la Bauhaus siga en pie.

Él hizo el ademán de querer abrazarla, pero Otti se zafó en el último instante y gritó:

—¡Ahora ya no somos libres!

—Otti, por favor.

—No te acerques a mí, Hilb. Puede que mis pensamientos revolucionarios ensucien tu maravillosa reputación.

El arquitecto la agarró por los hombros.

—Yo también lucho, pero lo hago a mi manera —dijo—. Y si para mantener a flote la Bauhaus es preciso destituir a Meyer y complacer al alcalde, pues adelante.

Otti estaba demasiado ofendida como para atender a las torpes explicaciones de Hilb. Giró sobre sus talones y salió de su despacho cerrando la puerta tras de sí de un golpe seco.

Fuera, junto a uno de los árboles del patio, encendió un cigarrillo. Se apoyó en el tronco y empezó a llorar sin hacer ruido. Solo las lágrimas rodando sin control por sus mejillas. No se dio cuenta de que una muchacha alta, fuerte y morena la estaba observando. A Otti le molestó su presencia y trató de ocultarse. Sin embargo, la muchacha pasó por alto su mal humor y acercándose a ella le preguntó:

—Perdone, señorita, ¿se encuentra usted bien?

—Me encuentro perfectamente, gracias —contestó Otti con fastidio.

—¿Está segura? —insistió la muchacha.

Otti perdió la paciencia.

—¿Es que está sorda o qué?

Había tanto desprecio en sus palabras que la muchacha retrocedió unos pasos con el rostro completamente pálido. Entonces Otti comenzó a reírse. Primero despacio, luego más fuerte. Había llamado sorda a aquella desconocida, cuando todos sabían que la sorda era ella.

—Sorda... —murmuró. Ahora todos parecían estarlo. Nadie escuchaba a nadie y las palabras morían dentro de la boca.

Poco a poco, Otti se fue calmando y la congoja la embargó de nuevo. Deslizó su cuerpo por el tronco del árbol, despacio, como si estuviera desprendiéndose de la piel de su espíritu. Se quitó el pañuelo del cuello y enterró su rostro en él. Cuando logró serenarse y alzó los ojos, la muchacha seguía ahí.

—Lo siento, me pareció que...

—No se disculpe —la interrumpió Otti mientras se ponía en pie. Aún tenía el rostro humedecido por las lágrimas. Sin embargo, no sentía vergüenza por haber mostrado su debilidad ante aquella desconocida—. He sido muy grosera con usted, lo siento. Me llamo Otti Berger.

Le tendió la mano y la joven se la estrechó con timidez.

—Lo sé. Quiero decir, que la conozco a usted. Bueno, más bien conozco su trabajo. He leído todos sus artículos y la admiro profundamente.

Esas últimas palabras fueron pronunciadas con énfasis y Otti pudo ver cómo el rostro de la muchacha se iluminaba. Pensó que había algo especial en los ojos de aquella chica, una suerte de devoción que le recordó a ella misma. Sí, como cuando devoraba en el Museo de Viena los cuadros rupturistas de Natalia Goncharova o admiraba el impresionismo íntimo de Louise Lebrun.

—Me llamo Mercè Ribó —dijo la muchacha sacando a Otti de su ensimismamiento—. Soy de Barcelona y hoy es mi primer día en la Bauhaus. Verá, mi mayor deseo es ser tejedora, una gran tejedora como usted.

Otti sonrió.

—¿Sabe de qué color es el nido de las tejedoras? —le preguntó ofreciéndole un cigarrillo—. Azul, ese es el color de las chicas del telar. Azul sueño. Venga, le enseñaré la escuela.

Y, como si de un rayo se tratase, aquellas palabras atravesaron su cuerpo, convirtiendo su angustia en una repentina alegría. Entonces, le ofreció el brazo a Mercè y caminaron en silencio por un sendero repleto de árboles que empezaban a amarillear. Algunas hojas habían caído sobre la boca de la tierra y Otti se agachó para coger una y guardarla en su bolsillo. Desde la última ventana del edificio, los ojos de Hilb seguían sus pasos.

# Otti

## 1931

Los cristales de la ventana estaban recubiertos por una fina capa de hielo. Para colmo, la calefacción de los apartamentos se había estropeado y hacía un frío espantoso. Otti tenía la sensación de que de un momento a otro el frío iba a afilar sus garras y la iba a engullir. En la calle, algunos alumnos jugaban a arrojarse bolas de nieve.

Mercè pasaba la tarde con ella. A decir verdad, últimamente estaban casi siempre juntas. «Me has sustituido por tu pupila», solía bromear Gertrud cuando se reunían con el resto de las chicas del taller. «Estoy celosa, que te quede claro. Que la Bauhaus entera sepa que tengo celos de Mercè Ribó, la españolita.» Y reían todas. Entonces, Gertrud le daba un mordisco a la butifarra catalana que Mercè recibía en un paquete cada dos meses desde Barcelona. Butifarra, queso, jamón serrano y botes de leche condensada. Se pasaba hambre en la Bauhaus. No todas gozaban del privilegio de recibir alimentos como Mercè. Por ese motivo, en cuanto llegaba un paquete procedente de España, se celebraba una fiesta en alguno de los apartamentos de las chicas.

A Otti le gustaba tener a Mercè cerca. Sentía que la española podía leer los secretos de su obra del mismo modo que ella leía los labios de la gente. A veces ni tan siquiera hablaban; se contentaban con pasar las horas en silencio, cada una haciendo sus cosas. Otti adoraba el olor a jazmín de la española, su figura robusta, aquel ceño fruncido, como si se hubiera impuesto el deber de aprenderlo todo en el menor tiempo posible. También admiraba sus enormes deseos de volar, de ser ella misma, de encontrar su sello. Mercè,

por su lado, seguía el trabajo y la trayectoria de Otti obsesivamente, sin perder detalle. Sus ojos negros eran sagaces y lo escrutaban todo, al punto de que a Otti le daba la sensación de que no era humana, sino un águila disfrazada de muchacha tierna y obediente.

De pronto, unas voces procedentes del exterior quebraron la paz que reinaba en el apartamento. Afuera se había armado jaleo. Mercè corrió a la ventana y llamó a su amiga. Los estudiantes que hasta entonces habían estado lanzándose bolas de nieve charlaban con otros alumnos. Todos parecían muy nerviosos y agitados, como si hubiese ocurrido algo terrible. Las dos mujeres se miraron intrigadas mientras el grupo seguía gritando y gesticulando. Entonces, alguien llamó a la puerta. Otti fue a abrir y se encontró con el rostro descompuesto de Anni al otro lado.

—Tenéis que acompañarme al pabellón de la casa de profesores. Se trata de Gunta —dijo.

A Otti se le secó la garganta. Tuvo un mal presentimiento y se llevó la mano al pecho. Su corazón palpitaba frenético.

En la puerta de la casa de Gunta alguien había clavado el cadáver de un perro. El animal tenía los ojos abiertos, como si aún no pudiese creer que todo hubiera acabado. Con sus vísceras, habían escrito: «Aquí no queremos perros judíos». Otti lo reconoció inmediatamente; era Maz, el perro vagabundo que las alumnas del Taller Textil habían adoptado. Sintió que le fallaban las piernas y estuvo a punto de caerse. La escena era tan espantosa que resultaba difícil de mirar. La violencia estaba llegando demasiado lejos. Aún no se había recuperado del ataque a la pastelería de Hans y ahora debía hacer frente a una nueva pesadilla.

El asco dejó paso a la ira. Estaba furiosa. ¿Qué se creían los vándalos que habían perpetrado aquella maldad? Ser judía no significaba dejar de pertenecer a la especie humana. También los judíos tenían sentimientos, necesidades sencillas, como respirar, abrir un establecimiento, dar clases en una escuela, tener amigos, compartir heridas sobre un mantel repleto de cigarrillos gastados y cervezas.

Durante unos instantes se quedó inmóvil, los ojos fijos en

Maz, cuya sangre se derramaba gota a gota sobre el vientre de la nieve. Nadie hablaba ni hacía nada. El miedo podía palparse en el aire. Como si despertara de un sueño largo y oscuro, Otti se abrió paso entre la gente y se acercó a Gunta, quien, al igual que todos, parecía demasiado conmocionada como para reaccionar.

—¿Tienes un cigarrillo? —le preguntó Gunta sin levantar la vista de Maz.

Otti le pasó su cajetilla y trató de abrazarla, pero Gunta la rechazó. En ese momento llegó Mies van der Rohe. El director iba enfundado en un abrigo de lana gris y tocado con un sombrero negro de ala ancha por donde resbalaba la nieve que poco a poco se iba derritiendo. Se acercó a Gunta y murmuró:

—Lo siento. No volverá a repetirse. Buscaré a los culpables. Esto no va a quedar así.

Antes de marcharse tan rápido como había venido, echó un vistazo a la puerta, al perro, a la esvástica. Otti pensó que Mies tenía muy buenas intenciones, pero que su promesa era muy poco realista. ¿Cómo podía asegurar tal cosa? El antisemitismo no era un hecho aislado, algo que pudiese controlarse o evitarse. Estaba por todas partes, también en la Bauhaus. Tarde o temprano, los nazis asestarían un nuevo golpe, quizá más brutal, más perverso aún.

Cuando los curiosos regresaron a sus quehaceres, Otti se quitó el abrigo para cubrir a Gunta, que había empezado a temblar descontroladamente, y la condujo hasta el interior de la casa. Le preparó un té, avivó el fuego para que entrara en calor y luego se reunió con Anni, Gertrud y Mercè, que aguardaban afuera. Entre las tres descolgaron a Maz de la puerta y limpiaron la sangre. Más tarde, enterraron su cadáver en el bosque.

Gunta siguió impartiendo clases hasta final de curso, pero al regreso de las vacaciones le comunicó a Otti su voluntad de dejar la Bauhaus.

—No me siento segura aquí. Alemania se está convirtiendo en un monstruo —le dijo una tarde en el taller—. Quiero marcharme,

empezar en otro lugar sin ningún dedo que me señale. Libre.

Aunque le dolía tener que separarse de ella, Otti entendía la decisión de su amiga. Sus últimos meses en la escuela no habían sido nada fáciles. No se trataba solo del desagradable incidente del perro, sino también de los cuchicheos, de los comentarios a sus espaldas, del hecho de que se la señalase por haberse casado con un judío. Además, la dirección de la Bauhaus no podía protegerla, por mucho que Mies van der Rohe y los profesores jurasen lo contrario.

—Quiero que tú me sustituyas en la dirección del taller —añadió Gunta.

Otti se sobresaltó. No había pensado en eso.

—No sé si voy a poder, Gunta. El taller sin ti es inconcebible.

Gunta sonrió.

—Por supuesto que podrás.

—¿Y qué ha dicho Mies?

—Mies desea más que nadie mi marcha. No hay espacio para los dos en la Bauhaus. Y aunque intente disimular, sé que mi renuncia será un alivio para él. Yo solo soy un obstáculo.

De golpe, Otti sintió que le faltaba el aire. Marcharse. Gunta debía marcharse. Estas palabras mordían su pecho como un animal rabioso. Su maestra, su amiga, su confidente, el espejo en el que ella se miraba cada día con la intención de superarse iba a desaparecer de su vida. Otti ya no vería sus manos moviendo ágilmente las lanzaderas, ni su sonrisa franca, ese colmillo torcido que le parecía tan encantador.

Gunta se acercó a ella y le preguntó si estaba bien. Otti le dijo que sí. Ambas sabían que estaba mintiendo.

—¿Y qué será de tus alumnas? —preguntó Otti.

—Contigo estarán en las mejores manos. Además, contarás con la ayuda de Anni. Entre las dos lo sacaréis adelante.

—¿Cómo? —preguntó Otti con los ojos llenos de lágrimas.

—Eres mi mejor alumna. Confío en ti plenamente. Mírate. Ya estás trabajando en grandes proyectos. Eres entusiasta, imaginativa, posees un enorme talento y eres luchadora. —Tomó las manos de la muchacha entre las suyas—. Otti, me has ayudado

tanto durante este tiempo infernal... Siempre te estaré agradecida. Y ahora tienes que hacerme este último favor.

Otti no sabía qué decir. Tenía la sensación de que Gunta esperaba demasiado de ella. ¿Y si no estaba a la altura? Además, aunque Mies hubiese dicho que estaba de acuerdo con que ella tomara el puesto, dudaba de que eso fuese viable. ¿Qué dirían los nazis, esos políticos retrógrados que parecían manejar los hilos de la Bauhaus, cuando se enteraran de que una judía sorda y comunista había quedado al mando del Taller Textil?

Su cabeza saltaba de un pensamiento a otro desordenadamente, mientras Gunta seguía aguardando su respuesta. Entonces recordó un detalle llamativo relacionado con aquel horrible día que lo había cambiado todo. Los recordaba muy bien: Kandinsky y Klee, camuflados entre la multitud e incapaces de dar un paso hacia delante para consolar a su compañera. Ninguno de los dos había hecho nada ni se había ofrecido a ayudarlas a limpiar. Se habían marchado, como si aquello no fuese con ellos, tal vez por debilidad o cobardía. Pero ella no era ninguna cobarde.

Otti se fijó en la extrema delgadez de las manos de Gunta. El sufrimiento la había convertido poco a poco en un pellejo, un ramillete de piel encrespada que le pedía auxilio. Cerró los ojos y tomó aire. No tenía nada que perder.

—De acuerdo. Lo haré —dijo al fin.

Unas semanas más tarde, Otti firmó un acuerdo con Mies van der Rohe por el que se comprometía, al menos durante dos años, a hacerse cargo del Taller Textil, sustituyendo así a Gunta Stölzl. La maestra había abandonado Dessau en medio de un revuelo, pues antes de partir le había pedido el divorcio a su marido, para sorpresa de todos menos de Otti. «Quiero empezar en otro lugar, sin ningún dedo que me señale. Libre», le había dicho su amiga. Y, ciertamente, Gunta había cumplido con su palabra.

El primer día que Otti Berger entró como maestra en el aula del Taller Textil, las alumnas se pusieron en pie. Mercè Ribó ocupaba

un puesto destacado en la primera fila y la observaba con sus profundos ojos negros. Otti le sonrió y se subió a la tarima. Carraspeó antes de hablar. No le gustaba expresarse en público, le costaba un gran esfuerzo alzar la voz y se ayudaba de gestos. Sus manos volaban en el aire dibujando palabras, sensaciones. Era dueña de un lenguaje atropellado, a mitad de camino entre la luz y la oscuridad.

—A partir de este momento estoy al frente del Taller Textil. Gunta Stölzl era la mejor maestra, lo sabéis muy bien. Va a ser muy difícil estar a su altura. Muchas de vosotras esperabais poder trabajar con ella después de haber cursado el *Vorkurs*; por mi parte, intentaré no decepcionaros. Haré todo lo que esté en mis manos para transmitiros mis conocimientos. Solo os pido una cosa: que trabajéis con confianza, entrega e ingenio. Esta aula es un laboratorio y los telares son nuestras probetas. Todo lo que hagamos hoy repercutirá en el futuro. Podéis sentaros.

Presa de la emoción, Mercè Ribó comenzó a aplaudir y sus compañeras la secundaron.

Cuando Otti abrió el cajón de su mesa, descubrió un peluche de la pequeña Yael y una blusa de algodón limpia. Los contempló un instante y sus ojos se empañaron por las lágrimas. En un intento por disimular su emoción encendió un cigarro, pero ni siquiera el humo pudo borrar el tierno olor del recuerdo.

# Otti

## 1932

«¡Asturias, patria querida, Asturias de mis amores...!», coreó Emilio Muñoz, uno de los dieciocho arquitectos españoles que habían viajado hasta Dessau ese helado mes de enero para asistir a unas conferencias sobre las nuevas corrientes artísticas de la Bauhaus. Hilb estaba a cargo del grupo y le había pedido a Otti que los acompañara al cabaret y de paso que le dijera a Mercè que actuara como intérprete. Otti intentó darle largas durante unos días. La visita de los arquitectos no era muy oportuna. En la escuela se respiraba un ambiente de enorme tensión y Otti a veces sentía que se agobiaba. Sin embargo, cuando trataba de hablar del tema con Hilb, siempre acababan discutiendo, en parte porque ella no renunciaba a su idealismo mientras que él intentaba ser más pragmático y pasar por alto ciertas cosas a cambio de que la Bauhaus siguiera funcionando.

Otti sabía que la posición de Hilb no era cómoda. También él estaba nervioso y quizá la visita de los españoles, más que una carga, le representara una fuente de alivio y distracción en medio de la angustiosa situación que todos estaban sufriendo. Ella, en cambio, lo vivió de un modo muy distinto.

No daba abasto. Ahora que estaba al frente del Taller Textil, apenas disponía de tiempo para concentrarse en sus propios diseños. Andaba todo el día de acá para allá, intentando cuadrar horarios con Anni. El relevo de Gunta comenzaba a pesar demasiado sobre sus hombros. Cada noche, llegaba al apartamento sin fuerzas, se quitaba los zapatos, se dejaba caer en la cama y encadenaba un cigarrillo tras otro con los ojos clavados en las

grietas del techo. Ni siquiera tenía ganas de visitar a Hilb, mucho menos de celebrar fiestas. Se sentía mal, presa de una suerte de dolor íntimo que devoraba toda su alegría.

Klaus y Dora ya habían ejecutado su primer número. Ahora, unas chicas ligeras de ropa y tocadas con sombreros de copa y bastones realizaban una coreografía muy sensual sirviéndose de taburetes. El cabaret estaba a rebosar y Otti se percató de la incomodidad de Mercè. La muchacha no sabía dónde mirar. Estaba nerviosa. Entonces Gertrud, que también se había sumado a la cita junto con su marido, le colocó un cigarrillo entre los labios. Mercè tosió. Estaba aprendiendo a fumar. En realidad, se limitaba a darle chupadas húmedas al cigarro y después se lo entregaba a Otti. Esta vez quiso aplastarlo contra el cenicero, pero la mano de Gertrud se lo impidió.

—Eh, ni se te ocurra. ¿Sabes cuánto vale una cajetilla?

La muchacha dio un sorbo a su copa para quitarse el sabor del tabaco.

—Supongo que no lo sabes. Y si lo supieras tampoco te importaría, porque tu papá tiene dinero suficiente como para empapelar toda la Bauhaus de cigarrillos.

—Déjala en paz —le recriminó Otti.

Gertrud andaba de mal humor esa noche, con el ceño fruncido y cara de pocos amigos.

—Vaya, mamá gallina enseña sus garras —dijo.

—No digas tonterías. —Otti sirvió más champán en las copas —. Anda, bebed.

—Sí, bebamos —contestó Gertrud con amargura—. Porque dentro de estas suaves burbujas es donde una se encuentra verdaderamente a salvo. La Bauhaus es justo eso, una burbuja de champán que tarde o temprano perderá su fuerza.

—No seas agorera —intervino Hilb—. Hemos venido a divertirnos.

En ese momento, el cuerpo de Emilio Muñoz cayó sobre Gertrud y unos brazos torpes quisieron abrazarla. La mujer se lo

quitó de encima.

—¡Las manitas quietas! ¡Uf! ¡Arquitectos! Todos son iguales.

Otti conocía la causa de la irritación de su amiga. Las dos echaban de menos a Gunta y desde su marcha apenas habían tenido unos minutos para hablar a solas. Gertrud se había refugiado en su familia, sus hijos y su marido. Y, en los pocos instantes libres de que disponía, Otti la había visto trabajar incansablemente, con prisa, como si tuviese un reloj de dinamita bajo sus pies, como si ese sueño que era la Bauhaus fuese a difuminarse, dejándolos a todos huérfanos de espíritu.

Pedro Fuentes, el delegado del grupo español, un hombre bajito, con bigote poblado y el cabello peinado hacia un lado, se acercó a la mesa a toda prisa.

—Lo siento mucho —se disculpó ante las mujeres—. Me temo que Emilio está un tanto acalorado.

—¡Un tanto, dice! —exclamó Gertrud descolgando la cámara de su cuello—. Venga, antes de que todo esto salte por los aires y nos pongan de patitas en la calle, haremos una foto para la posteridad. Sonrían, por favor. Pueden decir «Bauhaus» con la boca muy llena.

Después de que Gertrud sacara la foto, Otti volvió a concentrarse en los artistas. Pedro Fuentes se había sentado a su lado, pero ella no tenía ganas de conversar. Había notado las atenciones que le dispensaba el arquitecto español y le resultaba obvio que se sentía atraído por ella. Aquella noche, además, estaba particularmente atractiva. A pesar del frío, se había puesto una chaqueta de frac salpicada de lentejuelas doradas que le había prestado Gertrud, y no llevaba nada debajo. De vez en cuando asomaba la blancura de sus pechos y el español los miraba como si fuesen colinas nevadas. Hilb se había dado cuenta, pero fingía que no le importaba.

—Discúlpeme, espero no importunarle con mis preguntas, pero soy un animal político y no puedo evitarlo. Corren rumores, ya me entiende...

El alemán de Pedro no era del todo malo. Sus modales también eran cuidados, elegantes.

—Rumores ¿de qué tipo? —quiso saber Otti enarcando una ceja.

—Dicen que la Bauhaus pende de un hilo.

—Lamentablemente no es un rumor. —De pronto su mirada se ensombreció—. Es una realidad. Aunque deseo con todo mi corazón que las cosas vuelvan a ser como antes.

Se hizo un silencio entre los dos.

Sobre el escenario, Klaus aporreaba el piano mientras un enano hacía piruetas entrando y saliendo de un barquito de papel que dos mujeres agitaban con frenesí, haciendo que el enano cayese una y otra vez sobre la blancura esponjosa de sus pechos desnudos.

—Sabemos qué pasó con la señorita Stölzl. Es terrible —volvió a decir el español.

—Sí, lo es. Pero intentamos no pensar mucho en ello y seguir con nuestros objetivos.

Mercè estaba mareada. Había apurado su copa y ahora Gertrud volvía a llenársela de nuevo.

—¡Por la República española! —dijo la muchacha, algo achispada, alzando su copa.

—Por la República española —la secundó Gertrud.

Y Otti levantó la suya con cierta tristeza.

—También nosotros tuvimos un día una república —murmuró —. Pero le seré franca: todos los que estamos esta noche aquí somos náufragos, el país está a punto de irse al garete. Y, ya que está tan interesado en la política de Alemania, le diré que los nazis acaban de tomar el control en el Parlamento de Dessau y, como consecuencia, nuestra escuela está sufriendo una oleada de ataques de hijos de puta sin corazón. —Hizo una pausa. Se sentía agitada. No le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación y, sin embargo, no podía parar—. La Bauhaus se ha convertido en el centro de los ataques nazis. Para ellos no somos más que basura comunista, basura judía y basura antinacionalista. El mariscal Hindenburg no durará mucho y Hitler no va a quedarse de brazos cruzados. Como ven, no han venido ustedes en el mejor momento.

Gertrud sonrió con amargura. Las palabras de Otti la habían

dejado sin aliento.

—Es usted una mujer maravillosa —sentenció Pedro Fuentes.

—No esté usted tan seguro —replicó Otti dando una calada larga a su cigarrillo.

A finales de enero, Mies van der Rohe decidió dar un golpe de timón y poner a su esposa, Lilly Reich, a cargo del Taller Textil. Tal como había previsto Otti, tener en plantilla a una judía bolchevique significaba arriesgarse a que la escuela no recibiera la aprobación de los presupuestos por parte del Ayuntamiento. Así pues, desde ahora, tanto Otti como Anni debían someterse a las directrices de Lilly, cuya llegada revolucionó la escuela.

Desde el incidente de Gunta, las reyertas entre estudiantes de diferentes bandos, comunistas y partidarios del ideario nazi, no habían hecho más que multiplicarse. Empezaba a resultar difícil trabajar en la Bauhaus. A ello había que sumar la grave crisis económica y política en la que estaba inmersa Alemania. En las últimas elecciones, el Partido Nazi había sido el más votado. El ascenso de Hitler era imparable, y uno de sus objetivos era acabar de una vez por todas con aquel arte depravado, bolchevique y antialemán; derribar las vanguardias como si de un animal viscoso se tratase y restablecer el orden, regresar a la tradición, la familia y el arte clásico.

A Otti la presencia de Lilly le resultó insoportable desde el primer instante. La esposa de Mies van der Rohe era una mujer elegante que nunca había tocado un telar y no tenía la más mínima intención de aprender. Si estaba allí, en aquella escuela marginal, en una ciudad pequeña que no le ofrecía ningún entretenimiento y menos aún encumbraba su figura acostumbrada a los grandes eventos sociales y de moda, era exclusivamente por motivos políticos. También las chicas del taller, en su mayoría jóvenes bohemias que no se sentían identificadas con la fría sofisticación de la señora Reich, se mostraron disgustadas. A nadie le pasaba desapercibido que detrás de la maniobra estratégica de Mies van der Rohe subyacía algo más que el intento de salvar la Bauhaus: el

antisemitismo.

Sin embargo, Otti trató de adaptarse a los cambios que comportó la llegada de Lilly. Amaba demasiado la escuela y el Taller Textil como para dejar que la afectara la injerencia de aquella mujer perfecta, con su traje perfecto, su sombrero perfecto, sus manos enguantadas, su mirada firme y retadora, su rostro maquillado y ese halo de distinción que no la abandonaba ni un solo instante. Por fortuna, su relación con Anni se había vuelto aún más estrecha y a menudo, al terminar las clases, Otti iba a su casa a cenar, momento que las dos aprovechaban para desfogarse y compartir sus cuitas.

—Somos dos ovejas negras, judías y bolcheviques —le dijo Otti una noche.

Su compañera sonrió con amargura. Sentados alrededor de la mesa estaban el esposo de Anni, Mercè y Hilb. Al mirar aquellas caras amadas, Otti se sintió conmovida. Allí estaban ellos, los insurrectos, devorando con calma los manjares que Mercè les había traído, celebrando un invierno más. El final de una época podía palparse en el ambiente. Agitó la cabeza para espantar sus malos pensamientos y se llevó la copa a los labios.

Regresaron en silencio a los apartamentos. Otti apoyada en el brazo de Hilb para no resbalar, Mercè con los ojos clavados en la luna.

Se miró al espejo. Tenía el cabello demasiado encrespado como para dejárselo suelto, así que probó distintos peinados: recogerlo hacia atrás con un moño bajo, colocarse un pañuelo y atarlo alrededor de la cabeza, ocultarlo bajo un sombrero acampanado que le había prestado Gertrud... Ninguna de las opciones logró satisfacerla.

—Maldita sea —murmuró.

Mercè la observaba sentada en la esquina de la cama. Le había llevado un bote de leche condensada y una caja de galletas que había recibido esa misma mañana desde España. La muchacha parecía emocionada, como si fuera ella y no Otti la que estaba a

punto de viajar a Berlín para estampar su firma en el registro de patentes.

—¿Qué tal estoy? —le preguntó.

Otti se había puesto un traje sastre de color azul y unos zapatos de tacón medio.

—Impresionante —contestó Mercè.

—Quiero parecer una mujer seria. ¿Crees que así estoy demasiado formal?

Mercè arrugó la nariz y Otti volvió a mirarse al espejo.

—¡Oh, esta no soy yo! —Se arrancó las horquillas y volvió a dejarse el pelo suelto—. Odio que se me vean las orejas. Es como si mostrara a Marta la Roja en ropa interior.

A Mercè le hacía gracia aquella historia y, aunque la conocía de memoria, siempre le pedía a Otti que volviera a contársela.

—¿Puedo acompañarte a Berlín? —preguntó.

—Tienes clase con Anni.

—Por favor, me gustaría mucho estar contigo cuando firmes la patente. Es un acontecimiento único. ¿Sabes lo que significa eso? ¡Una patente! —exclamó de forma teatral—. Otti Berger ha conseguido patentar una de sus obras.

Mercè hablaba con pasión. Se le había encendido la mirada y, en un momento dado, brincó a la cama y empezó a golpear con los puños el aire, como si estuviese sobre un *ring* frente al mismísimo Hitler. Otti no podía dejar de reír. Cuando la muchacha logró serenarse, se acercó a ella y acarició su pelo. Estaba sudando y sus ojos se habían vuelto pequeños.

—Tú ganas. Te llevaré en calidad de testigo y luego nos tomaremos una copa para celebrarlo.

Otti se sentía orgullosa del diseño que estaba a punto de patentar, un tejido doble de tapicería realizado con tela de miraguano Möbelstoff-Doppelgewebe. Aunque las cosas no habían sido sencillas, demasiadas trabas burocráticas que ella había tenido que ir sorteando por el camino. Pero había valido la pena.

—Por cierto, se me olvidaba —dijo cuando ya estaban a punto de salir—. Me han escrito desde España, una revista llamada *Hogar*, ¿la conoces?

—Sí, claro —contestó Mercè.

—Nos han pedido una colaboración. Están muy interesados en nuestro trabajo, en cómo hacemos las cosas en la Bauhaus.

—Es una noticia maravillosa. Al fin un poco de modernidad y apertura.

—¿Y si escribes un artículo?

—¿Escribir yo para la revista *Hogar*?

—Claro. Eres una de mis mejores alumnas. Estoy segura de que sabrás transmitir tu experiencia y conocimiento, y puede que alguna muchacha se interese por nosotros y venga a la Bauhaus para formarse. ¿Qué me dices? ¿Aceptas?

Mercè se llevó las manos al rostro en un intento por ocultar su emoción.

—Sí, acepto, naturalmente que sí. —Se arrojó en sus brazos y le besó la frente y las mejillas.

Otti se levantó de la cama intentando no hacer ruido, se vistió deprisa y cogió las llaves del mueble del recibidor. Todavía era temprano y las calles estaban desiertas. La inestabilidad política había fomentado el terror y nadie se sentía seguro fuera de sus hogares. La crisis económica y el gran número de parados hacían de Berlín la ciudad de los mendigos. El día anterior, un grupo de niños le había robado el bolso mediante una estratagema. El más pequeño se había plantado ante ella y se había puesto a llorar desconsoladamente, extendiendo su manita tiznada de mugre. No tendría más de cinco años. Sus ojos eran azules y su rostro, pálido. Llevaba una gorra que, con total seguridad, había pertenecido a otro y su ropa estaba raída. Aquella criatura desvalida lloraba a moco tendido y Otti se inclinó hacia él para darle una moneda. Cuando estaba a punto de abrir el monedero, un par de chicos salidos de alguna parte la rodearon y tiraron con fuerza de su bolso hasta conseguir arrebatárselo. Otti intentó darles alcance, pero los chicos se esfumaron como por arte de magia.

La pastelería de Hans había sufrido nuevos ataques, pero el hombre continuaba abriendo su tienda cada mañana, borrando las

esvásticas de la pared con agua caliente y recomponiendo el escaparate a base de cartones cosidos. Movida por un impulso, Otti se detuvo frente a su puerta. Hacía tiempo que no hablaba con Hans y quiso saber qué tal andaban las cosas. Cuando entró, una sensación de abandono se precipitó sobre ella. Apenas había género en las vitrinas y el interior estaba muy descuidado, como si hubiese perdido el alma. Hans estaba en la trastienda y Otti echó un vistazo alrededor. No había nada más triste que contemplar la soledad de los pasteles, piezas sueltas que carecían de brillo, pequeñas heridas dulces que exponían su dolor tras el cristal. El hombre no tardó en aparecer.

—Buenos días, señorita Berger. Me alegro de verla —dijo.

Hans intentaba sonreír, pero sus labios se torcían en un gesto trágico.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó Otti.

El hombre apoyó las manos sobre la madera del mostrador intentando buscar fuerzas.

—Hoy es mi último día, señorita.

—¿Cómo? —Otti sintió la angustia trepar por su garganta.

—Mi mujer está enferma y mis clientes cada día son más escasos. Sufro robos constantemente y ya no sé de dónde sacar el valor. Queremos regresar al pueblo antes de que sea demasiado tarde.

Otti permaneció en silencio unos instantes. Luego esbozó una sonrisa y le deseó suerte, pero antes de marcharse Hans la detuvo.

—Espere, señorita Berger.

Hizo un cucurucho con un viejo papel de periódico y metió en él unas onzas de chocolate.

—Tome. Las estaba guardando para alguien especial.

A Otti se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Oh, yo... no puedo aceptarlo.

—Por favor —insistió el hombre.

Otti cogió el cucurucho y musitó con un hilo de voz:

—*Shalom aleijem*.

Encontró a Hilb trabajando en su mesa, impecablemente vestido y con un cigarrillo humeando entre los labios. Se acercó a él y se pegó a su espalda, respirando su aroma a loción de afeitar y sudor.

—Tengo trabajo. Quiero entregarle a Mies unos planos —dijo él.

—¿No habíamos acordado que el trabajo, la escuela y los problemas quedaban fuera de este apartamento?

—Lo siento, querida. Esta vez no puedo seguir las reglas.

Sus palabras pusieron en guardia a Otti.

—Dime la verdad —dijo—. ¿Qué ocurre entre Mies y tú? Hace un tiempo que os noto distanciados. Ya no me hablas de él y he notado que apenas os dirigís la palabra.

—Mies está haciendo todo lo posible para salvar la Bauhaus. Se juega mucho.

—Y tú también.

—Yo sabré arreglármelas.

—Sigues eludiendo mi pregunta. ¿Qué me estoy perdiendo, Hilb? Necesito saber lo que está ocurriendo.

Hilb aplastó la colilla en un cenicero y encendió otro cigarro.

—Está bien —contestó—. Mies y yo no tenemos la misma opinión en cuanto al tipo de proyectos que queremos llevar a cabo en la Bauhaus. Los nazis nos están presionando y han dejado bien claro que los horroriza mi arquitectura. ¿Sabes cómo la llaman? Cubos de basura. ¿Lo puedes creer? Esos retrógrados no son capaces de distinguir un edificio vanguardista de una chabola. Se les llena la boca con el regreso a la tradición, como si la tradición fuese a solucionar los problemas de los pobres.

Otti se indignó. Hilb creaba hogares para los trabajadores que no podían permitirse una casa tradicional. Construía viviendas para el pueblo, prácticas, que podían ampliarse según las necesidades. El objetivo de aquellos cubos que los nazis tanto despreciaban era proporcionar una casa digna a la clase obrera, la misma a la que ellos engañaban con sus miserables proclamas.

—Y eso no es todo —añadió Hilb acercándose a ella y tomando sus manos entre las suyas—. Quieren demoler el edificio de Gropius.

Otti dejó escapar un grito.

—No es posible —murmuró. Las piernas le temblaban, como si un rayo hubiese penetrado su cuerpo para vaciarla por dentro.

—A pesar de nuestras diferencias, Mies es mi amigo y estamos juntos en esto —continuó Hilb—. Tengo que apoyarlo hasta el último momento. ¿Lo entiendes ahora, cariño?

Otti tenía ganas de llorar, pero las lágrimas se negaban a salir. Se desmoronaban, pensó. Ellos, el mundo, el país, la Bauhaus... Todo empezaba a caer sin remisión.

A comienzos de verano, el concejal Hofmann, del Partido Nacionalsocialista Alemán, presionó a Fritz Hesse, el alcalde de Dessau, para que ordenara una inspección en la Bauhaus. Otti se alarmó al enterarse de la noticia, pero Hilb la tranquilizó: tal vez aquella fuese la manera de demostrarles a los nazis que la escuela era un referente artístico en todo el mundo y que ordenar su cierre iba a ser un completo error.

—¿Y tú crees que a los nazis les importa el arte vanguardista? —le preguntó Otti—. ¡Lo detestan! La vanguardia significa por encima de todo libertad. Y eso es algo que ellos nunca podrán entender, porque a lo único que aspiran es al sometimiento de la población.

—Lo sé, pero debemos mantener la calma.

—Dudo mucho que un desfile de políticos y prensa nos vaya a salvar —insistió ella.

—Por lo menos debemos intentarlo.

—El mundo se está viniendo abajo, Hilb. Y no sé si estoy preparada para verlo.

La inspección se llevó a cabo el 8 de julio. Para demostrar que la Bauhaus era una escuela de arte eficiente y apolítica, Mies van der Rohe montó una exposición con obras de los diferentes talleres. Los alumnos participaron con muchas ganas, aunque en el ambiente pesaba el desaliento. No había ánimo para fiestas. Incluso el edificio de la escuela parecía encogerse cada día un poco más, como si tuviese miedo de su futuro.

Una de las estudiantes de los primeros cursos, una muchacha llamada Karol, tuvo la ocurrencia de colocar unas lonchas de embutido bajo el cristal de uno de los expositores. Cuando la comitiva se detuvo y contempló la escena se desencadenó la indignación. Otti, que estaba presente, se puso furiosa. Buscó a la joven y la llevó aparte para dedicarle una dura reprimenda. Tal vez creía que aquel gesto era provocador o vanguardista, pero si de algo estaban orgullosos en la Bauhaus era de hacer arte, no de burlarse de él, y exponer un pedazo de carne bajo un cristal había sido una burla a todo lo que la escuela defendía, le dijo. Karol lloraba y pedía disculpas, pero Otti estaba fuera de sí. Los nervios y el agotamiento de los últimos meses la habían desbordado. Hilb tuvo que acudir y sacarla de la escuela para intentar calmarla.

No obstante, no fue aquel el incidente que acabó causando el cierre de la escuela. Los técnicos municipales, sin duda presionados por Hofmann, detectaron unas goteras en la cubierta del edificio y el ayuntamiento ordenó la suspensión de todas las actividades. Aunque estaba previsto que los sueldos de los profesores siguieran pagándose, el cierre de la Bauhaus ya era oficial y Mies van der Rohe decidió trasladar la escuela a Berlín.

Otti, por su lado, resolvió que había llegado el momento de dar un paso adelante. Iría a Berlín, pero no para continuar dando clases en la Bauhaus, sino para abrir un taller. Lo había meditado mucho. No se llevaba bien con Lilly Reich. Estaba claro que ambas tenían métodos distintos respecto a la enseñanza textil y que no iban a encontrar ningún punto en común. Aunque no solo se trataba de eso. En realidad, Otti cada día recibía más encargos y su trabajo tenía una gran repercusión, sobre todo en el extranjero. Estaba segura de que si abría un taller por su cuenta tendría éxito. ¿Acaso no había sido su sueño? ¿Terminar la Bauhaus y volar hacia otro nido? Sin duda, comenzaba una nueva etapa en su vida e incluso había pensado el nombre de su atelier, «Atelier para textiles. Tejidos para ropa y vida». Le gustaba cómo sonaba. «Ropa y vida»: vestir el espíritu, crear un nuevo aliento en el interior de la ceniza.

Nunca más iba a trabajar arrinconada tras la figura de una

Lilly Reich sin un contrato oficial que dignificara su labor. Abandonaba su nido con una maleta casi vacía, pero dentro de su corazón se llevaba los capítulos más emocionantes de su vida, el perfume a pintura y telas, la mala cerveza de la cantina, el constante ajetreo, el ruido de la última fiesta.

# Mercè

## Cuaderno número 3

Y llegué a la Bauhaus, con mis baúles y mi queso y mis butifarras y todos los consejos que me había dado mi madre entre sollozos. Me dejó marchar, pero antes de partir me dijo que mi ausencia acabaría matándola y que no podía entender cómo una muchacha decente como yo deseaba estudiar algo tan absurdo. Tus manos tan delicadas se convertirán en desiertos secos, serás igual que esas mujeres de la fábrica que atesoran heridas y durezas, decía. Tus manos, que están hechas para acariciar la porcelana y rezarle a Dios... Luego empezó a reprocharme mis aires de grandeza, mi testarudez, mi falta de humildad. Ella quiso convencerme hasta el último momento de que si me marchaba a Dessau acabaría siendo una desgraciada, una muchacha a la que después nadie querría, que mi deber era casarme con un hombre importante y darle hijos, y olvidar mis sueños porque las mujeres no deben soñar. Esas palabras jamás las olvidaré. Yo, que nací cosida a unas alas invisibles, recibí las advertencias de mi madre como una puñalada en mitad del corazón.

Cuando llegué a la escuela y vi por primera vez a Otti Berger, mis piernas flaquearon. Era infinitamente más hermosa que en cualquiera de esas fotografías de las revistas que yo tanto había leído. No me podía creer que la tuviese tan cerca. El día en que nos conocimos estaba enfadada, así que no empezamos con buen pie. Pero poco a poco nos fuimos haciendo amigas. Admiraba tanto su trabajo que estar a su lado significaba para mí una especie de milagro. Me convertí en su escudera, en su sombra, en su perro más fiel. La seguía a todas partes dispuesta a aprender de ella, a

beberme su talento gota a gota.

No tardé en descubrir su sentido del humor, su generosidad para conmigo y con el resto de sus amigas. Todos adoraban a Otika, como se hacía llamar cariñosamente. Reconozco que me sentí hechizada. Aún lo estoy, cada vez que su imagen resurge en mi memoria siento la misma admiración, idéntico amor por ella.

Había algo en Otti distinto a las demás mujeres. Poseía una personalidad apabullante y era una gran luchadora, una trabajadora incansable. Podía pasarse los días y las noches encerrada en el taller trabajando en sus diseños, combinando telas, materiales. Nunca se cansaba de diseñar, de idear, su cabeza jamás reposaba. Y luego estaba el asunto de su sordera. Creo que eso fue lo que le dio fortaleza, el hecho de sentirse a veces como una isla, eso me decía, una isla con medias de lana y una lanzadera entre las manos.

Yo nunca había conocido a una mujer sorda. En mi escuela todos eran perfectos, hermosos, ordenados. Pertenecíamos a grandes familias de empresarios, banqueros, artistas, diplomáticos, políticos, comerciantes. La debilidad no debía mostrarse, mucho menos las taras. Si uno de sus hijos nacía con alguna malformación o estaba enfermo o impedido, sencillamente se recluía en casa, se escondía, dejaba de existir. Otti era distinta, ella había traspasado esas barreras y vivía plenamente a pesar de su sordera. Yo incluso diría que la sordera hizo de ella una mujer fuerte, poderosa. Era capaz hasta de reírse de ella misma, eso era lo que más me fascinaba.

Aunque no todo fueron rosas en la Bauhaus. También asistí a episodios horribles cuando el nazismo empezó a aflorar en Alemania y la política se convirtió en un suelo de tierras movedizas. Tiemblo al recordar esos momentos, me tiembla el alma y algo dentro de mí se rompe. No quiero entrar en detalles ni explicar lo que todo el mundo ya sabe: Hitler, la guerra, los judíos... Solo quiero decir que los mejores años de mi vida estuvieron ligados a Otti, dentro y fuera de la Bauhaus. Cuando la escuela de Dessau se vio obligada a cerrar en 1932 y se trasladó a una nueva sede en Berlín, yo me negué a continuar mis estudios y

preferí convertirme en la ayudante de Otti en su atelier. Hasta que los nazis empañaron nuestra dicha y Otti se vio forzada a cerrar el negocio.

El día que partí para Barcelona, sentí como si me hubieran colocado frente a un muro desnudo y Dios mismo estuviese disparando toda su ira contra mí.

# Penélope

El fuego crepita en la chimenea. Antoni aún lleva puesto el albornoz y contempla las llamas sin dejar de sostener el cuaderno entre sus manos. El tiempo ha pasado sin que apenas se hayan dado cuenta. Montserrat ha estado atenta a la lectura, mientras que Penélope, que no ha perdido de vista a su madre ni un segundo, ha tratado de hallar un significado oculto en cada uno de sus gestos. Ahora están apurando una de las botellas de vino de la bodega de la casa. El ambiente entre los tres se ha relajado.

Montserrat llena las copas. Ya no se molesta en camuflar su vicio bajo la piel de la porcelana. Da grandes tragos sentada junto a Antoni, al que sigue dedicándole caricias, como si no quisiera que se apagara nunca ese amor que una vez debió de ser grande.

«Artista.»

Penélope repite la palabra para sus adentros, como si estuviera saboreándola junto al vino, un vino que tiene matices agrios, que deja un sabor a pimienta y cuero en la punta de la lengua, esos compuestos invisibles que solo los expertos conocen. Todo eso también puede aplicarse a la vida de su bisabuela Mercè, tan llena de matices secretos: el arte, Alemania, la Bauhaus, la fascinación por Otti Berger...

Penélope cierra los ojos y le viene a la mente la imagen de sus primos Pep y Lluís, tan esnobs, sin tener ni idea de lo que son las telas, sin haber estudiado diseño textil; unos tipos que jamás han visto un telar en movimiento, que no entienden de belleza ni de calidad, solo de ganancias y de venta al por mayor. Mercè podría haber llevado el negocio mucho mejor que ellos. Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos, Penélope no logra visualizarla al mando.

Tampoco consigue imaginársela en la Bauhaus. Conoce la historia de la escuela. La ha estudiado, aunque en la carrera de

Bellas Artes solo le enseñaron a los grandes artistas, todos hombres, no a esas mujeres que su bisabuela nombra con tanta devoción: Gunta Stölz, Otti Berger. Rostros borrosos en la historia, un párrafo en la izquierda de algún libro de arte donde saldrán retratadas todas mezcladas, sin que nada muestre su individualidad ni su talento. Su luz enterrada en unos cuadernos que ahora están en su poder.

Penélope sabe lo que es eso, tener que luchar por mantener abierta una galería de arte aun cuando los encargos a veces no llegan. Sabe también que muchas mujeres artistas, compañeras suyas de la escuela de Bellas Artes, copiaban el arte masculino sin hacerse preguntas, hasta que un día tiraban de un hilo secreto y aparecían ellas, las otras, las invisibles. Así fue como Penélope descubrió a grandes pintoras como Sofonisba Anguissola, Artemisia Gentileschi, Clara Peeters, Tamara de Lempicka, Luisa Roldán, Angelica Kauffmann, sus adoradas Maruja Mallo y Remedios Varo. Mujeres a la sombra. Museos que guardan sus obras en el sótano, una caja sobre la otra. Por eso el hecho de que su bisabuela nombrara a esas mujeres tejedoras la hace estremecer, le provoca un dolor dulce en la boca del estómago.

Ahora la aprecia más. Durante toda su vida solo vio a la Mercè anciana, esa mujer atormentada por la demencia que estuvo prisionera en el campo de concentración de Auschwitz. Nadie le habló de esa otra Mercè, la joven aspirante a artista, cuya vida está enterrada en esos cuadernos que alzan la voz. En la vanguardia, ahí estaba su bisabuela Mercè. Moderna, una de esas mujeres que causaban espanto por el mero hecho de ponerse unos pantalones o de cortarse el pelo a lo *garçon* en un acto de rebeldía, igual que hizo ella al teñirse su melena de color fucsia. Abandonar el rebaño, convertirse en un animal fabuloso, ser el centro de las miradas y la diana de todas las flechas.

Penélope no está segura de si el talento se hereda. Pero todas las mujeres de su familia eran hábiles con las manos. Su abuela Asunción hacía encaje de bolillos, Mercè era tejedora de la Bauhaus, tío Antoni es poeta... Entonces, ¿dónde ha quedado enterrado el arte de su madre?

Beben en silencio. Montserrat apura las últimas gotas de la botella y se levanta a por otra. Camina dando tumbos. Tiene las mejillas sonrosadas. Parece más viva que nunca y al mismo tiempo hay algo en ella que anuncia una ligera destrucción. Penélope la ha visto arrugar el ceño cada vez que Antoni leía la palabra *arte* en el cuaderno de Mercè. Regresa al cabo de unos instantes y vuelve a ocupar su lugar al lado de su hermano. Tras un largo silencio, los ojos de Montserrat se detienen en las llamas. Cuando habla lo hace en un susurro.

—El arte necesita una herida para poder respirar. Tienes que estar muerto para ser artista. Un muerto que pinte a sus monstruos una y otra vez, sin descanso. Es una catarsis.

Y Antoni repite sus palabras como si estuviera siendo abducido por el discurso de su hermana, como si compartiera idénticos temores. Penélope se los queda mirando atónita. ¿Qué ha querido decir su madre con eso? Ni a ella se le hubiera ocurrido jamás un comentario tan oscuro como el que acaba de hacer.

Montserrat vuelve a beber. Lo hace sin mirar la copa, llevándosela a los labios de forma automática. Una gota de vino resbala por su mentón, lentamente. Antoni arroja un trozo de leña y las llamas vuelven a crecer.

—El arte siempre duele —prosigue Montserrat—. De lo contrario no eres creador sino un mero copista, alguien entregado al mercado, a las modas, una vil prostituta.

Penélope se siente incómoda. Nunca ha escuchado a su madre hablar así. En realidad, creía que no le interesaba el arte, ni tan siquiera los cuadros de Rusiñol y Dalí que tiene en casa. Los ha cambiado de lugar varias veces para colocar en su espacio obras sin importancia, basura que a Penélope le daña la vista. Tampoco ha visitado nunca su galería ni ha mostrado interés por su carrera. Penélope piensa que le ofende el hecho de que ella sea artista, que se entregue con tanta pasión a su trabajo. Por eso se sorprende al escuchar sus comentarios. ¿Qué puede saber del arte Montserrat, una burguesa que toma Martini con sus amigas después de salir de misa y compra objetos absurdos en la tienda de los chinos?

—No imaginaba que el arte te inquietara hasta tal punto —

dice.

Montserrat sonríe con amargura.

—Ya ves, tu madre aún puede sorprenderte. —Montserrat está borracha. Tiene la voz pastosa y la mirada vidriosa.

—¿Y qué piensas de mis cuadros? ¿Crees que yo estoy herida o que me vendo a las modas?

—No sabría decirte.

—A veces hay que hacer las dos cosas —dice Penélope como si sintiera la necesidad de justificarse ante su madre—. Crear artísticamente y hacer lo que el mercado espera de ti. Y te aseguro que no es fácil mantener el equilibrio. Ser artista sin sentir que prostituyes tu esencia por una exposición o una compra, por detener las miradas en ti, las buenas críticas, toda esa pompa que acompaña al artista y que acaba por ahogarlo.

Montserrat prende un cigarro, aspira el humo y responde:

—No he dicho que sea fácil. Por eso mismo, porque sobran artistas que no lo son, deberíamos deshacernos de los fraudes.

Antoni aplaude:

—Eso es, hay demasiados poetas. Hay que matar a los poetas. Ya lo dijo Baudelaire. ¡Ratatatatá! —Antoni finge que sus manos sostienen una ametralladora y dispara en el aire ráfagas de saliva. Cuando se tranquiliza, mira a Penélope. Tiene los ojos brillantes y sonríe—. Tu madre sabe de lo que habla. Ella es una artista, como la abuela Mercè.

—¿Es verdad eso? ¿Qué es lo que haces? ¿Tejes como la bisabuela Mercè? —pregunta Penélope. La voz le sale tensa, crispada.

—No, tu madre pinta. Pinta monstruos hermosísimos —contesta Antoni.

Montserrat aplasta el cigarro en el cenicero y se levanta con prisa.

—Estoy cansada —dice—. Han sido demasiadas emociones por hoy. Será mejor que nos vayamos a dormir.

Antoni le tiende la mano y Montserrat se la estrecha con cariño antes de depositar un beso en su frente. Es como si volvieran a estar unidos en el vientre materno, un solo óvulo, dos

niños intercambiando el miedo. Cuando se dirige a su hija es para darle órdenes.

—No olvides apagar el fuego antes de marcharte —le dice.

A Penélope la frialdad de su madre le hiela el corazón. De repente, siente celos de Antoni. ¿Por qué su madre no ha estrechado su mano ni besado su frente? ¿Qué tiene su tío que no tenga ella? Sin poder controlar la decepción, se levanta y se marcha a su cuarto, dejando solo a Antoni. Está furiosa. Sabe que no va a poder dormir, así que se pone a dar vueltas por la habitación, tratando de calmar sus nervios. Afuera, la tormenta ruge. Cae una lluvia animal, gotas gruesas que golpean con fuerza los cristales.

Suenan unos golpes en la puerta. Penélope se pone tensa. Quizá sea su madre, que viene a pedirle perdón, a abrazarla, dispuesta al fin a derribar los muros que las separan. Corre a abrir y se decepciona al ver a Antoni al otro lado.

—No hagas ruido y acompáñame —le dice.

—¿A dónde? —pregunta Penélope con fastidio.

—Tengo que enseñarte algo muy importante.

—¿Más tesoros?

Antoni se lleva un dedo a los labios pidiéndole silencio.

Penélope lo sigue por el pasillo a oscuras. Toda la masía le parece sembrada de secretos y es como si la lluvia, la intensa lluvia que no deja de caer, los estuviera sacando a flote, secretos como rosas pulverizadas por el olvido.

Su tío la conduce hasta una de las buhardillas de la masía, la que antiguamente fuera un palomar. Según le cuenta, Sergi, el marido de la bisabuela Mercè, además de cazador era criador de palomas mensajeras. La habitación está limpia, pero aún hay jaulas y un intenso olor a guano.

—Mierda —recalca Antoni. Y se tapa la boca para que no pueda escucharse su risa.

Penélope observa que, entre las jaulas, hay cajas y trastos inservibles, viejas ruedas de bicicletas, herramientas, sillones desvencijados, lámparas... Antoni aparta un montón de cajas y deja al descubierto un baúl pintado de colores. Intenta abrirlo, pero está

sellado con una gruesa cinta adhesiva. Penélope se acerca a ayudarlo. No sabe qué están haciendo ahí, en esa buhardilla llena de trastos olvidados, ateridos de frío los dos, pero nota la respiración agitada y los nervios de punta, como si estuviera al borde de un desastre, de un descubrimiento fatal.

Cuando consiguen despegar el precinto, Antoni saca una pequeña linterna del bolsillo de sus pantalones y alumbra el interior del baúl. Penélope vislumbra unos lienzos, unos cuadros pintados en colores oscuros, figuras perturbadoras.

—Démonos prisa —dice Antoni a su lado—. Esta es la casa del diablo.

—¿Qué es esto, tío? —pregunta ella.

—¡Habla más bajo —le suplica él— o despertarás al fantasma de la corbata gris!

Penélope no entiende nada. En los ojos de su tío hay miedo. Parece asustado de verdad.

—¿De qué fantasma hablas? —pregunta ella.

—Del más peligroso de todos, del que se come a las niñas buenas. Mira, está aquí, en los cuadros.

Penélope toma la linterna de las manos de su tío y estudia los cuadros. El corazón le late con tanta fuerza que teme que vaya a salírsele del pecho. Se siente cada vez más cerca del núcleo del misterio. No sabría decir por qué, pero no se sorprende cuando descubre que están firmados por Montserrat. Así que es cierto. Su madre pintaba, era pintora, igual que ella.

Pese a la falta de luz, se da cuenta de que los cuadros son buenos. A este descubrimiento le sigue otro que hace que toda su sangre se le agolpe en la garganta. Hay un gran parecido con sus propias obras. No da crédito. Aquellos colores son sus propios colores, las obsesiones de su madre parecen las suyas propias. Hay monstruos por todas partes.

La cabeza empieza a darle vueltas y siente que le tiemblan las piernas.

Se vuelve hacia su tío Antoni para preguntarle si puede quedarse los cuadros y descubre que ya no está.

Se ha llevado dos de los cuadros a su habitación y los mira con detenimiento. Hay tanto dolor dentro de esa oscuridad... Piensa en su propio trabajo. Ella también siente debilidad por los seres deformes y atormentados, por los claroscuros, por el impacto dañino de la luz sobre los rostros. La belleza está ahí, en la herida que presentan sus personajes, en su deformidad externa, pero sobre todo en los abismos de su mente. Si se llevara esos cuadros a su galería y borrara su nombre para poner el suyo, nadie notaría la diferencia, podrían pasar por su autoría. Penélope pinta heridas, igual que su madre.

Ahora no solo Mercè se revela una mujer distinta, también su madre se presenta frente a sus ojos y a través de su obra como una completa desconocida. El desconcierto invade a Penélope. No se explica cómo su madre, una mujer en apariencia sin inquietudes y con un matrimonio muerto y convencional, ha sido capaz de pintar algo así. ¿Qué esconde su alma?

El tan renombrado fantasma de la corbata gris se repite en los dos lienzos: una criatura deforme, espantosa, ni humana ni animal, pero indudablemente salvaje y perversa. Va vestida con un traje y una corbata gris, un atuendo que contrasta con su cuerpo y sus formas bestiales. ¿Quién es ese fantasma? ¿Es real o un invento de la imaginación de su madre? Sin embargo, el tío Antoni también lo conoce. Luego ese fantasma les pertenece a los dos. Los poemas del tío Antoni también lo mencionan. El verbo y la imagen, cada uno a su manera ha plasmado el horror.

Artistas.

Todos son artistas fuera de la luz.

De repente, a Penélope le llega un recuerdo de su niñez, un pasaje borroso: ella tumbada en la cama, con fiebre, sin poder ir al colegio, y su madre entrando en la habitación a oscuras para depositar bajo su almohada un dibujo extraño, tenebroso, pero que a ella le encanta. Sí, la pequeña Penélope adora ese dibujo trágico que su madre ha depositado en su cama como si fuera un talismán. Más tarde lo busca y no lo encuentra. Cuando le pregunta a Montserrat, esta se encoge de hombros y le dice que lo ha soñado.

No sabe si esto llegó a ocurrir. Su mente la hace dudar, pero lo que sí sabe es que el monstruo de los cuadros de su madre es real. Sí, tiene que serlo. El monstruo que devora a las niñas sin piedad no es un monstruo de la mente, como los que pintaba Goya en sus últimos años, sino alguien de carne y hueso.

Penélope se deja caer sobre la cama. Enciende un cigarrillo y observa el humo flotar. Sobre las grietas del techo aparece por arte de magia esa niña que viaja a la Bauhaus para ser tejedora, también esa otra que dibuja monstruos en un palomar. Mercè y Montserrat. La abuela y la nieta unidas por una misma pasión. Luego no tardan en llegar los hilos que nacen de un agujero profundo para sujetarlas a las dos y que, al instante, alguien corta para que no alcancen su sueño. ¿Y si alguien cortó los sueños de su madre y la dejó hundida en la frialdad, en el miedo a mirarse en los espejos y no saber cruzar al otro lado?

Lo último que ve Penélope antes de dormirse es la boca del fantasma de la corbata gris engullendo el sexo de un relámpago tras el cristal.

# Otti

## 1933

Otti contemplaba el letrero pegado a la pared de ladrillos. Mercè fumaba a su lado, envuelta en un abrigo de color azul y tocada por un gorro de lana en diferentes tonos de color rosa. Su aliento se mezclaba con el humo del cigarrillo. El termómetro había caído en picado y la muchacha no podía dejar de temblar. Otti, en cambio, había salido a cuerpo, con su bata de trabajo. Le pidió un cigarrillo a Mercè y lo encendió sin dejar de mirar el letrero. El atelier estaba situado en el barrio de Charlottenburg, en el número 13 de Fasanenstrasse. Era un edificio grande de ladrillo rojo, de varias plantas, con un patio interior que conducía a un gran jardín comunitario. Otti había abierto su negocio en uno de los bajos y se había instalado allí mismo, en la vivienda del piso de arriba, en compañía de Mercè. La joven no había querido continuar sus estudios en la Bauhaus cuando Mies trasladó la escuela a las afueras de Berlín, a una antigua fábrica de teléfonos en Birkbuschstrasse. Nadie mejor que Otti podía enseñarle los entresijos de un telar. Había trabajado con Lilly Reich en Dessau y no le gustaban sus métodos. Así que le escribió una carta a su padre explicándole los motivos de su decisión.

En el fondo, Otti agradecía que se quedara con ella. Iba a necesitar ayuda y Mercè era eficaz, competente, imaginativa y nunca parecía dar muestras de cansancio. En un principio la muchacha insistió en pagarle un alquiler, pero Otti se opuso. Si iba a ser su ayudante, se ganaría el sueldo y el alojamiento con su trabajo. Ese era el trato que ambas sellaron con un fuerte apretón de manos y un chorrito de whisky de contrabando que Otti añadió

al té.

«Atelier para textiles. Tejidos para ropa y vida.» Por más que lo intentaba, Otti no podía dejar de mirar aquel letrero. Aquellas palabras significaban su libertad. Había abandonado la Bauhaus para alzar el vuelo, como uno de esos polluelos que se arrojan hacia el precipicio sin saber muy bien si lograrán sobrevivir o perecerán en mitad del trayecto. La vida real estaba llena de obstáculos. Solo una loca como Otti se atrevería a montar un atelier en plena crisis económica, pero estaba dispuesta a demostrar que las mujeres también podían llevar las riendas de un negocio. Aquel era su primer paso y lo daba en plena tormenta. Otti levantaba la primera piedra de su destino sobre una tierra estremecida.

—Oh, vamos, Otika, vas a desgastar el letrero de tanto mirarlo —le reprochó Mercè—. Sigue en el mismo lugar de siempre. Será mejor que entremos o cogerás una pulmonía.

Otti la siguió adentro y se acercó a la estufa para calentarse. En poco tiempo, entre las dos habían conseguido adecentar aquel bajo y convertirlo en un lugar confortable, a pesar de que poseía ciertos inconvenientes. Justo al lado del edificio, había un puente de hierro por el que pasaban los trenes que llegaban o partían de la estación central de la ciudad. A menudo, mientras estaban trabajando, el edificio se ponía a temblar como si fuese a producirse un terremoto. Otti no podía oír el ruido, pero sí sentía ese temblor sordo que atravesaba las paredes. Habían establecido unos horarios y Mercè solía prevenirla. «Las cinco en punto», decía la española. Y Otti dejaba sus tareas, encendía un cigarrillo y observaba cómo su pluma, las hojas en las que escribía las cartas para solicitar sus patentes o los distintos materiales con los que estuviera trabajando en ese momento comenzaban a brincar en la superficie y acababan en el suelo la mayoría de las veces. Las mujeres reían hasta que todo pasaba y retornaban a sus tareas en paz.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Tal vez sea un cliente! —dijo Mercè mientras corría a abrir.

Eran Walter Gropius y su esposa, que venían de visita. La joven los hizo pasar y Otti dejó escapar un grito de sorpresa y se fundió en un abrazo con Ise.

—No sabes lo orgullosa que me siento de ti, Otika —le dijo Ise—. Presumo mucho de tus logros ante mis conocidas.

—Ya lo creo que sí, y ante mis amigos también. Tu nombre sale a relucir en todas las reuniones —añadió Gropius.

—¿También en la Bauhaus? —preguntó Otti.

—Oh, olvídate de la Bauhaus —terció Ise—. Ahora tienes tu propio laboratorio y, lo que es más interesante aún, eres tu propia jefa.

Ise echó un vistazo a su alrededor. El atelier era pequeño, pero poseía encanto. Otti había instalado un mostrador donde atender los pedidos y había colocado estanterías con muestras de sus diseños. Ise se acercó a una de ellas y le preguntó:

—¿Puedo?

—Claro que sí.

Ise cogió una muestra de tela gruesa y la estuvo observando con detenimiento.

—¿Estás trabajando en esto ahora? —quiso saber, levantando la tela en el aire.

—Sí, estoy dotando de mayor cuerpo y grosor a las telas y ajustándolas en un diseño de líneas paralelas.

Entonces Otti cogió una escalera y se subió al altillo, de donde extrajo una caja en la que guardaba distintas muestras de telas que ya había conseguido patentar, entre ellas el lamé plume.

—¡Es magnífico! Mira, querido —dijo poniendo la tela en las manos de su esposo.

—Hum, estupendo. ¿Y se puede saber quién es el afortunado que ha contratado tus servicios ahora?

—He firmado con una empresa holandesa llamada De Ploeg —contestó Otti.

Gropius asintió pensativo. Otti tenía la sensación de que Ise y Walter se traían algo entre manos. Los dos tenían un aire misterioso y jovial al mismo tiempo.

—Hemos venido para hacerte una propuesta —dijo Gropius al fin, sacándola de dudas—. En realidad, no tienes otra opción que aceptar. Me he tomado la libertad de escribirle a mi amigo Sigfried Giedion, de Zúrich, para recomendar tu trabajo. Es el dueño de una de las empresas de alta gama más importantes de Suiza y está buscando una diseñadora con experiencia, talento y audacia. Y solo conozco a una persona que reúna esas tres cualidades.

Otti se quedó paralizada, mientras que Mercè exclamó:

—¡Pero esto es fantástico! Tienes que aceptar.

—¿Cómo se llama la empresa? —preguntó Otti como si no lo hubiera oído.

—Wohnbedarf AG —pronunció despacio Gropius—. Sigfried te mandará una carta muy pronto explicándotelo todo. Estoy seguro de que os vais a entender a las mil maravillas.

—Pero ¿y Gunta? —murmuró Otti.

—¿Qué ocurre con Gunta?

—Ella está en Suiza. Pienso que sería mucho más indicada que yo.

—Olvídate de eso —la tranquilizó Ise—. La oferta es para ti, no para Gunta. Sé que sois buenas amigas, pero ella tiene su camino y tú debes afianzar el tuyo. Walter confía en ti plenamente, y yo también. De otro modo no se hubiera tomado tantas molestias.

Otti estaba confusa. Gunta era su mejor amiga. ¿No estaría traicionándola si aceptaba trabajar en Suiza? ¿Acaso no entrarían en una desagradable competencia? La buena de Gunta había luchado mucho para abrirse camino en la vida como para que ahora ella viniera a robarle un posible cliente. No podía tomar una decisión tan rápido. Necesitaba pensarlo, contestó.

Cuando Ise y Walter se marcharon, Otti habló largo y tendido del asunto con Mercè. Su amiga trató de hacerla entrar en razón. No podía rechazar la oferta de Gropius. Por mucho que quisiera a Gunta, tenía que pensar en ella y en su futuro. La situación en Alemania no era fácil y aceptar encargos del extranjero tal vez fuese la única manera de mantener a flote el atelier. En otros

países se valoraba su trabajo. Su fama corría como la pólvora y cualquier propuesta era necesaria si quería seguir resistiendo. No estaban los tiempos para andarse con sentimentalismos, le dijo.

Otti reconoció que Mercè tenía razón, aunque no por eso dejaba de odiarse a sí misma por su egoísmo. No quiso darle más vueltas y respondió con pesar:

—De acuerdo. Le diré a Gropius que acepto el trabajo.

La noche del 23 de febrero de 1933, Otti se despertó sobresaltada. Alguien la zarandeaba en la cama. Al abrir los ojos se encontró con el rostro descompuesto de Mercè. Acababa de escuchar la noticia por radio, le dijo. Toda Alemania estaba en alerta. Alguien había incendiado el Reichstag, el edificio donde se ubicaba el Parlamento. Otti no daba crédito.

No durmieron aquella noche. Estuvieron pendientes de las noticias. Mercè pegada a la radio y Otti acechando tras el cristal. A primera hora de la mañana, Mercè salió a comprar el diario. Otti le advirtió que tuviera cuidado, que no se entretuviera y regresara directa al atelier. Cuando al cabo de un rato desplegaron el periódico sobre la mesa, supieron que la policía había arrestado a un muchacho de veinticuatro años llamado Marinus van der Lubbe, al que consideraban culpable del incendio, pues lo habían encontrado escondido debajo de una mesa.

Otti sintió lástima por aquel joven. ¿Quién lo habría convencido para hacer algo así? Seguramente no había tenido otra opción, pensó. El hambre y la necesidad de conseguir un poco de dinero a cambio de realizar una peligrosa misión le iban a costar la vida.

Durante unos días, permanecieron encerradas en su atelier. Otti tenía miedo y no podía dejar de pensar en Hilb. Desde que se había decretado el cierre de la Bauhaus de Dessau, él se había implicado activamente en el Partido Comunista y, aunque no estaba afiliado, frecuentaba sus reuniones clandestinas. El incendio del Reichstag iba a acarrear consecuencias. Ningún opositor político del Partido Nacionalsocialista estaba a salvo. ¿Y si los

nazis iban a por él? Hacía días que no hablaban, pues a veces, cuando estaba sobrecargado de trabajo, Hilb solía encerrarse en su apartamento. Otti se sentía ansiosa. Tenía un mal presentimiento.

Una noche, cuando el viento y la nieve azotaban sin piedad el cristal del escaparate, llamaron a la puerta. Otti estaba tumbada en la cama, con los ojos abiertos, sosteniendo sin ganas un pitillo entre los dedos, contemplando la blancura de la pared como si nada en el mundo fuera más importante que eso, asistir a la tragedia del color blanco. Ella no oyó el timbre, pero Mercè acudió rauda a la puerta y descorrió los pestillos.

—¡Gracias a Dios! —exclamó aliviada al ver a Hilb.

El arquitecto estaba empapado. Por el ala de su sombrero discurría la lluvia en un goteo constante. También los cristales de sus gafas estaban empañados por la humedad.

—Será mejor que pases.

El hombre se quitó el abrigo mojado y la chaqueta. Mercè lo colocó todo en una silla junto a la estufa de carbón.

—¿Estáis bien? —inquirió Hilb con urgencia.

Mercè asintió con un nudo en la garganta.

—¿Dónde está Otti?

—En su habitación, se en...

A la muchacha no le dio tiempo a terminar su frase. Hilb subió las escaleras de dos en dos hasta llegar al piso de arriba. Al verlo plantado bajo el dintel de la puerta, Otti saltó de la cama y se colgó de su cuello llenándolo de besos.

—¡Hilb, estás aquí, sano y salvo, eres tú!

—Por supuesto que soy yo, ¿es que esperabas a otro?

—No digas tonterías —le increpó con la voz aún rota por la emoción—. No tenía noticias de ti, estaba desesperada y no quería salir de casa. Oh, Hilb, todo esto es tan macabro...

Otti se deshizo de su abrazo y caminó hacia la ventana. Permaneció unos instantes contemplando la lluvia tras el cristal. El viento golpeaba con saña la cabellera de los árboles. Imaginó que eso mismo le estaría ocurriendo ahora al joven comunista que descubrieron en el Reichstag: su cuerpo mortificado, su carne magullada.

—No puedo dejar de pensar —dijo—. ¿Cómo ha podido hacer una única persona algo así y burlar la seguridad del Reichstag? Apuesto a que ha tenido algún cómplice.

—El pobre chico no es culpable —contestó Hilb—. En el partido estamos convencidos de que solo es un chivo expiatorio.

—¿En el partido? Hilb, no quiero que la policía ponga los ojos en ti. Me moriría si te ocurriese algo.

—Lo sé, pero no tienes que preocuparte. Tomo precauciones.

—¿Y qué va a pasar ahora? ¿Qué van a hacerle?

Otti se estaba resistiendo a llorar, pero ya no pudo reprimir más las lágrimas. Hilb se acercó a ella y tomó su rostro entre las manos para que pudiese leer en sus labios:

—Lo condenarán a muerte y lo ejecutarán.

Sumida en la oscuridad. Así se quedó Otti al escuchar sus palabras, como si el mismísimo Hitler acabara de apagar la luz de su sangre.

La primavera llegó sin avisar. Una mañana, el sol se hizo poderoso y borró de un plumazo el frío y la niebla. Con la llegada del buen tiempo, Otti se sentía más animada. Había pasado todo el invierno trabajando sin parar, como si fuera la única forma de no enfrentarse al mundo, de no respirar el dolor que empezaba a gestarse en cada esquina de la ciudad.

Un día, Mercè regresó con el semblante serio de uno de sus paseos. Abrió la puerta del atelier, se quitó la chaqueta y la colgó en el perchero.

—¿Ya estás de vuelta? ¿Qué tal tus compañeras? —preguntó Otti. Sabía que la muchacha se había acercado hasta la Bauhaus para reunirse con algunas de sus viejas amistades.

—Bien, supongo —contestó Mercè en tono serio.

—¿Qué demonios te pasa, criatura? ¿No te sienta bien la primavera?

—No es eso, es que, verás... He hablado con Hanna y...

—Oh, ¿qué tal está? —la interrumpió Otti—. ¿Sigue empeñada en esconder esas pecas tan encantadoras que tiene en la

nariz?

—No, ya no. Ahora tiene una nueva obsesión, los dientes torcidos. Pero lo que iba a decirte es que esta noche hay una fiesta en la Bauhaus.

—Maravilloso. Tómate la tarde libre. Me las arreglaré.

—Es que...

—En serio, diviértete. Eres joven y a veces me siento culpable de tenerte aquí todo el día, encerrada entre hilos, tijeras y patrones.

—Celebran el cumpleaños de Mies van der Rohe —dijo Mercè a bocajarro—. Van a estar todos los profesores.

A Otti se le mudó el rostro. Aquello era una declaración de intenciones en toda regla; Mies la había excluido a propósito, para hacerle saber que ya no era parte del mundo de la Bauhaus.

—Hilb tampoco va a ir —explicó Mercè—. Me lo he cruzado en el pasillo, de camino a la cantina, y ha aprovechado para darme esto.

Otti cogió la nota con nerviosismo. No quiso leerla delante de la muchacha y subió a su habitación.

> Si te sirve de consuelo, yo tampoco he recibido una invitación por parte de la señora Reich. Pregúntate, querida, qué iba a hacer la gran oreja judía en una fiesta llena de cadáveres. Estaré fuera de Berlín una semana por trabajo. Cuídate y no dejes que la pequeña Mercè trabaje más de la cuenta. A ti es imposible prohibirte nada.
>
> Tuyo por siempre,
>
> *Hilb*

Se sentó en la cama y buscó una botella de whisky que escondía bajo el colchón. Necesitaba un trago. La habían dejado fuera. Como a Gunta. Así, como quien deja de utilizar unos viejos zapatos para comprarse unos nuevos.

En ese momento, Mercè asomó tímidamente su rostro por la puerta. Otti dio un nuevo trago de la botella y después sacó del cajón de la mesilla de noche dos vasos limpios.

—Oh, vamos, no voy a comerte —le dijo Otti intentando

disimular su desilusión—. Tampoco hay que hacer un drama de una tontería. ¿Quién quiere asistir al cumpleaños de un cincuentón? ¿Sabes qué? Montaremos nuestra propia fiesta.

—¿Y qué vamos a celebrar?

—He recibido la carta que llevaba tanto esperando. Por fin una buena noticia, Mercè. Tengo la exclusiva para diseñar todo el interior textil de la casa Schminke.

Era un gran encargo. La vivienda, ubicada en Löbau, a unos doscientos kilómetros de Berlín, había sido diseñada por el arquitecto Hans Scharoun. Otti la había visto en fotos y le parecía un sueño, una obra fuera del tiempo por su modernidad.

—¡Madre mía! —dijo Mercè en español.

—¿Cómo?

—¡Olé! —exclamó adoptando una pose flamenca.

Otti echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar una risa oscura, grave, que vino a tragarse de inmediato el temblor provocado por el paso implacable de los trenes.

El 11 de abril de 1933 la Bauhaus de Berlín cerró definitivamente sus puertas. A Otti, la noticia, si bien no la sorprendió, la dejó muy abatida. El sueño más hermoso de su vida acababa de evaporarse, como uno de esos globos que se escapan de las manos de un niño pobre. Qué ingenuos habían sido al pensar que ese proyecto hermoso y delirante iba a durar para siempre.

Hilb la fue a buscar una tarde y le propuso dar una vuelta por el jardín zoológico. Aquel era el lugar preferido de Otti. Estaba cerca del atelier y siempre que la cabeza se le embotaba salía a respirar un poco de aire y se acercaba al jardín para ver a los animales. A menudo llevaba manzanas en el bolso para arrojárselas a un chimpancé muy simpático que recibía su visita dando volteretas dentro de su jaula y aplaudiendo como si acabara de llegar una celebridad.

Cuando pasaron junto a la jaula de los leones, Otti apretó la mano de Hilb. Había muerto un cachorro y su madre lo lamía desesperadamente. Él la atrajo hacia sí y la condujo a un lugar

apartado, lejos de las jaulas, donde tomaron asiento en un banco. Entonces, Hilb aprovechó la calma para comentarle que, tras el cierre de la Bauhaus, muchos profesores estaban abandonando Alemania y tenían pensado instalarse en otras ciudades europeas. Su amigo Lázsló Moholy-Nagy y su esposa Lucia habían puesto rumbo a Estados Unidos.

—América es un buen sitio para empezar de nuevo —le dijo —. Moholy-Nagy se ha instalado en Chicago. Quiere fundar una nueva Bauhaus allí. Ya lo conoces, no parará hasta que se salga con la suya. ¿Qué te parece Chicago?

Otti dio una calada a su cigarro. Ni siquiera había pensado en la idea de abandonar Berlín. Acababa de abrir su negocio y tenía muchos encargos en el extranjero. Las cosas le iban bien. Ni por un momento había cruzado por su mente el deseo de huir. Todavía no. Eso le dijo a Hilb.

—No dudo que América sea un lugar maravilloso para echar raíces, pero yo quiero seguir intentándolo aquí. ¿Lo entiendes, verdad?

Hilb guardó silencio. Resultaba evidente que no era aquella la respuesta que le hubiese gustado escuchar, pero se abstuvo de contradecirla.

Al regresar a casa, Otti se topó con un espectáculo inesperado. Un grupo de gente se había arremolinado en torno a su establecimiento. En la puerta, un nazi pulcramente uniformado y con la mano apuntando hacia el cielo impedía el paso de Mercè, que no paraba de gritar. El hombre había colgado en el escaparate un cartel que decía: ALEMANES, DEFIÉNDANSE, NO COMPREN A LOS JUDÍOS.

—¡Váyase de mi atelier inmediatamente! —lo increpó Otti.

—¿Es usted la dueña? —contestó el otro impasible.

—Sí, señor.

—Documentación.

—No tengo por qué mostrarle mi documentación a nadie. Mi atelier es legal. Márchese de aquí.

—Documentación —insistió el soldado mirándola con superioridad.

—Ya le he dicho que no estoy obligada a enseñarle a usted

nada. Fuera de aquí.

De repente, un anciano comenzó a propinar codazos a los curiosos para conseguir abrirse paso hasta la puerta. Era un hombre de unos setenta años, alto y desgarbado, tocado con un sombrero que había conocido tiempos mejores. Se había afeitado mal y lucía restos de vello blanco en las mejillas. Sus ojos azules se clavaron en el soldado con rabia.

—Buenas tardes, caballero —dijo el anciano—. Para su información, le comunico que yo soy alemán y no pienso seguir sus estúpidos consejos. Como bien le ha dicho la señorita, no es usted bienvenido.

Antes de que el soldado nazi pudiera contestar, el anciano arrancó el letrero del escaparate y tomó a Otti del brazo para hacerla entrar en el atelier. A los demás curiosos los despachó con aspavientos.

—Debería darles vergüenza dejar que un puñado de fanáticos les diga lo que tienen o no tienen que hacer. ¡Largo de aquí, fuera, fuera! —exclamó como si estuviese espantando moscas de un pastel.

Una vez en el taller, Mercè estalló en llanto.

—Otika, no he podido evitarlo —dijo entre lágrimas.

—No tienes la culpa. Están por todas partes. Tarde o temprano nos tenía que pasar —contestó Otti. Luego, dirigiéndose al desconocido, añadió—: Ha sido usted muy amable al ayudarme.

—A veces uno no tiene más remedio que avergonzarse de su país. Esta no es la Alemania que yo quiero —contestó el anciano—. Por cierto, mi nombre es Leopold Klein.

—Yo soy Otti Berger —contestó ella tendiéndole la mano—. Encantada, señor Klein.

—Me gustaría que me llamase Leopold, si es tan amable.

—Claro, Leopold. Y esta preciosa jovencita es Mercè. —Se volvió hacia la muchacha para decirle—: ¿Te importaría preparar un té? Leopold nos acompañará esta tarde. A no ser que esté ocupado, claro.

—De ninguna manera. Estoy harto de ver esvásticas. Me vendrá bien un poco de arte. Es usted artista, ¿verdad?

—Soy diseñadora textil.

—La mejor diseñadora textil del mundo —añadió con orgullo Mercè.

—No le haga caso, Mercè es muy apasionada. Es española.

A pesar de que Otti intentaba mostrarse alegre, por dentro se sentía aterrorizada. El altercado con aquel nazi había supuesto un golpe inesperado. El tiempo acababa de acortarse. Todo estaba ocurriendo demasiado rápido. El monstruo estaba ahí, podía sentir su aliento incluso con la puerta cerrada. Y lo peor de todo es que no iba a dejar de acecharlos.

—¿Y usted qué hace? —le preguntó Otti a Leopold con la intención de distraer su mente de oscuros pensamientos.

—Soy pintor, aunque un pintor aficionado, más bien. Me gusta experimentar.

—Entonces ha venido al lugar apropiado.

El señor Klein sonrió.

—¿Me permitirá hacerle un retrato? ¿Querría usted posar para mí? —preguntó.

—¡Por supuesto! —exclamó Otti—. Mercè, olvida el té y trae el whisky. Brindaremos por nuestro héroe pintor.

Cuando los vasos estuvieron llenos, Otti alzó el suyo proclamando:

—¡Bebamos y dejemos atrás la amargura!

El cartel que el señor Klein había arrancado del escaparate ardía en el fuego de la cocina. De aquella frase malintencionada solo se leía ahora la palabra *judíos*, como si se resistiera a morir.

# Otti

## 1934

Mercè y Otti habían hecho un pacto: nada de hablar de política. Estaba absolutamente prohibido mencionar los incidentes y las peleas callejeras, los arrestos y los asaltos a comerciantes judíos. Esta era la única forma de sobrevivir a la violencia y a la incertidumbre, seguir trabajando como si nada estuviera pasando, con obstinación, con un terco optimismo.

Por las mañanas, Otti se levantaba temprano, cogía el bolso y la cámara fotográfica, y caminaba hacia el zoo. Miraba los animales, el cielo casi siempre nublado de Berlín, agradeciendo cada instante de silencio interior. Nunca como entonces el hecho de estar sorda había sido tan beneficioso para su salud mental. De vez en cuando, recordaba a Zsófia y sus deliciosos guisos, sobre todo cuando en las tiendas comenzaron a escasear los alimentos. Sin embargo, daba gracias a Dios por el poco pan y la fruta que se llevaban a la boca. No era momento para hacerle ascos a nada. La gente pasaba hambre y, en cierto modo, ellas dos eran unas privilegiadas. Otti podía mantenerse gracias a su trabajo y pagarle un sueldo a Mercè, la cual seguía recibiendo ayuda de sus padres, a pesar de que insistía en querer ser independiente.

—Vamos, Mercè, tu padre lo hace por tu bien —le decía Otti cuando la joven recibía un paquete y arrugaba el ceño, molesta.

—Es que así nunca voy a valerme por mí misma.

—Claro que sí. Te ganas de sobra el sueldo que te pago.

—Pero ellos piensan que no es suficiente.

—Quizá ser padre sea eso, creer que a tus hijos siempre les falta algo.

El tiempo pasaba muy rápido y los encargos no dejaban de llegar al atelier. Otti estaba desbordada y tuvo que escribirles una carta a sus padres para advertirlos de que ese año le resultaría imposible viajar hasta Vörösmart en vacaciones. Su madre tardó en enviar una respuesta y Otti supo que su decisión le había dolido. En cambio, Otto le escribió una postal desde París llena de entusiasmo, contándole que había conocido a una modelo italiana llamada Graziella de la que estaba perdidamente enamorado. Tampoco él iba a viajar al pueblo porque estaba inmerso en el diseño de una nueva colección para el modisto Jacques Moreau.

A Otti le preocupaba que sus padres pasaran solos el verano. Aunque Oskar y Else estarían con ellos, sabía que para su madre no sería lo mismo. Desde que había muerto Zsófia, su salud y su ánimo se habían debilitado y se entregaba a menudo a la melancolía. Pero ¿qué podía hacer? No estaba en condiciones de rechazar ningún trabajo. La situación laboral no era muy halagüeña para los empresarios judíos. Muchos empezaban a perder clientes y a ver rescindidos sus contratos. Por el momento, ella y su atelier estaban a salvo gracias a los encargos de otros países, pero la crisis y la llegada al poder de Hitler habían puesto en marcha los relojes del miedo.

La noche del 30 de julio, Mercè irrumpió en el cuarto de Otti cuando esta se disponía a echarse a dormir.

—Será mejor que vengas —le dijo—, creo que ha ocurrido algo.

Otti se puso una bata por encima del camisón y siguió a Mercè hasta el atelier. Su amiga tenía una expresión crispada en el rostro y estaba realmente asustada.

—¿Qué pasa, Mercè? —preguntó.

—No tengo idea, pero sea lo que sea es grave. Me parece que he oído ruido de disparos.

Otti miró por la ventana. El edificio de enfrente estaba salpicado de luces y la calle parecía tranquila. Sin embargo, había otras personas asomadas a las ventanas que, al igual que ellas,

escudriñaban la noche.

—Apaguemos las luces y corramos las cortinas —dijo.

Prendieron unas velas y se sentaron a la mesa, frente a frente. El humo de sus cigarrillos se entrelazaba en el aire mientras aguardaban en silencio, sin saber de qué hablar. Todo cuanto cruzaba por la mente de Otti en ese momento tenía que ver con la tragedia. Si las cosas se ponían feas, debían estar preparadas, se dijo. Unas semanas atrás, Hilb le había recomendado que, ante cualquier revuelta, se encerraran en el atelier y no salieran de allí hasta que los ánimos se calmaran. Y ahí estaban ellas dos, esperando a que todo pasara, contando los segundos, los minutos... Berlín ardía en fiebre y quién sabía si esa noche acabarían quemándose.

Otti cogió una vela y fue a su despacho. Guardaba un libro de poemas de Else Lasker-Schüler en un cajón. Estaría bien entretenerse con algo de literatura, dado que la noche se presentaba eterna. Mercè preparó té y ambas se sentaron nuevamente a la luz vacilante de las velas. Otti abrió el libro y leyó un poema al azar:

*De mi pestaña cuelga una estrella.*
*Hay tanto resplandor.*
*Cómo voy a dormir.*
*Y quiero jugar contigo.*
*No tengo patria.*
*Jugamos a rey y príncipe.*

Mercè dio un sorbo a la taza y murmuró:

—Es un hermoso poema, aunque triste. Yo tampoco tengo patria.

Otti la miró con ternura. La muchacha se había empeñado en quedarse en Berlín, a pesar de que ella le había insistido en que volviera a España. A Otti le admiraba el coraje de su amiga, esa determinación que no había visto nunca en ninguna otra mujer. Mercè, de hecho, era casi tan testaruda como ella misma. Cerró el libro y le contestó:

—La única patria es la memoria y estas manos que nos cosen a la vida.

De pronto, sonaron unos disparos en la calle. Otti, al ver que Mercè se ponía en pie y miraba en dirección a la puerta con pavor, cogió unas tijeras que estaban a mano. No se le ocurría con qué otra cosa podría defenderse en el caso de que alguien asaltara el atelier.

—Ve a buscar un cuchillo —le pidió a su amiga.

Otti no podía dejar de pensar en Hilb. Hacía un par de días que no hablaban. Él estaba inmerso en un nuevo proyecto y se había encerrado en su estudio para concentrarse y trabajar. No era extraño que pasaran momentos apartados, sin comunicarse apenas, pues ambos eran apasionados de sus respectivas profesiones. No obstante, ahora hubiese dado lo que fuera por tenerlo al lado.

Entonces sonaron unos golpes en la puerta.

—¿Qué hacemos? —preguntó Mercè—. Alguien está llamando.

Sin decir una palabra, Otti se levantó, cogió una vela, se acercó a la puerta y descorrió la mirilla. Un suspiro de alivio se escapó de su boca cuando descubrió al otro lado la cara del viejo señor Klein.

—¡Ábranme, rápido! —pidió el hombre.

Otti abrió la puerta, lo hizo pasar y volvió a echar el cerrojo.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Otti.

—Hitler está acabando con sus polluelos pardos. Por lo visto, ha ordenado una purga dentro del partido. A mí me ha pillado el barullo en plena calle. No podía dormir y he salido a dar un paseo. Desde luego, no ha sido una buena idea.

—Siéntese con nosotras —le ofreció Otti—. Le prepararemos un té.

—Muchas gracias —contestó el señor Klein—. Me temo que hoy no va a dormir nadie en Berlín.

Pasaron la noche contando historias, bebiendo té y comiendo leche condensada directamente del bote. En un momento dado, el señor Klein preguntó a las dos mujeres si le concederían el honor de dejar que las retratara. Otti y Mercè accedieron encantadas y

enseguida se pusieron a debatir sobre cómo querían aparecer en el cuadro. ¿Posando en el atelier una al lado de la otra como dos artistas o quizá en una actitud más íntima, que revelara la amistad y el cariño que sentían la una por la otra? Decidieron que querían ser retratadas con las manos entrelazadas, como almas gemelas que eran. Cuando quisieron darse cuenta, las primeras luces del amanecer despuntaron en el cielo y el día se tragó la oscuridad.

A la mañana siguiente, tras comprar el diario, comprobaron que el señor Klein estaba en lo cierto. Hitler había detenido a todos los integrantes de las Tropas de Asalto y los había mandado asesinar, acusados de un supuesto complot en su contra. La prensa hablaba de la masacre como «la noche de los cuchillos largos».

Mercè quiso saber qué significaba exactamente aquel asalto y por qué era tan importante aniquilar a los miembros de las SA.

—Hitler no quiere opositores dentro de su propio partido —le explicó Otti—. Está consolidando su poder; tal vez luego vaya en serio a por nosotros, los judíos.

Su cabeza se detuvo un instante en este pensamiento y luego lo descartó. No podía permitirse caer en la desesperación. Como si estuviera en una carrera contrarreloj, esa misma tarde Otti se puso manos a la obra con un nuevo encargo de Zúrich. Esta vez se trataba de diseñar toda la parte textil de un teatro y restaurante en el centro de la ciudad. Estaba inmersa en el trabajo cuando alguien tocó suavemente su espalda, sobresaltándola. Era Hilb. Otti se echó en sus brazos y los dos se fundieron en un largo y apasionado beso.

—Estaba muy preocupada por ti —le dijo.

—Ya estoy aquí —murmuró él.

Aquella noche, Hilb y ella hicieron el amor como dos sonámbulos, sin abrir los ojos, solo sus manos y sus cuerpos frenéticos bajo las sábanas.

El 2 de agosto, Otti y Mercè se enteraron de la muerte del mariscal Hindenburg, el presidente de Alemania. La República de Weimar

había caído. Ahora Hitler ya no tenía ningún impedimento para acaparar todo el poder y poner en marcha su plan para instaurar una dictadura absoluta. Los peores temores de aquellos que, como Otti, creían en la libertad y la democracia se habían confirmado. Unos días después, el 19 de agosto, un referéndum nacional, cuyo resultado estuvo totalmente controlado por su partido, nombró a Hitler como Führer, el líder y canciller del Reich.

La milicia tomó las calles y los balcones se llenaron de esvásticas. De la noche a la mañana la gente había dejado de ser gente para convertirse en una multitud atronadora que abarrotaba las avenidas de la ciudad. Berlín ya no era una ciudad amable y cosmopolita, sino una boca hambrienta que clamaba venganza, una fiera que tenía sed de inocentes y que pisoteaba cualquier derecho o atisbo de libertad.

—*Heil Hitler!* —exclamaba el gentío.

Otti permaneció unos días encerrada en el atelier, demasiado consternada como para arriesgarse a salir. Una tarde, sin embargo, se hartó. No quería quedarse escondida para siempre. Desoyendo las advertencias de Mercè, se puso el abrigo y salió a dar un paseo.

La tarde era cálida, pero ella temblaba sacudida por pequeños escalofríos. Las cruces gamadas que colgaban por todos lados le parecían hachas de doble filo. Caminó durante un rato sin rumbo hasta que súbitamente, al desembocar en una avenida, se encontró bloqueada por un gentío vociferante. Otti trató de zafarse de aquel mar compacto de cuerpos, pero le resultó imposible. La rodeaban niños, mujeres, ancianos, hombres de diferentes edades y jerarquía social, todos unidos por idéntico clamor. Con total seguridad también habría allí algún judío, como ella, mezclado entre los alemanes más puros, alzando su mano con más fervor que ellos, si es que eso era posible.

Comenzó a caminar con prisa, intentando esquivar los distintos grupos que iban y venían portando banderas nazis y gritando a todo pulmón el nombre del Führer. Cerca de ella, dos hombres despeinados y en mangas de camisa estaban rompiendo a pedradas el escaparate de una librería, mientras un tercero le propinaba una paliza al dueño del establecimiento. Otti se detuvo

y observó la escena desde la distancia. Estaba horrorizada. El librero se retorcía en el suelo y, cuanto más rogaba, más se encendía la furia de sus verdugos. Otti no podía oírlos, pero sentía el dolor de aquel hombre dentro de su pecho. Ella también era judía. Mañana esa misma gente podría asaltar su atelier. Se le llenaron los ojos de lágrimas y oyó muy dentro de su ser la voz de Marta la Roja instándola a la pelea: «Vamos, ve a defender al judío. Defiende a los de tu raza». Entonces, con la sangre martilleando en sus sienes, se abrió paso entre el gentío y se arrodilló ante el judío para impedir que lo siguieran golpeando.

—Vete de aquí, muchacha —musitó el viejo con la boca ensangrentada.

Otti no se movió. Los hombres la agarraron y la empujaron. Uno de ellos alzó su mano y le dio una bofetada. Acto seguido, los otros dos se abalanzaron sobre ella, excitados ante la perspectiva de poder lastimar a una nueva presa. Salido de la nada, un coche oficial con el emblema de las SS se detuvo frente a ella. Un soldado perfectamente uniformado se apeó y abrió la puerta para dejar salir a alguien. Otti, a través del velo de lágrimas que empañaba sus ojos, vio unas elegantes piernas de mujer y unos zapatos negros de tacón que caminaron hacia ella con paso decidido.

—Está visto que nunca vas a dejar de meterte en líos —dijo una voz que le resultó familiar. Pero, antes de que pudiera reaccionar, la mujer la tomó de la mano y la arrastró hacia el coche.

No fue hasta que estuvieron en el interior del automóvil cuando Otti cayó en la cuenta.

—¡Eres tú, nariz apestosa! —exclamó.

Alice sonrió.

—Ni se te ocurra volver a llamarme así —dijo.

—Mis disculpas, señorita Weber —rectificó Otti—. ¿Mejor así?

—No, ahora soy la señora Hübner.

Otti rebuscó en los bolsillos de sus pantalones, pero se dio cuenta de que había perdido su paquete de cigarrillos en el altercado. Alice le ofreció uno. Estaba muy elegante y olía de

forma exquisita. Sin embargo, qué distinta era esta Alice, con su pelo rubio y el sobrio vestido de seda, de aquella otra, la del cabaret de Berlín, salvaje y sensual.

—Me he casado con un alto cargo de la Gestapo —explicó Alice con cierto deje de ironía—. Digamos que he cumplido el sueño de mis padres: casarme con un pez gordo.

Otti sintió que se le secaba la garganta. La Gestapo había comenzado a seguir los pasos de Hilb.

—¿No dices nada? —preguntó Alice.

Otti se encogió de hombros.

—¿Acaso importa mi opinión?

—Por supuesto que no —respondió Alice enarcando una ceja —. No me importa en absoluto. Las dos sabemos que tus intereses y los míos nunca han coincidido.

Otti apoyó la cabeza contra el cristal de la ventanilla y murmuró:

—Y dime, ¿por qué te has tomado la molestia de ayudarme?

—Llámalo casualidad. Pasaba por aquí.

—Podrías no haberte detenido. ¿Cómo sabías que era yo?

—Te reconocería a kilómetros de distancia. Además, te había visto antes, de lejos.

—Vaya, has aprendido los métodos de la Gestapo. Eres toda una espía.

—Lo que soy es una patriota —afirmó Alice levantando la barbilla con orgullo.

—Por favor, ahórrate las soflamas, no estoy de humor. Quiero bajarme.

—No seas insensata. Te llevaré a casa. No pienso llevar tu muerte en mi conciencia; al menos, no hoy.

Otti se reclinó en el asiento. Aunque le costara admitirlo, Alice tenía razón. Era una locura apearse del coche. Le indicó la dirección del atelier a su amiga y esta le ordenó al chófer que diese media vuelta. Entonces, los ojos de Otti y los del chófer se encontraron en el espejo retrovisor y ella lo reconoció. Era Alfred, el hombre de mirada hostil que había acompañado a Alice durante su estancia en Berlín, cuando alquiló aquel apartamento junto a la

ópera. Al instante, supo que él la odiaba, que la despreciaba por ser judía y estar cerca de Alice Weber, a la que celaba como si fuese el huevo de una serpiente sagrada.

No volvieron a hablar durante todo el trayecto. Cuando el coche se detuvo frente a la puerta del atelier, Otti quiso bajarse a toda prisa, pero Alice la frenó.

—¡Espera! —le dijo agarrándola del brazo—. Guarda esta tarjeta.

Otti la miró sin atreverse a cogerla.

—¿Por qué?

—Porque un día podrías necesitarme.

Otti se resistió.

—Por favor, deja los escrúpulos a un lado —dijo poniéndole la tarjeta en la mano.

Acto seguido, ordenó al chófer que arrancara y el coche se perdió en la distancia.

El jardín zoológico no estaba muy concurrido ese día; solo había unas pocas parejas que paseaban cogidas de la mano y ancianos que asistían con embeleso al desfile de los pavos reales, como si toda aquella belleza estuviese condenada a la extinción y tuvieran el deber de retenerla en su memoria. Otti apretaba el brazo de Hilb y caminaban en silencio. En un momento determinado, él se detuvo y sacó una cajita del bolsillo interior de su americana. Los ojos de Otti se agrandaron.

—¿Qué se supone que es eso? —preguntó.

—¿Tú qué crees?

Otti tomó la cajita entre sus manos y la abrió con delicadeza. En su interior encontró un anillo coronado con dos pequeñas antenas.

—¡Cielos! —exclamó Otti—. No esperaba algo así.

—Bueno, ya sé que lo normal en estos casos es un diamante, pero estoy sin blanca, querida, así que no he tenido más remedio que exprimir mi imaginación.

Otti contempló el anillo a la luz.

—Es fantástico. Es...

—Es una réplica de las antenas que llevé en la fiesta del metal —explicó Hilb.

—Sí —sonrió ella—. El hombre imán.

—Dio resultado, ¿no crees? Atrapé a la chica más guapa de la fiesta.

—Pensaba que a la más talentosa.

—También.

Otti dejó que Hilb colocara el anillo en su dedo mientras las lágrimas empezaban a rodar por sus mejillas.

—¿Tan horrible es el hecho de casarte conmigo? —preguntó él.

—¡Claro que no! ¡Sería maravilloso!

Una expresión de recelo cruzó por el rostro de Hilb.

—¿Sería?

—No quiero ser una carga para ti —contestó Otti.

Pensaba en Gunta, en los problemas y la incomprensión que había tenido que afrontar por casarse con un judío. No quería que a Hilb le sucediera lo mismo. Sentirse responsable de su desgracia se le antojaba un mal aún más terrible que los peligros que pudieran acecharla a ella.

—No eres ni serás una carga, Otti —protestó él.

—Me moriría si por mi culpa te pasara algo.

—Y yo me moriría si te pasara algo a ti.

Otti se quitó el pañuelo que llevaba anudado al cuello y se lo puso a Hilb.

—¿Es esto un intercambio?

—Solo un préstamo.

—Casémonos ahora.

—Estás loco.

—No nos hacen falta papeles, Otti. Casémonos ya.

De pronto, el cielo hinchó su vientre y comenzaron a caer las primeras gotas. Otti volvió a mirar el anillo y sintió que su corazón se ensanchaba. Casarse..., ¿por qué no? Tal vez el amor fuese eso: un mundo aparte donde no existían el dolor, ni la violencia ni la escasez. Un mundo hecho de música y de belleza. Sonrió y

murmuró un sí por respuesta. No se atrevía a decirlo más alto, por si no llegaba a cumplirse. Hilb la besó y luego los dos abandonaron el zoo tomados de la mano y sin mirar atrás.

# Otti

## 1935-1936

Otti estaba sentada a su mesa de trabajo. Tenía el pelo revuelto, unas profundas ojeras alrededor de los ojos y un cigarrillo entre los labios que se había olvidado de encender. La carta que acababa de abrir repetía la misma cantinela que las anteriores: «Sentimos mucho tener que darle una negativa, señorita Berger. *Heil Hitler*».

Todo se ponía en su contra. Durante la mayor parte del año, había mantenido una ardua e infructuosa correspondencia con la Asociación de Artistas Alemanes para pedir su ingreso en la Cámara Imperial de Bellas Artes. Sin embargo, la institución se resistía a aceptar su solicitud y las cartas de rechazo se acumulaban sobre su escritorio.

La estufa ardía en el atelier y Otti se acercó para calentarse. En todas y cada una de esas respuestas escuetas había algo más, un lenguaje secreto intercalado en el silencio. Había desprecio y una advertencia que decía así: «Eres una judía y no te queremos entre nosotros». Igual que en el patio de un colegio, cuando los niños sanos, felices, pulcros y bien peinados hacían un corro para jugar y dejaban de lado al tonto, al lisiado... Otti estaba fuera pese a su trabajo, sus éxitos y su reconocimiento en el extranjero; nadie quería dejarla participar en aquel corro artístico, ario y alemán.

¿Qué más podía hacer? ¿Acaso abrirse las venas y cambiar su sangre? Su sangre. A eso se reducía todo. De repente, le sobrevino una idea. Era una locura y, sin embargo, había algo que estaba al alcance de su mano; una opción absolutamente despreciable, pero que podría ayudarla a acercar posturas con la Cámara Imperial de Bellas Artes.

Se dirigió de nuevo a su escritorio y sacó del cajón unos papeles de carta. Luego buscó la botella de whisky. Antes de ponerse a escribir, dio un trago directamente del pico de la botella. La traición requería embriaguez, caminar a ciegas por la mentira, esquivar los espejos. Cuando tomó la pluma, le temblaba el pulso y le costó escribir las cuatro o cinco líneas mediante las que expresaba a los miembros de la asociación su propósito de renunciar a la fe judía. Al cerrar el sobre, sintió que cerraba la tapa de su propio ataúd. Acababa de venderse al enemigo a cambio de ingresar en aquella maldita institución. No obstante, el orgullo herido gritaba aún más fuerte que la vergüenza: ella se merecía estar ahí. Aunque, bien visto, no solo era una cuestión de reconocimiento, sino de necesidad. Para trabajar en Alemania tenía que estar inscrita en la Asociación de Artistas Alemanes, de lo contrario el atelier peligraba.

Durante días, Otti se dedicó a esquivar a Mercè. Le daba vergüenza confesarle lo que había hecho, hasta que una tarde ya no pudo más y se lo contó.

—Se me acaban las fuerzas, Mercè. Todo esto me está superando, me ahogo —le dijo.

La muchacha tomó sus manos entre las suyas y la miró sin decir nada, con los ojos fijos en ella, llenos de aquella insoportable y dolorosa intensidad. Otti se dio cuenta de que la noticia le había causado una pequeña decepción.

Tras el verano, después de unos meses de frenético trabajo, Otti y Mercè se marcharon de vacaciones a Vörösmart y Barcelona, respectivamente. Ambas se merecían un descanso. Estaban agotadas y Otti necesitaba poner en orden los papeles para iniciar los trámites de su renuncia a la fe judía. Estaba decidida a seguir adelante con el asunto, aunque la culpa no la dejase dormir. ¿Qué dirían sus padres si llegaban a enterarse? Tal vez la considerasen una cobarde o, lo que es peor, una traidora.

En el pueblo, Otti se reencontró con su hermano pequeño. A Otto se le había agriado el carácter; ya no se entregaba a las

bromas y su mirada era esquiva. En la mesa apenas hablaba y pasaba el día vagando por la casa, sumido en sus pensamientos. Una mañana, después de desayunar, Otti lo convenció de dar un paseo a orillas del Danubio, como cuando eran niños. Durante un rato, los dos caminaron en silencio. Los rayos de sol incidían sobre el vientre del agua y Otti pensó que aquella mañana de agosto parecía más azul que nunca, pero también más triste. Entonces, casi sin darse cuenta, las palabras brotaron de su boca y se lo contó todo: sus dificultades para seguir trabajando en Alemania y lo que estaba dispuesta a hacer a cambio de mantener abierto el atelier.

—Si te sirve de consuelo, a mí me ocurre lo mismo —le confesó Otto—. Papeles y más papeles para acabar siendo excluidos por el mero hecho de ser judíos. No sé en qué estaba pensando cuando abrí en Berlín la tienda de modas. Me iría mucho mejor aquí.

—¿Aquí? —preguntó Otti enarcando las cejas—. Madre me ha contado que van a tener que cerrar el telar. Las mujeres del pueblo ya no quieren trabajar con judíos.

—Es cierto —murmuró Otto—. Quizá sea cuestión de resignarse.

Otti caminó hacia la orilla, cogió una rama y agitó con ella el agua. Un pez salió de debajo de una roca y huyó precipitadamente, dejando una estela de fango y burbujas.

—No le digas nada a madre, le causaría un enorme sufrimiento. Haz lo que tengas que hacer y no te juzgues, hermanita —volvió a decir Otto.

Al regresar a casa, Otti encontró a su madre tendiendo las sábanas en el patio. A su lado, Oskar y Else tomaban el sol en una silla de enea. Era domingo y ya habían realizado todas las tareas.

—¿Dónde está padre? —preguntó Otti, soltándose del brazo de su hermano.

—Adentro, leyendo el periódico —contestó Oskar.

En el interior de la casa flotaba un delicioso aroma a cordero. Otti inspiró profundamente, llenándose de todos sus matices. En Berlín ya casi nadie podía permitirse la carne. Comer se había vuelto un privilegio.

Lajos estaba sentado en el sillón, con el periódico extendido encima de las rodillas. Tenía una expresión abatida y su aspecto ya no era el de antes. En los últimos años, las preocupaciones y las dificultades que atravesaba el negocio lo habían dejado sin fuerzas. Ya no tenía ilusión por nada, aunque intentaba disimular. Otti se sentó a su lado, le dio un beso en la mejilla y luego prendió un cigarrillo.

—Querida, ya sabes que no me gusta que fumes antes de comer. Odio ese vicio tan masculino.

En ese momento entró Ida, seguida de Oskar, Else y Otti. Al ver a la familia reunida, Otti pensó que había llegado el momento de contarles su compromiso con Hilb. Había estado eludiendo el tema a propósito, pues no sabía cómo abordarlo. Solo Otto estaba al corriente.

—Iré a servir la comida —anunció Ida.

—No, espere, madre. Antes de comer quiero decirles algo —dijo Otti.

—¿Y no puedes aguardar a que saque el cordero del horno?

—No..., quiero que lo sepan cuanto antes.

—¿De qué se trata, hija? —inquirió su padre.

Otti dio una calada al cigarro y dijo de corrido:

—Estoy prometida con un arquitecto de Berlín. Se llama Ludwig Hilberseimer y no es judío.

—¿Cómo? —La voz de su padre cayó sobre ella como un trueno.

—Que me voy a casar, padre.

La noticia dejó a todos consternados. Oskar y Else se llamaron al silencio, mientras que Lajos e Ida no disimularon su decepción.

—Desde luego, no podemos impedírtelo —dijo Lajos—. Pero debo decirte que no nos complace demasiado tu elección.

—No lo conocen. No saben nada de él. Puede que no sea judío, pero es un gran hombre y lo amo.

Con el correr de los días, sus padres fueron ablandándose y Otti notó que su enfado iba aplacándose. Una mañana, Ida entró en su cuarto, se sentó en el borde de la cama y le acarició el pelo.

—Yo deseo lo mejor para ti, hija. Y si ese hombre...

—Hilb —le recordó Otti.

—Y si Hilb te hace feliz, tienes mi bendición.

Otti se arrojó en sus brazos y permaneció así durante largo rato, sintiendo el dulce aliento de su madre en la frente. Casi había olvidado ese aroma de su infancia, esa calma que ordenaba su mente, como si todo lo demás no existiera. Cuando al fin se separaron Otti le dijo:

—El mundo ha cambiado, madre. Y yo también.

Ida volvió a acariciarle el pelo.

—No tienes que torturarte más. Dios lo sabe todo y te perdona —contestó la mujer.

Mercè regresó de Barcelona con noticias poco halagüeñas y una maleta repleta de provisiones. Mientras guardaban los víveres en la alacena, la muchacha le iba narrando a Otti los últimos acontecimientos políticos. La República española se tambaleaba; ahora gobernaban los conservadores y los enfrentamientos entre los extremistas eran cada vez más violentos.

—Los fascistas están creciendo, Otika —le dijo—. La Falange se está haciendo cada vez más poderosa y el ejército sigue en manos de los que se oponen a una república progresista.

Luego guardó silencio. Otti contempló la expresión de su cara, la sombra de un miedo sutil pero persistente. Mercè no tardó en volver a hablar, esta vez para confesarle que sus padres querían que se instalara definitivamente en Barcelona y abandonara su sueño de ser diseñadora textil. Se habían encargado de dejarle bien claro que España no era Berlín, que por encima de todo Mercè era mujer y tenía unas obligaciones ineludibles por su condición.

—Quieren que me case con un hombre al que detesto —explicó—. Se llama Sergi y es hijo de uno de los empresarios textiles más ricos de Cataluña. Supongo que mis padres piensan que es un buen partido.

Los ojos de Mercè brillaron, pero no había pasión en ellos, ni viveza, solo una suave desesperación. Otti se sintió invadida por la rabia. ¿Qué sería de su amiga si cedía a la voluntad de sus padres?

¿Por qué las mujeres con talento y ambición tenían que pagar un precio tan alto? La fe. El matrimonio. El dolor. La renuncia. Todo eran pequeñas cicatrices sobre la piel de sus sueños que nadie excepto ellas podían ver.

—No me quiero ir, Otika —susurró—. No permitas que me vaya.

Otti caminó hacia la ventana. Septiembre había llegado de la mano de la lluvia. El viento azotaba los árboles y un perro al que se le podían contar las costillas rascaba en los cubos de la basura.

—Resistiremos. Y lo haremos juntas. Hasta el final —dijo.

Mercè se acercó a ella y la abrazó. Ninguna de las dos podía imaginarse en ese momento que el final estaba cerca, tan cerca que casi les rozaba los talones.

Unos meses más tarde, en mayo de 1936, el Parlamento alemán prohibió a los extranjeros llevar a cabo cualquier tipo de actividad artística. Otti, que hasta entonces había podido seguir trabajando gracias a su nacionalidad yugoslava, se vio obligada a cerrar oficialmente su negocio y mudarse temporalmente a Londres, donde le habían surgido algunos encargos. En su ausencia, el atelier seguiría funcionando, pero en secreto y dirigido por Mercè.

En Inglaterra, Otti se sintió fuera de lugar. No dominaba el idioma y tenía muchas dificultades para hacerse entender. Allí no era más que una mujer extranjera y sorda que a menudo no lograba orientarse y perdía el ánimo, el apetito y las fuerzas. Tenía la sensación de que cualquier día, al salir de casa para ir a la fábrica textil para la que colaboraba como diseñadora, la niebla acabaría engulléndola sin dejar rastro de su existencia.

Se había instalado en una casa de huéspedes a las afueras de Londres regentada por una viuda de origen irlandés llamada O'Sullivan, una mujer ruda, con un humor de mil diablos, las caderas anchas y las manos cuarteadas por el frío y los sabañones. Aquellas manos a Otti le daban pavor. De noche, imaginaba que la señora O'Sullivan abría la puerta a hurtadillas y paseaba aquella áspera soledad por todo su cuerpo.

Su habitación estaba ubicada en el último piso, tenía ventanas estrechas, una moqueta que se despegaba del suelo dejando a la vista listones de madera podridos y con manchas de humedad. No había ningún cuadro, ningún objeto de color que pudiera distraerla de aquella monotonía tan triste. Solo contaba con una mesa camilla que cojeaba de una pata, una pequeña estufa de resistencias y un par de mantas roídas bajo las que tiritaba de madrugada.

A medida que iba pasando el tiempo, y aprovechando sus idas y venidas a Berlín, Otti fue reuniendo algunos objetos personales, sobre todo fotografías de su familia, de Hilb y de Mercè que colocó sobre la mesa y que miraba con embeleso cada vez que llegaba a casa. Llevaba una vida solitaria. No se relacionaba con nadie excepto con un tipo un tanto excéntrico llamado Dorner, un compatriota al que le gustaba rodearse de artistas de vanguardia y en el que Otti encontró un gran apoyo. Junto a él visitaba museos o asistía al teatro.

El señor Dorner era, en cierta forma, un ser desvalido como ella. Su rostro estaba surcado por una enorme cicatriz. A menudo, Otti se preguntaba por la historia de aquel corte tan desagradable que lo había marcado para siempre, pero nunca se atrevió a preguntarle la causa, del mismo modo que tampoco ella quiso hablarle de Marta la Roja y sus monedas bailando en el interior de sus oídos.

Londres era un dragón de aliento blanco encadenado a la melancolía. Eso le escribía a menudo a Mercè, aunque sabía que no tenía más remedio que quedarse si quería cumplir con la promesa que le había hecho a su pupila, la de resistir juntas hasta el final. Solo las visitas de Hilb le devolvían la alegría. Entonces Londres ya no le parecía una ciudad insufrible, sino que se convertía en un lugar hermoso. Incluso la señora O'Sullivan se le antojaba simpática. Otti se abrazaba al cuerpo desnudo de su prometido y sentía que esa era su casa, su verdadero hogar, un oasis en mitad de todo ese desamparo; un hálito de vida elevándose por encima de ese insoportable hedor a ruina y desolación.

El verano fue especialmente duro. En Alemania, la violencia contra los judíos se había recrudecido y Hitler había comenzado a armarse. La perspectiva de una guerra era cada vez más real y Otti no podía dejar de pensar en que el futuro se iba volviendo cada vez más oscuro. Una guerra significaba pobreza, hambre e inestabilidad social. El país se encontraba en la cuerda floja y ella tenía allí los días contados.

El atelier seguía funcionando en secreto, de modo que Mercè atendía los encargos que venían desde Suiza. Otti la ayudaba cuando iba de visita y entre las dos se las apañaban para no despertar sospechas. No eran las únicas que trabajaban en la clandestinidad; muchos otros comerciantes hacían lo mismo, pues no les quedaba más remedio si querían sobrevivir.

A finales de agosto, Otti empezó a darse cuenta de que Mercè parecía distraída, como si tuviese el pensamiento en otro lugar, lejos de los patrones y la lanzadera. Andaba a cada rato con la oreja pegada a la radio, escuchando las noticias y mordiéndose el labio hasta hacerlo sangrar. De pronto, la política le interesaba hasta el punto de provocarle algún que otro ataque de ansiedad. Además, abandonaba el atelier con cualquier pretexto y no regresaba hasta muy tarde a casa. Otti empezó a sentir miedo por ella. Las calles eran un peligro y se sentía responsable de su seguridad. ¿Qué iba a decirle a su padre si le ocurría algo a su única hija?

Las ausencias y el secretismo de Mercè hacían que Otti tuviese el corazón en un puño. Se lo comentó a Hilb, pero su prometido le quitó importancia al asunto.

—A lo mejor se cita clandestinamente con un hombre —bromeó.

A Otti aquella idea le pareció descabellada. Conocía a Mercè y la veía incapaz de ocultarle algo tan importante. Por encima de todo eran amigas, casi hermanas. El cariño y la lealtad que ambas se profesaban eran su punto de unión.

—Mercè no haría algo así. Ella está muy centrada en su trabajo. Lo más importante en su vida es...

Hilb la interrumpió.

—Querida, no seas ingenua. Ya era hora de que Mercè se enamorara.

¿Enamorarse? Ni por un instante pasó por la mente de Otti que Mercè hubiera podido caer rendida al amor. Sin embargo, ¿qué se lo impedía? ¿Acaso ella no estaba enamorada de Hilb? Mercè era joven, hermosa, pasional. Tenía derecho a disfrutar del amor. No obstante, esa posibilidad dejó a Otti desconcertada. De pronto, Mercè había dejado de pertenecerle solo a ella. Ahora debía compartirla con un extraño. Se convenció de que Hilb tenía una imaginación desbordante y no quiso interrogar a Mercè por miedo a que la muchacha se enojara con ella.

El tiempo pasaba encadenando una desgracia tras otra. La guerra civil había estallado en España y Mercè recibía cartas desde Barcelona en las que su padre la instaba a regresar. Ella las hacía pedazos y las arrojaba a la basura.

—Quizá deberías hacerle caso y volverte —le decía Otti—. Aquí se nos acaba el tiempo.

Aunque Mercè no quisiera escucharla, Otti estaba en lo cierto. En Alemania, la situación se estaba agravando; a la dura crisis económica se sumaba el incremento de la violencia contra los judíos y los extranjeros. Por otro lado, debido a la posibilidad cada vez más real de que Hitler llevara a Europa a una guerra, los pedidos desde el extranjero habían dejado de llegar y, a finales de 1936, Otti decidió clausurar la actividad del atelier. No podía seguir manteniendo su negocio ni proteger su integridad y la de su pupila. Ambas corrían peligro.

Intentó que la voz no se le desgarrara cuando le anunció a Mercè:

—Es lo mejor para ti. Debes regresar a casa antes de que sea demasiado tarde.

Mercè la escuchaba con la cabeza gacha mientras sus dedos enrollaban y desenrollaban de forma mecánica un hilo del color de la sangre. Cada lágrima que resbalaba por sus mejillas tenía el

grosor de las uvas maduras de Vörösmart. Al verla tan abatida, Otti recordó las escapadas de la muchacha y pensó que tal vez fuese cierto que tenía un amor secreto con algún joven. Cuando sacó el tema a relucir, Mercè se lo confesó con total naturalidad. Le dijo que se llamaba Luis y que era francés, aunque sus padres tenían raíces españolas. Se dedicaba a pintar cuadros, y eso le gustaba.

—Se ha marchado a España para alistarse en el bando republicano y me ha pedido que lo acompañe —murmuró Mercè—. Le he dicho que sí.

Otti sintió que el corazón se le detenía dentro del pecho. Cogió las manos de Mercè y las apretó con fuerza entre las suyas deseándole suerte. Le pidió, disimulando su tristeza, que no perdieran el contacto y que no dejara de escribirle.

—Eres afortunada. Te vas a reunir con el hombre al que amas —le dijo.

Mercè sonrió con amargura.

—Te equivocas. Lo que yo más amo está aquí, frente a mí. Y al marcharme dejo mi vida en tus manos.

Otti se separó de la muchacha con rapidez, como si su contacto le quemara. Tenía la boca seca y las palabras se alborotaban en su garganta negándose a salir. No tuvo valor para responder. La verdad la dejó herida de muerte.

# Penélope

Penélope no ha dormido. Se ha pasado la noche despierta, mirando los cuadros, buscando una respuesta que no ha llegado. La puerta de su dormitorio se abre de golpe y Antoni entra sin llamar. Va directo al agujero de donde unos días atrás ella y Montserrat sacaron las telas y la caja con los cuadernos. Su gesto es tenso y Penélope teme que esté a punto de sufrir una crisis.

—¿Qué ocurre, tío? —le pregunta.

Él no contesta. Se ajusta el cinturón de la bata, toma aire y, sin decir una palabra, se arrodilla junto al agujero y empieza a golpear los listones. La madera cede y una de las tablas se desprende. Penélope se pone en cuclillas junto a él y le ofrece ayuda, pero Antoni la rechaza. La enfermera Encarna le dio instrucciones para que supiera reconocer una de sus crisis. Si su tío se empeñaba en algo, era mejor que lo dejase tranquilo, le dijo. Así que Penélope se limita a estar ahí, como mero testigo de sus actos.

Antoni insiste en arrancar más tablas, como si creyera que en el agujero hay más cosas escondidas. Cuando se cansa, va a la mesa donde están los cuadernos y empieza a besarlos como si en su interior estuviese oculta una escritura sagrada, como si siguiera una liturgia inventada por él. Después se santigua al revés y abandona la habitación.

Penélope piensa que para él esos cuadernos tienen un significado oculto que a ella de momento se le escapa. Es como si en aquellas memorias de su bisabuela estuviese la clave para sanar las heridas. ¿También las suyas? No sabría decirlo. Siente la cabeza abotargada por la falta de sueño y una tristeza extraña, amarga y pesada a la vez, como si el fantasma de la corbata gris hubiese invadido su alma.

Se viste y sale a dar un paseo. La lluvia ahora es dulce, apenas

moja, solo roza levemente su rostro. Es algo parecido a asomarse a una fuente, esas chispas de agua que trae el viento en el verano y que se quedan pegadas a la piel. El ambiente es gris, pero un rayo de sol se abre paso entre las nubes y divide la luz en colores pálidos, rosas y anaranjados. Es una hermosa luz para pintar, piensa Penélope, parecida a la de los cielos atormentados de Turner.

Ve a su tío Antoni en el cobertizo donde guardan las herramientas, rebuscando entre unas cajas. Penélope se acerca a él, no quiere asustarlo, así que se mantiene a distancia. Lo ve maniobrar con un viejo marco de madera tallada, que golpea para ajustar unos listones que han quedado sueltos. Lo hace con torpeza y fracasa varias veces en su intento, entonces se enfurece y arroja el marco al suelo. Luego se da un cabezazo contra la pared. Penélope decide intervenir, pero Antoni la rechaza con un gesto. Entre sus dientes menudos sostiene unos clavos, y su mano derecha aferra un martillo. ¿Y si ocurre algún accidente? De nuevo piensa en la enfermera Encarna, cuando le pidió que firmara aquellos papeles asumiendo toda la responsabilidad sobre su tío. En ese momento, pensó que se trataba de un trámite absurdo. ¿Qué podía pasarle en Can Ribó?

Mira a su tío. Sus ojos brillan y respira con dificultad. No, piensa Penélope, no se hará daño a sí mismo. Tampoco la atacará a ella, mucho menos a su madre. Ha sido testigo del amor que se profesan los hermanos, esa ternura, la lealtad del cariño que no puede corromperse. Penélope se siente excluida de ese amor. A menudo le da por pensar que está en esa casa de paso, que toda su vida ha sido eso, un pasar de puntillas, un asomarse a la familia desde lo oscuro, mientras el foco estaba puesto en los otros, Antoni y su madre, su madre y su padre. Y ella siempre fuera del círculo, ignorada por Montserrat, siendo querida por su padre, sí, pero de una forma extraña, como si también el amor de su padre no pudiera traspasar los límites.

Fronteras en la piel.

Con eso es con lo que se topa constantemente Penélope.

Vuelve a ofrecerle ayuda a su tío y este contesta con los

clavos aún en la boca:

—No, gracias, lo haré yo solo.

Penélope decide proseguir su paseo. Los árboles están desnudos y tiemblan. El viento empieza a soplar con fuerza, enreda su cabello, embiste su cuerpo por detrás como si fuese un búfalo. El cansancio empieza a pasarle factura y regresa a casa. Se prepara un té y sube a su alcoba. No tarda en cerrar los ojos. Unas horas más tarde, se sobresalta al oír golpes.

Se viste. Son más de las ocho de la tarde. Ha dormido el día entero. Todo está oscuro y llueve intensamente. Baja a la sala y encuentra a Antoni subido a una escalera. El fuego crepita en la chimenea.

—¿Qué haces? —le pregunta ella.

Antoni está tratando de colgar un cuadro. No uno de los de su hermana, sino otro distinto, de un estilo muy diferente. Penélope reconoce al instante a las mujeres retratadas en el lienzo. Son su bisabuela Mercè y Otti Berger. A esta última la conoce por las fotos guardadas en la caja. Una mujer hermosa, de una mirada intensa.

—¿Necesitas ayuda? —vuelve a decir Penélope.

—Ya te he dicho que esto quiero hacerlo yo solo —contesta Antoni.

Hay una copa de vino vacía sobre la mesa. Sabe que su madre ha estado allí y también que ha bebido. Huele a su perfume, una mezcla de algodón dulce y almizcle. Penélope ya ha perdido la cuenta de las botellas de vino que ha descorchado. No quiere parecer un juez. Está claro que su madre ha olvidado la vergüenza. Ahora bebe sin tapujos, delante de todos, sin ocultar el alcohol, se bebe la sangre de los viejos viñedos, se bebe el dolor de la masía, hasta la última gota, como uno de esos vampiros que se aferran al cuello de un bebé y aspiran su pecado ancestral.

Antoni acaba de asegurar el cuadro con un par de martillazos y baja de la escalera. Penélope se pone a su lado y juntos contemplan a las mujeres del cuadro. Qué hermosas son, piensa ella. Sonríen una al lado de la otra, pero hay una tristeza palpable a su alrededor que el artista ha plasmado envolviéndolas en un tono azul grisáceo. Otra vez lo gris. Pequeñas tormentas interiores.

Mercè coge la mano de Otti. Parecen dos novias a punto de partir, como si algo empezara a enturbiarse dentro de ellas.

Penélope está conmovida. ¿Habría estado enamorada su bisabuela Mercè de aquella mujer impetuosa de ojos verdes? Entonces le pregunta a Antoni por el autor del cuadro. Este se rasca la cabeza.

—He mirado detrás del lienzo. Es así como se hace, ¿no? —responde—. Y he visto su firma. Me ha costado entenderla, pero creo que el tipo se hace llamar Klein. Está fechado en 1937.

Penélope mira el retrato. Debe reconocer que el señor Klein pinta bien. Ha sabido captar el alma de las mujeres, su secreta unión. Los buenos retratistas tienen la misión de cazar el espíritu, lo que no puede verse en la vida real. Y eso es justo lo que Penélope descubre en el lienzo, la necesidad de su bisabuela Mercè por dejar patente sus sentimientos por Otti Berger, su mano tomando posesión de la suya, como si le dijese al mundo que su unión es inquebrantable, que trasciende el retrato, que va más allá del propio tiempo. Penélope no puede evitar sentirse conmovida por esos detalles invisibles, por ese lenguaje en clave que solo los artistas saben leer. Las lágrimas llegan y la imagen de su tío Antoni se hace borrosa, como si en vez de estar en la sala se encontrara bajo la lluvia. Una lluvia sentimental, eso es lo que Penélope siente en el interior de su pecho.

Cuando Montserrat irrumpe en la sala los mira un instante antes de reparar en el cuadro. Antoni está orgulloso de haber colocado a aquellas mujeres en un lugar de honor. Sin embargo, Montserrat no tarda en mostrar su ira. Lanza un grito de espanto y le pide a Antoni que retire el cuadro inmediatamente.

—No lo haré, Montsita. Es la abuela. Merece que le demos su lugar.

—Aparta ese cuadro de mi vista o no respondo —lo amenaza ella.

—Mamá, no veo qué hay de malo en ese cuadro. Es un retrato hermoso. Es nuestra familia —dice Penélope.

Montserrat se acerca a la mesa, coge un cenicero repleto de colillas y lo arroja sobre el cuadro; después abandona la sala como

si estuviese huyendo del mismísimo Lucifer. Penélope se queda estupefacta y Antoni comienza a llorar desconsoladamente, como un niño al que su madre acabara de abandonar. Después su actitud cambia, sorbe los mocos, avanza con los puños apretados hacia la pared y comienza a darse cabezazos. A Penélope le entra miedo, no sabe cómo detener su violencia. En esos momentos Antoni no atiende a la razón, es inútil hablar. Es inútil intentar calmarlo. Lo único que cabe hacer es esperar a que se tranquilice.

Penélope piensa en los medicamentos de su tío. Se da cuenta de que no lo ha controlado desde que llegó a la masía. Cuando se lo llevó del hospital dejó que él mismo reuniera sus cosas en una bolsa. Estaba demasiado ocupada para cerciorarse de que había metido en ella sus medicinas. Ha sido una verdadera estúpida. Es posible que Antoni esté sufriendo una crisis y no tenga nada con que calmarlo. Por suerte, Antoni va serenándose poco a poco. Ha dejado de golpearse la cabeza y restriega sus mejillas contra la pared como si fuese un animal en celo dejando su huella. Sus hombros se agitan levemente, tiembla su cuerpo y Penélope se acerca despacio, hasta que consigue estrecharlo entre sus brazos y susurrarle palabras de amor. Repite las mismas palabras que suele decirle su madre. Ha visto cómo surten efecto en Antoni.

Ahora el hombre está en paz, suspira y se deja mecer. Al cabo de un rato están sentados los dos frente al fuego, tomando un té. No hablan. Silencio y un calor confortable colándose entre su ropa. La lluvia insiste tras el cristal y Penélope mira a las mujeres del cuadro. Le gustaría estar allí, dentro de sus colores, enlazar su mano a las de ellas en otro lugar del tiempo. Cuando quiere darse cuenta ya es bien entrada la noche. Su madre no da señales de vida y Penélope decide ir a buscarla. Recorre las diferentes habitaciones de la masía, baja a la bodega, pero Montserrat no está en ninguna parte, parece que la oscuridad se la haya tragado.

Penélope comienza a asustarse y decide llamar a Antoni. El hombre se ha quedado dormido, tiene la boca abierta y cae un hilo de baba por su mentón.

—Antoni, despierta.

Él bosteza y le da la espalda.

—Por favor, tío, tienes que ayudarme a encontrar a mamá. No está en la casa.

Entonces los ojos de Antoni se abren como platos, de un brinco se pone en pie. Atraviesa la sala como una exhalación, cruza el patio seguido de su sobrina. La lluvia los empapa. Cae de forma torrencial. La visibilidad se vuelve difícil y Penélope está a punto de caer en la piscina vacía. Se ha detenido junto al borde. Observa la suciedad de las baldosas azules, las hojas secas de los árboles pudriéndose bajo la lluvia. Todo es triste en el interior de una piscina vacía. Piensa en cómo sería caer y que nadie la encontrara, piensa en cómo sería dejar que la lluvia deshiciera su carne y sus huesos, fundirse con el agua del otoño y nunca más poder ver la luz.

Ha perdido el rastro de Antoni. No sabe qué dirección tomar. Por instinto, decide subir al viejo palomar. Los encuentra allí. Antoni temblando de frío y miedo en un rincón, su madre sacando sus lienzos del baúl. Montserrat está fuera de sí y Penélope siente toda su ira en cada uno de sus movimientos. Rodeada de jaulas de palomas, su madre intenta romper los lienzos y los estrella contra los barrotes, contra el suelo, desgarra la pintura con sus uñas, se los lleva a la boca en un intento infructuoso por hacerlos desaparecer.

Se trata de eso, piensa Penélope, de hacer desaparecer la herida. Pero si antes uno no es capaz de enfrentarse a sus monstruos, los monstruos continuarán creciendo bajo la tierra, bajo la piel de esa herida que sigue sangrando a borbotones, como la lluvia, como esa pintura oscura que salta y se mete en las jaulas, como los lamentos de Antoni, que no deja de repetir:

—Tenemos que salir de aquí antes de que el fantasma de la corbata gris nos encuentre. Salir de aquí —murmura cada vez más despacio.

Penélope intenta detener a su madre, pero esta la empuja y la arroja sobre las jaulas. Está llena de fuerza, llena de una energía salvaje y violenta. Penélope se recupera y vuelve a la carga. Quiere apartarla de los lienzos a toda costa. Le duele lo que Montserrat está haciendo con esos cuadros. Tras forcejear unos instantes, logra

rescatar uno de los lienzos y ponerlo a salvo, aunque su madre no se da por vencida y se revuelve. Agarra a Penélope del pelo. Parece no reconocer a su propia hija. Lucha contra un enemigo imaginario. Todo está oscuro. Penélope se mueve a tientas, pero resbala y cae al suelo. El dolor le hace cerrar los ojos. Cuando los abre de nuevo, distingue la silueta de su madre dejando atrás el palomar. Antoni, plantado en mitad de aquel desastre, la llama con insistente pasión: «¡Montsita! ¡Montsita!».

# Mercè

## Cuaderno número 4

En Barcelona me esperaba Luis. No sé cómo llamarlo, si amante, amigo, novio o promesa que nunca llegó a cumplir mis expectativas. Luis Cormier era un joven impetuoso que se perdía en sus propios discursos. Hablaba con entusiasmo, como si hasta los pájaros, los perros vagabundos o los huérfanos que atestaban las calles tuviesen la obligación de escuchar sus proclamas para salvar su mísera existencia. Su belleza resultaba incómoda y sus ojos azules la mayor parte del tiempo estaban hundidos. Solo había vida en su voz; el resto de su cuerpo parecía estar enfermo o anestesiado. Le costaba caminar y fumaba con la cabeza inclinada hacia un lado. Le gustaba sentirse admirado por las mujeres y solía hacer retratos a sus compañeras de partido. A mí me retrató en numerosas ocasiones, pero nunca me sentí reflejada en esos trazos que parecían ser comunes a todas. El señor Klein tenía un talento mayor y era infinitamente más modesto que Luis.

Pasamos una noche juntos antes de que yo me decidiera a visitar a mis padres. Me besó y dejé que su lengua de lagartija entrara en mi boca. Besaba con impaciencia y nuestros dientes chocaban a cada rato. Sorbía la saliva y su aliento me provocaba arcadas. Hicimos el amor, o, mejor dicho, abrí mis piernas y su miembro se movió dentro de mí, con prisa y afectación. Gemía mi amante mientras me penetraba. Yo, en cambio, cerré los ojos y pensé en Otti, no de una forma erótica o sexual, sino con ternura. Ahora, después de todo lo que ha pasado, puedo admitirlo sin sentirme avergonzada: cómo no iba a pensar en ella si la amaba con todo mi ser.

Luis y yo nos separamos con la promesa de volver a reunirnos pronto. Cuando pulsé el timbre de aquella casa señorial, me extrañó que fuera mi madre quien me abriese la puerta. Estaba demacrada. Me pareció que todos los relojes habían vomitado su tiempo sobre su cuerpo menudo. Había adelgazado y su rostro estaba pálido, tenía las mejillas hundidas y el cabello totalmente encanecido. Al verme, se llevó las manos a la cara y lloró. Yo permanecí firme. Llevaba un par de maletas repletas de obras que había realizado en la Bauhaus y de diseños que Otti me había regalado para que nunca olvidara esa etapa que pasamos juntas tanto en la escuela como en el atelier. También me había llevado conmigo el cuadro que nos había pintado el señor Klein. Los años más felices de mi vida estaban encerrados en aquellas maletas. Cuando mi madre volvió a levantar el rostro, nos abrazamos. Su cuerpo estaba rígido y le crujían los huesos.

En aquel momento ya tenía una decisión tomada respecto a mi futuro inmediato: quería ser miliciana, alistarme y partir al frente a luchar contra el fascismo. Los nazis habían despertado en mí el deseo de batallar, de no quedarme de brazos cruzados ante la opresión y la barbarie. Y Franco representaba la opresión y la barbarie. Estaba dispuesta a arriesgarme, a ir al campo de batalla, nada iba a detenerme, nada excepto la realidad y la absurda ley de los hombres.

Mis padres pusieron el grito en el cielo y amenazaron con encerrarme, pero yo me escapé. Al reencontrarme con Luis, le dije lo que pensaba hacer. No le gustó. No existía ninguna orden que prohibiera la participación de las mujeres en las unidades militarizadas, aunque no éramos bienvenidas. Los propios republicanos nos excluían y Luis no era la excepción. Cuando le conté que iba a alistarme, se plantó delante de mí y me cruzó la cara de un bofetón. En ese momento comenzó a nacer en mis entrañas un asco infinito hacia aquel joven bocazas con aires de libertador.

A mediados de 1937, Luis Cormier y yo nos unimos a las columnas que reforzaban las posiciones republicanas del Ejército del Este, en el frente de Aragón, cerca de Sabiñánigo. Luis tomó las

armas y yo pasé a convertirme en ayudante de enfermería. Allí conocí a una mujer que iba a cambiar de nuevo mi vida. Se llamaba Teresa Gistau y era originaria de Bielsa, un pueblecito de la Huesca pirenaica. El hecho de que el frente estuviese estabilizado nos permitió profundizar en nuestra amistad. Teresa era una mujer alta y lozana, de carnes prietas y risa fácil. Tenía más fuerza que muchos hombres y llevaba siempre la camisa remangada, dejando a la vista unos brazos recios y musculosos. No le gustaba usar el atuendo de las enfermeras, prefería el uniforme de soldado, aunque la obligaban a llevar el brazalete de la Cruz Roja que nos señalaba como personal sanitario. La mayoría de las veces, Teresa lo sujetaba con un alfiler a su camisa o lo metía directamente en un bolsillo. Cuando se acercaban los camiones con los heridos, Teresa me lanzaba un silbido y las dos corríamos a recoger a esos hombres que llegaban con las piernas y los brazos destrozados.

La visión de la sangre se hizo tan cotidiana que pronto dejé atrás las náuseas de los primeros días. Recuerdo que Teresa me sostenía la frente cuando vomitaba. Decía: «Tranquila, chiqueta, no pasa nada», y cuando ya había expulsado hasta la última gota de bilis, me tendía un pañuelo arrugado de color azul para que me limpiara. El pañuelo estaba lleno de viejas manchas que no se iban aunque Teresa lo restregase con fuerza sobre las piedras del río. Me contó que su abuela era lavandera y lo primero que le había enseñado era a lavarse las bragas encima de las losas del lavadero.

—Y el agua nunca era agua, querida Mercè, era un trozo de hielo que había que partir a golpes.

Yo no lograba imaginarme el dolor de sus manos rompiendo el hielo. En mi casa siempre hubo chicas que se encargaban de lavar nuestras miserias. También en la Bauhaus disponía de máquinas lavadoras, y cuando me establecí en Berlín, a pesar de nuestras carencias, siempre llevábamos a la lavandería toda nuestra ropa. Por eso admiraba la alegría de Teresa, aunque hubiese tenido que pasar tantas necesidades de niña. Quizá la felicidad consistía en eso, en tener una infancia dura, romper el hielo con una piedra y hundir el dolor bajo la escarcha.

Me gustaban las manos de Teresa, grandes y anchas, que a menudo, con los cambios de temperatura, se teñían de un leve tono rosado. No podría decir en qué momento exacto sus ojos se posaron en mí y noté un brillo de deseo, pero fue como si me alcanzase de lleno un relámpago. Así tomó posesión de mi cuerpo aquel arrebato que comenzó con la imagen de su boca respirando junto a la mía, bajo las mantas, una noche de primavera. Todo era silencio menos el latido de nuestra sangre, menos el brinco pesado de nuestro corazón. Sus dedos recorrieron cada centímetro de mi piel y luego su lengua lamió mi sexo con tanta intensidad que creí que había empezado a morir estando tan viva. Nunca había gozado tanto con un amante. Y aunque me gustaba Teresa, no podía quitarme a Otti de la cabeza. ¿Qué habría sucedido si nos hubiésemos amado? ¿Habría besado así, habría sentido ese trueno en mi garganta, habría creído morir de placer para resucitar al instante? Siempre estaban sus ojos verdes en mí, hiciera lo que hiciera, Otti Berger estaba a mi lado.

Teresa no poseía el talento de Otti ni su personalidad, pero era buena y sabía leer en mí, eso me bastaba. Éramos dos mujeres que se encontraban por casualidad en el camino de la guerra y el hambre. A nuestro alrededor todo se desmoronaba y ante nuestros ojos pasaban los rostros contraídos por el dolor. La sangre y el sufrimiento eran nuestro pan de cada día, y aun así teníamos fuerza para soñar, para crear un universo íntimo bajo el cielo estrellado, para explorar nuestros cuerpos e incendiar el secreto que se escondía bajo nuestra piel. A veces solo nos acariciábamos el cabello, la una a la otra, durante horas seguidas, o nos despiojábamos al sol, o nos bañábamos desnudas en cualquier riachuelo como si fuésemos dos niñas. Jugábamos a vivir cuando a nuestro alrededor la muerte sostenía implacable sus riendas.

Alguna vez lloraba contra su pecho pensando en Otika, pero jamás pronuncié su nombre delante de Teresa. Otti me pertenecía solo a mí y me sentía sucia si la arrastraba a ella bajo el calor de las mantas, si mi pensamiento se anudaba al suyo cuando la boca de Teresa me proporcionaba un placer tan hondo que llegué a morder las sábanas para que nadie pudiese oírnos.

La guerra avanzaba y cada vez se hacía más duro resistir. En marzo de 1938, tras la derrota republicana en Teruel, el frente de Aragón se colapsó por varias zonas. Teresa tuvo noticias de que su único hermano había caído en la batalla. Pensó en sus padres, solos en Bielsa, y desde ese momento se obsesionó con la idea de regresar a su hogar. Yo intenté tranquilizarla, pero su decisión estaba tomada. Teresa era más testaruda que una mula. Me conmovió verla tan abatida y me propuse acompañarla. Poco a poco, fui convenciendo a Luis Cormier de la necesidad de unirnos a la 43.ª División, dirigida por Antonio Beltrán Casaña, más conocido como el Esquinazau, que se estaba reagrupando al norte, cerca del pueblo de Teresa.

—¿No quieres ser un héroe? ¿No te tira eso de ponerte en primera fila? ¿No te cansas de repetir una y otra vez que lo que se necesitan son redaños? Pues ahí tienes tu oportunidad. Pon los redaños encima de la mesa, que yo pondré los míos.

Los ojos de Luis bulleron con una mezcla de ira y orgullo. Yo sabía que, si se decidía a aceptar, sería para demostrarme que era un hombre que se vestía por los pies y no solo un intelectual de boquilla. Me dijo que iríamos pero que Teresa no nos acompañaría. Le tenía celos, celos y rabia. Entonces yo le reté.

—Si ella no viene, yo tampoco —contesté, levantando la barbilla con arrogancia.

—¿Crees que soy tonto? ¿Piensas que no sé que sois dos putitas enfermas?

—Cállate —le pedí.

—Eso que hacéis va contra natura.

—¿Y quién lo dice, el libertario, el comunista o el artista?

Luis Cormier alzó el brazo con intención de pegarme, pero yo lo detuve en el aire.

—Si me tocas, te mato. Y sabes que no miento. Teresa viene con nosotros y no se hable más.

# Otti

## 1937-1938

En invierno de 1937, Otti regresó a Inglaterra, el único país donde podía seguir trabajando. La habían contratado temporalmente en una fábrica textil situada en Bolton para que dirigiera la sección de diseño. Vivió allí unos meses, tras los cuales regresó a Londres, donde la esperaban nuevos encargos. Como tenía por costumbre, se hospedó en casa de la señora O'Sullivan, que la recibió con su habitual acritud.

Entre las cuatro paredes de aquella mísera habitación la soledad pesaba más. A menudo, Otti fumaba con el rostro pegado al cristal de la ventana, viendo a la gente pasar, imaginando que aquellos extraños que caminaban con prisa tenían a alguien esperándolos en algún lugar de ese maldito Londres que para ella resultaba tan hostil. O un hogar caliente y confortable, con una chimenea donde las llamas crepitaban.

Desde que había cerrado el atelier, las deudas se acumulaban y el sentimiento de fracaso a veces le impedía conciliar el sueño. Por las noches, se despertaba bruscamente asaltada por su ruido interior, por ese animal devastador llamado conciencia. Había luchado hasta el final por mantener a flote su negocio, pero el final había llegado demasiado pronto, como la muerte de un joven cuando es arrollado por un tren. Así se sentía Otti: completamente arrollada por Hitler.

No obstante, las cartas que le escribía a Mercè tenían un carácter alegre. No quería que la muchacha se preocupara. Las últimas noticias que había tenido de ella eran que había conseguido reunirse con su novio y que estaban juntos en

Cataluña. Otti le relataba sus aventuras con la señora O'Sullivan o le hablaba de otros diseñadores textiles que había conocido en la fábrica. Conforme pasaba el tiempo, las cartas de Mercè comenzaron a disminuir y hubo un momento en que dejó de tener noticias de ella.

Por aquella época, se instaló en la pensión una extraña mujer llamada Rosemary Carrington que trabajaba en un circo. Su habitación estaba frente a la de Otti y, una tarde, Rosemary la invitó a tomar un té. Otti se sentía muy sola, de otra manera tal vez hubiese declinado educadamente el ofrecimiento. Conversaron un poco y, en un momento dado, Rosemary le preguntó si quería que le hiciese una tirada de tarot. Otti lo meditó unos instantes. No creía en estas cosas, las consideraba una trampa para sacarle el dinero a la gente. Como si pudiera adivinar sus pensamientos, Rosemary le dijo que no tenía de qué preocuparse, que no iba a cobrarle nada. Lo único que tenía que hacer era relajarse, cerrar los ojos y pensar una pregunta que tuviera que ver con su futuro más inmediato.

—Tu destino está entre estas cartas —le dijo.

Otti cerró los ojos, pero solo durante unos segundos. Rosemary barajó las cartas y extendió la tirada sobre la mesa, cubierta con un pañuelo de seda. Otti la observó con atención. Por más que lo intentaba, no veía nada extraordinario en aquella mujer regordeta teñida de rojo. Por el contrario, todo en ella le parecía de una teatralidad mediocre. Aun así, decidió dejarse llevar. Las mentiras también podían ser sanadoras. Mentir para seguir adelante. Mentir para estar menos sola.

Cuando eligió la primera carta, le salió la Muerte, luego la Emperatriz, después el Loco, la Justicia, la Luna y la Rueda de la Fortuna al revés. Rosemary le habló de nuevos proyectos. Puertas que se abrían. Un amor verdadero para sustituir al perdido. La riqueza al alcance de su mano y un montón de frases hechas más. Pura fábula. No contenta con eso, le pidió la mano para leerle la buenaventura.

La uña afilada de Rosemary recorrió su palma hasta que se detuvo de pronto. Entonces, la mujer le soltó la mano y se levantó

murmurando unas disculpas.

—Tengo asuntos que atender —le dijo—. Lo siento, pero debe marcharse.

Acompañó a Otti hasta la puerta y, antes de despedirse, sacó de su escote una entrada para el circo y se la regaló.

Olía a sudor y almizcle.

Otti seguía sin encontrar su sitio en la ciudad. Le angustiaba su futuro y las noticias que recibía de Otto no eran muy alentadoras. Su hermano también se había visto obligado a cerrar su tienda de moda y se había trasladado a Vörösmart. Quería probar suerte allí, lejos de la presión de los nazis. Desde el pueblo, le mandaba cartas contándole que la tienda de su padre resistía a duras penas. Una gran parte de los vecinos habían hecho boicot contra los negocios cuyos propietarios eran judíos y la familia comenzaba a acumular deudas. Su madre tampoco andaba bien de salud. Se quejaba de dolores en el cuerpo y los médicos no eran capaces de dar con un diagnóstico. Había cierto desencanto en sus palabras y Otti empezaba a preguntarse qué diantres estaba haciendo en Londres, sola y deprimida, cuando todo lo que amaba se estaba desmoronando.

Unos meses después, hacia comienzos de 1938, Otti regresó a Alemania. Llevaba consigo una maleta y un par de carpetas con sus diseños. Eso era todo lo que le quedaba. Con la venta del atelier había perdido su hogar, por lo que tuvo que mudarse al apartamento de Hilb. Al principio, no se sintió muy cómoda ahí. Estaba acostumbrada a tener su propio espacio y la vivienda de Hilb era realmente pequeña y estaba atestada de cosas. ¿Dónde iba a instalarse ella entre tantos planos y maquetas? Además, debía lidiar con el estricto sentido del orden de Hilb. Si cambiaba de sitio algún objeto, él enseguida se daba cuenta y lo devolvía a su posición original. No estaba segura de que su convivencia fuese a funcionar. ¿Y si empezaban a discutir por tonterías?

Todo había cambiado. Ahora era necesario organizar las tareas, estipular un horario de trabajo, de comidas, de diversión... Incluso hacer el amor podía llegar a convertirse en algo rutinario, pautado. Otti echaba de menos su independencia, un espacio propio en el que bailar si le venía en gana o tumbarse a contar las grietas del techo. Las veces que Hilb permanecía en casa estaba tan enfrascado en su trabajo que Otti no quería hacer ningún movimiento por temor a molestarlo. Se mantenía quieta, como si en vez de vivir allí fuese una visita inoportuna. Era una estupidez creer algo semejante, porque se amaban. Sin embargo, no podía dejar de pensar en Gertrud y en cómo se escabullía de su casa a la menor ocasión para hacer fotos, colarse en los talleres, frecuentar la cantina..., cualquier cosa con tal de ser solo Gertrud, y no la señora Arndt. A veces, Otti consideraba que no sabía amar a Hilb y, al mismo tiempo, abrir las puertas de su jaula y respirar.

Poco después de instalarse con Hilb, hacia la primavera de ese mismo año, Otti visitó a un reputado otorrino para que le colocara un audífono. La consulta estaba situada en una calle poco transitada. Frente a ella había un bar donde las putas buscaban clientes para llevárselos a un hostal que quedaba cerca de la consulta. El médico era un anciano ya jubilado, flaco, encorvado y con el bigote amarillo de tanto fumar. Solo recibía pacientes que estuvieran recomendados y cobraba barato. Hilb tenía serias dudas al respecto, porque aplicaba un tratamiento bastante experimental, pero Otti estaba dispuesta a intentarlo. No perdían nada.

Subieron unos escalones empinados hasta llegar al cuarto piso. Olía a suciedad y ropa mojada. Los recibió una enfermera muy amable que los hizo pasar a una consulta pequeña pero limpia. El médico les mostró el audífono, les explicó el procedimiento y los tranquilizó diciendo que iba a ser muy rápido e indoloro. Otti estaba nerviosa, aunque intentó estarse quieta mientras el médico manipulaba el audífono cerca de su oreja. Sintió una punzada y dio un respingo, pero no se quejó. Para eludir el dolor, Otti se puso a pensar en Marta la Roja, en dónde se habría

ocultado ahora que su cueva empezaba a abrirse. De pronto dejó de escuchar sus monedas y surgió el ruido cotidiano. Los pasos de la enfermera, las tijeras cayendo sobre la bandeja. Era extraño, porque le llegaban sonidos nuevos aunque ya cansados, como si antes hubieran pasado por un tamiz de polvo. La voz gruesa del otorrino, rasposa. La silla chirriando sobre las baldosas...

Al levantarse, se sintió ligeramente mareada. Los sonidos que llegaban hasta ella la aturdían un poco, pero era tan hermoso volver a escuchar la música del mundo... ¡Y la voz de Hilb! Maravillosa. Grave. Sensual. Su risa estremeciendo su piel. Eufórica, se puso a bailar y a cantar asombrada de su propia voz; la bocina de un ganso borracho.

Desde ese día su vida cambió. Otti no quería quedarse en casa. A todas horas salía a la calle para mezclarse entre la gente y sumergirse en el barullo. Se había dado cuenta de que el ruido era el motor del mundo, el que marcaba los ritmos de las personas, los gestos, el que empujaba a la gente a andar rápido por las calles. Antes, cuando no oía nada, ella caminaba despacio, ajena a todo. Ahora Otti estaba borracha de ruido; se sentía inundada de vida, de vibraciones y resonancias nuevas e insólitas que llegaban hasta ella para abrirla a una fascinante realidad.

Hilb tenía miedo. Desde hacía un tiempo, la Gestapo lo vigilaba y casi podía sentir su aliento a cada paso que daba. A menudo, hablaba de eso con Otti y también de la posibilidad de emigrar. Algunos de los profesores de la Bauhaus se habían instalado en Estados Unidos para poner en marcha un nuevo proyecto: la creación de la Nueva Bauhaus en Chicago. Al frente del plan estaba el artista multidisciplinar László Moholy-Nagy, quien también había sido maestro de Otti durante el *Vorkurs*. Moholy-Nagy había escrito a Hilb ofreciéndole un puesto en la escuela y otro a Otti como directora del Taller Textil.

Esta no se veía capaz de aceptar la oferta. Sabía que el futuro de los dos estaba en América y que en Berlín no hacían otra cosa que agonizar. No obstante, marcharse significaba abandonar a su

familia y resignarse a no verlos en mucho tiempo. Se lo pensó durante unas semanas y, finalmente, llegó a la conclusión de que no les quedaba otra salida. Pero antes quería despedirse de su familia y presentarles al hombre con el que iba a pasar el resto de su vida.

Preparó su viaje con tristeza. Sentía un peso muy profundo en su alma, como si las fauces de un animal estuviesen desgarrándola por dentro. Londres había supuesto un calvario para ella. Ahora, América le parecía el fin del mundo.

Unos días antes de su marcha, Otti estaba ultimando uno de sus diseños cuando Hilb irrumpió en el dormitorio. Había algo en él que la puso en alerta: el desasosiego de su mirada, la forma en la que se había quedado detenido bajo el dintel de la puerta.

—Hitler ha entrado en Viena —le dijo.

Otti se ajustó el audífono.

—¿Cómo dices?

—Viena ha recibido a Hitler entre ovaciones —repitió él—. Idiotas. No saben qué han hecho. Acaban de caer en la trampa, en la boca del lobo.

Una semana más tarde, Otti recibió una carta de su hermano desde Vörösmart. Era un sobre pesado y eso le extrañó. Sintió una punzada en el pecho y se le secó la boca. Los presagios son así, pensó, cuchillos que trepan por la garganta y cortan el aire de cuajo. Tomó asiento junto a la ventana y echó un vistazo al exterior. La primavera estaba en su punto más álgido y una leve brisa agitaba la cabellera de los árboles. En el cielo no había rastro de nubes. Nada parecía ensuciar la mañana, excepto la carta que palpitaba entre sus manos.

Encendió un cigarrillo y después otro mientras el sobre descansaba en su regazo. ¿Cuánto tiempo le habría costado a Otto escribir esa carta tan larga? ¿Y qué noticias contendría? Al fin, ya no pudo soportarlo más y rasgó el sobre. En el interior encontró tres más, con un número escrito que establecía un orden de lectura.

La primera carta era de la tía Augusta y decía así:

Querida niña:

Cuando esta carta llegue a tus manos yo ya no perteneceré a este mundo. Y no se te ocurra ponerte a llorar, porque en ese caso te resultará imposible seguir con la lectura y eso no te lo puedo permitir de ninguna manera. Ya sabes que siempre me ha gustado decir la última palabra. No debes preocuparte por mí ahora, porque confío en que mis restos descansen en el lugar adecuado. Me he encargado de todo, ya me conoces. En ese aspecto soy como tú, no he dejado ni un solo hilo al azar. Si de algo estoy orgullosa en esta vida es del hecho de haberte conocido y haberte tenido a mi lado todos estos años. Has sido mi alegría, querida Otti. Mucho más que una hija, porque, si te soy sincera, nunca tuve instinto maternal. Ahora inicio este viaje hacia el vacío con la tranquilidad de que Hilb y tú seréis felices uno al lado del otro.

He mandado a Vörösmart aquellos cuadros que le compré a nuestra querida Lebrun en París, sé que a ti te gustaban mucho. También te harán llegar una cantidad respetable de dinero. No se te ocurra rechazarlo. Lo necesitarás para empezar una nueva vida. El resto de mi fortuna lo he repartido convenientemente entre la caridad y los amigos. No te preocupes por tus hermanos y por tus padres, a ellos también los he tenido en cuenta en mis últimas voluntades. Lo que me ha llevado a desnudarme, hundir mi pobre cuerpo en la bañera con agua caliente y cortar mis venas con una navaja han sido pequeñas cosas, algo tan sencillo como salir a pasear y tener prohibido sentarme en un banco a recobrar el aliento. No puedo sentarme al sol, querida Otti, hasta eso tengo prohibido. Hitler nos lo ha quitado todo a los judíos. También las pequeñas cosas. Las más insignificantes y necesarias.

Ahora te escribo y llevo puesta aquella bata de seda que compré en París. Me viene grande porque últimamente no tengo apetito. Han empezado a crecer las rosas en mi jardín y me gustaría que vieras con qué delicadeza se posan las golondrinas en el alféizar de mi ventana. Es hermosa la vida a pesar de los uniformes, los desfiles y las esvásticas. Un día, todo esto solo será un mal recuerdo. Lo mismo que mis palabras, que mi cuerpo en ruinas cuando me hunda en el agua y sostenga la navaja entre mis dedos temblorosos.

Te prohíbo que reces por mi alma. Ahora soy libre. Buena suerte, querida Otti. Mi único consuelo es saber que vas a salvarte.

Tu tía que te ama,

*Augusta Novak*

La segunda carta era más escueta, apenas unas palabras, y

estaba escrita por una vieja conocida, la poeta alemana Anna Gross. Iba destinada a Lajos.

> Señor Berger:
>
> Siento comunicarle que la señora Augusta Novak ha fallecido. Entiendo que la situación no le permite hacerse cargo del funeral de su tía y ella misma me rogó que nadie de la familia viniese a Viena. Siguiendo las instrucciones de la señora Novak, ya he dispuesto lo necesario. En cuanto esté todo listo, les comunicaré el lugar donde he dado descanso a su alma y a su cuerpo. Siento mucho su pérdida.
>
> Atentamente,
>
> *Anna Gross*

En el tercer sobre volvió a reconocer la letra de su hermano Otto.

> Para nuestros padres el suicidio es un pecado, ya lo sabes. Ninguno de los dos sabe la verdad de lo ocurrido, no podrían soportarlo. Sin embargo, no debes alterarte; tía Augusta lo dejó todo bien atado. Anna Gross me avisó personalmente. Llamó por teléfono y me lo contó todo, sin obviar detalle. Luego me dijo que le había enviado una carta a padre diciéndole que la tía había muerto de forma natural. Más tarde me envió las otras misivas. Las que escribió tía Augusta relatándonos la verdad, una para ti y otra para mí. No sé qué pensarás si te digo que ahora la admiro mucho más. El suicidio no es un acto cobarde, como afirman, sino todo lo contrario, porque hay que tener mucho arrojo para atreverse a llevarlo a cabo. Tía Augusta era una de las personas más valientes que he conocido. ¿Qué está pasando en el mundo, hermanita?

Cuando terminó de leer, Otti dejó caer las tres cartas, cuyas hojas se desperdigaron y mezclaron sobre el suelo. Se sentía fría, insensible, como si la hubieran vaciado por dentro. La realidad de los hechos flotaba a su alrededor sin llegar a alcanzarla. Permaneció así unos instantes, sumida en un estado de perplejidad. De repente, creyó ver el jardín de su tía Augusta, las rosas de las que le había hablado en la carta pisoteadas por la bota de un soldado nazi. Y, entonces, algo enorme y feroz se instaló en su pecho; algo viscoso que trepó hasta su garganta y que la obligó a correr hacia el baño.

Abrazada al retrete, con el pelo húmedo y el sabor de la hiel entre sus labios, empezó a llorar. Primero despacio, hasta que poco a poco fue asomando un grito tan desgarrador que le retumbaron los oídos. Movida por la rabia, se arrancó el audífono y lo arrojó al suelo. Entonces regresó el silencio. Pero ya era tarde. Marta la Roja también se había ido.

# Otti

## Finales de 1938

Durante todo el viaje a Vörösmart, Otti no dejó de apretar con fuerza la mano de Hilb. Tenía las palmas sudadas y el contacto resultaba incómodo, pero aun así siguieron entrelazados como dos adolescentes, prodigándose caricias, besándose en un compartimento de tren en el que viajaba una familia con tres niños ruidosos. Cuando por fin la familia se bajó del tren, Otti suspiró aliviada.

—Menos mal. Pensaba que no se iban a ir nunca.

—¿Te gustaría eso?

Otti le lanzó a Hilb una mirada interrogante.

—Me refiero a tener revoloteando a un montón de niños.

Nunca antes habían hablado de tener hijos, y Otti lo miró sorprendida. Ser madre, tener hijos con Hilb, criaturas frágiles que mamarían de sus pechos hasta dejar solo la semilla de un pezón. Otti no sabía qué responder. Jamás había pensado en eso. Su cabeza había estado dedicada a otros asuntos: a su trabajo, a sacar a flote su atelier, a vencer todos los obstáculos que el régimen de Hitler había ido poniendo en su camino. ¿Acaso sus diseños no eran sus hijos, no los había parido con el mismo esfuerzo?

—Si son como estos, definitivamente no —dijo para salir del paso.

Hilb rio.

—Entonces no tendría gracia. Me gustan las criaturas revoltosas.

En el andén de la estación los esperaban Otto y Oskar. Al verlos bajar del tren, Otto agitó su sombrero de paja en el aire y

dio un salto. A su lado, Oskar mascaba tabaco sin quitarles los ojos de encima.

—Cuando llega al pueblo, Otto se convierte en un campesino salvaje —explicó Otti a Hilb.

Otti corrió a abrazar a Otto. Al soltarse, saludó a Oskar de una forma más comedida, con un beso en cada mejilla. Su hermanastro había cambiado. Los años y las preocupaciones le habían pasado factura y su actitud era seria, reconcentrada. Sin embargo, Oskar hizo algo totalmente imprevisto. Dejando a un lado su gravedad, la tomó por la cintura y la levantó por los aires como cuando era niña. Otti reía y pataleaba intentando zafarse. Le daba vergüenza que Hilb la viera así, pero su prometido parecía divertirse con la escena.

—Sigues pesando como una plumilla —le dijo Oskar cuando al fin la depositó en el suelo—. ¿Es que en Berlín no te dan de comer?

Otti sonrió y se apresuró a hacer las presentaciones. Otto ya conocía a Hilb, pues viajaba a menudo a Berlín, así que los dos hombres se saludaron con un efusivo apretón de manos.

—Oskar, este es Hilb, mi prometido —dijo Otti.

—Encantado —respondió Oskar.

Seguidamente, el grupo salió de la estación. Afuera los aguardaba el antiguo coche de caballos.

—Pero, bueno, ¿cómo se os ha ocurrido venir a buscarnos con este armatoste? —dijo Otti divertida. Luego, volviéndose hacia Hilb, añadió—: Ya te advertí que tengo una familia muy peculiar.

Hilb intentó subir al carro, pero tropezó y perdió el equilibrio. Oskar tuvo que alzarlo casi en volandas.

—Los tipos de ciudad no están acostumbrados a ciertas cosas —murmuró tomando las riendas y esperando a que Hilb buscara una postura cómoda en el asiento de cuero.

—Me temo que no —se disculpó Hilb.

—¿Estáis listos ahí atrás? —preguntó Oskar elevando la voz.

—Listos —declararon los hermanos Berger al unísono.

—Entonces, vamos.

Ida y Else se habían encargado de engalanar la mesa y los esperaban en el patio, ataviadas con sus mejores vestidos, los que solían lucir los sábados en la sinagoga. Else agarraba a su suegra del brazo y ambas sonreían, a pesar de que el sol les daba de lleno en los ojos. Otti saltó del carro y se arrojó en brazos de su madre, mientras Hilb trataba de apearse sin demasiado éxito. Lajos salió de casa en ese mismo momento y, al ver sus dificultades, se acercó a ayudarlo.

—Muchas gracias, señor Berger —dijo Hilb con cierto rubor —. Pensará que soy torpe.

—Oh, no. Ya me ha dicho mi hija que es usted uno de los mejores arquitectos de Alemania.

—Otika es un poco exagerada —respondió él.

Otti se dio la vuelta y agarró a Hilb del brazo.

—Querido, te presento a mi madre y a Else, la esposa de mi hermano Oskar.

Hilb besó la mano de las dos mujeres con un gesto ceremonioso.

—Muchas gracias por su amable invitación, señora Berger — dijo.

—Es lo menos que podía hacer. Estamos muy contentos de conocerlo al fin —respondió Ida.

La familia se encaminó entonces al interior de la casa. En el vestíbulo, Else se adelantó unos pasos y gritó:

—¡Kristie! ¿Dónde te has metido, muchacha?

Al poco, salió de la cocina una joven ataviada con un delantal blanco y una especie de cofia mal colocada en la cabeza. Otti supuso que sería la nueva sirvienta.

Else se acercó a ella y murmuró:

—¿Y el uniforme que te dije que te pusieras?

—Está sin planchar —respondió la otra.

—¿Cómo es posible?

—Estoy yo sola para toda la casa y además atiendo también a la señora. No tengo mil manos. Si no le gusta cómo trabajo, ya sabe qué tiene que hacer. Total, para lo que me pagan. Todos los

judíos son iguales, unos tacaños.

Avergonzada por la situación, Otti miró a Hilb de soslayo.

—Desde que murió la buena de Zsófia no hemos tenido una criada eficaz ni cariñosa —dijo Ida a modo de disculpa.

—No se preocupe por mí —se apresuró a contestar Hilb—. Estoy acostumbrado a arreglármelas solo.

Otti le agradeció a su prometido aquella muestra de delicadeza. La actitud de la muchacha la había disgustado. ¿Cómo se atrevía Kristie a hablar así? ¿Y cómo consentía su madre que las tratara con tan poca educación? Cómo extrañaba en esos momentos a Zsófia. Su calidez, su amor, su bondad.

Pasaron al salón. Entonces, Ida preguntó a bocajarro:

—Mi hija me comentó que usted no es judío.

Otti miró a su madre con cierto enojo. Ni tan siquiera había podido esperar a que se sentaran a la mesa para sacar el tema.

—No, no lo soy —contestó Hilb.

—¿Y qué piensa usted de los judíos? —insistió Ida, para desesperación de Otti.

—Señora Berger, no soy antisemita, ni mucho menos. Defiendo los derechos y la libertad. De todos modos, yo me casaría con su hija aunque fuese de otra galaxia.

—Es usted comunista, claro —terció Lajos.

—Así es. Por cierto, ¿qué piensa usted de los comunistas, señor Berger? —preguntó Hilb con algo de ironía.

—Oh, es usted demasiado sagaz. Ruego que disculpe nuestra curiosidad.

—Me hago cargo. En su lugar, yo hubiera hecho las mismas preguntas.

—Bien —dijo Ida—. Vamos a lo que realmente importa, ¿tiene usted buen apetito?

—Me comería un lobo —contestó Hilb.

Otti se echó a reír, aliviada al ver que al fin habían dejado atrás un tema tan espinoso.

—A Zsófia le hubieras encantado —dijo.

Durante la comida, Lajos monopolizó la atención de Hilb. Lo agasajó con sus mejores vinos y le relató con todo lujo de detalles

sus intentos de crear su propia bodega.

—Al final tuve que rendirme a la evidencia. Una mala cosecha, un enólogo ineficaz y una pésima promoción. Y este tiempo tan revuelto, claro. Todo influyó para que mi negocio se fuera al traste —explicó.

—Afortunadamente para nuestro patrimonio —apostilló Ida.

Otto dio un sorbo a su copa y después se reclinó en el asiento.

—¿Y qué planes tienes, hermanita?

Otti estuvo a punto de atragantarse con la comida. De nuevo el abismo. No sabía cómo darles la noticia a sus padres. Su hermano estaba al corriente y si le había lanzado la pregunta había sido con la intención de ayudarla, para que ella pudiera responder de forma natural. El ambiente era distendido. Todo marchaba sobre ruedas. Hilb les había causado una buena impresión a todos. Estaba orgullosa de él. Sin duda, no podía haber elegido a un hombre mejor.

—Pues en realidad hemos venido... —Su voz se quebró y estuvo a punto de echarse a llorar.

—¿Qué sucede, querida? —preguntó Ida.

Otti guardó silencio. Las palabras se negaban a salir de su boca. ¿Cómo explicarles a sus padres que debía marcharse porque su futuro estaba en América, lejos de ese cielo tan hermosamente azul, de los campos de vid que ella no había dejado de contemplar mientras viajaban en el tren con el fin de retenerlos para siempre en su memoria?

—Nuestra idea es viajar a Estados Unidos —dijo Hilb para tenderle un cable.

—¡Estados Unidos! —exclamó Else con alegría.

Ida y Lajos habían enmudecido de golpe y la miraban con una expresión atónita.

—Sí, más concretamente a Chicago —prosiguió Hilb—. A Otti y a mí nos han ofrecido trabajo en la nueva escuela de la Bauhaus.

Ida hundió el rostro en una servilleta. Otti quiso abrazarla, pero sentía el cuerpo pegado a la silla, rígido e inmóvil.

—¿Y cuándo tenéis pensado marcharos? —quiso saber Lajos.

—Lo antes posible —dijo Otti—. Dentro de unas semanas

queremos estar en Londres para tomar el barco a Nueva York.

—Lo tenéis todo planeado —murmuró Ida con tristeza.

—No tenemos más remedio, madre. La Gestapo está asediando a Hilb y yo ya no puedo seguir trabajando en Alemania.

Ida se levantó de la mesa. Se había puesto muy pálida, como si fuera a desmayarse de un momento a otro, y rechazó a Otti cuando esta le tendió la mano para ayudarla.

—Estaré bien —le dijo—. Solo necesito descansar un poco y pensar.

La familia terminó de comer en silencio y, tras ayudar a Else a recoger los platos, Otti le pidió a su hermano pequeño dar un paseo, mientras Hilb y Lajos mantenían una conversación a puerta cerrada.

Caminaron por la orilla del Danubio, como en los viejos tiempos. Otti se descalzó y metió los pies dentro del agua. Estaba tan limpia que podía ver las piedras que recubrían el lecho del río.

—No ha sido fácil tomar la decisión —dijo Otti mirando al vacío.

—Ya imagino —contestó Otto—. Sabes que tía Augusta dejó dinero para ti, una gran cantidad. Además de unos cuadros de la señorita Lebrun.

Permanecieron callados un rato. Otti agitaba los pies en el agua y su hermano fumaba recostado, apoyándose en un brazo. Se había quitado la chaqueta y su pelo rubio brillaba con los rayos del sol.

—No te sientas culpable —dijo él.

Otti alzó el rostro y lo miró contrariada.

—Yo no me...

—Sí, te sientes culpable —la interrumpió él—. Y no tienes por qué hacerlo. Nosotros cuidaremos de ellos. Oskar, Else y yo. No pensamos movernos de aquí. De momento estamos a salvo.

—Una vez que nos instalemos en Chicago iniciaré los trámites para que podáis venir conmigo a América.

—Concéntrate en ti, hermanita. Luego veremos.

—¿Crees que estoy haciendo lo correcto?

—Lo correcto ya no existe.

Unos días más tarde, Oskar volvió a cargar el equipaje en el carro. Ida no salió a despedirlos, pretextando un fuerte dolor de cabeza, y se encerró en su habitación. Desde el patio, Otti vislumbró su rostro al otro lado de los cristales, mirándolos disimuladamente sin querer ser vista. Cuando los ojos de ambas se encontraron, su madre sonrió. Luego desapareció detrás de las cortinas.

—Ya sabes que odio las despedidas. Así que lárgate de una vez, hermanita, antes de que me arrepienta y no te deje marchar —dijo Otto.

Otti le dio un abrazo y sus lágrimas mojaron la camisa de su hermano.

—Cuídate mucho, hija mía —le dijo Lajos apretando su mano.

—Lo haré, padre —contestó ella.

A su regreso a Berlín, la pareja inició los últimos preparativos para abandonar definitivamente Alemania. Hilb ya había apalabrado la venta de su estudio a un viejo socio y ahora tenían que vender todos los muebles. A Otti le dio pena ver cómo el apartamento se iba quedando vacío. Habían sido felices allí, entre aquellas cuatro paredes de las que ahora tenían que despedirse para marcharse a América.

América.

Otti repitió la palabra muchas veces, hasta convertirla en música, algo con lo que familiarizarse y que la conectara con la alegría. En una de sus maletas, guardó las cortinas que le había regalado a Hilb. Significaban mucho para ella; los primeros hilos de su amor estaban ahí, en esa tela sucia de polvo y nicotina. Pensaba colgarlas en su nueva casa en Chicago. Moholy-Nagy les había dicho que tendrían un jardín y que se reunirían los domingos para hacer barbacoas. También que harían grandes fiestas como las de antes. Su esposa, Lucia, les había enviado unas fotos del edificio donde estaría ubicada la escuela, muy cerca del lago Míchigan, junto con otra del aula donde Otti iba a dar sus clases de textil. Era un espacio amplio y luminoso. Otti llevaba la foto en el bolso para mirarla de vez en cuando.

La madrugada en la que al fin tomaron el barco para cruzar el canal de la Mancha con destino a Inglaterra, Hilb le dijo:

—Es como si estuviésemos de luna de miel. ¿No estás contenta?

Tenían planeado viajar en el *Britannic*, uno de los transatlánticos más modernos de la época, en primera clase. La perspectiva del viaje era emocionante, pero Otti tenía el ánimo por los suelos. El mar estaba agitado y se había mareado. No podía pensar en otra cosa que no fueran aquellas náuseas que le subían por el estómago y la garganta.

Hilb la hizo salir a cubierta para que tomara aire. Empezaba a oscurecer y en el cielo se juntaban unos nubarrones que anunciaban tormenta. América estaba allí, se dijo Otti, casi al alcance de las manos, detrás de todas aquellas nubes. Al pensar en esto, quiso cambiar su rumbo e ir directamente a América, sin más demora ni escalas. Imaginó el milagro: súbitamente, le crecían unas piernas larguísimas y con ellas cruzaba el océano. Deprisa, muy deprisa, tan veloz como el rayo que hizo temblar el cielo en aquel preciso momento.

A su llegada a Londres, Otti y Hilb se alojaron en la casa de huéspedes de la señora O'Sullivan. La mujer no paraba de refunfuñar. A Otti le dio la impresión de que su horrible peca había crecido.

—¿Cuánto van a quedarse? —preguntó.

Otti miró a Hilb y él apretó su mano para insuflarle confianza.

—Una semana —contestó él.

—Hay que pagar por adelantado.

—Por supuesto.

Hilb buscó un billete en su cartera y lo colocó en la mano cuarteada de la señora O'Sullivan.

—¿Será suficiente con esto?

—Por el momento, sí —sentenció la mujer abriendo la puerta de la habitación.

Antes de marcharse, la señora O'Sullivan se detuvo, puso los

brazos en jarras y dijo:

—La comida se paga aparte.

Hilb le entregó otro billete. Sin embargo, la mujer añadió sin mirarlo siquiera:

—Han subido los precios.

—¿Desde cuándo? —quiso saber Hilb.

—Desde hoy.

—No me diga...

—Sí, señor. Tengo que cobrarles la tasa familiar.

—No sabía que existiera una tasa familiar.

—Pues ahora ya está enterado.

—Y dígame, señora O'Sullivan, solo por curiosidad —contestó Hilb—, ¿esta tasa familiar está vigente en todas las casas de huéspedes o solo en la suya?

La casera apretó el puño y el billete quedó aprisionado en su palma. Antes de girar sobre sus talones murmuró:

—Malditos alemanes.

Después de comprar sus respectivos pasajes para el *Britannic*, Hilb le pidió a Otti que buscara las maletas donde había guardado las muestras de su antiguo atelier. Luego, bajaron las escaleras de la pensión y esperaron en la calle la llegada de un taxi.

—¿Adónde vamos, Ludwig Hilberseimer?

—Hum, cuando me llamas así es que viene tormenta.

—Granizo. Así que desembucha.

—Cuando lleguemos lo sabrás.

El taxi los dejó en la puerta de un conocido banco. Otti miró el monumental edificio y acto seguido se cruzó de brazos. Estaba empezando a perder los nervios.

—¿Un banco para mis patrones?

—El mejor lugar. El más seguro.

—Pero, Hilb, yo no puedo...

El hombre puso un dedo sobre sus labios y dijo:

—Yo me haré cargo de todo. No debes preocuparte de nada. Solo necesito tu consentimiento y tu firma.

Los atendió un muchacho flaco con el pelo engominado y un traje demasiado holgado. Tras hacerles rellenar unos formularios,

los acompañó hasta el ascensor. El joven carraspeó antes de pulsar el botón. Ni siquiera los miró a la cara. Tenía un gesto serio y sus ojos apuntaban hacia la luz amarillenta del techo. Cuando llegaron al sótano, el empleado los condujo a través de pasillos laberínticos hasta una gran puerta de hierro. Una vez allí, sacó una llave, la introdujo en la cerradura, abrió la pesada puerta y los invitó a entrar.

—Tendrán que repartir su contenido en cajas.

—Yo me encargo —se apresuró a decir Hilb.

Entonces colocó el material en distintas cajas que el joven empleado fue cerrando concienzudamente y ordenando en el interior de una caja fuerte que a Otti se le antojó un nicho. Sintió que la garganta se le secaba cuando el hombre cerró de golpe la última puerta y dejó sepultado allí el trabajo de toda su vida. Hilb pareció leer sus pensamientos y le susurró:

—No temas, volveremos a por nuestro tesoro cuando las cosas se calmen. Por el momento es mejor ponerlo todo a salvo.

Hicieron el amor para celebrarlo. También bebieron vino y abrieron una lata de pescado. Lo compraron todo a escondidas de la señora O'Sullivan. No había quien se comiera sus emparedados ni su sopa de patatas. Otti estaba desnuda en la cama y Hilb vertía el vino despacio sobre sus pechos. El líquido dejaba un rastro de sangre amarga sobre la piel blanca de la mujer que él no tardaba en lamer con verdadera ansia. Otti arqueó su cuerpo y pronto la lengua de Hilb estuvo abriéndose paso en su sexo. Luego fumaron con la ventana abierta, abrazados, viendo cómo la noche se desembarazaba de sus sombras y llegaba la luz. Esa misma mañana abandonarían Europa y pondrían rumbo a América. Al fin la libertad.

Otti se estaba lavando la cara cuando alguien llamó a la puerta. Hilb ya se había afeitado y estaba haciéndose el nudo de la corbata. Las maletas descansaban a los pies de la cama revuelta, el pantalón y la camisa de Otti colgaban de una silla. Hacía un hermoso día de verano. Olía a pan recién hecho y a café, y los

pájaros picoteaban el cristal de la ventana como si también ellos desearan despedirse de la pareja. A Hilb se le congeló la sonrisa cuando vio al otro lado de la puerta los ojos inquisidores de la señora O'Sullivan. Pensó que venía a pedirles más dinero y, antes de que la mujer hablara, fue en busca de la cartera, sacó un billete y lo depositó en su mano.

—Sea lo que sea, estoy conforme. Quédese el cambio, por favor —dijo.

La mujer miró el billete y se lo guardó en el bolsillo del delantal. Luego sacó un sobre del escote y se lo tendió a Hilb.

—Ha llegado esto para la señora Berger.

Hilb cogió el sobre; estaba caliente y su tacto le produjo cierta repulsión. Cuando la señora O'Sullivan bajó por las escaleras, Hilb abrió el sobre y leyó.

> Otti, querida:
>
> No me atrevería a molestarte por nada del mundo, mucho menos sabiendo que ya debes de estar a punto de embarcar rumbo a América, pero es necesario que sepas que madre está muy enferma. Tiene cáncer y los médicos han recomendado que la llevemos a Praga para darle radioterapia. Tienes que regresar a casa, madre te necesita. Todos te necesitamos. Siento de veras tener que darte esta noticia.
>
> Con mucho pesar, tu hermano que te ama,
>
> *Otto*

Otti salió del baño y se acercó a la silla. Sin dejar de sonreír, comenzó a vestirse.

—¿Crees que hubiera sido mejor ponerme un vestido? —preguntó—. Las grandes damas llevan vestidos. ¿No pareceré demasiado moderna? Claro que los pantalones son más cómodos, y si voy a pasarme el viaje en cubierta vomitando y me pongo un vestido, tendría que luchar con el vestido, el vómito, el viento y mi pelo. Demasiados estorbos. Ganan los pantalones, ¿qué te parece?

Hilb se había quedado con la carta en las manos y fumaba en una esquina de la habitación. Sin querer, sus ojos se posaron sobre el equipaje de Otti y las lágrimas empañaron sus ojos.

—Hilb, ¿se puede saber qué demonios te pasa? —Se acercó a él y le acarició el rostro.

—Lo que me pasa es que estoy locamente enamorado de ti, señorita Otti Berger. —Y la besó en los labios con furia.

Hilb aprovechó el desconcierto de Otti para guardarse la carta en el bolsillo de su pantalón. Su destino ya no le pertenecía, ahora todo giraba en torno a un trozo de papel que empezaba a quemar la tela y abrasar su carne. Al separarse, contempló el rostro risueño de Otti. Sus ojos verdes tenían un brillo especial aquella mañana. Su cuerpo olía a jabón y perfume de lavanda. Hilb cerró los ojos y aspiró su aroma. ¿Por qué la señora O'Sullivan, que tardaba una eternidad en darles los recados, aquella mañana había tenido que ser tan puntual? ¿Por qué diantres no se entretuvo como siempre leyendo el periódico o metiendo sus dedos de murciélago en un bote de mermelada en vez de subir hasta su habitación, golpear con sus nudillos y entregarle la maldita carta? Quizá si no hubiesen estado tanto tiempo haciendo el amor habrían podido marcharse antes y ya estarían a salvo en el puerto. Claro que también podría guardar silencio, no decirle nada a su prometida, hacer como si aquella carta jamás hubiese existido. Estas cosas pasan, pensó. A veces, las misivas se pierden por el camino y no llegan a sus destinatarios.

Volvió a acercar sus labios a los de Otti con la intención de ganar tiempo mientras trataba de tomar una decisión. Ella se resistió.

—Un momento —dijo—, te conozco bien, Hilb. ¿Qué está pasando?

—¿El amor? —contestó él tratando de mantener su sonrisa.

—No intentes tomarme el pelo. Sea lo que sea, será mejor que me lo digas.

—¿Y por qué tendría que pasar algo?

—Hilb, desde que he regresado del baño no has parado de besarme.

—Porque eres irresistible.

—Venga ya. ¿No estás seguro de querer irte a América? Tienes que decirme lo que te pasa. Somos un equipo, ¿recuerdas?

Tú y yo, sin secretos.

Hilb agachó la cabeza. Otti no se merecía que la engañara, pensó Hilb. No, de ningún modo. Así que, luchando contra todos sus demonios, metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó la carta.

—Acaba de llegar, es de tu hermano. —Hilb sostenía el sobre en el aire, aún resistiéndose a entregarlo—. Antes de que la leas, recuerda lo que acabas de decir. Somos un equipo, cariño. Tú y yo. El resto no importa. Sé que es difícil, pero tienes que seguir tu camino.

—Dame la carta, Hilb —dijo Otti.

—Lo haré si me prometes que, leas lo que leas, nuestros planes seguirán hacia delante.

—¡Hilb!

—Necesito que me lo prometas.

Otti le arrebató el sobre de las manos y caminó hacia la ventana buscando la luz. Su cuerpo comenzó a temblar a medida que asimilaba las noticias. Cuando se volvió hacia Hilb, él se dio cuenta al instante de que la había perdido. Así de sencillo: unas cuantas frases y todo había acabado. En dos zancadas se plantó frente a ella. Sus rostros muy juntos, sus alientos mezclándose, el tabaco, el champú de miel y ortigas que acababa de utilizar Otti, ese muro construido con pedacitos de miedo por el que resultaba tan difícil de escalar.

—Ya sabes que debo ir —dijo Otti despacio.

—No, no tienes por qué ir. Tu madre no está sola, está toda tu familia con ella. El tratamiento le irá bien. Ya verás. Pronto logrará recuperarse. Si te vas ahora, será muy difícil que puedas regresar.

—Me necesitan, Hilb.

—Yo también te necesito. Y la Bauhaus. Otti, escúchame, no cometas ese error, no regreses a Vörösmart. Los nazis están cercando Europa y llegarán hasta allí.

Otti dejó escapar un grito ahogado.

—¡Es mi familia, Hilb!

—¿Y yo qué soy?

Otti se abrazó a él.

—No me lo pongas más difícil, por favor —susurró junto a su oído.

Hilb la agarró con fuerza por los hombros. Tenía la mirada crispada y el rostro desencajado. La desesperación se había apoderado de él.

—Quédate conmigo, Otti, te lo suplico. No quiero perderte.

Ella no contestó. Se limitó a arrugar la carta entre sus manos y a esquivar la mirada de su prometido. Entonces Hilb se apartó de ella. Le daba vueltas la cabeza y caminaba dando tumbos, como si estuviese borracho. Tropezó con la silla donde momentos antes había estado la ropa de Otti y la arrastró con él hasta el suelo. Abrazado a aquel trozo cochambroso de madera, se puso a llorar como un niño. Lloraba el amor, la ausencia que habría de venir, la hermosura del día, la habitación de la señora O'Sullivan donde habían sido tan felices; lloraba el olor a café que seguía flotando en el aire a pesar de su tormento, lloraba el vuelo de los pájaros, la infinidad del cielo, el maldito reloj que marcaba el día exacto en que su alma empezaba a morir.

# Penélope

La luz del amanecer se filtra por la ventana. Unos rayos plateados tiñen la habitación de un tono sombrío. Penélope cierra el cuaderno. Las palabras de Mercè le resultan tan extrañas como excitantes. No solo fue una artista, sino que resulta que amó a dos mujeres, al menos según lo que consta en sus cuadernos, quién sabe si fueron más. Quién sabe si mientras estuvo casada con Sergi tuvo otras amantes. Ojalá que sí. Está deseosa de seguir leyendo, de adentrarse más y más en la vida de su bisabuela.

Se levanta y sus labios se tuercen en un gesto de dolor. La refriega con su madre le ha dejado el cuerpo molido. La noche anterior, al regresar a su dormitorio, tuvo que tomarse un ibuprofeno, pero ahora el efecto empieza a disiparse. Camina un poco tambaleante, tratando de sortear los obstáculos. Ha improvisado unos caballetes con sillas y muebles para colocar sobre ellos los cuadros dañados. Quiere restaurarlos. En el coche tiene algunos materiales de trabajo que le podrían servir, pero prefiere hacerlo con luz de día.

Busca entre los cuadernos el número cinco para seguir con el orden de lectura establecido por Mercè. Le extraña no encontrarlo. Recuerda perfectamente habérselos llevado del salón después de la primera y única sesión de lectura conjunta que han hecho hasta ahora los tres. Tenía miedo de que Montserrat, en un arrebato, los echara al fuego y por eso creyó más prudente guardarlos en su habitación. Pero sí, efectivamente, falta el cuaderno número cinco. Piensa que no es algo casual. No es que se le haya caído o lo haya olvidado, sino que alguien lo ha cogido. Está claro que tiene que haber algo importante entre sus páginas.

Penélope sale de puntillas de su cuarto. Su tío y su madre siguen durmiendo. Querría mirar en sus habitaciones, pero tendrá

que esperar a que despierten. Baja al salón e inspecciona debajo de los sillones, dentro de los cajones de la cómoda y de los armarios del aparador, encima de la repisa de la chimenea... Rastrea a conciencia hasta que sus ojos se detienen sobre la bata de Antoni, colgada displicentemente de una silla. El corazón se le acelera. Tiene un presentimiento. Coge la bata y palpa entre los pliegues. No se sorprende al descubrir que allí, escondido en un bolsillo, está el cuaderno que andaba buscando.

Durante unos largos minutos lo sostiene entre sus manos sin atreverse a abrirlo. De repente, regresa a su memoria lo ocurrido en el palomar y cobra conciencia, de una manera clara y lacerante, de que mientras peleaba contra su madre pretendía algo más que intentar salvar los cuadros; quería herir a Montserrat, vengarse de tanta frialdad. Hacerle daño. Quizá en aquel cuaderno que su tío guardó tan celoso esté la explicación de todo. También de su odio, aquella rabia antigua que Penélope siente en su pecho como el pus que inflama la carne y trae el delirio.

Se decide a abrirlo y empieza a leer. Su vida está a punto de cambiar de una forma irreversible y dolorosa, y ella lo sabe.

# Mercè

## Cuaderno número 5

Pasamos por momentos muy duros y, aunque el Esquinazau logró detener el avance fascista en las fortificaciones del Alto Cinca, nos vimos cercados en Bielsa. Aprovechamos para poner un poco de orden y curar a los heridos. Allí Teresa se reunió con sus padres y yo pude darles un abrazo con tanto amor como si de mi propia familia se tratara. Teresa era igual de alta que su padre, Pascual, aunque el anciano estaba en los huesos y le costaba caminar. Casi no podía tenerse en pie y necesitaba la ayuda de un bastón que él mismo talló en el patio de su casa mientras escuchaba las bombas silbar en el cielo. Resistimos en Bielsa durante dos largos meses, pero cada día que pasaba estábamos más aislados y más indefensos ante los constantes bombardeos. Durante un ataque de los aviones fascistas, Teresa resultó gravemente herida. Fue entonces cuando nos vimos obligados a iniciar la retirada hacia territorio francés.

—Voy a ser una carga para ti, Mercè —me dijo Teresa aguantando como mejor podía.

La metralla le había alcanzado la pierna y el pecho. El médico taponó sus heridas y yo no me separé de su cama ni de noche ni de día. Mientras preparábamos la partida, su padre murió. Lo encontró su esposa Elvira sentado en su silla de enea, con la cara mirando el cielo en busca de los aviones. Con su garrote, Teresa dio los primeros pasos hacia el camión en el que íbamos a trasladar a los heridos. Luego se desmayó.

Es curiosa la vida. Las penurias que pasamos en Bielsa y lo abandonados que estábamos. Aquel valle tan hermoso se había convertido en un infierno, en una burbuja que se nos comía

despacio, que mermaba nuestras fuerzas, que nos ponía al límite. Lejos estábamos de saber lo que la historia contaría de nosotros, lo que otros hombres que nunca estuvieron cercados por el hambre, el asco y el frío dirían de aquel puñado de republicanos que contra todo pronóstico resistió.

—¿Hay redaños o no? —me dijo Cormier subiéndose al camión.

La historia, ese animal que nos escribe cuando todo sufrimiento se ha evaporado en la niebla de los días. La historia dijo de nosotros que fuimos un ejemplo de heroicidad para las tropas republicanas de otros sectores, un espejo en el que nuestros hombres debían mirarse, una fuerte inyección de moral. Un modelo de lucha, resistencia y honor. Pero el honor nunca está en el campo de batalla, nunca se sienta a comer con un soldado al que le faltan la mano y el ojo izquierdo y pide a gritos que alguien le escriba una carta a su novia y le diga que está bien. «Mienta usted, se lo pido por favor. Dígale que por la presente estoy bien y regresaré pronto a casa.» Y una mano blanca, femenina, con costras de sangre, coge una pluma y escribe una a una sus palabras, derramando en el papel la piadosa bendición de una mentira.

Como era de esperar, Teresa no resistió la extrema dureza del camino y murió a los pocos días. Recuerdo que yo sostenía sus manos mientras la montaña se alzaba majestuosa ante mis ojos y un niño con los pies vendados dejaba en la nieve un rastro de cervatillo herido.

Nuestro periplo no fue fácil; estábamos exhaustos y habíamos perdido muchos heridos por el camino. Tuvimos que enfrentarnos con la nieve y el frío pese a estar a las puertas del verano. Había hambre y desesperación. Los muertos eran enterrados bajo la tierra helada del Pirineo, con tan solo una oración o unas palabras murmuradas aprisa por sus más allegados. Era necesario avanzar, y así lo hicimos.

En junio de 1938 alcanzamos la meta ansiada. A nuestra llegada, el Gobierno francés, queriendo a toda costa quitarnos de en medio, organizó un referéndum entre los soldados de la

División, dándonos a escoger entre regresar a territorio republicano en Cataluña o volver a la zona ocupada por los sublevados. La situación era crítica y muchos soldados estaban cansados de luchar o no veían salida alguna. Se discutió con ardor e incluso se llegó a las manos. Sin embargo, la gran mayoría decidimos regresar a territorio republicano. Tan solo 411 soldados, acompañados de 5 enfermeras, escogieron el bando de los nacionales. Sí, puede que a estas alturas ya lo hayáis adivinado: el joven pintor y naturalista Luis Cormier fue uno de ellos. Me abandonó sin mirar atrás. Se unió al grupo de los traidores y yo escupí en el suelo como si de ese modo pudiese librarme de su presencia, de su aliento, de su saliva, de su lengua de lagarto. Escupí hasta que se me quedó la boca seca y volvió el color a mis mejillas.

Atravesamos los Pirineos por el lado francés, pasando la frontera en Portbou. Regresé a Barcelona, y allí me quedé hasta enero de 1939. Visitaba a mis padres con frecuencia y, gracias a mis contactos, no sufrían tantas penurias. Solía llevarles comida, aunque al principio mi madre la rechazaba. Viví con ellos escenas muy desagradables. Cada día que pasaba estábamos más condenados al desencuentro.

Los fascistas habían iniciado su ataque a Cataluña. Las cosas estaban empezando a ponerse feas. Recuerdo que a principios de enero el Gobierno de la República ordenó la movilización general de ciudadanos de ambos sexos entre los diecisiete y los cincuenta y cinco años, así como la militarización de todas las industrias. Pensé en Tejidos Ribó, pensé en las lágrimas de mi madre, en la mirada vacía de mi padre al ver cómo se desmantelaba su sueño; pensé en esa casa de techos altos, en las lámparas de lagrimales, en la humedad de sus paredes, en las ventanas con los cristales rotos y el frío que se metía en los huesos de sus relojes de cuco. Miles de refugiados republicanos se dirigían a Barcelona. Muchos más tras la caída de Tarragona. Nadie quería quedarse a esperar y se inició una terrible diáspora hacia los Pirineos. Los fascistas avanzaban y mi madre recobró el aliento. Cuando el ejército franquista estaba a las puertas de Barcelona, mi padre me suplicó que me quedase.

Pero una vez más yo estaba decidida a luchar.

Abandoné aquella casa dispuesta a no regresar jamás. Afuera, el aire fresco me ofreció una tregua. Las calles estaban revueltas y yo me perdí por un callejón. Con mucho sufrimiento y esfuerzo, crucé la frontera y llegué de nuevo a Francia. Estaba agotada y casi al borde de la muerte. Los franceses nos recibieron sin demasiado entusiasmo, sobre todo las autoridades y la gendarmería. Improvisaron asentamientos y nos hacinaron a orillas del Mediterráneo, en un campamento cercado por alambradas, como si fuésemos ganado, hasta saber qué iban a hacer con nosotros. Los alimentos y el agua escaseaban. Solo el cielo conservaba su hermosura. Recuerdo que algunas veces, cuando la lluvia y el viento azotaban nuestros cuerpos famélicos, yo abría los brazos y dejaba que el agua besara mi piel y mis llagas, separaba los labios y bebía hasta saciarme. Tras las lluvias, los charcos nos servían durante unos días de improvisados cuencos donde calmar la sed. Deseaba la muerte y la invocaba, pero ella decidió no escuchar mis súplicas. Pensé mucho en Otika. Recordaba la historia de Marta la Roja y sus monedas, y me echaba a reír. Muchos creían que estaba loca y se apartaban. Pronto empezaron a llamarme «la Perdida».

Allí conocí a Alain. Era poeta y se encargaba de vigilarnos. Conectamos de una manera especial. Él me ayudó a escapar de ese infierno. Nos instalamos en París, en una buhardilla que ocupaban sus primos. Vivimos hacinados durante un tiempo. Yo no tenía papeles y trabajaba en lo que podía, limpiando en casas, haciendo recados. Conocí entonces a un amigo de Alain, Paul, un intelectual muy atractivo, con el que tuve un romance. Cuando Alemania ocupó París, nos unimos a la Resistencia. Nos asignaron juntos una misión en un pueblecito de Orleans. No sé si Alain sospechó alguna vez de aquel escarceo mío con Paul. En cualquier caso, no pasó de ser una aventura sin importancia. En mitad de una guerra los sentidos se disparan, estar vivo significaba seguir teniendo capacidad para amar.

Los nazis nos apresaron allí, en aquel pueblecito donde nada parecía estar ocurriendo, en esa casa apartada del camino, cerca de un bosque de eucaliptos, donde cada mañana yo me desplazaba

con mi bicicleta y el bolsillo de mi abrigo repleto de piedras por si tenía que defenderme. Cuando derribaron la puerta, yo le daba sorbos a un café y un mendrugo de pan se tostaba al fuego mientras Paul, recién afeitado, repasaba unos planos encima de la mesa. En ese mismo instante supe que alguien nos había traicionado, aunque no pude averiguar quién fue.

Antes de trasladarnos al campo de concentración de Auschwitz, la Gestapo nos torturó. De mí no consiguieron nada, pero Paul delató de inmediato a sus compañeros. Está visto que nunca he tenido buen ojo para mis aventuras amorosas. Supe más tarde, antes de que me metieran a empujones en aquel tren infecto con destino al campo de concentración, que Alain había sido fusilado. No lloré en ese momento. Lo hice años después. Lo sigo haciendo ahora, en noches de tormenta como esta. Y lo seguiré haciendo hasta el día que me muera. No solo por Alain, sino por todo. Por mi pasado, mi presente, por el futuro de aquellos a los que he dañado a causa de mi cobardía.

Quiero terminar esta parte de mi historia añadiendo algo: amé a Otti Berger con toda mi alma. Ella era mi universo, mi amiga, mi maestra. Nunca supo los sentimientos que yo albergaba hacia ella, o si lo intuyó, dejó las cosas como estaban. Ese amor, ese gran y apasionado amor que sentí por Otti, jamás volví a encontrarlo.

Me casé con un monstruo, con un depredador. No imaginé el infierno que me aguardaba a su lado. Ni siquiera Auschwitz fue tan terrible como mi matrimonio con Sergi. Si vuelvo la vista atrás, me doy cuenta de que no he hecho las cosas bien. Todo el valor que un día tuve, lo perdí. No quise ver lo que ocurría cerca de mí, la vida me causaba demasiado dolor. No estuve ahí cuando mis nietos me necesitaron, cuando Sergi posó sus ojos de lobo sobre mi pequeña Montserrat. Si alguna vez leen este cuaderno, quiero pedirles perdón, a mi pequeña Montserrat, a mi querido Antoni, quiero que perdonen a esta pobre vieja. No creo en Dios, a pesar de lo mucho que he repetido su nombre. Solo creo en la fuerza del amor. El amor es el único Dios al que deberíamos entregarnos.

Perdóname, querida niña, mi amor. Perdóname, niño de mis

ojos.

# Otti

## 1939

De nuevo estaba en casa, en el mismo lugar del que le había costado tanto despedirse. Detenida bajo el dintel de la puerta sin saber qué hacer, quieta, suspendida en el tiempo, con una maleta a sus pies y el corazón hecho pedazos. Sin embargo, se esforzó en dibujar una sonrisa cuando su madre se arrojó llorando a sus brazos y besó su frente perlada de sudor.

El hogar. La familia.

Alguien, una mano invisible, quizá la mano tenebrosa de Dios, la había llevado a casa arrebatándole su futuro. Sus planes se habían desmoronado de golpe dejándola hueca por dentro, como una cáscara de mujer marchita a punto de desplomarse sobre sus propias ruinas. Tal vez era ese el destino aciago que Rosemary Carrington no había querido revelarle aquella tarde en Londres. El mundo se había puesto del revés y ella tenía que empezar de nuevo, pero en un lugar distinto al que imaginaba. ¿A quién podría culpar?

—Mamá, no llores, ya estoy en casa —dijo.

Su tristeza era tan profunda que solo deseaba cerrar los ojos y desaparecer. Sin embargo, se las apañó para reunir la suficiente presencia de ánimo como para acompañar a su madre hasta su cuarto y ayudarla a acostarse.

Aquella noche, Otti no bajó a cenar. Se encerró en su habitación por miedo a que su familia adivinara en su rostro el disgusto, la contrariedad. Temía ofenderlos. Aquellas personas eran su sangre y, aun así, hubiera dado la vida por salir de allí y echar a correr hasta llegar junto a Hilb. Estuvo llorando durante mucho

rato, hasta que logró calmarse y se puso a deshacer la maleta. Entre su ropa encontró una camisa de Hilb. La sostuvo un instante entre sus manos y después hundió su rostro en la tela. ¿Qué podía esperarle a partir de ese momento? Solo más dolor, su madre enferma, escribir cartas a Hilb sin descanso, hasta que las manos le quemaran, hasta que el mundo saltara por los aires.

Imaginó a Hilb durmiendo solo en el camarote que iba a ser su nido de amor. Quizá algún camarero entrometido le preguntase dónde estaba su esposa y él, para hacerlo callar, le diese una buena propina. Esas imágenes le resultaron tan dolorosas que estuvo a punto de gritar. Alguien los había separado cruelmente; alguien había unido sus corazones para luego pisotearlos en el fango tras la tormenta, cuando todo está sucio y la ilusión se ha ido.

Los únicos momentos en los que Otti conseguía evadir el sufrimiento eran cuando cuidaba de su madre. Ida estaba muy débil y ya no podía coser. La aguja resbalaba de sus dedos y su pulso temblaba tanto que Otti tenía que tomar sus manos entre las suyas para calmarla. A veces, le leía poemas de Else Lasker y así rememoraba los tiempos pasados en el atelier, cuando Mercè tejía y ella aprovechaba un descanso para preparar té y recitar versos.

Su madre la escuchaba con los ojos entornados, recibiendo los rayos tímidos del sol que, por unos instantes, hacían florecer la vida en sus mejillas. Los días que se levantaba con fuerzas, daban un paseo por el pueblo antes de comer. Otti se daba cuenta de que algunos vecinos ya no las saludaban como antes. No se detenían a hablarles y muchos se cambiaban de acera para no tener que coincidir con ellas. A Otti le dolían los desplantes, pero intentaba disimular para no entristecer a Ida. Entre los vecinos que les daban esquinazo había algunas antiguas empleadas de su madre. Por lo visto, ahora los Berger habían perdido su poder; solo eran judíos y era mejor evitar sus negocios.

Ante esa situación, Otti decidió que cambiarían sus paseos por el pueblo por un trayecto apacible en coche atravesando los viñedos. Pero a Otto le gustaba la velocidad y su madre se

mareaba, por lo que se veían obligados a detener el coche para que la mujer pudiera vomitar en la cuneta.

La quebrantada salud de Ida preocupaba a la familia, pero cada uno de ellos trataba de seguir adelante a su manera. Lajos se encerró en sí mismo; no sabía hacerle frente al dolor de su esposa. Se pasaba el día en su despacho, entregado a sus fantasías. Un día, Otti lo pilló mirando los planos de un viejo almacén propiedad de la familia y se acordó de que su padre había hablado con Hilb de la posibilidad de demoler el edificio para levantar unas viviendas. La visión de aquellos planos la turbó y le trajo a la memoria el rostro y el aroma de Hilb. Lo echaba tanto de menos que ya no le quedaban lágrimas para llorarlo.

Una noche, mientras estaba echada en la cama, vino a su mente un recuerdo de Hilb tan potente que se le antojó insoportable. Entonces, como si la empujara una mano invisible, se levantó, se calzó unas botas, cogió una linterna y fue hasta el río. No se detuvo hasta que llegó a la orilla. Allí, creyó escuchar una música, como si el río la llamara, y se metió en el agua. Comenzó a nadar con la idea de adentrarse en lo más profundo, de perderse en la acuática oscuridad. No deseaba volver. De repente, le pareció que alguien se arrojaba al río y nadaba desesperadamente hacia ella. Era su hermano Otto, que la había seguido hasta allí sin que se diera cuenta.

Ninguno de los dos dijo una sola palabra cuando más tarde, tumbados sobre la hierba, la luna iluminó sus cuerpos temblorosos por el miedo y el frío.

A principios de 1939, Otti viajó a Praga junto a su hermano y su madre con la esperanza de hallar una cura para Ida. En el hospital, tuvieron que aguardar durante horas en una sala de baldosas blancas donde hacía un frío glacial. Cuando su paciencia empezaba a agotarse, llegó una enfermera gorda con una cofia y un delantal largo.

—¿Cuánto más tendremos que esperar? —le preguntó Otti.

La enfermera le dirigió una mirada de desprecio y, antes de

marcharse por donde había venido, respondió:

—Esto no depende de mí, sino del médico.

Regresó al cabo de mucho rato y se llevó a Ida sin ningún miramiento anunciando que el doctor le haría algunas pruebas. No permitió que ni Otti ni su hermano la acompañaran.

En Praga, se alojaron en el único hostal en el que aceptaban judíos. Otti tuvo que compartir habitación con su hermano, un cuarto feo y sin ventanas, con una cama que chirriaba y con el colchón sucio. Ni siquiera disponían de una silla para dejar la ropa. Tampoco había armarios. Otto tenía los pies fríos y hablaba en sueños. Fueron unos días horribles, llenos de desazón. El médico no les dio esperanzas. Tras visitar a la enferma un par de veces, les dijo que el cáncer estaba muy avanzado y que no había posibilidad de recuperación.

—Lo único que puedo hacer es darle estas píldoras. Son para calmar el dolor —les informó.

El médico era un hombre alto y esmirriado, ataviado con una bata blanca a la que le faltaban dos botones. Debajo de la bata asomaba un viejo traje de lana gris. Era calvo y usaba gafas redondas, como Hilb, y a Otti le dieron ganas de tocarlas, como si pudiera encontrar en algún rincón el reflejo del hombre al que amaba.

—¿Y qué pasará después? —quiso saber Otti.

—¿Después de qué? —preguntó el médico.

—Me refiero a las pastillas. ¿Qué hay después?

—Rezar para que termine lo antes posible.

Al despedirse, Otto le tendió su mano y el médico la miró un instante sin atreverse a estrecharla; después arrugó la nariz con gesto de disgusto y se perdió por el pasillo. Otti cogió a su madre del brazo y le dijo:

—Compraremos unas flores.

—¿Por qué? —preguntó Ida.

—No sé, para que el viaje de vuelta sea más agradable.

Compraron margaritas, un ramillete salvaje que la florista ató con hilo rojo y envolvió en papel de estraza marrón. Flores amarillas y blancas que Ida no se cansaba de admirar.

Antes de subir al tren, tuvieron que entregar la documentación. Los revisores sellaron sus papeles y Otto llamó a un mozo para que los ayudara con las maletas. El compartimento que les asignaron estaba ocupado por una pareja, una mujer madura y su esposo, que leía el periódico junto a la ventana.

—Buenas tardes —saludó Otti.

La mujer les dirigió una mirada altiva, mientras que su esposo apenas pareció percatarse de su presencia, concentrado en la lectura del diario. Otto estaba colocando el equipaje encima de unos listones de madera cerca del techo cuando perdió el equilibrio y sus piernas chocaron con la mujer, que lanzó un grito, escandalizada.

—¿Acaso pretende usted matarme? —preguntó.

—No, señora. Ha sido sin querer, le pido disculpas.

Otti acomodó a su madre y enseguida se hizo cargo del resto de los bultos. En ese instante entró el revisor y les pidió de nuevo los billetes y la documentación.

—Ya los hemos mostrado antes —dijo ella.

—Es la ley.

Otto sacó los papeles del bolsillo de la chaqueta y se los tendió al hombre. El revisor los examinó a conciencia. Su bigote era ancho y subía y bajaba al tiempo que deletreaba las palabras en voz baja.

—Tendrán ustedes que cambiar de compartimento —anunció.

—¿Por qué? —preguntó Otto—. Es el número tres, ¿no es cierto? Asientos tres, cuatro y cinco.

El revisor se atusó el bigote antes de contestar:

—Así es, pero tendrán que cambiar de compartimento de todos modos. Los judíos tienen que viajar en el vagón de cola, en el último compartimento.

—¿Cómo dice? —preguntó Otto elevando el tono de su voz.

—Lo que ha oído.

Otti deseaba que su hermano dejara de discutir. No quería que la situación con el revisor se pusiera tensa y se acabara armando un revuelo, pero Otto no parecía dispuesto a dar el brazo a torcer. Insistía en que habían pagado tres billetes de primera

clase y que no pensaba moverse de donde estaba. Inesperadamente, Ida tuvo un acceso de tos y la mujer que estaba sentada en el mismo compartimento se levantó de su asiento y, en tono airado, dijo:

—Me niego a viajar en compañía de judíos. Podrían contagiarme algo.

—Mi madre no va a contagiarle nada —dijo Otti.

Ida seguía tosiendo y la mujer se iba poniendo cada vez más nerviosa.

—Dios mío, esto es muy desagradable. George, haz algo, querido —dijo dirigiéndose a su marido.

El hombre dejó de leer el periódico, lo dobló en dos y lo depositó encima de su maleta.

—Ya ha oído a mi esposa. No viajaremos en compañía de judíos.

Otti, exasperada, cogió a su madre del brazo y le pidió a Otto que, por favor, las siguiera y dejase de discutir. Ya casi a las puertas del compartimento, Ida se volvió y, haciendo acopio de las pocas fuerzas que le quedaban, le dijo a la mujer:

—No tema, señora, por lo que yo sé, el cáncer no es contagioso. Aunque no debe fiarse usted de lo que digan los médicos. Yo no lo hago. Puede que estén equivocados y que en este momento mi enfermedad haya invadido sus entrañas y esté reproduciéndose con alegría. Que disfrute del viaje, si es que mi cáncer judío se lo permite.

En el vagón de cola apenas había espacio e Ida tuvo que sentarse encima de una de las maletas. La música de unos jóvenes que tocaban la armónica se mezclaba con los ronquidos y el olor a sudor. El tabaco formaba nubes blancas en el techo amarillento y las ventanas no se podían abrir. Durante todo el trayecto, que fue largo y penoso, Otti no pudo dejar de mirar a su madre y ver en ella el reflejo de la muerte.

Ida era una enferma dócil. Dejaba que Otti peinara su cabello y que después la refrescara con toques de perfume de violetas. Nadie

le había dicho nada acerca del diagnóstico del médico. A veces, Otti se sentía culpable y se preguntaba si estarían haciendo lo correcto. Tal vez, más que proteger a Ida, se estaban protegiendo a ellos mismos. En aquella casa, la mentira se había convertido en un bálsamo para encubrir las heridas, la estrategia que todos usaban para encontrar un motivo por el que levantarse cada mañana.

Al finalizar sus tareas, mientras su madre estaba descansando, Otti se sentaba en el patio y se ponía a escribirle cartas a Hilb. También a él le contaba mentiras y le hacía creer que estaba bien, que las cosas en Vörösmart eran difíciles, pero que iban tirando. Le ocultaba su dolor, sus ganas de morirse cada vez que pensaba en él, las dudas que le atenazaban las entrañas y que no la dejaban dormir. ¿Qué sentido tenía la vida sin él? ¿Por qué estaba allí, en esa casa que olía a muerte, pudiendo ser feliz al otro lado del mundo?

Otti luchaba contra ella misma, contra esos sentimientos que brotaban de su parte más oscura. Se debatía entre el amor y la lealtad a su familia. Sufría un verdadero infierno. Empezó a perder el apetito y se pasaba el día buscando el modo de salir de Vörösmart, como si fuese un preso dentro de una jaula, un pajarillo al que le acababan de arrancar las alas. Le costaba aceptar el hecho de que todo se derrumbaba a su alrededor, de que su madre iba a morir, de que le denegaban los visados porque los judíos ya no podían viajar libremente. Sintiéndose al borde del abismo, se preguntaba de qué había servido su sacrificio si de todos modos Ida iba a morir.

En marzo de 1939, Alemania ocupó Checoslovaquia. Los nazis estaban cada vez más cerca y Otti fue consciente de que no tardarían en llegar a Vörösmart. La enfermedad de Ida avanzaba también a pasos agigantados. Ya casi no le quedaban fuerzas para caminar y había adelgazado muchísimo. Apenas se levantaba de la cama y Otti pasaba las tardes en su cuarto, tejiendo una manta muy colorida al más puro estilo Bauhaus. Lo hacía para mantenerse ocupada, para no morderse las uñas hasta sangrar,

para no dar vueltas en su habitación como una bestia a punto de ser condenada, para no correr hacia el salón y arrancarle a Otto aquella maldita radio que solo sabía escupir malas noticias.

En sus cartas, le contaba a Hilb que había guardado los espejos porque odiaba contemplar su rostro triste, demacrado, sus ojos hinchados de tanto llorar. Se había impuesto la tarea de resistir, pero su imaginación la traicionaba y, en ocasiones, se veía a sí misma en el jardín de su casa en Chicago, rodeada de amigos. Estas fantasías la atormentaban y, sin embargo, cedía a su pernicioso embrujo, se dejaba arrastrar por aquellos espejismos sin sentido.

En septiembre de ese mismo año, las tropas alemanas ocuparon Polonia. Ya no había vuelta atrás. Aquella invasión significaba el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. A las pocas semanas, Otti recibió una carta de Hilb donde le decía que estuviera tranquila, que no desesperara: sus compañeros y amigos de la Bauhaus que habían emigrado a Estados Unidos estaban utilizando todas sus influencias diplomáticas para que ella pudiese conseguir un visado y reunirse con ellos. Debía seguir resistiendo y confiar en él. Por último, le daba una noticia inesperada: el Museo Moma de Nueva York iba a hacer una gran exposición dedicada a la Bauhaus y sus diseños textiles iban a ser uno de los grandes protagonistas. Esto causó en Otti una inmensa alegría, la primera en mucho tiempo. No podía creer lo que estaba leyendo. Las lágrimas la cegaron y un par de ellas cayeron sobre la carta y emborronaron la tinta. Había esperanza, se dijo. Estaban moviendo todos los hilos para llevarla a América.

A la hora de la comida, se reunió con Otto en el comedor.

—Ha vuelto el brillo a tu mirada —le dijo su hermano—. Supongo que tiene que ver con la carta de Hilb, ¿buenas noticias?

Otti le contó lo de la exposición en Nueva York, pero le costó decirle que Hilb estaba intentando llevarla a América, que había una posibilidad, aunque fuese pequeña, de salir definitivamente del pueblo. La respuesta de Otto no se hizo esperar.

—Márchate, no pienses en nada. Me equivoqué al pedirte que volvieras.

—Pero no puedo dejaros ahora —respondió ella.

—¿Por qué no? Ya no puedes hacer nada por madre. Por favor, vete. Nosotros estaremos bien, te lo prometo.

Otti sintió frío. Un frío intenso que la dejó paralizada.

—No puedo marcharme —sentenció con la voz rota—. Sabes que no podría hacerlo.

Esa noche no pudo dormir. La carta de Hilb la había dejado trastornada. Se suponía que tenía que estar feliz, pues sus amigos se preocupaban por ella, pero se veía incapaz de marcharse y dejar atrás a su familia. Tenía que haber otra solución, otro modo de huir todos juntos de Vörösmart. Pero ¿cómo? El pueblo se había convertido en una trampa de la que era difícil escapar. Ya no le quedaba nadie de confianza. Todos sus amigos estaban lejos; habían huido de Alemania cuando aún era posible: Ise, Gropius, Mies, Moholy-Nagy, Lucia, Gunta...

El nombre de Gunta la golpeó con fuerza. Gunta estaba en Suiza. Suiza era neutral. Tal vez si su amiga le conseguía algún trabajo pudiera obtener un visado para salir del país y luego, desde allí, pedir el traslado de su familia. Se levantó de la cama de un salto y se sentó al escritorio. Gunta era la solución, el hilo finísimo que la ataba aún a la esperanza.

# Penélope

La impresión ha sido demasiado fuerte. Penélope tarda en reaccionar. Procesar aquella información le resulta doloroso. Las piezas encajan. Las nubes grises de su cabeza comienzan a despejarse y aparece algo más terrible aún que los huecos y el silencio, más terrible que la violencia y el dolor: la verdad, esa verdad desnuda que lo paraliza todo, ese puñal que ciega y que doblega cualquier voluntad.

Cierra el cuaderno. Lo mira. Luego lo abre y vuelve a leer. Cae una lágrima sobre aquellas nefastas palabras. Siente asco y corre a la cocina para vomitar en el fregadero; luego se seca la boca, bebe agua y prende un cigarrillo. El sabor es horrible, pero necesita tener las manos ocupadas, hacer algo. Afuera sigue lloviendo, pero a Penélope le da la sensación de que esa lluvia no limpia, que solo trae más suciedad, una corriente de peces muertos que llegan a la orilla cuando los relojes se estancan y nada es como debería ser.

Da vueltas sin saber qué hacer, hacia qué lugar dirigirse. Son las nueve de la mañana y nadie se ha levantado aún. Irá a despertarlos, piensa. Necesita hablar con ellos, con su madre y su tío, decirles lo que sabe, lo que ha descubierto.

Montserrat no está en su habitación. A Penélope le parece extraño. No la ha oído levantarse ni la ha visto bajar a la cocina. Su cama está deshecha y hay copas de vino vacías sobre los muebles. Reina un desorden, un caos que habla, en realidad, de un desorden interior. Espiritual o mental. Llama a Montserrat, la busca por toda la casa y, por último, se dirige a la habitación de Antoni. Lo encuentra despierto, sentado a su escritorio, recitando unos versos de forma teatral.

—¿Dónde está mi madre? —le pregunta ella.

Él sigue con lo suyo, como si no la hubiera oído. Gesticula, agita las manos en el aire. Penélope piensa que hay dos tiempos distintos en la habitación, el tiempo de la locura y el tiempo del miedo. El cuarto huele a tabaco, caramelos de menta y vino, que seguro que su tío ha mezclado con los tranquilizantes.

—Tengo que hablar con mi madre. Es urgente, ¿tienes idea de dónde está? —vuelve a preguntar Penélope.

Antoni se vuelve hacia ella.

—He escrito un poema para ti —le dice.

—Ahora no, tío. Necesito que me respondas, que me digas dónde puedo encontrarla.

Antoni empieza a agitarse y las aletas de su nariz se dilatan.

—No puedo decírtelo —contesta. Y le da la espalda. Regresa a sus poemas. Escribe. Declama.

Penélope grita desde la puerta:

—¡Es muy importante que la encuentre, Antoni, por favor!

Su tío se tapa los oídos con las manos y da patadas en la moqueta del suelo.

—Está en el cuarto oscuro —dice al fin—. Siempre se encierra ahí cuando quiere castigar a la abuela. Y a mí no me gusta que castigue a la abuela. No, no me gusta.

Penélope no sabe de qué está hablando. No entiende qué es el cuarto oscuro ni si existe de verdad tal lugar o si es otro de los delirios de su tío. Está por volver a preguntarle cuando Antoni se levanta y se precipita hacia la puerta. Ella se hace a un lado para dejarlo pasar y que no la embista. Antoni corre ahora por el pasillo y baja apresuradamente las escaleras, corre como si lo persiguiera el diablo o el fantasma de la corbata gris, y ella, antes de perderlo de vista, sigue sus pasos.

El cuarto oscuro brilla levemente por el resplandor de las cajas de plástico, cajas donde viejas muñecas duermen con los ojos abiertos. Montserrat ha prendido decenas de velas por las que resbalan gotitas de cera póstuma. La luz que desprenden está enferma, apenas ilumina sus figuras, que se proyectan sobre el fondo de la

pared creando una falsa perspectiva. Parecen sombras, títeres en un teatrillo de cartón.

Penélope nunca ha estado allí. El cuarto solía estar cerrado con llave, por eso lo mira todo con curiosidad. Intuye figuritas de mármol en cada repisa, ve una cama infantil cubierta por una colcha de ganchillo, pequeñas rosas que se unen unas a otras mediante hilos invisibles. En el suelo, hay una alfombra de pelo y un burrito verde de gran tamaño sobre el que Pinocho cabalga su quietud. La superficie del armario está cubierta de pegatinas con imágenes de antiguos dibujos animados; está Heidi corriendo descalza por el prado, su abuelo fumando en pipa, con su perro Niebla a los pies; está Clara, con sus tirabuzones perfectos, con su silla de ruedas, sonriendo al borde de un acantilado. Alguien podría empujarla y la muchacha seguiría sonriendo, sin que sus tirabuzones se deshicieran al caer. Los protagonistas de los dibujos animados nunca mueren, piensa Penélope. Siempre sobreviven a cualquier calamidad, les caen planchas de hierro encima, se estrellan contra muros, se los come un gato y luego los vomitan. Las ballenas tienen muebles de Ikea en su interior para que los niños vivan allí con todas las comodidades. Es más fácil ser niño dentro de las películas de Disney, su infelicidad se recompensa con la vida eterna.

Penélope echa un vistazo a uno de los estantes y descubre un castillo de plástico, demasiado tosco, sin adornos. Antoni le dice que su madre y él lo adquirieron comiendo cantidades ingentes de Palotes.

—Es el castillo de los Palotes —le dice—. Nos encantaban esos caramelos.

Después su tío regresa al silencio.

El castillo de los Palotes está deshabitado, es tan triste como las muñecas que permanecen aprisionadas en sus cajas. Años de encierro, sin poder mover ni una sola de sus articulaciones. Triste como el polvo que viaja a través de la luz, como esos miembros descoyuntados que están repartidos por la moqueta. Restos de muñecas menos afortunadas que las que permanecen a salvo en sus cajas. Hay cabezas de rostros rubicundos y pelo brillante, piernas

gruesas, troncos sin sexo, el fino dolor que su madre acuna entre sus manos. Desmembrar la inocencia, eso es lo que ha hecho Montserrat, convertir la infancia en un campo de exterminio. No hay sangre, pero Penélope puede olerla.

Montserrat está arrodillada entre las muñecas. La han encontrado así, como en trance. Ni tan siquiera se ha inmutado cuando han entrado en la habitación, sino que ha continuado como si nada con su tarea de descuartizar muñecas. Lo hace despacio, casi con amor. Y mientras Antoni observa a su hermana sin decir nada, Penélope solo ve a la niña que Mercè no pudo proteger y no sabe qué hacer. Nadie la ha preparado para afrontar una situación como esa. Solo en las películas las soluciones aparecen de forma sencilla. Todos entienden cómo funciona el dolor y se consuelan. Hay una música de violines que los arropa, y todos, hasta el más necio, comprenden su papel. Pero Penélope se siente perdida y torpe en esa habitación oscura, incapaz de reaccionar ante aquel cementerio de muñecas y una mujer desquiciada que, además, es su madre.

Penélope se pregunta ahora quién está más enfermo de los dos, si Antoni o su madre. Tal vez estén todos locos. Incluso ella. Quizá mañana también camine sonámbula hasta esa habitación y comience a abrir las jaulas de plástico de las muñecas para poder dar muerte a sus fantasmas. Siempre nacen fantasmas en las familias y hay niñas asesinadas en los bosques cuyos cuerpos salen en los telediarios, amortajaditos, en horario de máxima audiencia. Pero los ricos esconden el dolor. Lo sucio se entierra bajo alfombras caras, como en la que está sentada ahora su madre.

Antoni balancea su cuerpo y murmura:

—Montsita, Montsita...

Cuando se cansa de torturar a las muñecas, Montserrat se vuelve hacia ellos. No hay lágrimas en sus ojos, solo vacío. Penélope se sienta a su lado y respira su dolor. Silencio. La luz que zigzaguea, el humo del cigarro que acaba de encender Antoni ascendiendo hacia el techo, consumiéndose sin bocas sobre un cenicero en forma de corazón.

De repente, Montserrat alza una mano para acariciarle su pelo

rosa. Penélope se estremece.

—Cada vez que mi abuelo Sergi venía a por mí para llevarme al palomar, mi madre me traía una muñeca. —Montserrat habla con la voz apagada—. Supongo que era su forma de pedirme disculpas por no estar cerca de mí, por no ser capaz de hacer nada. Yo fingía dormir y ella dejaba las cajas sobre mi mesilla y, antes de irse, me daba un beso en la frente. Mi madre era muy frágil, sufría constantes crisis de ansiedad, no sabía vivir y mucho menos cuidar de nosotros. No puedo culparla, ya no.

Antoni gimotea, mordisquea las mangas de su bata, estira la tela como si quisiera construir con ella una camisa de fuerza. Montserrat vuelve a hablar:

—¿Sabes de qué manera conseguía mi abuelo que le acompañásemos al palomar? Comprándonos Palotes de fresa. Cada Palote costaba cinco pesetas.

Antoni repite sus palabras:

—Cinco pesetas, sí. Un Palote.

—Había que guardar los papeles que los envolvían porque allí estaban escritos los puntos. Se trataba de atesorar puntos. Como quien atesora heridas o palomas llenas de mierda. —Se levanta para coger una botella de vino que hay encima de una mesa y se sirve una buena cantidad en un vaso—. Un día nos trajo ese castillo. Yo estaba dándome un baño. Era verano y no quise meterme en la bañera. Así que mi madre trajo uno de esos grandes barreños donde la chica lavaba la ropa. Lo llenó de agua tibia y me dejó echar mucho jabón, hasta que la espuma se salió por los bordes. Se estaba bien allí, las avispas revoloteaban a mi alrededor, pero no llegaban a picarme. Antoni se encargaba de espantarlas.

Antoni agita las manos en el aire, como si estuviese interpretando las palabras de su hermana. Igual que uno de esos actores mudos de las películas antiguas.

—Yo tenía siete años —prosigue Montserrat—. Quería hacerme mayor. Me había fijado en mi madre. Asunción tenía los pechos muy grandes y, a escondidas, Antoni y yo nos poníamos sus sujetadores. Y entonces dibujé un sujetador con la espuma sobre mis pechos de niña. En ese momento vi llegar a mi abuelo. Traía el

castillo. Me lo enseñó y Antoni corrió a cogerlo, pero él le dio un manotazo y lo tiró al suelo. Dejó el castillo sobre la superficie del agua y este comenzó a llenarse de espuma. Me dio la sensación de que acababa de nevar, de que era uno de esos castillos terroríficos donde siempre hay hielo y nada bueno puede ocurrir. Mi abuelo acercó el castillo a mis pechos, introdujo la mano en la puerta y me tocó. No había nadie. Nadie a quien pedir ayuda. Aunque tampoco hubiera servido de nada porque los ojos de Sergi me hablaban, me decían: «Como se lo cuentes a tu madre o a tu abuela le haré daño a Antoni». Y eso no podía permitirlo. Esa fue la primera vez. Luego, al regresar de Barcelona o de alguno de sus viajes de negocios, o si ya estaba cansado de su amante de turno, venía a Can Ribó a divertirse con nosotros.

—Montsita —susurra Antoni y, con delicadeza, se inclina y deposita un beso sobre su pelo. Luego se queda a sus espaldas, como si quisiera protegerla.

Montserrat enciende un cigarrillo y le ofrece otro a Penélope. Fuman.

Silencio.

Humo.

Bocas que aspiran y después se abren.

—El abuelo nos llevaba de su mano a mí y a Antoni —prosigue—, nos tendía una trampa con aquellos caramelos tan dulces que se pegaban a las muelas. Parecíamos dos ratoncillos yendo directos al cepo.

Penélope empieza a sentirse incómoda. Se retuerce. Cambia de postura. No sabe si está preparada para escuchar toda la confesión de su madre. Antoni coge la mano de su hermana y entrelazan sus dedos, como Mercè y Otti en aquel retrato.

—No sabes el asco que me daba. Y el pobre Antoni... El abuelo lo obligaba a mirar.

—¿Y la bisabuela Mercè? —pregunta Penélope—. ¿Estaba enterada de esto?

—Ella vivía en su propio mundo. Había ordenado que le trajeran un telar de la fábrica. Se construyó un pequeño taller en una de las habitaciones de la casa y allí tejía sin descanso. El resto

no existía para ella. La odié durante muchos años, porque siempre me pareció una mujer fuerte y con carácter, la única capaz de hacerle frente al abuelo Sergi. Sin embargo, me equivoqué. Mercè era una especie de castillo inexpugnable, imposible llegar hasta su corazón.

Penélope da una calada honda a su cigarro. Está conmovida. Por eso su madre rompe las muñecas, es su forma de rebelarse contra el silencio, contra la pasividad de las mujeres que permitieron su sufrimiento. Los rituales de la angustia. El miedo que nunca se va, ni siquiera con la lluvia de los años. Comprende también que aquellos episodios debieron de desencadenar la esquizofrenia de Antoni y convirtieron a su madre en aquella mujer distante y envuelta en una coraza.

—Naciste tú y no supe qué hacer —le confiesa—, cómo quererte. Veía falsas señales de abusos por todas partes y pensaba que tenía que protegerte de tu padre. Estaba obsesionada. Si te besaba más de la cuenta, todas mis alarmas saltaban. Discutíamos. No dejaba que me tocara, ni tampoco que te tocara a ti.

Islas, piensa Penélope. Las dos se convirtieron en islas.

—Creciste —continúa Montserrat—. Y yo no estaba ahí porque no me habían enseñado a querer.

—Sin embargo, tú amas a Antoni —le reprocha Penélope.

—Es distinto. Antoni ha estado a mi lado desde siempre. Ha pasado el mismo calvario que yo.

—Todos hemos pasado por un calvario, mamá. Deberíamos perdonarnos las unas a las otras, empezando por la bisabuela Mercè. Ella lo merece.

Montserrat se revuelve el pelo y deja escapar un suspiro. Luego dice:

—Sí, tienes razón. Y no sabes cómo siento no poder tenerla aquí ahora para decírselo.

—Puedes hacerlo, solo tienes que escucharla.

Entonces Penélope se pone en pie. Ha llegado la hora de sacar el cuaderno de Mercè, enseñarle a su madre las palabras que su bisabuela escribió para ella. Se acerca a la luz y comienza a leer.

En algún momento, las velas se extinguen y se quedan a

oscuras.

Silencio, solo eso.

# Otti

## 1940-1944

Otti soñó que Hilb organizaba una barbacoa para sus amigos en el jardín de su casa de Chicago. Asaba trocitos de Maz, el perro sacrificado ante la puerta de Gunta años atrás, y lo rociaba con diferentes salsas. Todos comían con gran apetito, excepto ella. Súbitamente aparecía Gunta y nadie se percataba de su presencia. Se quedaba allí, muy quieta, viendo con horror cómo devoraban la carne del perro.

Se despertó con el cuerpo dolorido y una sensación extraña, de desasosiego. La respuesta de Gunta tardaba en llegar, de ahí que tuviese sueños tan turbadores, se dijo. Eran la ansiedad, el cansancio y los nervios los que le provocaban aquellas pesadillas. El tiempo pasaba muy lento en Vörösmart y, día tras día, ella se veía abocada a las mismas rutinas: cuidar a su madre, limpiar la casa, esperar en vano la llegada del cartero...

Se levantó y bajó a la cocina. Era un día apacible de primavera y el sol mordía las cortinas. Después de mucho tiempo, su madre había conseguido dormir toda la noche de un tirón y se hallaba en la sala, recostada en su mecedora. Lajos fumaba frente a una taza de café que ya se había enfriado y Oskar hacía cuentas en una libretita con las hojas manoseadas. Esa mañana no había pan ni huevos; Kristie se había olvidado de hacer la masa y la única gallina que había conseguido sobrevivir era incapaz de poner un solo huevo. Otti abrió las alacenas en busca de comida, pero no encontró nada.

—¿Estás seguro, muchacho, de que Francia ha caído? ¿No lo habrás entendido mal? —preguntó su padre.

Otto levantó la mirada.

—Sí, padre, ha oído usted bien. Francia se ha rendido.

El anciano entornó los ojos y dio otra calada al puro.

—Vaya por Dios. No contaba con eso.

Otti no quería oír hablar de las noticias. Lo único que le importaba aquella mañana era ver cómo se las apañaban para comer y conseguir que los medicamentos que tomaba su madre durasen hasta el final de la semana, momento en que podrían pedir una nueva receta en la farmacia. Simon, su antiguo compañero de colegio, ya no trabajaba allí; ahora regentaba el negocio un tipo alemán bastante arisco que no toleraba a los judíos y les tenía prohibida la entrada. Otti estaba obligada a acceder a la farmacia por la puerta de atrás. Definitivamente, los Berger habían dejado de ser libres y poderosos. Ahora simplemente eran judíos.

No tardó en escuchar la voz de Else al fondo del pasillo, discutiendo con Kristie.

—¿Por qué te empeñas en desobedecerme? ¿Tanto te cuesta cumplir mis órdenes? —protestaba su cuñada.

—Lo haré cuando tenga tiempo —replicó arisca la sirvienta.

—Querrás decir cuando te dé la gana.

—Si usted lo dice…

—Está visto que me has perdido el respeto.

—Si usted lo dice… —repitió la muchacha.

—No has hecho el pan, los colchones no están lo suficientemente ahuecados, y eso por no hablar de la comida.

—No tengo mil manos. No puedo atenderlo todo.

—Eres una atrevida.

—Y usted una asquerosa judía.

Otti llegó a tiempo de ver cómo su cuñada le propinaba un fuerte bofetón a la muchacha.

—Todo tiene un límite, Kristie, y tú lo has sobrepasado —le dijo.

Haciendo caso omiso a sus palabras, la muchacha empezó a deshacer el nudo de su bata. Balanceaba las caderas mientras sus manos se deslizaban por la cinturilla despacio, casi con deleite, como si en vez de un delantal se estuviese quitando una prenda

íntima. Agitó el delantal en el aire un instante y después lo arrojó a los pies de Else.

—No se molesten en despedirme porque la que se larga soy yo. No quiero seguir limpiando su mierda.

Else se echó a llorar y Otti la estrechó entre sus brazos mientras trataba de convencerse de que estarían mejor sin Kristie. De todos modos, apenas podía pagarle el salario.

—No te preocupes, Else. Tú y yo nos encargaremos de la casa. No creo que nos lleve gran trabajo. Además, así tendremos algo con que distraernos —dijo al tiempo que secaba sus lágrimas. Después la rodeó con el brazo y juntas salieron al jardín.

La respuesta de Gunta llegó a mediados de verano de ese mismo año, tras casi siete meses de espera. Otti se aferró a aquella carta desesperadamente. Sentía una mezcla de dolor y alegría. Sus manos, sus piernas y su corazón temblaban cuando entró en la casa. Estaba subiendo las escaleras para ir a su habitación cuando se encontró con Otto.

—¿Es una carta de Hilb? —preguntó su hermano.

Otti dejo escapar un suspiro antes de contestar:

—No, es una carta de Gunta.

—Espero que sean buenas noticias.

—Yo también.

Cerró la puerta de su dormitorio y depositó la carta sobre la cama. Luego encendió un cigarro y buscó una botella de palinka que guardaba bajo el colchón. Se sirvió un trago. Todo debía racionarse ahora, también el alcohol, de modo que apuró hasta la última gota. Le vinieron a la memoria las fiestas de la Bauhaus, cuando bebían cerveza en la cantina y bromeaban dejando que la espuma les dibujara un bigotito blanco. No recordaba el tiempo que hacía que no se entregaba a la risa. Ahora solo había espacio para la incertidumbre.

Una vez que consiguió reunir el valor suficiente, se sentó en la cama y abrió el sobre. Empezó a leer:

> Querida Otika:
>
> Perdona que haya tardado tanto en responderte. He tratado por todos los medios de buscar una forma de ayudarte. Créeme que

he movido todos los hilos, primero para contratarte en mi taller, luego para conseguirte un empleo aquí, en Suiza. Todo ha sido en vano. Me dicen que con la guerra es imposible. Te escribo y me desgarro por dentro. Quiero que entiendas que he hecho todo lo que ha estado en mis manos. Espero que puedas perdonar a esta amiga.

Por favor, querida, cuídate mucho.

Siempre te querré,

*Gunta*

Otti arrugó la carta con rabia, prendió un fósforo y la quemó. Acorralada. Así se sentía. Hitler había desbaratado todos sus planes. La negativa de Gunta había cerrado de golpe todas las vías de escape. Europa se había convertido en una prisión.

El 5 de abril de 1941, los nazis entraron en Yugoslavia. Otti oyó la noticia por la radio con una mezcla de frialdad y estupor. Ya no le quedaban esperanzas. Desde hacía un tiempo, las cartas de Hilb tardaban en llegar, debido seguramente a la guerra. Su tono era tan apasionado como siempre. Seguía hablándole de amor, de las ganas que tenía de reunirse con ella, de sus esfuerzos para sacarla de Vörösmart... Pero a Otti todas aquellas hermosas promesas ya no la reconfortaban como antaño. El frío se había instalado en su interior. Un frío intenso e imposible de erradicar. El frío de la desilusión.

A las pocas semanas, las tropas alemanas llegaron a Vörösmart. Otti prohibió a su hermano que hablara del tema ante Ida; no quería que la noticia la conmocionara. Sin embargo, fue su padre el que no pudo soportarlo. Una mañana, Oskar lo encontró muerto en su mecedora. Le había fallado el corazón. A sus pies, tirado en el suelo, había un ejemplar de *Moby Dick*, uno de sus libros preferidos. Le quedaban dos capítulos para llegar al final.

Otti fue la encargada de amortajar el cuerpo sin vida de su padre para el entierro. Le puso su mejor traje y una camisa limpia y, mientras le abrochaba los botones de la americana, pensó que la muerte se había convertido en su única realidad. Entonces,

siguiendo una antigua costumbre judía, se rasgó la tela de la blusa, en señal de duelo y aceptación de la muerte. Romper la tela era como morder un pedazo del alma. Ella sabía qué era eso porque los telares de su alma estaban llenos de mordiscos, de roturas que ya no podían coserse.

Con los alemanes en el país, urgía encontrar una solución. Si Gunta no había podido ayudarla, entonces tendría que llamar a otras puertas. Otti todavía conservaba la tarjeta que le había dado Alice Weber el día en que ambas se habían cruzado en Berlín. Tal vez ese pedacito de papel fuese la solución. Alice era la esposa de un importante dirigente de la Gestapo, tenía poder. Pero ¿cómo decirle que la necesitaba, que era su última esperanza? ¿Cómo suplicar sin causar lástima? Tenía que ser firme. Expresar su petición de manera clara, con las palabras precisas. Sacó del cajón un papel de carta y comenzó a escribir.

Las semanas y los meses siguientes fueron para Otti un verdadero suplicio. Pasó el verano y llegó el otoño sin una respuesta de Alice, y a esta ausencia de noticias se sumaba el hecho de que Hilb tampoco daba señales de vida. Desesperada, Otti se paseaba por la casa como una fiera enjaulada.

—Hilb estará bien —le dijo un día Otto, tratando de calmarla —. A lo mejor tus cartas tampoco han llegado a América. Estamos en mitad de una guerra. Nada es seguro. Ni siquiera el correo.

Se encontraban en el patio, fumando. Había nevado mucho la noche anterior y hacía frío, pero a ninguno de los dos parecía importarle.

—Este silencio es terrible. Mucho peor que estar muerta — decía ella.

—Venga, no te derrumbes.

—¿Es que no te das cuenta? No vamos a salir nunca de aquí. ¿Le has preguntado a Oskar cómo va la tienda?

—No.

—Pues yo sí. ¿Y sabes qué me contesta siempre?

Su hermano la miró angustiado. Tenía el rostro enrojecido por

el frío.

—Nada. No me dice nada para no preocuparme, porque piensa que ya tenemos bastante con la enfermedad de madre y sabe tan bien como yo que no saldremos de aquí.

—No pierdas la fe.

—¿De qué fe estás hablando? ¿De qué dios? ¿El que se llevó a padre, el que no permite que madre se cure, el que no me deja salir de aquí?

Otto se frotó los brazos para entrar en calor y se acercó a su hermana.

—Mañana lo verás de otro modo, seguro.

Y entonces Otti se echó a reír con amargura.

El invierno de 1942 fue muy duro. La escasez y el hambre habían llegado cogidas de la mano, como dos hermanas diabólicas, y la comunidad judía de Vörösmart estaba empezando a sufrir el asedio. La tienda familiar apenas tenía clientela y era difícil encontrar provisiones. Otti solo se sentía a gusto tejiendo. Estaba confeccionando una alfombra para la habitación de su madre e imaginaba que sería el diseño más hermoso de todos cuantos había realizado. En ese pequeño territorio hecho de hilos, no existirían ni el miedo ni el dolor y Hitler jamás podría conquistarlo, se decía.

Al fin, un helado día de marzo, su hermano entró en su dormitorio y le dijo que había llegado una carta para ella desde Berlín. Otti arrojó las madejas de hilo al suelo y se la arrebató de las manos. Para su asombro, se dio cuenta de que aquella carta era la misma que había enviado a Alice meses atrás. Se la habían devuelto sin siquiera abrirla. A Otti se le desgarró el alma. A eso se reducía su antigua amistad con Alice Weber: a una mentira. Tiró la carta al suelo y la pisoteó como si con eso pudiera destruir a todo el ejército alemán, con sus malditos uniformes, sus botas brillantes y sus esvásticas.

Perdida ya la posibilidad de marcharse, Otti se entregó a lo único que le quedaba: el presente. El hogar familiar se había convertido en el centro del gueto judío de Vörösmart. Allí habían

acabado distintas familias judías que se habían visto obligadas a abandonar sus casas. Su existencia se había reducido ahora a la espera. Todos ellos parecían detenidos en el vientre podrido de un reloj, sin otra cosa que hacer que intentar engañar el hambre o despiojarse unos a otros mientras el sol alumbraba sus miserias.

Los meses fueron pasando. En septiembre de 1943, los alemanes entraron en Italia y establecieron un gobierno fascista bajo el mando de Mussolini. Otti ya ni tan siquiera escuchaba las noticias. Vagaba por la casa con el alma lastrada por la añoranza. ¿Dónde estaba Hilb? ¿Por qué no llegaban sus cartas? A veces tenía la sensación de que el tiempo se había vuelto de piedra, de que cada minuto era tan pesado como una losa.

Una mañana, Otto entró corriendo en su habitación. Ella estaba tejiendo junto a la ventana, los hilos de distintos colores se enredaban a sus pies. Afuera, un manto de niebla cubría el paisaje. Era comienzos de 1944 y el invierno prometía ser muy crudo.

—Supongo que vienes a decirme algo importante. Te temo, hermanito. Temo siempre tus fatales noticias —dijo.

—Lo he visto. Iba en un coche oficial de las SS.

Otti se tensó. Todo su cuerpo en alerta, las manos crispadas sobre la tela. Sin dejar de tejer preguntó:

—¿A quién has visto?

Su hermano tragó saliva.

—Lo he reconocido de inmediato porque su rostro sale en todos los periódicos. Casi he llegado a memorizar sus rasgos. —Hizo una pausa, como si le faltara el aliento para continuar—: Adolf Eichmann. Lo he visto al salir de la tienda. ¿Sabes lo que significa la llegada de ese hombre?

Otti cerró los ojos. No quería saberlo. No deseaba tener que tragarse otra mala noticia. Estaba harta de alimentar su espíritu con pan duro, destrucción y decepciones. Le hubiera gustado tener una varita mágica para desaparecer. Ya no le quedaban fuerzas. Había dejado de imaginar. Eso era lo peor que le podía pasar a un ser humano: echar raíz en la desidia y convertirse en un cadáver que de vez en cuando abría la boca para respirar.

—Tenemos que prepararnos para lo peor —volvió a decir

Otto.

Se acercó a ella y tomó su mano, pero Otti la rechazó y siguió tejiendo.

La noche antes de que Otti y su familia fueran deportados a Auschwitz, Ida murió. No hubo tiempo para el ritual funerario, solo unas palabras precipitadas del rabino y la angustia de todos ellos atenazando su cuerpo. No les quedaba más que un silencio duro que nadie se atrevió a romper. Con ayuda de Else, Otti envolvió el cuerpo de su madre en la alfombra de colores ardientes que acababa de tejer.

—La alfombra más hermosa del mundo para la mujer más hermosa del mundo —murmuró.

A la mañana siguiente, los soldados entraron en el gueto, derribaron la puerta de la casa de los Berger y los obligaron a salir a empujones. Otti se anudó al cuello su pañuelo preferido, un estallido de hilos rojos, azules, verdes y amarillos que centellearon en la niebla. Luego los condujeron en grupo por la carretera y los hicieron caminar en fila por la orilla del Danubio, en dirección a la estación.

Mientras avanzaban, Otti se separó un instante del grupo, se acercó a la orilla del río y, sin que nadie la viera, sacó del bolsillo de su pantalón un pequeño frasco en cuyo interior había introducido una carta destinada a Hilb. La arrojó al agua y dejó que la corriente se llevase todo su dolor. Después, se reunió con Otto, Oskar y Else, y siguió andando junto a ellos con los ojos clavados en un punto indefinido del cielo. No había pájaros y un sabor amargo persistía dentro de su boca.

# Penélope

Penélope se despierta aturdida. Por momentos, le parece que no ha abandonado el cuarto oscuro. La cabeza le da vueltas. Las emociones la emborrachan, como si se hubiera tomado un frasco de barbitúricos y una botella de whisky. La lluvia ahora es intermitente y las nubes parecen haber perdido el color gris.

Siente un escalofrío recorrer su espalda cuando recuerda la confesión de su madre. No lo acaba de asimilar. Le parece tan terrible que le provoca asco y rabia, además de un deseo acuciante de hacer desaparecer el nombre de su bisabuelo Sergi de la historia de su familia. Mares, océanos, un tsunami de lágrimas empapa el alma de Penélope de una tristeza profunda. Por eso no ha podido dormir, por el peso de la tristeza sobre su pecho, por las pupilas rojas de las palomas mirándola durante la noche, agitando sus alas sucias bajo las sábanas.

Penélope detesta las palomas. Ya desde niña sentía por ellas una gran aprensión, pero ahora, cada vez que se encuentre con una, no podrá evitar asociarla a los abusos sufridos por su madre a manos de su bisabuelo Sergi. Los depredadores no son animales que salen en la tele dando caza a otro animal, son tu propia familia, tu padre, tu tío, tu abuelo... Bestias con corbata gris y traje hecho a medida que van a misa los domingos, cortan el pavo sin dejar de sonreír y te dan un beso cuando llega Navidad, un beso húmedo que se queda pegado a la piel. Ellos no se sienten culpables de nada. De una manera u otra justifican sus actos. Para eso hemos nacido nosotras, piensa Penélope, para sacarle brillo a una cruz y llevar el martirio a cuestas. Sin un lamento. Con los secretos guardados en el cajón de la ropa interior.

Penélope recuerda el amor de Mercè por Otti. A lo mejor le habló de Sergi alguna vez y Otti creyó que sería feliz al lado de ese

hombre. Nunca supo su historia porque el destino, de la misma forma que las unió, volvió a separarlas. Podrían haberse amado en Berlín y ahora Penélope no existiría. Tampoco Antoni ni su madre, pero Mercè se hubiera salvado. Cuántos hilos rotos hay dentro de una misma historia y qué difícil es recomponerlos, volver a unir lo que ya está haciendo nido en otro lugar. Eso piensa Penélope mientras contempla los cuadros de su madre que tiene guardados en su habitación.

Ha hecho lo que ha podido. El trabajo ha sido intenso. No estaban demasiado dañados, aunque aún necesitan pulirse y en Can Ribó no tiene los productos que necesita. Es preciso que los lleve a su taller de Girona. Aprovechará para pasar por la clínica y recoger los medicamentos de Antoni. Sabe que en cualquier momento se puede desencadenar otra crisis. Ha soportado demasiado dolor y ha empezado a notar su inquietud, esas ausencias que anteceden a la furia y a la violencia. No quiere que se dañe. No quiere verlo sufrir.

Planes.

Los planes nos salvan del dolor, piensa. Además, también su madre necesita estar tranquila. La noche anterior la dejó descansando en su cuarto, aunque antes tuvo que darle uno de sus calmantes para que pudiera dormir. Todos drogados, piensa. Todos abriendo la boca para recibir la bendición de las pastillas. La dulce droga cotidiana.

Sin embargo, ahora, después de lo que Montserrat le ha confesado, siente pena por las dos. Por el sufrimiento oculto de su madre y porque ella se ha quedado de golpe sin verdugo y no sabe si podrá caminar libre. Sin duda, la historia de su madre es terrible. Penélope no puede comparar su frustración con todo el calvario pasado por ella. A su lado, sus quejas no son más que una rabieta infantil.

Se mira al espejo.

Está despeinada, tiene legañas y huele mal. Por primera vez no le molesta descubrir su parecido con Montserrat. Ahí están las pecas de su nariz, esa forma de levantar el mentón, los hombros hundidos, las líneas rectas de su cuerpo, de mujer flaca y llena de

nervios.

Recuerda que, antes de que abandonasen el cuarto oscuro, se abrazaron los tres. Sus llantos mezclándose, Penélope dentro del círculo. Ahora ya no son elementos dispersos, pueden hacer cosas juntos porque hay un vínculo común que los une. La sangre ha vuelto a nacer. Tienen futuro.

Y de nuevo los planes.

Por ejemplo, continuar con la lectura de los cuadernos de Mercè, deshacerse de la memoria de su bisabuelo Sergi.

Eso mismo dice Penélope en la cocina, un rato después, mientras Antoni toma café y su madre unta mantequilla sobre una tostada.

—Hagamos un ritual.

—¿A qué te refieres? —pregunta su madre.

Montserrat ha dejado el cuchillo sobre la mesa y la mira sin comprender. Tiene ojeras y el pelo húmedo. Destila un perfume a limpio y flores que se mezcla con el olor a pan quemado y mantequilla líquida.

Antoni da sorbitos a la taza y fuma.

—Se trata de ejecutar una especie de exorcismo —le explica Penélope.

Antoni deja la taza y aplaude. Cuando está contento sus ojos se pierden entre las arrugas, se convierten en un trazo fino donde la luz no está.

—No sé —contesta Montserrat.

—Es fácil —vuelve a hablar Penélope—, solo hay que deshacerse del monstruo de la corbata gris.

Montserrat se tensa. Penélope deposita una mano sobre la suya. Nota sus nervios. Quizá sea demasiado pronto para eso, siempre se adelanta a los acontecimientos. Debería esperar, pero ¿acaso no han esperado ya demasiados años? Hay momentos en la vida en que hay que tomar una decisión firme.

—Creo que eso que propones es imposible —contesta Montserrat. En sus ojos baila la duda.

—No, no es imposible —apostilla Antoni.

—Pero ¿cómo voy a borrarlo de mi mente? —insiste

Montserrat.

—Eso te va a llevar mucho tiempo, mamá —le dice Penélope —. Y no sé si algún día lo conseguirás. Sin embargo, está en nuestras manos hacerlo desaparecer, al menos de Can Ribó, expulsarlo de nuestra casa.

—¡Sí! —afirma Antoni—. Borremos su huella, quememos los malditos colmillos de elefante.

—Y deshagámonos de las armas. Y de las fotografías —añade Penélope.

La niebla y, en mitad de su vientre, el fuego. Han preparado una hoguera cerca de la piscina. A pesar de que no hay viento, la han rodeado con piedras. De las llamas brota el humo que se funde con la niebla creando un manto protector, como si de ese modo estuviesen ocultos de la mirada de los fantasmas.

Su secreto tiembla dentro del fuego.

Antoni suda. Ha tardado un par de horas en convertir en astillas los colmillos de elefante. Cada vez que les daba un golpe de hacha, profería un grito. Ahora no tiene voz. Está dulcemente fatigado. Ha sido más sencillo reunir las fotos. Mercè no guardaba demasiadas de Sergi. Penélope está convencida de que las destruyó al morir su marido. Han encontrado algunas sueltas. En ellas aparecen los gemelos, Montserrat y Antoni, en la piscina, aprendiendo a nadar. Su bisabuelo coge a su madre de la cintura mientras sonríe. Parece un hombre normal, un buen abuelo, atento y cariñoso. Nadie podría sospechar de él viendo esta foto. Pero las fotografías mienten, eso lo saben bien. Así que las arrojan al fuego.

Han dejado las jaulas de las palomas para el final. La madera está carcomida y hay restos de heces. Montserrat las ha cogido con asco, ayudada por su hija. Al tirarlas, las dos han cerrado los ojos y han escuchado el crujido seco del fuego, el hambre que siempre tienen las llamas cuando reciben un sacrificio nuevo. Penélope siente que está ardiendo el alma de todas las palomas, su vuelo monótono y sucio, esos mensajes cifrados que se han perdido entre la niebla para siempre.

Permanecen frente a la hoguera hasta que se apaga. Después entran en la casa, comen en silencio, saborean el vino y se calientan del frío de vivir.

Por la tarde, antes de que anochezca, Penélope mete en el maletero de su Seat León las cajas con las armas de su bisabuelo, las que estaban colgadas en la pared. Tiene pensado llevarlas al cuartel más cercano de los Mossos d'Esquadra. También carga los lienzos de su madre para restaurarlos en su galería.

Cuando llega al hospital psiquiátrico pregunta por la enfermera Encarna, pero en recepción le dicen que tiene el día libre. Entonces llega otra enfermera, más vieja y con un humor de perros. Penélope le pide la medicación de su tío. La mujer la mira de arriba abajo. Tiene los ojos azules y saltones, con los párpados pintados de verde.

—No sé si será posible —contesta—. El médico no está.

—Pero es que mi tío necesita su medicación.

Le muestra el certificado que la enfermera Encarna le obligó a firmar y en el que se hacía responsable de su tío.

La mujer arruga su nariz aguileña antes de contestar:

—Está bien, le daré lo que necesita.

Saca un llavero del bolsillo de su bata y se marcha por el pasillo encerado. Penélope sigue su estela. La enfermera tiene la talla de un duende: espaldas anchas, culo plano, piernas gordas y cortas. Parece haber nacido así, con esa bata estrecha a punto de reventar y los párpados pintados, como si en cualquier momento se deshiciese de su disfraz y una mano la colocara en otro escenario, una de esas discotecas retro donde bailaría desenfrenadamente en compañía de otra mujer idéntica a ella.

Regresa al cabo de unos minutos con dos frascos de pastillas que le entrega con gesto hosco. Penélope se marcha sin ni siquiera decirle adiós.

Al llegar a Girona, aparca el coche en el garaje, abre la galería y deposita en el suelo la caja con los lienzos de Montserrat. Mira su última exposición y recorre el espacio en silencio. Luego se acerca

a la caja, coge un lienzo de su madre al azar y descuelga una de sus obras para colocar el lienzo nuevo.

Le gusta el resultado. Nadie podría decir que no es una obra de su autoría.

Se lleva la caja al taller, que queda en la trastienda. Al cabo de un rato oye un ruido. Sale y ve a un hombre. Es un tipo alto, atractivo, que se ha detenido frente al cuadro de su madre y lo contempla con sumo interés.

Penélope se acerca a él y en voz baja le dice:

—Disculpe, pero la galería está cerrada por vacaciones. Solo he abierto un momento para recoger unas cosas.

Ojos marrones, complexión fuerte, sonrisa enigmática. Eso piensa Penélope echándole una mirada rápida. No le sirve como modelo. No es deforme y tampoco tiene pinta de padecer esquizofrenia o cualquier otro tipo de enfermedad mental. Está sano. No cojea. Es normal. Y la normalidad ya no entra dentro de sus cánones.

—Lo siento, al ver la puerta abierta di por hecho que podía entrar. Es que me fascina este cuadro —le dice el desconocido.

—No está a la venta —contesta ella.

—¿Seguro?

—Completamente.

—Si cambia de opinión, llámeme.

El hombre le tiende una tarjeta. Penélope la guarda en su bolsillo.

Nada más llegar a Can Ribó, su tío la recibe con gran agitación.

—Montsita ha encontrado otro tesoro.

Tiene la voz entrecortada, respira con dificultad, lleva la camisa manchada con restos de café y ceniza. El corazón de Penélope vuelve a latir apresuradamente. Encuentra a su madre en una de las habitaciones del desván. Es un lugar estrecho, lleno de muestras de telas colgadas en una especie de panel forrado de seda. También hay recortes y lana para tejer alfombras. Su madre está al fondo, sentada frente al telar. Mueve la lanzadera en el aire,

como si fuese un avión que busca aterrizar en algún lugar seguro.

Penélope se sienta a su lado. Montserrat le cede la lanzadera y ella no sabe qué hacer con aquel armatoste. Finge enredarlo en el telar, sacar hilos invisibles, como cuando era niña y fingía tomar té con sus muñecas. Un té invisible en tazas invisibles, pero que estaba riquísimo. También comían pastas invisibles y se reían de verdad, ella y sus muñecas de trapo.

—Debía de ser complicado —dice Montserrat.

—¿El qué?

—Trabajar con la lanzadera, ser una buena tejedora.

—Sí, supongo que, como todo, hay que tener un don. Y tú lo tienes para pintar.

Montserrat sonríe. Penélope está tentada de decirle que ayer casi vende uno de sus cuadros, pero se contiene.

—Mercè era una buena tejedora. Y Otti también. Seguro que formaban un magnífico equipo —dice.

—Habría sido la mejor tejedora de la empresa. Una jefa fuera de serie —contesta Montserrat—. Aunque Tejidos Ribó nunca ha sido nuestra, de las mujeres. Dejemos que se vaya.

—Estando en manos de Pep y Lluís, seguro que pronto se va a pique.

—Siempre la pueden comprar los chinos.

Ríen las dos.

—¿Sigues queriendo vender la casa? —pregunta Penélope.

—No lo sé —contesta Montserrat.

—Ya no hay fantasmas —insiste Penélope.

—Los fantasmas no se van nunca.

Penélope deposita la lanzadera sobre los hilos. Sabe que su bisabuelo Sergi murió en un accidente de caza, pero como de costumbre nadie habla de ello. Ahora que están sacando los fantasmas de su pecho, necesita conocer los detalles. Poner en orden sus recuerdos. Por eso se enfrenta a su madre y le dice:

—Dime la verdad, mamá, ¿cómo murió el fantasma de la corbata gris?

Montserrat sonríe. Le hace gracia que su hija lo llame así, como si estuvieran hablando de un personaje de ficción, de uno de

esos protagonistas de las novelas de Poe o de Lovecraft.

—De la forma más tonta —le dice Montserrat—. Un día salió a cazar con sus amigos, se olvidó de ponerle el seguro a la escopeta y la apoyó sobre su axila, tenía esa mala costumbre. Entonces llamó a la perra, Roy, y Roy acudió, se le echó encima y sin querer le dio al gatillo... Y la escopeta se disparó. Le perforó la aorta.

—Qué horror —contesta Penélope—. No puedo imaginarlo. No sacrificaríais a la perra, ¿verdad?

—Naturalmente que no. Al fin y al cabo, nos libró del fantasma de la corbata gris.

Penélope piensa en la justicia poética, en la mala suerte, en la fatalidad, en Dios burlándose de Sergi otorgándole una muerte tonta e indigna, una muerte que invita sin querer a la sonrisa.

Esa noche, Antoni prepara la cena. Se ha vestido con un traje, lleva una pajarita roja y se ha peinado hacia atrás, con mucha gomina. Sonríe y deja al descubierto su mella. Huele a loción de afeitar y a colonia de hombre, litros de colonia intensa que deja a su paso una nube tóxica que la hace estornudar.

Cuando Penélope entra en el comedor, él le entrega un poema.

—Lo he escrito para ti —susurra—. Es nuevo.

La chimenea desprende un calor tibio. Su madre ha sacado la vieja vajilla de Mercè, también las copas de cristal de Bohemia y la cubertería de plata. En el centro de la mesa, Montserrat ha colocado el último cuaderno que falta por leer.

—Vamos a leerlo los tres juntos —dice.

—¿Ahora? —pregunta Penélope.

—Ahora, sí.

Se sientan. Mercè habla desde el otro lado del tiempo.

La lluvia no está.

El miedo no está.

Solo ellos intentando contener los diques de la locura y esa voz de ayer, cuando los fantasmas solo eran una idea borrosa en el cristal de los días.

# Mercè

## Cuaderno número 6

En Auschwitz me convertí en un número, el 95388, eso ya lo sabéis. No os contaré los horrores de los que fui testigo porque no existen palabras para describirlo. El horror se escapa entre los silencios que no pueden escribirse. Sin embargo, deseo que sepáis, si es que las letras de esta anciana que está empezando a perder la cabeza llegan alguna vez a vuestras manos, el modo en que el destino quiso que volviera a encontrarme con ella, con mi querida Otti Berger, cómo conocí a Ágota, mi compañera húngara de barracón, y de qué manera nuestros corazones se enredaron en lo oscuro.

Fue en abril de 1944. La lluvia era el único animal ruidoso que lograba conmovernos. Luego estaba el cielo, ese espacio infinito que nos separaba del resto del mundo. Desde el principio, Ágota se pegó a mí como si fuese su última esperanza. Acababa de parir y le habían arrebatado de los brazos a su pequeño. No le quedaba nada, estaba seca por dentro y por fuera. No sé qué vio en mí, solo éramos compañeras de litera, pero el caso es que me convertí para ella en un rayo de luz, en la razón por la cual no se mataba arrojándose contra las vallas electrificadas, como hacían muchos. Las cosas en Auschwitz eran así de sencillas, morir o seguir resistiendo dependía de cosas triviales, de ilusiones absurdas, cuando no de una enorme obstinación.

Ágota no estaba bien. No hablo de su salud ni de su alma quebrantada por las torturas padecidas en el campo. Hablo de algo más profundo e irreparable: hablo de su mente rota. Su hermano había muerto por unas fiebres poco antes de que la familia fuera

deportada a Auschwitz y Ágota estaba convencida de que el espíritu de Jensi, así se llamaba el muchacho, era el que se había llevado a su hijo recién nacido. Se aferraba a esta idea con una convicción casi violenta. Supongo que era su modo de no enloquecer del todo, aunque loca ya estaba. Loca de dolor, de rabia, de tristeza.

Una de las primeras cosas que percibí durante mi encierro fue que el tiempo había dejado de ser tiempo. Los días eran largos, fardos de siglos pesados a la espalda. A veces quería llorar, pero estaba seca. Toda nuestra humanidad se iba secando poco a poco, hasta que solo quedaba un vacío en la piel que resistía sin saber muy bien por qué. Así que yo también me aferré a Ágota. Dormíamos abrazadas, nuestros cuerpos juntos, nuestras bocas respirando a la vez. Podríamos haber contado ovejas para conciliar el sueño, pero solo venían a nuestras mentes los muertos, las pilas de huesos calcinados agolpándose en las fosas. A veces, Ágota me contaba historias, cuentos que a su vez le había contado su padre cuando era pequeña. Otras, sencillamente deliraba.

—Berlín siempre fue un lugar hermoso —murmuraba, a pesar de que nunca había estado allí.

Así pasaron unos meses, hasta que sucedió un hecho que lo cambió todo, algo que parecía surgido de mis peores pesadillas: Otti llegó a Auschwitz.

Como cada mañana, de madrugada, las guardianas irrumpían en el barracón, pasaban revista y nos obligaban a adoptar posición de firmes, con la mirada apuntando a la paja del suelo. Como había helado la noche anterior, la tierra estaba cubierta por una fina capa de hielo y nuestros pies resbalaban. Teníamos que agarrarnos las unas a las otras de camino a los retretes. Fue allí donde la vi. Aunque al principio me pareció una de mis fantasías, esos pensamientos a los que te aferras para resistir un día más, Otti era real, estaba allí, en aquellos baños inmundos que desprendían un hedor insoportable y donde aprendimos a compadecernos las unas de las otras. Otti se había detenido frente a un cristal empañado mientras el agua corría sobre el mármol y otra mujer la increpaba para que se diera prisa.

Desde que nos separamos, en 1937, no había vuelto a verla. Me pareció que estaba igual de hermosa que siempre, aunque más delgada. Llevaba anudado al cuello su pañuelo de colores vivísimos, el mismo que yo acaricio con esa distancia de tiempo y dolor que ahora me impulsa a escribir. Intenté pronunciar su nombre, pero no pude, tal era mi estado de aturdimiento. Entonces ella se volvió hacia mí y corrió para estrecharme entre sus brazos.

No me importa quién lea esto o si se pierde entre la ceniza de los días. Solo escribo para recordarla a ella, a Otti, mi gran amor.

Esa misma noche, mientras dormíamos, Ágota me susurró:

—De modo que esa es Otti Berger.

Le había hablado tantas veces de ella que nuestras historias se mezclaban. A menudo no sabía quién era yo, si una muchacha húngara a la que le habían arrebatado su bebé o una española republicana que había pasado los mejores años de su vida aprendiendo a tejer al lado de Otti, formando parte de una escuela revolucionaria como fue la Bauhaus, esa casa moderna y perturbadora que acabó devorándonos a todos.

—Así es —contesté.

Ágota no dijo nada más. Solo pegó su cuerpo al mío, reclamando su ración de cariño. Sus dedos sin carne me arañaron a través de la tela.

Desde ese día una idea empezó a obsesionarme: fugarme del campo con Otti, escapar de nuestro aciago destino. Hacía poco que unos prisioneros habían logrado fugarse ocultándose durante tres días en unos troncos rociados con tabaco y empapados en gasolina para que los perros no pudieran olisquearlos. Debíamos intentarlo. No le dije nada a Ágota. Supongo que la traicioné. Supongo que mi deplorable actitud propició lo que ocurrió después.

De noche, Ágota buscaba mi mano bajo el jergón y la apretaba con fuerza. Estoy segura de que sospechaba algo, pero yo callaba.

—¿Verdad que mi pelo es más bonito que el de Otti? —me preguntaba fingiendo peinar unos mechones inexistentes.

Yo le besaba la frente, trataba de calmarla y hacer que se durmiera, pero ya nada era como antes. Ya no necesitaba a Ágota

para seguir adelante, para encadenar un día con el siguiente. Ahora tenía a Otti. Soy consciente de mi falta imperdonable y la asumo.

Los días pasaron y perdí el rastro de Otti. Sabía que dormía en un barracón no muy lejos del mío, pero no la veía en el campo. Me desesperé. Un día, Ágota me dijo:

—Mañana la verás. Yo te llevaré hasta ella.

La creí.

Una verja separaba el espacio de las viviendas de oficiales del campo de concentración. Nadie que no trabajara allí o tuviese permisos especiales podía acceder a su interior, pero Ágota sabía cómo colarse en los lugares prohibidos. De vez en cuando le ordenaban planchar la ropa de los oficiales y la llevaba personalmente, doblada con delicadeza sobre una bandeja de mimbre en cuyo fondo una guardiana solía colocar ramitas de lavanda. Me contaba que antes de entrar debía impregnar sus manos con desinfectante y que no podía rozar los pomos de las puertas bajo pena de muerte porque los oficiales temían contagiarse con los gérmenes y las enfermedades de los prisioneros.

Otti había sido rescatada de los barracones nada más llegar y ahora trabajaba como secretaria para el oficial que la recibió en el andén a su llegada al campo, un tipo gordo, con los ojos rasgados y de aspecto desagradable que se había encaprichado con ella. La había instalado en un cuarto pequeño, sin ventanas, en cuyo techo temblaba día y noche la desnudez pálida de una bombilla. Dormía allí mismo, tumbada bajo la mesa, sobre una manta con agujeros, pero al menos estaba a salvo de las chinches.

Recuerdo que era una de esas mañanas grises con el vientre del cielo abultado. Ágota me hizo acompañarla hasta la valla, intercambió unas palabras con un guardia, contoneó las caderas y sonrió. El hombre le dio una palmada en el trasero y desaparecieron. Yo me quedé esperando agazapada entre unos arbustos, respirando despacio, echando de vez en cuando un vistazo hacia el lugar por el que Ágota se había esfumado. Podían encontrarme en cualquier momento y yo no tenía ninguna excusa para estar allí. Recé en silencio, como solía hacer cuando era niña

y deseaba con todas mis fuerzas que mi madre no me encontrara bajo la cama las noches de tormenta. Al cabo de un rato Ágota regresó. Tenía la señal de un mordisco en el cuello y rastros de sangre en los labios. Cargaba con dos bandejas de mimbre y me entregó una de malas maneras. Me ordenó que la siguiera en silencio y que hiciese lo mismo que ella.

Al entrar en la casa, Ágota se limpió los pies en el felpudo, roció sus manos con desinfectante y caminó de puntillas, pasando de largo por el salón. Sobre una mesa de mármol gigantesca donde descansaban el teléfono y algunas revistas de moda extranjeras, depositamos las cestas de ropa. Después, Ágota me hizo una señal y yo la seguí hasta el fondo de un pasillo. Nos detuvimos junto a una puerta estrecha. Dejó que yo entrara primero. Otti estaba sentada en un taburete, la espalda recta. Se había anudado a la cabeza un pedazo de tela basta. No me oyó entrar porque le habían arrancado el audífono. Pero al alzar el rostro me vio. Yo corrí hacia ella y nos abrazamos en presencia de Ágota. Obedeciendo a un impulso, tomé el rostro de Otti entre mis manos y la besé. Casi no hablamos. A los pocos minutos tuvimos que separarnos, pues Ágota dijo que corríamos el riesgo de ser descubiertas.

Unas semanas más tarde, Otti fue ejecutada junto a otras prisioneras. El mundo se derrumbó a mis pies. Acababan de arrebatarme lo que más quería. La vida dejó de tener sentido para mí, todo se volvió más sucio aún y una garra animal arañaba mi corazón a todas horas.

Ágota me dijo que el oficial se había cansado de ella y que había ordenado su muerte. Pude verla en una de las filas que conducían hacia las duchas. Todos sabían lo que ocurría después, pero no se hablaba de eso. No se podía mirar de frente a los que iban a morir. Sin embargo, yo grité su nombre, enloquecida, y corrí en su busca, y alguien me agarró en el aire, me arrastró por el lodo. La mano de Ágota, sus huesos recuperando el vigor para mantenerme a salvo. Otti no pudo escuchar por última vez su nombre quemándome en la boca. No se giró hacia mí. Siguió caminando, despacio, entre aquellas mujeres condenadas, como si se dirigiese a un lugar apacible, como si entrase de nuevo en el

vacío, ese inmenso vacío que es la muerte antes de regresar a la luz.

Esa misma noche, mientras dormía con el cuerpo de Ágota abrazado al mío, unos soldados irrumpieron en el barracón, me vendaron los ojos y me sacaron de allí a rastras. No recuerdo nada más que la oscuridad y el miedo. El miedo en forma de haces de luz de color rojo, azul, verde y amarillo. Entonces recordé el pañuelo de Otti y vino a mi mente la última imagen de Ágota. No había sido un sueño, el pañuelo brillaba alrededor de su cuello. ¿De dónde lo había sacado? ¿Por qué lo tenía Ágota, precisamente horas después de que Otti fuese ejecutada? Aquellas preguntas angustiosas me acompañaron durante todo el viaje. Si los soldados no me hubiesen agarrado con fuerza, no habría dudado en arrojarme contra la valla electrificada. Pero aquellos hombres sabían lo que hacían, parecían adivinar mis pensamientos y no se apartaron de mí hasta que estuve en el interior de un automóvil. Un oficial de las SS me habló: «Será mejor que te tranquilices. No vamos a acabar contigo, aunque lo mereces. Eres pura escoria, pero cumplo órdenes y tengo una misión».

Después de decirme eso ya no volvió a dirigirme la palabra en el largo viaje. Hice todo el trayecto con los ojos vendados. Apenas nos detuvimos hasta llegar cerca de la frontera española. Allí me trasladaron a otro vehículo. Esta vez, el hombre que había en su interior se dirigió a mí en español:

—Hoy es su día de suerte, señorita.

—¿Quién es usted y adónde me llevan? —pregunté girando la cabeza e intentando liberar las manos de las esposas.

—Oh, veo que es usted muy impetuosa, ya me lo habían advertido. No debo bajar la guardia, así que no se moleste en hacer más preguntas. Mantendremos las medidas de seguridad hasta que lleguemos a nuestro destino.

—¿Y cuál es nuestro destino? —insistí.

—España, naturalmente, la España del Generalísimo.

Mi muerte empezó ese mismo día. No he dejado de morir desde entonces, lentamente, golpe a golpe, silencio tras silencio.

De mi llegada a Barcelona recuerdo la insistencia de la lluvia

y la humedad. Me dolían los huesos y tenía heridas en las muñecas a causa de las esposas. Unos hombres trajeados y envueltos en gabardinas me custodiaron hasta mi casa. No despegaron los labios en ningún momento y de vez en cuando me empujaban para que no me quedara rezagada.

—Aquí está el paquete —anunciaron frente al portal de la casa de mis padres.

Así es como me llamaron, paquete. Mi padre sacó un sobre del bolsillo de la chaqueta y se lo tendió al más alto. Los vi perderse bajo la lluvia y la oscuridad.

—Así que ha sido usted —le dije a mi padre. Estaba muy débil y sentía que las piernas no iban a sostenerme mucho tiempo más.

—No he dejado de buscarte ni un solo día. Tengo buenos contactos en el nuevo Gobierno —me contestó.

A pesar de que en su voz no había un ápice de dulzura, vi su mentón temblar.

—En el Gobierno de un asesino.

Mi padre apretó los puños.

—Si no llega a ser por mí, te habrían gaseado en Auschwitz.

—Tal vez hubiese sido lo mejor.

—No sabes lo que dices. Sigues siendo una chiquilla.

—¿Para qué me ha traído? ¡Dígamelo! —grité.

—Ya es hora de que hagas las cosas como Dios manda.

—No creo en Dios.

Entonces mi padre me cruzó la cara de un bofetón.

—Entra en casa. Tu madre te está esperando.

Pero mi madre ya no era una mujer, ni siquiera un ser humano. Estaba sentada en su butaca, con las palmas de las manos apuntando hacia el techo. Vestía de negro riguroso y de su cuello colgaba una cruz de oro salpicada por pequeños brillantes. Sus ojos no me miraban, en realidad estaban detenidos en algún lugar incierto entre la ventana y la pared.

Me arrodillé a su lado y dejé reposar la cabeza en sus piernas. No me tocó.

—Lleva así un año. Sufrió una embolia y no puede moverse —explicó mi padre—. No me conoce.

Permanecí recluida, me vigilaban constantemente. En casa, los ojos de Elvira, la criada, no se apartaban de mí, y afuera siempre había dos hombres de aspecto rudo que vigilaban la casa y los alrededores. A veces uno de ellos se alejaba para pasear mientras el otro celaba la puerta con ojos de lobo. Más tarde supe que eran dos matones, mercenarios a sueldo capaces de cualquier cosa con tal de cumplir las órdenes de su amo. Mi padre se convirtió en eso, en un amo al que yo debía rendir cuentas, como uno de esos nazis que en Auschwitz se jactaban de su poder en el patio. No me permitía comer con ellos en el salón, me pasaba todo el día encerrada en mi cuarto. Me entretenía escribiendo cartas que hacía pedazos una y otra vez. ¿A quién podría escribir ahora si todos aquellos a los que amaba estaban muertos? ¿Qué sentido tenía desvelar mis secretos? De modo que empecé a concentrarme en el trabajo: bordaba, cosía, diseñaba patrones, le rogué a mi padre que me dejara trabajar en la fábrica.

—No quiero favoritismos. Deseo ser una tejedora más —le dije—. No puedo estar todo el día de brazos cruzados.

—Pronto dejarás de estar ociosa —contestó él.

—¿Qué quieres decir?

—Mercè, no trates de engañarme. Sé que estás esperando un hijo.

Por instinto, me llevé las manos al vientre. Mi padre estaba en lo cierto. En Auschwitz se confirmaron mis sospechas, estaba embarazada de Alain. Tras mi llegada forzosa a Barcelona intenté disimular como pude, pero a la arpía de Elvira no se le escapaba ningún detalle. Me había visto vomitar un par de veces, arrugar la nariz cuando me traía el plato con la comida. Detestaba los huevos hervidos y comía pepinillos en vinagre a escondidas. Fui una estúpida, ahora lo sé, al intentar ocultar lo inevitable. Iba a traer al mundo al hijo de un revolucionario. Mi padre iba a ser el abuelo de un rojo y eso no lo podía soportar.

Supe que mi destino estaba trazado. Al poco tiempo, Sergi Colomer se convirtió en mi esposo. Los dos imperios textiles se fundieron al fin en uno solo. Tejidos Ribó había vencido y eso era lo único importante.

Di a luz a mi hija Asunción y Sergi la reconoció como suya. Había hecho un pacto con mi padre. Su silencio a cambio de poder. A mí me relegaron al papel de madre y esposa. Perdí muy pronto la cuenta de los desprecios de Sergi hacia mí y hacia mi hija, a la que intenté proteger con toda mi alma de su mirada depredadora. Luego vinieron las palizas y las violaciones. Del asco y la vejación nació mi segundo hijo, al que tuve que llamar como su padre, Sergi. Dios me perdone, pero nunca conseguí quererle. Su sola visión me provocaba rechazo y por eso intenté mantenerlo alejado de mí y de Asunción. Desde niño estuvo internado en colegios extranjeros. Tuvo una formación exquisita, pero enseguida dio muestras de su carácter: era caprichoso, cruel y violento, como su padre. Cuando murió en aquel accidente en Mónaco, sentí alivio. Se había roto el vínculo que me unía a mi marido y, aunque no podía soñar con el divorcio, decidí alejarme de aquella casa señorial de Barcelona que siempre había sido para mí una cárcel. Logré instalarme en La Garrotxa, en la masía familiar, y Can Ribó se convirtió en mi refugio. También a mi esposo le vino bien la separación. Empezaba a coleccionar amantes y yo solo era una molestia. En Can Ribó oculté el secreto de mi vida, los momentos felices.

Un día mi padre me envió un telar, acompañado de una nota en la que me confesaba que tenía cáncer. No sé por qué tuvo aquel detalle conmigo, supongo que le daba miedo que Dios lo castigara, y quiso entregarme lo que un día me negó, el telar. Mi madre falleció a los pocos meses y me quedé sola. Tuve la extraña sensación por primera vez en mucho tiempo de ser libre.

Si vuelvo la vista atrás, me doy cuenta de que no he hecho las cosas bien. Todo el valor que un día tuve, lo perdí el día en que me trajeron a España desde Auschwitz y me obligaron a casarme con Sergi. Nunca supe cómo decirle la verdad a mi hija Asunción, no encontraba el momento, las fuerzas. Siempre fue una niña frágil, sufría crisis de ansiedad constantes y temí que, contándole la verdad, le hiciera aún más daño. Lo dejé pasar. Y el tiempo se fue convirtiendo en mi enemigo. Me encerré en mí misma y no supe amar, así de sencillo y de terrible. Me refugié en lo único que

estaba a mi alcance, en ese telar que tejía sueños y decepciones, en el grito silencioso de unos hilos que se empeñaban en seguir atándome a la vida, a pesar de mi dolor.

Hilos.

Todo en mi vida ha sido eso, trazos de color que se han ido anudando a mi vida. Hilos rojos, azules, verdes y amarillos. Este pañuelo que Otti llevaba anudado en el cuello y que ahora forma parte de mi cuerpo, como si hubiese nacido de un dolor que no encontrara palabras para expresarse.

Cuando hace unos años recibí aquella caja, decidí guardar el último de sus secretos. Una carta de Ágota dirigida a mí donde me contaba lo que yo ya sabía. Algo que, en realidad, había sabido siempre, desde el día en que me sacaron de Auschwitz a rastras:

> Estimada Mercè:
>
> No sabes lo que he tenido que hacer hasta dar con tu paradero. Pero eso ahora no importa. Todos estos años, después de que fuimos liberadas, he tenido que soportar el peso de la culpa. Me ha costado mucho decidirme a escribir esta carta, pero necesito contarte la verdad. Fuiste para mí la única luz en las tinieblas. Cuidaste de mí cuando yo no era más que un despojo que se prostituía en aquel burdel del campo y se dejaba humillar por unas migas de pan podrido. No tenía dignidad, bien lo sabes. Desde que me robaron a mi hijo, mi único deseo era morir. Aquel lugar no era para seres humanos, ni siquiera para animales salvajes, aquello era ni más ni menos que el infierno. Tras la llegada de Otti todo mi mundo se derrumbó. La odié con toda mi alma. Me nació de nuevo el miedo y pensé que iba a robarte de mi lado. Conocía tu plan. Tantas noches lo repetías en sueños que casi llegué a memorizarlo. Querías escaparte con ella. Sé que tal vez no era más que una locura, uno de esos pensamientos a los que una se agarra para poder seguir resistiendo, pero no podía permitir que te fueses y tampoco podía permitir que te hicieran daño. Quería que todo siguiera igual, como antes de que Otti volviera a meterse en tus entrañas. Así que la delaté. Me inventé que era la cabecilla de un grupo que pretendía fugarse. Di su nombre y otros nombres falsos. Lo hice por celos, Mercè, por los malditos y asquerosos celos. A cambio, una de las guardianas que la condujo hasta la cámara de gas me regaló el pañuelo que le había pertenecido. Unos hilos rojos, azules, verdes y amarillos que acaricié antes de que también viniesen a llevarte a ti y me dejaran sola para siempre, peleando contra el fuego de la culpa. Aún hoy siguen ahí, los carbones

encendidos y la angustia. No busco tu perdón sino el mío, pero mucho me temo que jamás lo conseguiré. Ya soy demasiado vieja incluso para seguir sufriendo.

Este pañuelo te pertenece, querida Mercè. Mi vida ya ni siquiera le sirve a Dios.

# Penélope, Montserrat, Antoni

## Verano de 2023

Antoni se ha comprado un traje nuevo para la inauguración. Blanco, de lino, que se arruga con solo mirarlo. No puede parar. Su mente da vueltas y más vueltas, como un tiovivo. Ya ha acabado con todas las uñas de sus manos. Fuma y mordisquea con sus dientes menudos un caramelo de menta. Antes de salir se prueba un sombrero panamá. Se mira al espejo, adopta una pose interesante, al poco saca la lengua, luego su rostro se contrae en un gesto cómico. El sombrero no le convence y lo arroja sobre la cama. Entonces agarra un bote de gomina y se pasa la mano por el pelo hasta convertirlo en una pasta que brilla. Necesita verse atractivo, acabar con el enfermo y recuperar la normalidad.

En el coche, de camino a Girona, recita versos con una voz nueva, menos afectada. Responde a preguntas que nadie le ha hecho, como si estuviese preparando una entrevista. Se pone serio para afirmar que la locura es un asunto cotidiano, que no hay nada más que mirar a nuestro alrededor. Todos consumen ansiolíticos, dice. Se frota el mentón y mira hacia otro lado para contestar: «No, no tengo redes sociales ni pienso tenerlas nunca». Montserrat, desde el asiento del copiloto, le tiende la mano. Antoni la agarra y ríen los dos. No tardan en empezar a fumar. El coche se convierte en una cápsula de humo que en cualquier momento puede echarse a volar.

Montserrat también está nerviosa, pero disimula. Mira al frente, concentrada en las líneas del asfalto, comprueba que lleva las pastillas de Antoni en el bolso, se pone perfume. Todavía no se lo cree. Cuando Penélope le propuso que expusieran juntas en su

galería, no supo qué contestar. Primero dijo que no tenía material y luego, al saber que sus lienzos estaban en manos de su hija, le comentó a esta que no creía que a nadie le pudiesen interesar sus pinturas.

—Te asombrarías de la cantidad de gente que colecciona fantasmas —le contestó Penélope.

Le pidió tiempo y a comienzos de primavera le dijo que sí, que por qué no, y se encogió de hombros y cerró los ojos, como si fuese a meterse en uno de esos túneles del terror donde nunca sabes lo que va a pasar.

En cambio, Antoni se prestó de inmediato al plan. Dijo que quería escribir un poema para cada uno de los lienzos. Habló de la fusión de las artes. La palabra y la imagen, atar hilos entre los monstruos de Penélope y los de Montserrat. Sogas, palabras, una leyenda que no existe, eso dijo Antoni. Sin embargo, Montserrat no estaba tan segura de que aquella mezcla diese buen resultado.

Sigue teniéndoles miedo a sus lienzos y ahora resulta que estarán expuestos a la luz del día, habrá focos dirigidos a su intimidad: las muñecas rotas de su cuarto oscuro, la violencia, el silencio, esas pinceladas bruscas que casi pueden respirar. Desnudarse, eso piensa que van a hacer. Desnudarse los tres en una galería y esperar el aplauso o la indiferencia.

Penélope no ha querido invitar al resto de la familia. Todos aquellos a los que aman verdaderamente están muertos. Solo ha avisado a amigos, compañeros y críticos de arte. Cuenta con que los curiosos se acercarán. Siempre que hay bebida gratis o unos canapés sobre una bandeja la gente acude. No importa el acontecimiento que sea, la presentación de un libro, una exposición de arte o una *performance*; lo importante es beber y comer gratis, luego siempre hay tiempo para deslizarse por la puerta sin ser visto, con la cartera a buen recaudo.

Mira a su madre de reojo. Se ha puesto el pañuelo de Mercè y lo acaricia como si fuese el lomo de un gato. La causa de que su bisabuela comenzara a escribir su historia fue precisamente la llegada de ese pañuelo a su vida, cuando Ágota se lo envió en un paquete desde Jerusalén. Fue el amor lo que impulsó a Mercè a

compartir sus secretos.

Secretos.

La vida está llena de huecos que van acumulando polvo y al que les nace una cruz cada vez más pesada. No obstante, los secretos también pueden curar. Descubrir que Asunción no era hija de Sergi sino de Alain, ese poeta francés que luchó al lado de la Resistencia, fue un alivio tanto para Penélope como para Montserrat. De pronto, esta encontró sentido a su talento. Tenía un abuelo poeta y no un depredador. Eso lo cambiaba todo, desde luego. Su verdugo, el fantasma de la corbata gris, no pertenecía a su sangre. Estaba limpia en ese sentido, no estaba atada al monstruo. De un golpe, su abuela la había liberado de la oscuridad. Naturalmente eso no eximía a Sergi de cometer aquellas vejaciones, pero se había levantado un muro entre los dos. Dolía, sí, pero de otra manera.

Hilos que se rompían para atarse a hilos nuevos.

La relación de los tres también está recomponiéndose. Pero ahora han hecho una tregua y se están acercando al cariño, despacio, como su Seat León al tomar el desvío y dejar atrás la autovía para entrar en Girona. Los tres arreglados como si fuesen a asistir a una boda, perfumados, planchados, con la garganta seca de tanto toser el miedo.

Penélope lleva un vestido diseñado por ella. Compró una tela en el mercadillo y dibujó gatos y estrellas sobre un fondo naranja. En cambio, Montserrat ha preferido esconderse en un pantalón negro y una camisa de encaje blanca.

Cuando empuja la puerta de la galería, las manos de Montserrat tiemblan. Acaricia el pañuelo de Mercè para tranquilizarse. Es la primera vez que pisa el territorio de Penélope. No esperaba un espacio tan amplio, tan cuidado. Está sorprendida y camina de un lado a otro, como si acabase de entrar en otro planeta. Respira hondo y se llena de aire. No se atreve a mirar los lienzos que están colgados en la pared ni a leer los poemas de Antoni. Tiene sed. Los labios resecos, el carmín cuarteado. Penélope se da cuenta y propone hacer un brindis antes de que la gente empiece a llegar. Una copa no basta. Montserrat se bebe dos.

Luego enciende un cigarro. No sabe qué hacer con las manos, dónde ocultar su mirada para no traicionarse.

Cuando se abren las puertas, Montserrat se hace pequeñita en un rincón, junto a un ficus de plástico. Ve a Antoni estrechar manos, inflar el pecho. Recita los textos que están expuestos y habla de poesía. Por fin el foco está puesto en su persona. La gente lo aplaude y Antoni se lleva la mano al pecho en señal de gratitud. Después llega el ruido, los tapones de cava descorchándose al mismo tiempo, como si fuesen cañones de guerra en la lejanía. A Montserrat le entra dolor de cabeza. Siente náuseas. Sale a la calle. Respira. Fuma. Respira.

La masía está atrapada por el sol. Penélope encuentra a Montserrat en el jardín. Está sentada frente a un caballete, con el viejo sombrero de paja de Mercè y una bata manchada de pintura. Se acerca a ella y observa el lienzo.

Ya no hay monstruos, solo un paisaje veraniego, una arboleda que empieza a amarillear. Tonos suaves que su madre mezcla casi con ternura.

—Me gusta tu nuevo estilo —le dice.

Quisiera darle un beso, pero no se atreve. Ha transcurrido una semana desde su exposición conjunta y no han vuelto a hablar. Penélope tiene que contarle demasiadas cosas.

¿Por qué es tan difícil dar buenas noticias?

Están acostumbradas a perder. La felicidad no se escribe ni se pinta, se vive con intensidad y se olvida de inmediato. Todo lo contrario al dolor, que perdura para siempre.

—La exposición ha sido un éxito, mamá —dice al fin—. Se han vendido la mitad de los cuadros y casi todos son tuyos.

Montserrat niega con la cabeza. Le dice que no le interesa, que no quiere nada, que se lo quede todo ella, que haga con los cuadros lo que mejor le parezca, que no desea protagonismo y que no se siente artista.

Cuando pronuncia la palabra *artista* lo hace con pesar.

—Eres artista —vuelve a decir Penélope—. Ya es hora de que

lo asimiles.

Montserrat esconde sus ojos bajo el ala de su sombrero. Al pintar, le tiembla el pulso. Cuando alza el rostro, mira a su hija de una forma distinta, como si fuese una colega, como si estuvieran juntas en el mismo naufragio.

—El artista no es. Debe sentirse artista —dice Montserrat hablando por primera vez—. ¿Quién puede afirmar semejante tontería? Solo uno mismo lo sabe.

Penélope está de acuerdo. Coge una silla y se sienta a su lado. En silencio, la observa pintar. Le resulta extraño que puedan comunicarse, que se hayan esfumado sus ganas de discutir. Ahora las dos son artistas. Pintan su vida, el aire que se llevan a la boca, el verano que las hace sudar. Ha regresado el color a sus corazones.

Penélope echa un vistazo a la casa y le pregunta si ya ha pensado lo que va a hacer con ella.

—Nos quedamos, Antoni y yo, de momento.

—¿Y cuánto va a durar ese momento?

—No lo sé.

—¿Se lo has dicho a papá?

—No hace falta. Hace años que esto tenía que pasar.

Penélope coge su mano, le quita el pincel y lo deposita sobre la paleta.

—¿Eso significa que eres un poco más feliz que antes? —le pregunta.

Montserrat sonríe.

—Un poco sí.

—Me alegra que Antoni no regrese a la clínica y que se quede aquí, en Can Ribó.

Montserrat mete la mano en el bolsillo de su bata y saca el pañuelo de Mercè. Hilos rojos, verdes, azules y amarillos que brillan con los rayos del sol.

—Tómalo, ahora es tuyo —dice.

Penélope se queda sin habla. Ese pañuelo es toda su historia. Es el amor, el arte, el miedo, la represión, la lucha, la libertad, el holocausto, el perdón, el acercamiento. Todo está ahí, entre esos

hilos que se enredan en su cuello y besan su piel.

Abraza a su madre con fuerza y aspira su olor.

Sabe que ya no se lo quitará nunca.

Por la noche, mientras Montserrat y Antoni duermen, ella baja a la piscina, se desnuda y se lanza al agua. Nada. Codo alto, patadas pequeñas. El pañuelo depositando todo su dolor en el fondo. Nada. Sin tiempo, recorriendo una y otra vez ese útero de baldosas azules. Nada hasta que amanece y se da cuenta de que ha dado comienzo otra historia.

# Agradecimientos

A Justyna, Silvia y Mercedes, por tejer conmigo este sueño.

A mi editora Ariadna, por su cariño y su entrega.

A todo el equipo editorial de Destino, que ha trabajado intensamente para que esta novela pueda brillar en los ojos de quien la lea.

*La casa de los hilos rotos*
Angélica Morales

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Angélica Morales, 2023
Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary & Film Agency, Barcelona, España.

© del diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la cubierta: Miguel Sobreira / Trevillion Images y Cinematographer / Shutterstock
© del textil: Otti Berger, tejido a mano. Museo Metropolitano de Arte (Met) de Nueva York

© Editorial Planeta, S. A. (2023)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023

ISBN: 978-84-233-6312-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

# ¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

## ¡Síguenos en redes sociales!